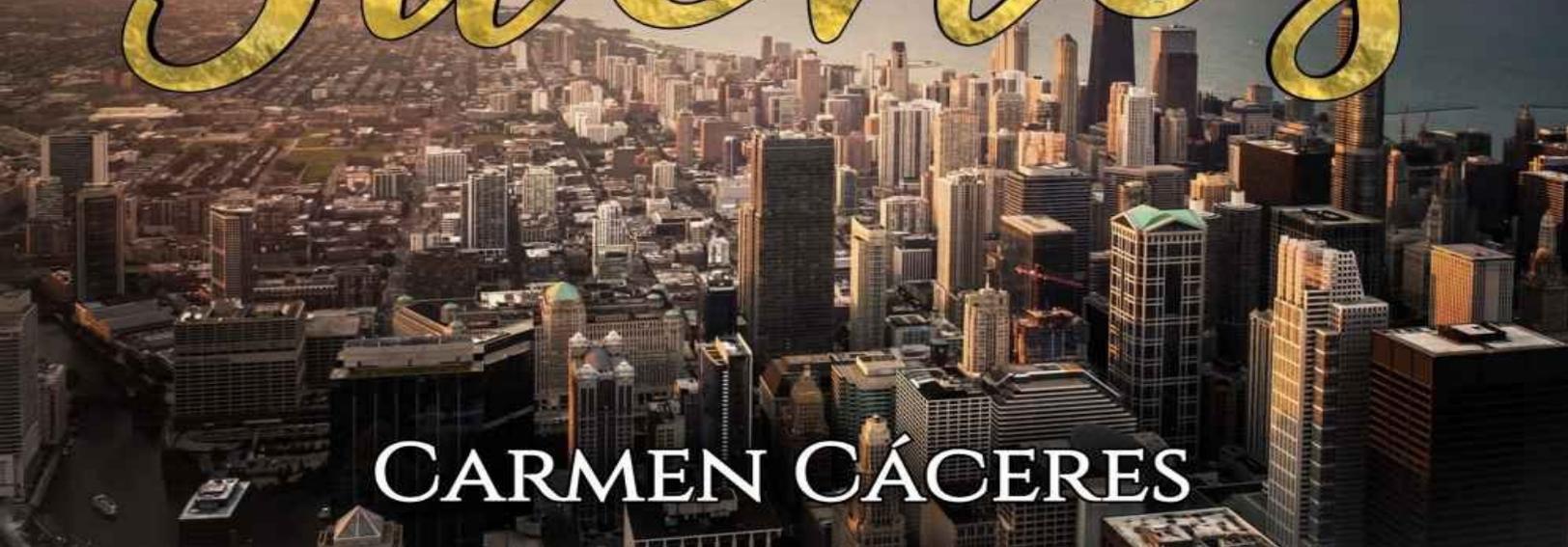




UNA MALETA CARGADA DE
Sueños



CARMEN CÁCERES

**Una maleta
cargada de sueños**

Carmen Cáceres

Ves cosas y dices,

"¿Por qué?"

Pero yo sueño cosas que nunca fueron y digo,

"¿Por qué no?"

(George Bernard Shaw)

Nota de la autora

A los lectores:

Para comenzar, quiero comentar que “Una maleta cargada de sueños” fue escrita con el corazón desde “el corazón de América del Sur”.

Con el corazón pues he visto partir a numerosos familiares, vecinos, amigos, en busca de la tierra prometida y fueron quienes me inspiraron a escribir esta obra.

Y desde “el corazón de América del Sur”, porque soy una escritora paraguaya.

Para su mejor comprensión, les cuento que acá tenemos dos idiomas oficiales: el español y el guaraní y, usualmente, al hablar hacemos una mezcla de ambos.

Si bien la obra está escrita en español, los diálogos de los personajes son coloquiales y reflejan la manera de hablar de los paraguayos, pero al recorrer los capítulos podrán encontrar explicaciones que dan los mismos personajes sobre ciertas palabras utilizadas.

Para quien no conozca al Paraguay y a los paraguayos, en las páginas de esta obra podrá conocer un pedacito de esta bella tierra y la idiosincrasia del pueblo paraguayo; la costumbre, la solidaridad, el amor a su tierra, al dulce idioma guaraní, al “terere” y también los sueños de muchos migrantes que emprendieron la marcha en busca de mejores horizontes.

Por último, quiero pedirles que carguen sus maletas con sus mejores sueños, me acompañen a lo largo de las páginas y me ayuden a alcanzar mi sueño:

Que les atrape y apasione “Una maleta cargada de sueños”.

Carmen Cáceres

PRÓLOGO A LA PRIMERA EDICIÓN

“Lo más importante es el coraje de mirar a los pobres a la cara, para permitirles que nos toquen el corazón y cuestionen nuestro mundo”, pues estas personas “tienen un rostro”, dignidad, seres queridos, familia, “igual que nosotros”. Monseñor Antonio María Veglió.

“Una maleta cargada de sueños”, obra de la escritora paraguaya CARMEN CÁCERES nos guía, en cada capítulo, por ese desarraigo profundo, mal de nuestro tiempo, al cual se ven impulsados cientos de compatriotas nuestros; paraguayos que ven sumidos sus sueños en la limitación de un país sin perspectivas de un futuro alentador que les posibilite la realización plena en su tierra, entre los miembros de su familia.

En cada capítulo se desarrolla y acrecienta la decisión tan dolorosa de abandonar el terruño por las múltiples dificultades que afrontan los personajes, quienes agotados y oprimidos por la serie de fracasos, humillaciones y desengaños de los cuales son víctimas día a día, van vislumbrando esa maleta que se presenta como única alternativa para un utópico futuro.

El vía crucis de su cotidianeidad se llena, cada vez más, de dolorosas zarzas: la incertidumbre, el desapego de los hijos, el abandono de los padres, ya mayores y desprotegidos también, genera angustia en los personajes que inician su autoexilio con la esperanza de que en otro país lograrán sus anhelos; el generalmente engañoso propósito de solucionar rápidamente sus dificultades económicas y regresar a disfrutar de una mejor vida en su pueblo natal.

Ya en el país donde arriban, en la misma aduana, tras múltiples vejaciones de los oriundos del lugar, sin más apoyo que la gris maleta de la desesperación y la añoranza inician su calvario de humillaciones y desánimo. Sufren explotación, desprecios, malos tratos y hasta caen con extrema facilidad en la prostitución; donde otros lucran con sus envilecidos cuerpos; sin embargo, su espíritu, mínimo retazo de la candidez que absorbiera en su crianza, hace que luchen por hallar nuevos senderos de dignidad.

CARMEN CÁCERES pinta, con vigoroso acierto, cada jirón de vida de los auto expatriados paraguayos; su obra presenta con absoluta veracidad las realidades sociales y entreteje, en cada capítulo, las situaciones que afrontan los personajes: varios se hunden en el precipicio del fracaso, otros ya no hallan fuerzas para luchar, el recuerdo de la patria es un dardo que horada la mente y el corazón; sin embargo, urde con tal maestría la vida y las circunstancias de los mismos que permite vislumbrar al lector, en esta apasionante novela, que más allá del lóbrego y tétrico devenir...siempre podrá surgir el resplandeciente sol de la esperanza que ilumine la vida y el alma en la perseverante búsqueda de la tierra prometida que siempre se lleva en el corazón.

Prof. Dra. Graciela Fanego de Bianchi
Asunción – 2012

Graciela Fanego de Bianchi

Doctora en Letras, Máster en Ciencias de la Educación, Lic. en Humanidades. Investigadora, traductora y correctora de estilo de varias obras de editoriales nacionales y extranjeras. Escritora de ensayos, cuentos, poemas, artículos científicos y libros técnicos.

Introducción

He aquí el refugio de numerosas personas de distintas edades y condiciones sociales que, abrumadas por las necesidades, de uno u otro tipo, abandonaron su país.

Es ésta la casa donde se reúnen personas llenas de miedo y soledad; en la que se conjugan penas y alegrías, llantos y risas, de aquellos soñadores, aventureros y desesperados que alentados por sueños se resignan a vivir alejados de sus seres queridos. Hombres y mujeres llenos de coraje que se enfrentan día a día a múltiples dificultades inherentes a sus condiciones de inmigrantes, legales o ilegales. ¡Ah, paraguayos diseminados por el mundo entero! Nunca se entregan. Insistentemente están buscando una vida mejor y esa búsqueda incansable siempre los envuelve en una serie de circunstancias, buenas para unos y malas para otros.

Eran las tres de la tarde de un día miércoles cuando Mario Cubilla, con un maletín en la mano, se bajó del taxi. Como un sabueso se aproximó a la casa. Luego de observar detenidamente, tocó el timbre. Asomó una mujer mayor, delgada, alta, piel morena, cabello largo y canoso recogido en un rodete. Vestía un conjunto color turquesa de *ao po'í*.

—Buenas tardes señor. ¿Qué necesita? —al hablar con apacible voz, más dos hoyuelos en ambas mejillas, aflora la inconfundible mujer paraguaya. No hay forma de confundirla: esté donde esté, lleva el sello nacional.

—Buenas tardes señora. Me llamo Mario Cubilla, soy periodista, corresponsal de un diario de Paraguay. Quisiera hablar con la señora Amalia. Vengo porque deseo entrevistarla.

—Disculpe señor periodista, tengo entendido que ella ya habló con usted, por teléfono, esta mañana. Ella no quiere conceder ninguna entrevista. No desea hablar con nadie.

—Entiendo señora, pero a pesar de su negativa vengo porque no puedo volver al Paraguay sin llevar su historia. Ella es como una madre para muchos paraguayos que están por acá. ¡Ha ayudado tanto a sus compatriotas! ¿Por qué cree usted que no quiere hablar conmigo?

—No sé, señor. Esa es su postura. Ella nunca habló con nadie.

—En todo caso, ¿no podría usted concederme la entrevista?

—¡Yooo! ¿Qué puedo decirle yo?

—Puede contarme cuándo vino ella y bajo qué circunstancia; cuántos años hace que vive en esta casa y cómo son sus días. Usted es su hermana, ¿verdad?

—No soy su hermana, pero no quisiera rememorar una historia dolorosa. Además, le pregunto: sería usted capaz de relatar lo que ella sufrió aquí o por qué vino, sin alterar nada. Claro que yo puedo contarle con lujo y detalles los hechos, pero ¿tiene usted la capacidad de interpretar su vida, sus sentimientos y exponerlos, así como son? ¿Usted vivió alguna vez fuera del país?

—No. Viajo siempre por mi trabajo, pero me quedo unas semanas nada más fuera del país.

—Entonces es difícil que usted pueda comprender y transmitir todo cuanto vivimos acá. Nuestras alegrías y pesares, de todos, no solo de Amalia. Ese duelo permanente que todos vivimos por haber dejado nuestra tierra, a la familia, los amigos, nuestro guaraní, la costumbre. Esa añoranza que tenemos y que muchas veces nos imposibilita seguir luchando. ¡Ah, cuánto daría por estar en mi país! Ver a mi gente, pisar mi tierra. ¿Sabe señor?, nosotros acá no somos nadie. Por más que tengamos nuestro documento español, seguimos siendo extranjeros. Si hasta para

tomar nuestro *tereré* tenemos que escondernos. En fin, voy a preguntar a Amalia si quiere que le cuente su historia. ¿Hasta cuándo se queda usted por acá?

—Hasta completar la historia. Tengo que hacer una serie de publicaciones sobre los paraguayos residentes en España. Para ello necesito buenas historias y no me quedan dudas de que aquí puedo conseguirlas.

—¡Uf! En realidad, aquí hay muchísimas historias. ¡Y qué historias! ¿Qué le parece si viene el domingo? Ese día vienen muchos paraguayos a quienes podrá entrevistar. Estoy segura de que más de uno ha de querer contar su historia.

—El domingo tengo agendada otra entrevista, ¿no podría ser el viernes por la tarde? En todo caso, si la señora Amalia no desea concederme la entrevista, cancelaré mi encuentro del domingo para volver y conversar con otros. Pero, por favor, pídale que me permita divulgar su historia.

—Ummm... Voy a hablar con ella. No le prometo nada y, para no entorpecer su trabajo, puede venir el viernes y yo misma le daré unos datos.

—¡Muchas gracias señora! ¿Cómo se llama usted?

—¿Mi nombre? Eh... Yo me llamo... Teresa... Teresa Ruíz.

—Muy bien doña Teresa, voy a traer yerba para tomar *tereré* y conversar. Tiene el equipo, ¿verdad?

—¡Claro que sí, señor! También tenemos abundante yerba. Eso nunca falta.

Capítulo uno

Esperando la remesa

El ruido ensordecedor de los motores, las bocinas y la frenada brusca de los colectivos en las calles llenas de tráfico, irrumpía en el pequeño local atestado de personas afligidas ante tanta espera.

—¿No hay *piko* todavía para mí? —preguntó doña Gertrudis acercándose de nuevo a la caja.

—No señora —respondió tajante el cajero.

—Pero hace *masiado* tiempo que estoy esperando. ¿No puede revisar de vuelta su computadora? —insistió la señora y el cajero respondió de nuevo, pero con un tono menos amable.

—Ya le dije señora; no hay nada. Espere o, de lo contrario, vuelva mañana.

—¿A qué hora?

—¡No sé, señora! —contestó irritado el cajero.

El gerente, que estaba observando la escena a través de un vidrio oscuro por fuera, que separa su oficina del salón, al notar la mirada cabizbaja de la clienta al alejarse de la caja, salió a su encuentro.

—¡Buenas tardes, doña Gertrudis!

—¡Hola, señor gerente!

Como si viera a su ángel de la guarda, la diminuta mujer, con su vestido raído —que alguna vez fue floreado—, sus zapatos de tela, su pelo encrespado y encanecido, recogido con una goma en la nuca, con una mueca simulando una sonrisa, respondió yendo hacia él.

El pequeño local que funciona como casa de cambios estaba lleno de personas de diferentes edades cuyas ropas revelaban sus oficios: albañiles, carpinteros, mecánicos, obreros. También había mujeres, algunas con niños en brazos. La multitud denotaba cansancio e impaciencia, pues las largas horas de espera no tenían aún su recompensa; la remesa seguía sin llegar. Como todos los días, la gente llegó a temprana hora de la mañana a esperar su remesa; eran casi las cuatro de la tarde y en una hora más el local se cerrará. Algunos cargaban con su matula porque bien sabían que no hay hora fija para retirar el dinero; otros, sin embargo, como doña Gertrudis, solamente tomaban agua del bebedero instalado en un rincón. Todos los presentes formaban parte de familias fragmentadas y esperaban impacientes el giro enviado por algún familiar desde España o desde algún otro punto del planeta.

Cuando ya la impaciencia llegó a su límite, con el llanto de algún niño hambriento y el agotamiento que significaba estar esperando por horas, comenzó a llamar el cajero. Algunos salieron alegres y reconfortados, mientras otros, tristes y cabizbajos, abandonaron el local para volver al día siguiente.

Doña Gertrudis trataba de disimular la profunda tristeza que la envolvía porque no llegaba aún el dinero que le enviaba Amalia, su hija que trabajaba en España. Con sus cincuenta años y más, ya sus mejillas, cuello, brazos y piernas estaban surcados por profundas arrugas. Parecía no tener

piel, sino una capa rugosa que envolvía su esquelético cuerpecito.

—Doña Gertrudis, ¿todavía no llegó su dinero? —preguntó el gerente luego del saludo.

—¡No señor Gerente! Y ya no sé qué hacer. Mi hija me aseguró que hoy ya iba a llegar. *Masiado* me extraña que no llegó todavía. Ella me aseguró que ya hace una semana que depositó. No sé lo que pasa o si hay algún problema.

—Doña Gertrudis, usted ya sabe cómo funciona.

—Sí, ya sé que tarda luego para llegar, pero ¿por qué *piko* tanto? Yo ya no tengo más ni para mi pasaje para venir; ya no me sobra nada. Mi vecino nomás ya me prestó para poder venir. Hoy *ko* le pedí otra vez porque creí que ya iba a volver con la plata. Ahora no sé cómo ir a casa.

—No se preocupe doña Gertrudis si no recibe su giro. Usted sabe bien que yo le voy a prestar el importe del pasaje y cuando pueda me lo devuelve, como siempre.

—¡Muchas gracias, señor gerente! *Masiado* me hace deber. Siempre me está ayudando. Que Dios se lo pague y que tenga siempre suerte porque le tiene paciencia a la gente pobre. Eso ya no se ve hoy en día.

—No se preocupe señora, es mi trabajo.

Al licenciado Marcos Garay, gerente de Cambios Total, sucursal San Lorenzo, le conmueve mucho la escena de largas esperas todos los días. A la noche, en la casa, luego de la cena y del habitual baño caliente, comentaba sobre las actividades del día con Leticia, su esposa, y se lamentaba de las penurias ajenas:

—Creo que voy a pedir a tu papá que me traslade de local.

—¿Por qué? Acaso no dijiste que estás muy cómodo ahí.

—Sí, pero últimamente la situación se volvió muy crítica. Hay demasiado trabajo. Cambios no hay tantos, pero nos llenamos de clientes que quieren solicitar préstamos y muchas veces no se les puede atender rápido porque invaden el local las personas con problemas que esperan recibir algún dinero desde España.

—¿Y? ¿No se cobra acaso por eso?

—¡Claro que se cobra!

—Entonces, ¿cuál es el problema?

—Ver a tantas personas impacientes esperando día a día a fin de recibir lo poco que le envían sus familiares desde el exterior.

—¿Qué hay con eso? No comprendo.

—Para que comprendas debes ir a quedarte por lo menos un día en el local y ver las escenas desgarradoras de las personas necesitadas. Es muy fuerte, te aseguro.

La mujer miró desafiante a su esposo y con ironía replicó:

—No sé lo que te pasa. Yo no tengo necesidad de ver lo que hacen los clientes pobres; no es mi problema. Cada uno vive la vida que Dios le regaló. Yo soy feliz con lo que a mí me dio y no me importa lo que le pase a los demás. Si ellos nacieron así... mala suerte. Yo particularmente no voy a poder resolver sus problemas. Y no sé por qué vos tenés que calentarte tanto por esas estupideces. Dedicáte a tu trabajo y punto. ¡Dejá que los demás vivan sus vidas! Y si tanto te molesta, pedí a papá que te traslade y ya está. Estoy harta de escucharte hablar todos los días de la misma estupidez, como si fuese lo más importante para vos.

La respuesta de Leticia desgarró el corazón de Marcos. Evidentemente, ella jamás podría comprender lo que sucede con los pobres; siempre vivió como en una burbuja, nunca tuvo necesidad de nada y probablemente no llegará a tenerla puesto que su padre tenía suficiente dinero para varias generaciones.

Leticia era la hija mayor de José Gavilán. Él era dueño de una cadena de casas de cambio con tres locales instalados en la capital y una veintena de sucursales en las principales ciudades del interior del país.

La sucursal que administraba Marcos estaba ubicada en pleno mercado de San Lorenzo. Al principio funcionaba solo como casa de cambios, pero gracias a las gestiones que él realizó, se le incorporó un departamento de crédito. Su mayor fortaleza era la flexibilidad en otorgar pequeños préstamos, principalmente a los mercaderos.

Marcos asumió el cargo de gerente y encontró el local como un cementerio. Decidió indagar cómo atraer más clientes e inmediatamente realizó una investigación de mercado. Encontró que el mayor problema con que se enfrentaban sus posibles clientes, los vendedores del mercado, era el exagerado interés que cobraban los famosos usureros que invaden por todas partes. Esos prestamistas informales cobraban ¡veinte por ciento por día! ¡Sí señor! ¡Veinte por ciento cada día! Era increíble.

Al principio Marcos creía que los mercaderos hacían mal sus cálculos, pero comprendió la realidad después de hablar largo rato con un vendedor de bananas. El bananero le contó sus problemas y los de otros vendedores. Había como cincuenta usureros que recorrían todos los días dándoles préstamos, sin ningún protocolo, simplemente con la firma de un ¡pagaré en blanco! ¡Un pagaré en blanco! ¡Imagínese señor! Eso les obligaba a devolver el dinero en el día, de lo contrario al día siguiente, el monto prestado subía al doble. Dice que era un verdadero tormento para aquellos pobres trabajadores porque cuando llovía y no terminaban de vender sus productos, se encontraban con tantos apuros que prestaban de otros para poder devolverlo y muchos, al no poder cumplir con sus compromisos, llegaban a perder sus casillas y hasta sus casas.

Al preguntar Marcos si cuánto prestaban y cuánto devuelven, el bananero explicó que de los cien mil guaraníes prestados a las cuatro de la mañana —hora en que comenzaban a llegar los proveedores— debían devolver al final de la jornada, entre las cuatro y las cinco de la tarde, ciento veinte mil guaraníes. “Y si prestás más, pagás más, pero en general, son veinte mil guaraníes por cada cien mil”, afirmó. Con la información recabada más el deseo de ayudar a los humildes trabajadores, habló con el Lic. Miguel Benítez, el gerente general de Cambios Total, sobre la posibilidad de trabajar en el tema de préstamos. Él, sonriente, le felicitó porque consideró que tenía buena visión para los negocios y le confió que ese era, precisamente, un negocio extra del dueño de la empresa.

—Nosotros tenemos nuestra clientela formada en Asunción, pero totalmente en negro. No queríamos incorporar otro lado por temor de que se nos escape de las manos, pues no tenemos autorización de las entidades competentes para funcionar como casa de préstamos. Pero si a vos te parece, puedo hablar con *lekaja* y se te da una cierta suma para cubrir las necesidades del mercado de San Lorenzo y por qué no, con el tiempo, ir abarcando el mayor número de clientes. Pero esta actividad solamente vos vas a manejar porque tiene sus riesgos. Si es posible, todos los préstamos deben ser contra cheques.

—Yo creo que debemos enfocarnos primero en los clientes pequeños porque los descuentos de cheques deben ser más complicados; además, no creo que los mercaderos trabajen con cheques.

—¡No! Para nada no son complicadas. Esas operaciones son mucho más sencillas. Te traen el cheque, verificas, si no tiene rebote, le cambiás. Nosotros en la central manejamos un cinco por ciento mensual. Claro, vos podés levantar esa tasa si te parece que es riesgosa la operación. De cualquier manera, si el jefe acepta, te vamos a dar libertad de acción.

—Lo que yo quisiera es bajar esa tasa y así ayudar a esta gente. Si cobramos un interés muy

elevado no tendría sentido que alguien venga a prestar de nosotros. Van a seguir con sus usureros. Además, ¿no habría forma de legalizar esta actividad? Fíjese que así va a ser más fácil defenderse de los posibles morosos.

—Con respecto a la tasa de interés es conversable y en cuanto a la legalización, primero hay que comenzar, con mucha prudencia, captando los clientes y de acuerdo al movimiento, si va a funcionar, realizaremos las gestiones para conseguir la legalización. Primero tenemos que empezar con montos pequeños y asegurar nuestro dinero. Voy a hablar con *lekaja* y te aviso.

Mientras Marcos esperaba la respuesta, dedicó gran parte de las horas laborales para censar a los trabajadores del mercado y completar una base de datos. Él mismo contactó con los posibles clientes. Desde el momento en que anunció el motivo de las visitas, le llovieron personas deseosas de inscribirse en su listado, sin necesidad de volver a salir de la oficina.

Ante la respuesta positiva del gerente Benítez, Marcos inició la nueva operación. El resultado fue todo un éxito y en corto tiempo el local pasó a convertirse en un centro de entrada y salida permanente de clientes. Todos llegaban deseosos de solicitar préstamo.

Desde luego que la tasa de interés establecida era baja y los requisitos para conceder préstamos mínimos, pues Marcos encontró que el mayor obstáculo era la excesiva burocracia que empleaban las financieras e inclusive las cooperativas. El exceso de papeleo obligaba a los trabajadores a recurrir a la usura.

“Las necesidades son urgentes, no se puede estar llenando un montón de papeles cada vez que se solicita cien o doscientos mil guaraníes” había expresado otro de los mercaderos entrevistados.

Durante el tiempo que Marcos trabajó como gerente casi no había moroso, gracias al contacto permanente con los clientes. Personalmente visitaba a aquellos que no cumplían con sus créditos para averiguar qué les sucedía. Si la mora era debida a enfermedades o muerte de algún familiar, refinanciaba la deuda o hasta él pagaba por ellos a fin de que sigan manteniendo su buen nombre. Y todos, agradecidos, pagaban sus deudas y le regalaban frutas, quesos, hortalizas, huevos, hasta gallinas vivas.

Capítulo dos

Una maleta cargada de sueños

Amalia caminaba como zombi, arrastrando una maleta. La ropa que vestía —un saco de lana, una polera de jersey y un pantalón de corderoy— daba paso, sin contemplación, al helado viento que calaba sus huesos. Sostenía con las manos entumecidas —cambiando a ratos de una a otra— la manija de la maleta, mientras intentaba apresurar la marcha sin saber adónde ir. No esperaba tan baja temperatura; le habían advertido sobre los días fríos que la aguardaban, pero no esperó que fuera así. De pronto el dolor provocado por el duro cuero de sus botas se expandió por todo el cuerpo y ya no pudo caminar.

Quieta y silenciosa miró a lo lejos, pero no pudo ver nada porque la densa neblina cubría toda la ciudad y no le permitía ver, siquiera, dónde pisaba y mucho menos los edificios que se erguían a unos metros de ella. Tiritaba. Su corazón latía aceleradamente por el frío más el mal rato que había pasado. ¡Detenida por más de doce largas horas! No podía creerlo; pasó su primera noche en España como un delincuente. Había pagado el doble del precio del pasaje con la seguridad de que no sería demorada en el aeropuerto, haciendo, hasta si se quiere, un curso de teatro. Sin embargo, no solo fue detenida, sino despojada de sus documentos y equipaje.

Estaba a punto de ser deportada, cuando, milagrosamente, apareció un hombre y, luego de largas discusiones con los policías, logró que la dejaran libre y que le devolvieran todas sus pertenencias. El hombre misterioso la acompañó hasta un taxi sin pronunciar palabra alguna. Le pagó al taxista y le pidió que la lleve hasta el lugar donde estaría aguardando Azucena, su vecina y amiga. Nunca se imaginó que el hombre que la salvó de ser deportada sería tan importante en su vida.

Amalia descendió del taxi con la remota esperanza de encontrar a su amiga, pero incapaz de permanecer quieta, caminó sin rumbo hasta que las botas la detuvieron.

Cuando finalmente su vista se acostumbró al velo plateado que cubría la ciudad, miraba ansiosa hacia cada persona que pasaba a su lado. Estuvo parada casi una hora y como su amiga no apareció, empezó a caminar nuevamente hasta encontrar un taxi. Minutos después estaba en la parada de autobús.

Ella nunca pudo disfrutar de la belleza de Madrid, porque las veces que llegaba, por más de que el día estuviera soleado, se le presentaba la imagen de la ciudad llena de neblina. Pero, ¿realmente había mucha neblina en Madrid cuando Amalia llegó o solo era la bruma que invadía su alma la que le impidió ver más allá? Nunca lo supo.

Estaba a punto de abordar el autobús que la llevará a Málaga, ciudad indicada por otra vecina suya, como destino, en caso de que surja algún problema en Madrid, cuando escuchó su nombre. Aguzó sus sentidos y con gran alegría descubrió que Azucena salía de entre la multitud y se dirigía a su encuentro, pero por poco no cayó de espanto en el momento de acercarse pues era como una calavera andante.

Luego de los abrazos y saludos, Azucena explicó:

—Como no llegaste a la hora convenida ayer, fui a trabajar y ahora, antes de irme al piso, vine hasta acá por si acaso te encuentro. Estaba tan preocupada por ti y vine directamente del trabajo.

—Yo creí que no te iba a encontrar más luego, pero igual nomás te esperé un rato ahí donde me indicaste que me ibas a esperar. ¡Qué *piko* iba a pasar toda la noche esperándome! Y yo ni siquiera podía hacer una llamada.

—¡Estás rubia! Casi no te reconocí, ja, ja, ja.

—Pero ¡qué voy a ser rubia!, soy morocha. Estos son los claritos que me mandaron hacer en la agencia, para parecer una ejecutiva *gua'u*. Bueno, después te voy a contar toda mi aventura hasta aquí. ¡Dios mío! Todo lo que pasé en el aeropuerto, casi me enviaron de vuelta. ¡Pasé tanto miedo y rabia!

—Y, ¡qué te ha pasado! Cuéntame.

—¡Ay Dios mío! Nunca pensé que fuera tan difícil llegar hasta acá. Yo escuchaba en las noticias todo lo que historiaron sobre la gente enviada de vuelta, pero no podía imaginarme siquiera que yo podía volver a pasar por lo mismo. Resulta que esa primera vez pagué tanto y no pude entrar, así como te conté por teléfono. Después de eso *katu* contacté con otra agencia que le prepara luego a la gente que va a viajar. ¡Ay, demasiado quiero tomar algo, tengo la boca seca!

—Vamos a coger un taxi que nos llevará a mi piso. Allí podemos tomar tereré o si prefieres un refresco.

—¿Qué *piko* es el piso?

—¡Ja, ja, ja! Piso le llamamos al departamento donde vivimos.

—¡Ah! Vamos *na* allí entonces.

—¡Vale!

Mientras se dirigían a la casa, Amalia seguía hablando, tratando de disimular la turbación que le produjo la apariencia demacrada de Azucena.

—¡Qué bien se te ve a vos! —alabó Amalia sin saber qué decir, aunque la realidad era muy diferente: los ojos pequeños, enrojecidos, hundidos y bordeados por maquillaje escurrido por sus pómulos saltones y pálidos, mostraban largas noches sin dormir, además de aumentarle unos años de vida. Ella apenas tenía veinticinco años. Era una de las primeras mujeres de Capiatá que decidió aventurarse en España. Aparentemente le iba muy bien porque giraba abundante dinero todos los meses a su mamá.

—Yo comparto un piso, acá cerca, con una rusa, una brasilera y un señor que no sé si es peruano, boliviano, mexicano o centroamericano, porque paraguayo ni argentino no es; por su acento. La verdad es que él nunca me aclaró de dónde es, pero sí es americano. Ellos son mi familia ahora. Te cuento que ya me ayudaron bastante desde que nos conocimos, pero el señor es muy exigente; no quiere que le lleve a nadie al piso.

—¿Por qué?

—Esa es la regla, pero no te preocupes. Ya le hablé sobre ti —Azucena no quiso contarle la discusión que mantuvo con su jefe. Pensaba que cuando llegara su vecina, la dejaría quedarse en el piso y tal vez conseguirle algún trabajito.

—¿Y vos no podés vivir en la casa donde trabajás? Según me contaron, la mayoría de nuestra gente vive en su lugar de trabajo porque el alquiler es muy caro.

—Depende. Si tienes suerte de trabajar de sirvienta, tendrás donde vivir, pero te pagan poco por lo que haces. Yo me dedico a otra cosa (aunque no me guste lo que hago) donde gano en un día lo que ganaría en un mes como interna, limpiando baños o culos de los ancianos.

—¿Qué haces?

—Luego te lo cuento... Lo importante es que tú ya estás aquí. Bien, cuéntame cómo fue tu viaje.

Amalia quedó asombrada al ingresar al piso, pues era espacioso y bien equipado. Se imaginaba que sería una piecita con cuatro camas apiñadas, su cocinita, ollas y platos apilados, como describen otras vecinas suyas que vivían en esa ciudad. Pero no; era como una casa de rico: el piso amplio, con la sala totalmente separada de los dormitorios y cocina, con modernos muebles. Llegaron a las doce del día y la casa estaba vacía y silenciosa.

Las amigas almorzaron entre charlas y charlas. Azucena estaba ansiosa por escuchar noticias de su pueblo, de su familia.

—A mamá, ¿cómo la viste?

—Ella está bien. Ya mandó arreglar el techo de la casa. Tiene todo nuevo; ¡la muralla ya se construyó totalmente! ¡Ah! Y el baño nuevo que mandó hacer *katu* no te imaginás lo lindo que es. ¡Hasta bañera y mampara le colocaron!

—Me alegra mucho que sepan utilizar en forma el fruto de mi sacrificio, porque vivir acá es muy sacrificado. Todo es sacrificio, ya lo verás. Y dime cómo fue tu viaje.

—¡Ay, Dios mío! Ahora recién me estoy convenciendo de estar aquí. Como te conté, aquella primera vez que intenté venir, esa mujer de mierda me jodió; no me hizo entrar como me prometió. Después me contaron que hasta demanda ya le hicieron luego había sido.

—Y ¿por qué la demanda?

—Porque cobra una fortuna con la promesa de meterte directo a España y no ocurre así. Muchos son enviados de vuelta, así como me sucedió a mí. Cuando regresé, entré en una tremenda depresión y tuve el deseo desesperado de volver a intentar entrar. Según me contaron de venida, eso es común entre las personas que rebotan. Es como si sintiera mucha rabia, capricho por entrar y tomás el coraje y decís, como dije yo: “voy a entrar como sea, cueste lo que cueste”. Y aquí estoy, pero no es tan fácil. Es más, desde que murió mi pobre Jacinto la vida se me complicó. Todo me resulta difícil últimamente, pero, en fin, tengo que saber sobrellevar como estoy haciendo.

Bueno, como te había contado, después de volver de Londres directo al aeropuerto Silvio Pettrossi, me sentí morir. El aeropuerto parecía un mercado; estaba lleno de periodistas. Había sido que la gran noticia del día era que sesenta paraguayos fueron echados del aeropuerto de Barajas como perros... y ellos estaban esperando para la primicia. ¡Yo *ko* no llegué luego a España! ¡A mí desde Londres ya me enviaron de vuelta!

Resulta que a esos estúpidos periodistas lo único que les interesa es la noticia que quieren difundir; no les importa cómo está sufriendo la persona afectada ni si de dónde *va* a sacar la plata para pagar la enorme deuda en que se hundió para viajar. Te juro que yo de la rabia le dije muchas cosas a un periodista y ¡sabés que no publicó! Yo, al día siguiente, por eso nomás, compré el diario y no encontré nada de lo que le dije. Después de llegar a casa vinieron los vecinos a solidarizarse, como siempre, y entre ellos vino, ña Ramona, la mamá de Serafina. Me preguntó si yo pensaba intentar de nuevo; en ese caso, ella me iba a llevar a la agencia con la que viajó su hija. Así fue como entré en contacto con la agencia que me ayudó para poder entrar esta vez.

—Y, ¿cómo fue? Porque yo vine con esa que tú rebotaste y no tuve problema. Es raro que tú hayas tenido problema.

—Sí, pero parece que la dueña de la agencia está luego con problema. Ya te dije, tiene hasta demanda encima y parece que perdió aquí su contacto.

—Debe ser eso.

—Cuando me recuperé un poco, mamá vendió su chacra, ya tenía el importe del pasaje y ña Ramona me acompañó a esa agencia. Al principio *ko* me dio rabia y después me reí mucho de ello.

—¿Por qué?

—Porque la señora me miró de pies a cabeza y exclamó:

“Vos le pareces a una perfecta empleada doméstica y eso tenemos que cambiar”. Yo nunca trabajé como empleada doméstica. No sé porque creyó eso. Y aunque así fuera, no tendría por qué decirme de esa forma. La miré bien y hablé fuerte (encima que era una vieja teñida la que me atendió):

“Yo vine para ver si ustedes *pa* me pueden facilitar el pasaje para entrar a España. Nada más, no para hablar de mi apariencia”.

“¡Disculpáme, señora! No quise ofenderte. Lo que quiero explicar es que nosotros comenzamos mejorando la apariencia del viajero. Todos los que viajan con nosotros son supuestos ejecutivos, empresarios, que van a hacer un tour por Europa. Acá damos, primeramente, unas lecciones a los candidatos y los que no están preparados no viajan para no hacer fracasar al grupo”, aclaró sonriendo.

“Y cómo es eso”, le pregunté.

“Bueno, como te expliqué, tenemos que cambiar tu apariencia. Para eso comenzaremos a cortarte el pelo, haciendo unos reflejos para parecer más interesante. ¿A qué te dedicas?

“Soy ama de casa”.

“¿Nunca trabajaste?”

“Apenas trabajé un mes en una tienda de ropa”.

“Ya. Te podemos incluir en el rubro gastronómico. Vamos a decir que sos propietaria de una cadena de restaurantes”, sugirió.

Así, nos enseñaron a veinte personas: un albañil, pasó a ser arquitecto; una modista se convirtió en una diseñadora de modas; las restantes y yo, en propietarias de cadenas de supermercados, tiendas y restaurantes.

Asistimos a las reuniones casi un mes seguido y estudiamos lo que teníamos que decir y cuándo callarnos.

“Todo lo que puedan decir les va a ayudar a pasar los controles de entrada. Y nada de camperita de cuero y vaquero”, nos aconsejó. Todo era incógnito. Nadie sabía por dónde íbamos a entrar.

A mí me mandaron hacer un nuevo pasaporte, porque el mío ya tenía el sello del aeropuerto. Y me hicieron comprar esta maleta más chica y cargarla con ropas nuevas.

Al llegar el gran día todos estábamos muy bien preparados. Hasta tarjeta de crédito teníamos.

—Nada de fotos ni de recuerdos de familia nos dijeron y así lo hicimos.

Salimos a las cinco de la mañana para ir a Sao Paulo y luego directo a Inglaterra. Esa era toda la información que teníamos.

Todos estábamos bien vestidos, peinados y las mujeres maquilladas. Éramos grandes empresarios *gua'u*, con el deseo de divertirnos, que íbamos rumbo a Europa a gastar nuestro dinero. Llegamos a Sao Paulo y ahí nos encontramos con un guía que nos iba a acompañar hasta nuestro destino final. Tenía en su mano una guía completa de lugares turísticos que íbamos a

conocer. El guía viajaba dos o tres veces al mes con distintos grupos y nadie rebotó de él hasta el momento. Estábamos tranquilos de ese lado. Así, cada uno de nosotros tenía algo diferente que decir en caso de que nos agarre algún policía.

Todos veníamos con mucho miedo y yo más todavía porque era la segunda vez en menos de un año que estaba intentando entrar.

Llegamos a Londres, me agarró un *pirí* cuando entré de nuevo en ese laberinto. Mi corazón parecía que iba a salir por mi boca, pero traté de tranquilizarme. Solo teníamos que quedarnos allí dos horas y luego continuar volando. Más de uno, al querer entrar al baño, se perdió del grupo, pero, gracias a Dios, al final nos encontramos todos en la enorme puerta de embarque. De nuevo el viaje y finalmente llegamos al aeropuerto de Viena. Cada uno iba pasando y mostrando su pasaporte.

Yo temblaba de miedo, no podría volver a mi Paraguay. Era tanto el miedo que sentía cuando llegué al controlador que comencé a toser como una condenada. Apenas le pude pasar mi pasaporte. El controlador me miró sin mucho interés y me hizo pasar. Mi Dios y la Virgencita de Caacupé estaban conmigo, pues al darme cuenta ya estaba en un hermoso hotel, en una ciudad linda y mirando la televisión sin entender lo que decían. Ya tenía mi permiso de entrada a Europa, pero todavía no llegaba a España. Dormimos en el hotel y al día siguiente recorrimos la ciudad muy linda. ¡Nunca vi nada tan lindo en mi vida!

A las tres de la tarde estábamos toditos temblorosos volando rumbo a Madrid... Vos *pa* conoces a esos animalitos salvajes que están atrapados en una gran jaula. ¡Nosotros éramos como ellos!

El guía nos informó que al entrar al aeropuerto de Madrid terminaba su trabajo y nos dio una nueva guía de supuestos lugares que íbamos a conocer. Nos desesperamos tanto cuando llegamos al aeropuerto porque el guía asustado nos avisó que hay un nuevo control para los que viajan a Roma, que es adonde íbamos a irnos *gua'ú*.

Para aumentar nuestra desesperación, aparecieron siete policías de civil, quienes nos hicieron pasar uno a uno para una entrevista. Estábamos todos cagados, por eso cada uno contó todo lo que vino a hacer, y todos nos olvidamos de los argumentos que estudiamos.

Yo les dije que venía de vacaciones de trabajo, pero me miraron de pies a cabeza y me dijeron que hay una lista de mujeres que vienen a prostituirse y me colocaron en esa lista. Les pregunté si yo *pa* tenía pinta de puta. Me miraron, pero no me respondieron. ¡Dios mío!, tenía ganas de llorar, pero no tenía *ko* ni media gota de lágrima.

Llegó la noche y nadie podía salir. Todos estábamos detenidos y a punto de rebotar. Por eso fue lo que no te pude llamar.

Pasamos la noche en el aeropuerto, como en un calabozo hasta que, finalmente, a eso de las ocho y media de la mañana, apareció un señor, que no sé quién era. Habló, discutió con los policías y luego nos largaron, pero antes un policía nos advirtió:

“Vayan con Dios, porque si los cogemos, vuelven directo a Paraguay”.

—Y aquí estoy amiga, todavía temblando.

Al pasar las horas y caer la noche, apareció el señor Armando, el compañero del piso; un hombre retacón, de cuello corto y de facciones que no eran muy diferentes de sus antepasados indígenas. No tendría más de cuarenta años. Con ceños fruncidos, ojos desorbitados y olvidándose de que la esclavitud ha sido abolida muchos años atrás, se dirigió a Azucena con una voz que no parecía provenir de ese sapo con patas largas:

—¿Qué piensas para traer al piso a esta mujer?

—Pero yo ya te hablé de ella y tú me habías dicho que podríamos ayudarla.

—¡No señora! Tú me has dicho que es como tú, pero ella es mucho mayor. ¿Quién quiere a alguien como ella? ¡Tienes que sacarla inmediatamente de acá!

—Pero Armando, tú sabes bien que hay trabajo para su edad. Podrías ayudarla. Además, ella no tiene adónde ir si acaba de llegar.

—Llévala a cualquier lugar; yo no la quiero en el piso.

—Pero solo por esta noche; hace mucho frío y no la puedo abandonar. Es mi compueblana; algo tengo que hacer por ella.

—Lo siento, pero cada minuto que está aquí gasta nuestra energía, ocupa espacio, ¡no puede estar aquí! Sácala ahora mismo pues tú debes trabajar. ¡Debes irte inmediatamente a cumplir con tu compromiso laboral!

Aparentemente el aspecto de Amalia colmó de mal humor a Armando. Y era evidente que Azucena no tenía ninguna autoridad en el piso. Amalia, horrorizada por lo que acababa de escuchar, miró hacia afuera, ¡adonde ir a esa hora! Se sentía tan desesperada. No quería pagar por un cuarto de hotel porque era muy costoso; es cierto, tenía mil euros que era una exigencia para viajar, pero quería conservarlos.

Azucena habló entre lágrimas:

—Siento mucho Amalia lo que pasa, pero ya has oído al señor... Él es mi jefe y debo hacer únicamente lo que me dice.

—No te vayas a preocupar, Azucena. Yo hablé también con Serafina. Ella vive en Málaga, pero no en la ciudad misma, sino en otra ciudad que no me acuerdo de cómo se llama. Quedamos luego que le avise nomás a cualquier hora que llegue a Málaga, que me va a buscar para ubicarme. Me iba a ir ya luego junto a ella cuando vos apareciste. Me hubieras avisado, así no te iba a causar molestias.

—¡Qué suerte que ya hablaste con Serafina! Pero ahora ya es tarde y yo no puedo acompañarte a la parada, pues ya has oído a mi jefe: debo trabajar.

—Sí, ya escuché todo —suspiró Amalia.

—Esta no es la primera vez que me hace esto, pero no te preocupes. Yo te daré una manta y almohada y puedes acostarte debajo de la escalera. Ya he acomodado varias veces a otras personas allí.

Amalia salió de la habitación, bajó la escalera y encontró un espacio menor a un metro cuadrado.

—Te dejaré una llave y cuando salga Armando puedes entrar al baño, si deseas, o comer algo —indicó Azucena al salir apresuradamente.

—Gracias —susurró Amalia al quedarse con su frío y soledad.

Se acurrucó en el pequeño espacio bajo la escalera, abrazada a su equipaje y envuelta con la manta que le había dado Azucena. Tenía intenciones de dormir, pero su ángel del sueño no aparecía a pesar del cansancio. Estaba con el espíritu muy excitado por haber llegado a su destino, pero sin saber aún lo que le espera. Afuera, el ruido de los autos que pasaban continuamente y algunos pasos que se acercaban y luego se alejaban lentamente; voces, risas. Tiritaba de frío y se sentía sofocada a la vez; quería salir y correr, pero estaba atrapada. *Mi segunda noche en Madrid: la primera detenida en el aeropuerto de Barajas y la segunda encerrada en este rincón oscuro de un lugar desconocido.* La larga y solitaria noche trajo consigo incertidumbre y recuerdos. No podía proyectarse hacia el futuro, pues todo era incierto; solo podía pensar en el pasado. La vida pasada invadía su mente: la extrema necesidad que pasó

que la impulsó a salir del país... Ríos de lágrimas cruzaron sus mejillas. Así pasaron los interminables minutos y horas esperando el amanecer.

Cuando finalmente la noche cedió su turno al alba, Amalia escuchó pasos que se detenían ante la puerta y la llave en la cerradura. Se sintió muy aliviada creyendo que sería su amiga, pero no era ella. Dos mujeres, tambaleando, ingresaron al pasillo; hablaban de manera incoherente y se reían a carcajadas. Intentaron subir las escaleras, pero una de ellas perdió un escalón y se cayó estrepitosamente sobre el duro piso, mientras la otra se moría de risa. Momentos después ambas se acomodaron en el primer peldaño, sin que las risas las abandonaran e inmediatamente quedaron dormidas. Amalia las observaba con curiosidad. Pasaron algunos minutos hasta que escuchó de nuevo el ruido de la llave en la cerradura. Era Azucena; al ver tiradas a sus compañeras exclamó:

—¿Qué están haciendo tiradas en el piso?

Con voz inconfundible de brasileña respondió una de ellas al incorporarse:

—Te estamos aguardando pues no podemos subir las escaleras, ja, ja, ja.

—¡Pero qué locas están! —exclamó Azucena y dirigiéndose a Amalia le preguntó:

—¿A qué hora llegaron? Seguro que no te dejaron dormir.

Amalia respondió, saliendo de su escondite:

—Hace un rato nomás. Después de amanecer todo ya. Yo demasiado quería ayudarles a subir la escalera porque no podían *ko* ni pararse las pobres, pero tenía miedo de que me denuncien. Me parece que están muy borrachas.

—Casi siempre vuelven así, o sea, volvemos. Yo estaba muy preocupada por ti, por eso no consumí nada. Oye amiga, ayúdame a trasladarlas hasta el piso.

Azucena trataba de levantar primero a la brasileña que era mucho más corpulenta que ella. Las dos mujeres, en aparente estado etílico, no se percataron de la presencia de Amalia y las amigas, arrastrando primero a la brasilera y luego a la rusa, las acomodaron en sus respectivas camas.

—Gracias Amalia por tu ayuda, porque si tú no estuvieras, yo las hubiera dejado dormir en el suelo, porque sola no tengo fuerza. Bueno, ¿tú entraste por lo menos al baño, dormiste algo?

—¡Ay, Azucena! Yo *ko* no entré en el baño porque tenía miedo de que venga ese señor y de dormir *katú*, ni un sueño. Demasiado frío y miedo tenía.

—¡Pobrecita! ¿Quieres desayunar o tomar mate? Armando no llegará hasta las doce y ahora son, apenas, las siete. Si quieres, entra al baño y luego desayunas, seguro que tienes hambre.

—¿Las siete recién es? ¡Es posible! Yo creí que eran las doce o que.

—Ja, ja, ja, eso es porque no dormiste nada. Bueno pasa al baño, pero no uses mucha agua pues acá es sagrada.

—No te vayas a preocupar. Tengo demasiado frío luego para bañarme tanto.

Una vez aseada Amalia, las amigas desayunaron y luego se dispusieron a tomar mate y charlar.

—Bueno, contáme *na* qué es lo que vos hacés —se interesó Amalia.

—Ay, Amalia, es triste, pero debo confesarte: trabajo de prostituta en un puticlub. Anastasia y Solange también, pero yo estoy separada de ellas.

—¿Quienes *piko* son Anastasia y Solange!

—Son mis compañeras, a quienes las subimos hasta el cuarto. Aún no te las he presentado, pero cómo podría presentarlas en el estado en que estaban las dos. Bien, como te estaba diciendo, las tres trabajamos en prostíbulos. Es en lo que se gana el dinero. Yo primero intenté muchas cosas y no conseguía nada; llegué a dormir hasta debajo del puente. Luego le conocí a Armando y él me trajo acá y me consiguió el empleo. Es muy bueno, solamente que debo pagarle por cuidarme y protegerme. Me lleva cada tres meses al hospital para hacerme todos los análisis y ver

si tengo alguna enfermedad.

Antes de conocerle, yo andaba tirada por las calles, nadie me hacía caso. Pasé hambre, frío. Como no conseguí trabajo cuando llegué, traté de acercarme a las paraguayas, pero ¡nunca me imaginé que fueran tan malas! Nadie me brindó ayuda. Todas me dieron las espaldas.

Yo me convertí en una mendiga y comencé a prostituirme detrás de los gitanos. Ellos son los que manejan, acá, el mercado de la prostitución. Pero ¡son tan sucios! Me hacían trabajar y me sacaban toda la plata y encima me ¡hacían lamer el trasero! ¡Sí! ¡Me hacían lamer el trasero, así como lo oyes!

Luego conocí a Armando, él me rescató de los gitanos y me dio esta vida. Tú me estás mirando con rareza, pero te estoy confiando la verdad. Todos los que venimos a España lo hacemos pues tenemos un sueño: queremos trabajar duro, ganar mucha plata y enviar a nuestra gente para pagar la cuenta, educar a los hijos, comprar una casa y solucionar el problema económico que tenemos. Pero eso es solo un sueño. La realidad es muy distinta. Trabajamos como burros y somos mal pagados. Es cierto, para nuestro país es mucho lo que se gana acá, pero a qué precio: abandonando a la familia, a los hijos, al esposo o esposa, al novio, como en mi caso, y lo que hacemos acá ya a nadie le importa. Con tal de enviar el dinero.

Tampoco es posible llegar a España y conseguir empleo enseguida. Eso lleva su tiempo. Si no tienes algún contacto es difícil.

Mira en que yo me he convertido. Tú me has dicho al encontrarnos que estoy linda y me causó risa, aunque no haya reído. Estoy segura que lo has dicho porque te asustó mi aspecto y no sabías qué decir.

Yo te comprendo, mi rostro puede asustar a cualquiera y mucho más horror puede causar mi alma, pero gracias a Dios eso nadie puede ver. Soy un despojo humano. Estoy destruida, ya me es imposible hacer otra cosa y volver a Paraguay con el sueño roto, ¡jamás! —Amalia la escuchaba con atención sin decir una palabra.

Yo quiero trabajar en el lugar donde trabajan mis compañeras, pero no me quieren contratar por más de que Armando haya insistido. Dicen que no tengo condiciones.

—¿Por qué querés trabajar allí? ¿Qué diferencia hay con el lugar donde vos trabajás?

—¡Verás, hay muchísimas diferencias! Verás, donde mis amigas trabajan van solamente hombres de plata, extranjeros y limpios, que dejan muchas propinas. Dicen que si por ahí aparece algún árabe a quien gustas, ya no te deja. Te alquila para él y ya nadie puede mirarte. Tú eres solamente suya. Eres como su esposa, claro que no te lleva con él. Y los franceses, italianos, alemanes... todos hombres adinerados. ¡Ay, si yo pudiera trabajar allí!

—¿Por qué no podés trabajar allí?

—Mírame Amalia. Yo no soy linda; tengo lindo cuerpo, pero de cara fea y casi soy negra y acá se discrimina mucho a la gente de piel oscura. ¡No ves acaso cómo son blancas y lindas mis compañeras!

—La verdad es que en el estado que estaban, no son nada lindas.

—Ja, ja, ja, es cierto, pero si las ves bien vestidas y maquilladas no las reconocerías.

—Me imagino. Y por qué toman hasta ese punto. No sé cómo habrán llegado hasta acá.

—Pero ¡ellas no estaban tomadas!

—¡No me vaya a querer embromar, si yo las he visto!

—Cierto te digo Amalia. Ellas no estaban tomadas; estaban drogadas. Así vienen siempre, duermen durante todo el día y luego se despiertan fresquitas y dispuestas para continuar.

—¡No me digas! Yo creí que estaban borrachas, ¡pobrecitas! ¡Cómo *anga piko* podés vivir así!

—Ésta es la vida que muchas de nosotras llevamos acá. Yo quiero cambiarme de trabajo porque en el lugar donde estoy es lo último. Llegan hombres de todo tipo. Esos camioneros grandes y sucios a quienes les tienes que hacer todo lo que te piden, para eso pagan... Ya estoy cansada... Hay veces que no quiero que nadie me toque, me asquee. Muchas veces no quiero trabajar, pero igual debo irme. Y es cuando estoy así lo que más recorro a la pastilla. Es lo que me da fuerza para que me metan todo lo que quieren por todos lados o meter en mi boca lo más repugnante y sucio que puedan tener los hombres.

Yo voy a mi trabajo vestida, así como me ves, al llegar allá me maquillan, me peinan y me dan otras ropas para ponerme; ropa sexy de prostituta. Luego me dan de tomar una bebida y una pastilla que me vuelven totalmente otra persona. Lo único que te puedo decir, amiga, es que sin ese líquido y sin esa pastilla sería imposible trabajar porque, como ya te lo he dicho, van hombres sucios de todo tipo y para aguantar eso, así normal, jamás podría lograrlo.

Yo pensaba quedarme dos años nomás en este trabajo y después volver a casa, pero eso es imposible pues Armando me hizo firmar un contrato por cinco años con el puticlub y él maneja todos mis documentos y mi dinero. Yo tengo que rendirle cuenta de mi trabajo diariamente: si cuántos clientes atendí. No puedo mentirle pues él está en comunicación permanente con el dueño del local.

Amalia quedó pensativa por un momento, y luego preguntó:

—¿Tu mamá *piko* sabe lo que hacés?

—Pero ¡qué va a saber ella! ¡Aunque sepa no me importa! Y si sabe, no creo que me condene, si total, ella lo único que quiere es que le envíe dinero todos los meses y lo que haga o cómo consigo no le importa —se lamentó Azucena enjugando sus lágrimas—. Yo a Pablo, mi novio, le conté y le aconsejé que no me espere más; que no soy digna de él —se calló porque la torrente de agua le impedía seguir hablando.

—¿Y qué haces, aparte de eso?

—Nada. Qué te parece que puedo hacer. Paso todos los días aburrida de la casa al club. De día me encierro en el piso, miro televisión y a la noche... bueno, voy al puticlub a trabajar y al día siguiente lavo mi ropa, plancho, limpio el piso; hay veces que cocino, otras veces compro la comida hecha. Lo que pasa es que, si a la noche tengo muchos clientes, al día siguiente no tengo ganas de nada. Y si no tengo clientes a la noche, igual no puedo dormir, doy vueltas y vueltas en la cama; parece que es mi conciencia la que no me deja. Hay veces que duermo toda la mañana y parte de la tarde y cuando me despierto, mientras que me baño ya llega la noche y de vuelta a trabajar.

Todo es terrible aquí. Muchas veces yo me pregunto quién soy. Me miro al espejo y no encuentro ni rastro de aquella chica llena de ilusiones que dejó su país. He perdido todo, hasta la dignidad.

—No trataste *piko* de cambiar de trabajo.

—Ya te dije que todo es difícil. Hay veces, cuando no tengo clientes, salgo temprano y busco otro empleo. Tuve algunas entrevistas, pero la paga es muy poca, además sin documentos y sin estudios... ¿Qué puedo hacer? De dependienta, de interna, no sé. Yo nunca hice nada. Tú sabes bien cómo vivía en casa: por más de que éramos pobres, papá no me dejaba trabajar de empleada doméstica y en nuestra casa no había luego nada que limpiar, apenas para barrer y donde intenté trabajar no me tenían paciencia para enseñarme a utilizar todos esos chirimbolos que tienen. Nosotros apenas teníamos una cocina a gas en casa... nunca he visto ni lavarropas, mucho menos microondas.

—¿Tenés amigos?

—Mis amigos son Armando, Anastasia y Solange. Pero no son amigos propiamente. Con las chicas casi no nos vemos, apenas nos saludamos, solamente cuando una está enferma todas nos ayudamos... Tenía una amiga, que era mi compañera de trabajo, una profesora. Se llamaba Graciela, era de Concepción. Una joven muy linda y educada que también vino a rebuscarse por acá y cayó en desgracia pues le tomó VIH/SIDA. Después de hacer su análisis y saber el resultado, vino junto a mí. Había sido para despedirse. Me habló mucho, me aconsejó que me cuidara, que tratara de usar siempre condón y tres días después la encontraron colgada en su piso. Fue todo muy triste. Desde ese día es como si no quisiera tener más una amiga íntima. Tengo muchos conocidos, pero hasta ahí nomás.

—¡*Aichejárange* Azucena! —Amalia la abrazó como una madre afligida y la consoló—. Yo te voy a ayudar a salir de esto, no sé cómo, pero voy a lograrlo. Te aseguro que en un año a más tardar te vas a olvidar de todo esto, y a ese tu caficho, le vamos a hacer devolver hasta el último centavo que te sacó. Tranquilizáte nomás y tratá de no tomar más el líquido ni la pastilla que te dan. Fijate *na* que si vos estás cuerda va a ser más fácil luchar.

—¡Pero es imposible aguantar sin eso! ¡Cómo voy a poder soportar normalmente a esos sucios y apestosos que aparecen!

—Claro que vas a poder, pensá *na* en otra cosa nomás.

—Para vos es fácil decir eso.

—Sí, es cierto, pero en todo caso debes tomar solamente si no vas a poder soportar.

—Voy a intentarlo.

Cerca de las diez de la mañana Azucena acompañó a su vecina hasta la parada del autobús. Antes de despedirse le suplicó:

—Por favor, Amalia, no le cuentes a Serafina lo que yo hago aquí ni a tu mamá para que nadie sepa. Yo digo que no me importa que se sepa, pero no es así. Yo hago esto porque no tengo otra salida nomás.

—No te vayas a preocupar. Yo ese secreto voy a llevar hasta la tumba y no te olvides de que muy pronto voy a hacer algo por vos. Yo cuando tenga un trabajo le voy a devolver el dinero a mi mamá y después ya voy a comprar para mi celular y te voy a llamar para darte el número para poder llamarme cuando querés. Pero lo primero que voy a procurar es aprender a chatear. ¡Yo *ko* antes de venir hasta estudié para saber manejar la computadora! Ja, ja, ja, Margarita que estudia computación en la escuela me llevó hasta un *cyber* y me mostró todo y me abrió para mi *orkut*. Voy a ver si aprendí algo, ja, ja, ja.

—¡Seguro que aprendiste! Y si no, acá te van a enseñar, de eso no te preocupes. Gracias Amalia por tu silencio y mucho saludo a Serafina.

—Gracias a vos Azucena por ayudarme a pasar mi segunda noche en Madrid.

Amalia abordó el primer autobús que la llevará a su destino final. Pensativa se acomodó en el asiento. Se sentía apesadumbrada al descubrir la vida que llevaba una de sus vecinas en el lejano país.

Capítulo tres

El ayer

Marcos, como mejor egresado del colegio, había ganado una beca de estudios para la Universidad de Asunción. Ingresar a tan prestigiosa casa de estudios fue como llegar a un banquete sin ser invitado.

Los primeros años en la universidad fueron muy difíciles para el estudiante que se encontró en un mundo desconocido. Jóvenes con ropa de marca, autos lujosos y conductas raras le hicieron sentir fuera de lugar.

La necesidad económica por la que estaba atravesando su familia no le permitía al joven universitario cambiar de ropa todos los días. Eligió como uniforme un vaquero azul, una remera blanca y en invierno una desteñida campera de cuero que también llevaba a su trabajo de repartidor. Proveniente de un colegio público no estaba acostumbrado a frecuentar el círculo de los ricos. A pesar de ser el mejor egresado, comprendió que esa no era la condición para abrir las puertas de la sociedad. Él era un pobretón que gracias a su inteligencia y dedicación ganó una beca y la estaba aprovechando. Nada más. Pocos compañeros se le acercaban, apenas cuatro o cinco, y su timidez más el complejo de inferioridad que sufría, no le permitían acercarse a otros compañeros o iniciar alguna relación. Se sentía rechazado; hasta los profesores le daban poca participación en clase. A pesar de todo se esforzaba en sobresalir.

El primer día de clase se había cruzado en el pasillo con dos compañeras: Leticia y *Yerutí*. Con la torpeza de un novato chocó contra una de ellas y echó su cuaderno. Con la voz entrecortada pidió disculpas y se agachó a recogerlo. Leticia, la compañera en cuestión, le gritó “¡torpe!”, clavando su mirada en él. Marcos, afligido, lo único que quería era que le tragara la tierra. Con su cara de tomate volvió a pedir disculpas y ellas pasaron de largo riéndose, no sin antes decir, la misma compañera, “pobre tonto”. A partir de ese momento Marcos se cuidó muy bien de mantenerse alejado de las compañeras que parecían siamesas.

Al pasar el tiempo, Leticia y *Yerutí* buscaron su compañía. Él las evitaba porque les tenía un cierto temor, principalmente a Leticia que tenía para él toda la apariencia de *Lilit*: belleza inquietante, de gran sensualidad, persuasión, totalmente desinhibida y muy agresiva.

Leticia, conociendo sus atributos, buscaba llamar la atención de Marcos. Consideró como un desafío despertar su interés, más aún al notar su inseguridad. Trataba por todos los medios atraerlo; lo saludaba con besos, le hablaba al oído, le pedía que la acompañara a la cantina, pero él con respeto rechazaba cualquier contacto. La bella rubia de ojos azules no podía comprender por qué ese hombre muerto de hambre no le hacía caso. Ella descubrió, después de haberlo investigado, que él jamás hubiera podido pisar siquiera las puertas de la universidad si no fuera por la beca. Esa información provocó más aún su indignación. Como represalia a su desaire, comenzó a burlarse de él; lo humillaba delante de sus compañeros.

Al pasar los años, Leticia seguía obsesionada por Marcos. Acostumbrada a satisfacer todos sus caprichos, se sentía ofendida al preguntarse por qué un hombre insignificante no le prestaba la

debida atención, cayéndose a sus pies, como lo hacía la mayoría de los hombres a quien dirigía su interés. Entonces buscó una nueva estrategia. Había llegado a sus oídos que era otro desempleado más y habló con su padre para conseguirle empleo. Pero tenía miedo de que el orgullo estúpido que demostraba no le hiciera aceptar, por eso se valió de Pedro, otro compañero, para ofrecerle empleo en la casa de cambios de San Lorenzo. Claro, con la recomendación de que no le contara que la información provino de ella.

Cuando Pedro le informó de la vacancia a Marcos, él le pidió permiso para poner su nombre como referencia. Y si fuera necesario que intercediera a su favor.

Marcos fue aceptado sin examen previo en la casa de cambios y empezó a trabajar inmediatamente. Desde el primer día se desempeñaba correctamente. Trabajaba en forma incansable; era el primero en llegar y el último en retirarse, hacía su trabajo y los de otros también —con tal de aprender—. No se conformaba con ser un simple auxiliar contable. Aspiraba, en secreto, a ascender a un cargo superior antes de concluir la carrera universitaria. Y, al parecer, su esfuerzo, responsabilidad y honestidad demostrados, le brindaron un año después el puesto de subgerente.

Marcos era el menor de seis hermanos. Su padre, don Francisco Garay (don Pancho), era un hombre trabajador, propietario de una panadería que, con el auge de los supermercados con su panificado a precio bajo, tuvo que pasar muchas penurias para no cerrarla... A pesar de la crisis no podía cambiar de rubro pues su avanzada edad no le permitiría realizar otro tipo de trabajo, además, toda la vida se había dedicado a producir pan.

La familia Garay pasó una crisis económica muy fuerte. Había días en que en la panadería no se vendía nada y los gastos eran grandes; la energía eléctrica, los empleados, la harina, el combustible que subía cada mes... Todo subía y nada alcanzaba. Dejaron de comprar ropa y zapatos; despidieron a los pocos empleados que permanecían fieles en sus puestos; los cuatro hermanos mayores se dedicaron a la producción y Marcos salía en una camioneta destartalada a vender. A pesar de la miseria reinante, la familia se mantenía unida, esperanzada, aguardando un mañana mejor. Solo Efraín, el mayor de los hermanos, casado, vivía ajeno a las necesidades de su familia, pues se había trasladado a Ciudad del Este a trabajar.

El día en que Pedro avisó a Marcos sobre el puesto vacante en la casa de cambios, él preparó su currículum y sin mucho entusiasmo fue a entregarlo. No esperaba nada puesto que lo poco que ganaba en la panadería se gastaba en copias de currículum y pasajes para llevar a las diferentes empresas donde había vacancia sin obtener resultado alguno. Cuán grande fue su sorpresa al ser llamado para una entrevista, apenas un día después de haber entregado los documentos. La sorpresa fue aún mayor cuando a la siguiente semana, vistiendo su viejo pantalón —antiguo uniforme del colegio—, su camisa blanca y una corbata de su padre, se dirigía rumbo al primer empleo, sin saber que ése sería el inicio de una nueva vida.

Don Pancho y doña María, su esposa, aguardaban impacientes el retorno de Marcos. Cuando, finalmente, él regresó con las novedades, detallando el tipo de actividades que iba a realizar, le invadieron los consejos de su padre:

—Marcos, pase lo que pase en tu trabajo, no te olvides de que la honestidad es la que te va a abrir todas las puertas del mundo. Nunca te involucres con actividades deshonestas, porque eso mi hijo no te va a servir de nada. Tené en cuenta mis consejos.

—Papá, no te vayas a preocupar. No te voy a defraudar. No voy a ensuciar nunca nuestro apellido. Tranquilizáte. Yo alguna vez voy a tener mucho dinero, te aseguro, y no va a ser por medio ilícito. Y vos vas a dejar de preocuparte por la panadería.

—Me alegra escucharte decir eso, mi hijo. Y, ¿no hay por ahí alguna noviecita? Si hay me gustaría conocerla. No quiero que te avergüences de tu familia.

—Papá, no digas eso, no hay nadie. Si por ahí aparece alguien, vas a ser el primero en saber; pero no hay.

—¿Y por la facultad, no hay alguna chica linda?

—Hay muchísimas, pero ninguna que valga la pena. Son todas pendejas vacías, hijas de ricos, nadie rescatable... —se calló por un momento—. Hay una rubiaza que se pasaba hinchándose desde que comenzaron las clases, pero luego se tranquilizó. Habrá ligado a alguien por ahí y me dejó en paz. Parecía muy caliente por mí, pero seguro que alguien le hizo pasar su calentura.

—¡Marcos! ¡Cómo vas a hablar así! —interrumpió ña María que hasta ese momento permanecía callada.

—¡Mamá, no es contigo, no te metas! —replicó Marcos.

—¡Pero demasiado mal hablas de la pobre chica! —continuó doña María.

—Con papá estoy hablando, te digo; de hombre a hombre. Vos no te metas. —*¡Nde mita'í!* ¡Cómo no me voy a meter si sos mi hijo! —reaccionó ña María.

Marcos se levantó, abrazó a su mamá, la besó en la frente, suplicando:

—¡No te enojés conmigo mamita linda!

Marcos se había referido a Leticia como una chica vacía y arrogante, sin imaginarse el interés que él había despertado en ella.

La familia Garay vivía en el populoso Barrio Obrero, al otro extremo de San Lorenzo. La distancia hizo que Marcos rápidamente busque un departamento donde vivir, cerca de la oficina, a fin de evitar las incomodidades propias del viaje todos los días. Pero de igual modo era inevitable el desplazarse diariamente por el caótico tránsito capitalino, pues la universidad quedaba muy distante, a una hora o más en autobús. Debido a ello, y para evitar las llegadas tardías a la universidad —apenas había una hora de diferencia entre la salida del trabajo y su horario de entrada a clase— se vio obligado a comprar, financiado, un pequeño automóvil.

La independencia de Marcos produjo cierta preocupación a sus padres que mantenían la tradición de que sus hijos salieran de la casa recién después de casarse. Luego de las largas explicaciones que brindó el joven, finalmente comprendieron la situación y la aceptaron.

* * *

Entre tanto don José, cuantas más informaciones recibía sobre el desempeño del recomendado de su hija, quedaba más conforme. Le agradeció por el “empleado de lujo” que le había proporcionado.

—Gracias hija, por haber conseguido a un muchacho así. El licenciado Benítez me aseguró que hay muy pocos como él. En todos estos años han desfilado hombres y mujeres de todo tipo, pero no así tan ágiles. Tiene mucho futuro.

—Gracias papá por tenerle en cuenta. Te aseguro que es un muerto de hambre y encima orgulloso.

—¡Ah! Hay un gato encerrado en tu expresión. Contáme *che rajy* qué pasa con ese muchacho.

—¡Ay papá! ¡Qué va a pasar! Ya te dije, es un pobre muerto de hambre. Desde que entró a la facultad le he visto todos los días con la misma ropa. Te aseguro que le compadezco al pobre. Por eso te pedí el empleo para él y me alegro que no te defraude. Nada más. ¡Quién puede fijarse en

semejante *váiro*!

—Escucho despecho en tu expresión, ja, ja, ja.

—¡Papá, no seas ridículo! Ya te dije: es un *váiro* muerto de hambre y punto.

—Ja, ja, ja, me parece presentir otra cosa —se rió don José.

Ante tanta insistencia de su padre, Leticia tuvo que admitir su interés.

—¡Cómo me conocés, papi! Estás en lo cierto; es el único hombre en la facultad que no hace caso y es por eso mismo que me atrae. Es muy lindo, claro que no tiene clase, hay que pulirle, pero yo le puedo enseñar... ahora ya lo tengo atrapado. Luego voy a ver cómo me acerco a él para que caiga en mis brazos, ja, ja, ja.

Don José se rió porque lo consideraba como un capricho más de su hija, que por lo general duraba poco. Cuántos novios ya habían desfilado por la casa, todos despertaban mucho entusiasmo en ella, pero al poco tiempo terminaba porque no era el “hombre de su sueño”. Siempre, al final, aparecía algún defecto.

Don José Gavilán, propietario de una cuantiosa fortuna, controlaba sus negocios desde la clandestinidad de su vivienda donde tenía instalada la oficina central, con equipos de informática y comunicación en red con todas las sucursales. Debido a la inseguridad reinante quería mantener el anonimato para no andar con guardias, ni que sus hijas corrieran peligro. Los empleados de sus empresas no lo conocían; el gerente general era su vínculo con todos.

Después de la muerte de su esposa se hizo cargo de sus dos hijas, siendo un padre cariñoso y complaciente.

Leticia, la mayor, era soberbia, agresiva, caprichosa, egoísta —aunque sí muy cariñosa— a quien no le importaba el resto del mundo, solo el suyo; en cambio Soledad, dos años menor que su hermana, era humilde, generosa, cariñosa, tierna. Don José siempre comparó a Leticia con su esposa y a Soledad con él. Quizá esa comparación haya ocasionado que tuviera tanta compatibilidad con Leticia. Era su encanto, su mayor tesoro.

Leticia, satisfecha, observaba desde lejos el desempeño laboral de Marcos. No podía tenerlo, pero sí pudo ayudarlo, y era la primera vez en su vida que brinda alguna ayuda. Después de cierto tiempo logró apartar su interés de él, gracias a la última conquista: Maximiliano Herrero. El hombre de su sueño: apuesto, interesante, culto y de clase. El hombre ideal que hace suspirar a cualquier mujer. Acababa de llegar de los Estados Unidos donde había ido a cursar estudios de postgrado.

Maximiliano, de treinta y tres años de edad, rápidamente ganó el corazón de Leticia y el afecto de su suegro y cuñada. Galante, llenaba de atenciones y regalos a su novia. La visitaba todos los días, iba a buscarla a la facultad y salían por todas partes. Hacían mucha vida nocturna que era la pasión de Leticia. Un intenso amor envolvió a los dos.

A pesar de su enamoramiento, Leticia de vez en cuando echaba una mirada hacia el único hombre que la había rechazado en su vida y con mucha rabia descubrió que él estaba saliendo con *Yeruti*, la compañera que alguna vez fuera su amiga y confidente. Ese hecho produjo un resentimiento en ella, provocando el deseo de venganza: *esto me lo van a pagar caro, los dos se prometía al verlos juntos.*

Capítulo cuatro

Desamparada

La residencia de la familia Gavilán estaba ubicada en Villa Morra, a pasos de la avenida San Martín. Fue construida en un predio de diez mil metros cuadrados. La fachada principal tenía un alto muro y grandes bloques de mármol cubrían parte del mismo.

La puerta principal de acceso se hallaba mirando al sur y una adyacente formaba parte del muro, lo que impedía notar su presencia a primera vista.

El interior de la sala de estar se veía resplandeciente por el piso de granito blanco, el cielo raso y las paredes del mismo color. El tono pastel del juego de living, con detalles de madera y otros muebles sencillos, como mesitas, consolas de madera de color natural, permitían resaltar la sobriedad del ambiente. A continuación de la sala estaba el comedor donde se hallaba la amplia escalera que se dirigía al piso superior.

El comedor estaba amoblado con una mesa con detalles de madera con tapa de vidrio, ocho sillas tapizadas, un juego de living de dos cuerpos, dos sillones de cuero y el televisor ubicado en un mueble empotrado en la pared.

La cocina estaba separada del comedor por una isla que tenía el lavadero, mesa de trabajo y un precioso desayunador con sillas altas.

Alrededor de la casa estaba el hermoso jardín con plantas y césped bien cuidados, más una piscina con gruta y cascada. El alto muro que separaba a la propiedad de las calles impedía observar su interior.

Maximiliano vivía en un céntrico departamento, no tenía casa paterna, pues, según la historia que contó a Leticia, había perdido a sus padres en un accidente automovilístico, diez años atrás, y tampoco tenía hermanos. Por esa razón pasaba la mayor parte del tiempo en la casa de su novia y tenía intenciones de no prolongar por mucho tiempo las relaciones, pues “necesitaba formar una familia porque se sentía muy solo”. Con esa explicación pidió a Leticia que se casara con él. A ella le pareció buena la idea, creyendo que tenía todas las cualidades para ser su esposo. Sin embargo, don José estimó muy apresurada la decisión tomada por los novios considerando las debilidades de su hija. No veía con buenos ojos dicha unión.

—Por qué no esperan el año próximo, quiero que Leticia se reciba primero para casarse, total el año prácticamente se está acabando —sugirió don José cuando Maximiliano le habló sobre sus intenciones.

—Pero don José, ella igual puede terminar su carrera después de casarse —insistió el joven.

A don José, gran conocedor de la gente, le llamó poderosamente la atención el apuro de Maximiliano por casarse. Sin demora llamó al señor Salcedo, un detective privado a su servicio, para que investigara a su futuro yerno.

Salcedo, sin contratiempo alguno, inició las investigaciones.

La actitud misteriosa de Maximiliano y la desconfianza —propia del hombre de negocios— de don José exigieron a Salcedo rapidez en sus investigaciones.

Al cabo de dos semanas el detective fue convocado por don José y a pesar de no querer presentar informes inconclusos tuvo que presentarlos ante tanta exigencia del jefe.

—Don José, número uno: su yerno es soltero, no tiene esposa y aparentemente ningún compromiso con mujer alguna ni hijos que puedan reclamar algún derecho. Así que de ese lado no hay de qué preocuparse. Número dos: económicamente no hay de qué preocuparse: Don Maximiliano está en la lona, no tiene un carajo. Número tres, y aquí viene lo preocupante: la familia y el trabajo. Su mamá murió en un accidente automovilístico hace diez años, no tiene hermanos, solo una media hermana... Y aquí está lo jodido —Salcedo estaba acostumbrado a dar sus informes lentamente, resaltando cuando encontraba algún problema, repitiendo varias veces las frases para despertar mayor interés de su interlocutor — es muy jodido... muy jodido...

—Pero ¡qué es lo jodido! —gritó don José, pues la lentitud del detective lo estaba poniendo nervioso.

—Lo jodido es su papá... No encontré el certificado de defunción, o sea no hay rastro de cuándo murió. Es lo que estoy investigando ahora, por eso no quise brindarle todavía el informe, pero como me insistió tanto, hasta aquí llegué... Por ahora...

—¡Y qué hay con su trabajo!

—¡Ah! Eso sí que es más delicado aun...

Don José estaba perdiendo la paciencia y Salcedo no terminaba de hablar, buscando siempre ser el gran protagonista, comentando, repitiendo palabras, creando misterios detrás de los relatos, algo muy habitual en él.

—Es un bueno para nada. Es abogado, obtuvo el título de Doctor en Derecho en Estados Unidos. Usted ya sabe eso ¿verdad?

—Sí...

—Bueno, pero eso no le sirve de mucho acá... Acá a nadie le interesa un especialista en nada...

—¡Dejá pues de dar opiniones y vamos a los hechos! —se impacientó don José.

—Está bien. Como le estaba diciendo jefe, su título no le sirve mucho porque no consigue trabajo. Va todos los días a los tribunales a hacer alguna changa que le dan sus amigos, pero caso... así caso bien jugoso, no lo consigue. Y eso, según mi fuente reservada, es debido al trabajo turbio que realizó antes de viajar.

—¡Qué trabajo turbio! —se alarmó don José.

—En eso estoy, jefe. Eso me falta todavía, pero según me dijeron es muy turbio... muy turbio.

—¡Y que está esperando para obtener toda la información! Esa es la parte que me interesa. No me gustaría que mi hija se case con un sinvergüenza, caza fortuna. Quiero saber por dónde anda, con quién frecuenta, quiénes son sus amigos y por qué no, también sus enemigos si los tuviera.

—¡Muy bien, jefe! En cuarenta y ocho horas yo le traigo completita la información. Ya tengo todo, pero debo confirmar fehacientemente, para no hacer falsas acusaciones. Usted sabe cómo es mi trabajo, señor Gabilán.

—¡Por supuesto que sí, por eso le contrato siempre!

—¡Muy bien jefe, hasta dentro de cuarenta y ocho horas! —el detective se despidió, tratando de salir apresuradamente, pero sin lograr avanzar mucho, pues siendo rechoncho y rengu, al moverse pareciera que al dar dos pasos retrocedía uno.

Don José, aunque se sentía intranquilo, se rió al ver al detective alejarse. Siempre le pareció simpática su forma de moverse. A pesar de su figura obesa, su pelo ensortijado, su andar rengu, su traje desprolijo, era el mejor detective que había conocido. Hacía treinta años que estaba a su

servicio. Cualquier información relacionada con su familia o su empresa, siempre la proporcionó con veracidad.

* * *

Maximiliano Herrero, sin imaginarse siquiera que era objeto de investigación, realizaba sus actividades normalmente. Iba a los tribunales, visitaba a su novia y... también a su padre. Se sentía alentado por el futuro prometedor que le esperaba. Estaba seguro de que había encontrado la solución a su vida. Casarse, nada menos que con la hija del dueño de Cambios Total y disponer de todo el dinero del maldito suegro, sería lo mejor que podía sucederle en la vida. Pero el viejo que no cedía. Tendría que esperar unos meses, y mientras ¿qué hago? Se preguntó. Él ya había asumido una serie de compromisos a cumplir después de la boda, inclusive estaba debiendo algunos meses al hogar de ancianos donde tenía internado a su padre. Tendría que llamar a su maldita hermana y pedirle que le pase la mano. No tenía otra salida. Ella nunca se negó, a pesar de tener tantos hijos, *¿cómo se llaman sus hijos? Qué me voy a recordar, son demasiados*, pensó.

Se marchó rumbo a la casa de Amalia, su hermana. La humilde vivienda estaba ubicada en la ciudad de Capiatá, a doscientos metros de la ruta dos, sobre una ancha calle de tierra colorada, sin pavimento, ni vereda.

La calle, en días cálidos y secos, llenaba de polvo a los caminantes y vehículos, y en días lluviosos, el barro era el compañero inseparable de los zapatos de las personas y de las cubiertas de los vehículos que circulaban sobre ella.

La mayoría de las casas de la zona tenían patios amplios: algunos cien metros de frente y de fondo ciento cincuenta o doscientos metros. Y la casa de Amalia no era la excepción. Para llegar a la vivienda propiamente había que caminar unos setenta metros desde el portón, pasando por un camino de ladrillos bordeado por plantaciones de margaritas y un tupido pastizal. Al frente mismo de la casa se erguía, imponente, un frondoso árbol de mango que resguardaba a sus ocupantes y visitas del sofocante calor del verano. Pasando la casa estaba la huerta y, más allá, los árboles frutales.

Maximiliano, hermano de padre de Amalia, fue criado por su padre en Asunción y ella por la madre, allá en el fondo del país donde no había luz, ni agua corriente, solo hombres toscos a su alrededor. Siendo Maximiliano rubio, alto, robusto, fino, arrogante y su hermana, morocha, alta, humilde, sencilla, nadie podía saber el parentesco que había entre los dos. A pesar de no haber crecido juntos, se produjo un acercamiento entre ellos desde el momento en que se conocieron, unos quince años atrás.

Hacía tiempo que Maximiliano no aparecía por la casa de su hermana y se sorprendió al encontrarla de la misma manera; sin ninguna mejora. *Claro que no puede haber ninguna mejora, si tiene hijos como conejo* pensó al palmotear ante el portón, *además de casarse con ese hombre sin formación*. No comprendía cómo podía ser ella su hermana, ya que ni siquiera conocía el término ambición. Él sin embargo era bastante ambicioso.

Su ambición lo llevó a vender todos los bienes que poseía su padre, para ir a los Estados Unidos a buscar el doctorado. Volvió al país sin ni un guaraní, pero con el sueño cumplido: su flamante título de Doctor en Derecho, que le serviría para ganar mucho dinero y recuperar lo invertido.

Luego de palmotear por un buen rato apareció Amalia, delgada y hasta parecía más alta, con la sonrisa amplia. Ella lo recibió con cariño, como lo hacía habitualmente. Ese trato lo molestaba; le hubiera gustado que ella fuera menos amable; más fría y distante, como él, y no tan cálida como se presentaba siempre. Al final, él no merecía su cariño.

—¡Amalia! ¡Esta vez te encuentro sin panza! ¡Por fin dejaste de tener hijos!

—¡A la pucha, por qué no guardas tu comentario!

—Debo confesarte que yo venía pensando que te iba a encontrar embarazada ya otra vez, y me sorprende encontrarte así, ¡tan delgada y linda!

—Pero bueno, hermanito, ya es hora de cerrar la fábrica. Ya tengo cinco hijos.

—¡Para mí ya son muchos hijos!

—Para mí no, porque no quiero que mis hijos vivan lo mismo que yo: sin hermanos. Bueno, ¡vos también estás muy lindo Maximiliano!

—Lo mismo digo yo. ¡Siempre te entraba embarazada y a mí me horrorizan los embarazos! ¿Y tu marido alhaja por dónde anda?

—¡Maximiliano! ¡Sos igual que siempre! Los Estados Unidos no te cambiaron para nada, ¿verdad? Vamos adentro. ¡Chicos!, vengan a saludar a su tío que se equivocó de calle. Tus sobrinos ya no se acuerdan de vos, ¿cuánto hace que volviste?

—Hace un año. ¡Hola chicos! ¡A la pucha que están grandes y lindos! Yo tampoco sé quién es quién porque cada vez que venía aparecía uno nuevo.

—Bien, Máx, qué te trae por acá. Estoy segura de que no viniste a vernos ni a saber cómo *pa* estamos —recapitó Amalia ya bajo el frondoso mango, al pasarle una silla —sentáte pues.

—¡A la pucha que me conocés!

—¡Claro que te conozco! Si sos mi hermano. El hecho de que vos seas de sangre azul eso no cambia. Y, ¿qué necesitás?

—Yo nada, pero papá sí. Estoy apretado en este momento. Ando detrás de un negocio que no está queriendo salir. No tengo dinero y debo seis meses en el hogar. Si pago un mes por lo menos, doña Concepción me va a seguir aguantando y quiero saber si vos no tendrías la forma de conseguir... Aunque sea para pagar por un mes.

—Yo no tengo dinero en este momento, pero estoy solicitando un préstamo en la cooperativa. Puedo conseguir para pagar los seis meses. Esta semana terminé de pagar una cuenta y ahora estamos solicitando para construir la muralla que falta... ¿ves? —Amalia señaló hacia un costado de la propiedad.

—Sí.

—Pero eso no es urgente, hace años que vivimos así y no nos va a hacer nada un año más. Ya están todos los papeles en la cooperativa, solamente falta el certificado de trabajo de Jacinto que precisamente hoy me va a traer. Para mañana ya te voy a dar el dinero.

—Yo apenas cobro, te voy a devolver.

—No hace falta —Amalia sabía que, como siempre, nunca le devolvería el dinero, por eso le propuso— solamente cuando te sobra dame para la construcción.

—¡Ah! ¡Muy bien, no hay problema! Apenas me salga el negocio que te mencioné te voy a dar no solo para amurallar el patio, sino para transformar ¡toda tu casa!

—Para mañana seguro que yo voy a tener el dinero. Este préstamo va a ser rápido porque el anterior pagamos muy bien y eso tienen en cuenta para darnos de nuevo.

—Entonces te parece que venga mañana a la tardecita.

—O si querés yo puedo llevar a ña Concepción.

—No te molestes; yo voy a venir a buscar.

—Está bien; nos vemos mañana entonces.

Cuando Jacinto regresó de su trabajo, Amalia le contó de la visita de su hermano y de la urgente necesidad de pagar en el hogar.

—No tiene vergüenza tu hermano para venir a pedirte dinero. Se comió toda la plata de tu papá, se dio la gran vida. A quién le interesa en este país un Doctor en Derecho si todos los abogados son doctores; te aseguro que eso mismo le va a impedir conseguir empleo si este es un país de mediocres.

—Si pensás así, nadie tiene que estudiar más, para ser igual a los demás. Así jamás vamos a ir a ningún lado.

—No, te digo nomás. Ese tipo de estudio es para gente de plata. Pero bueno, tenemos que conseguir el dinero para el pobre viejo, pero andá vos a llevar a la dueña del hogar. No le des a tu hermano, es muy capaz de que no pague.

Jacinto decidió no decir todo cuanto pensaba sobre su cuñado. Porque su opinión no va a cambiar el sentimiento de su esposa hacia su hermano. A pesar de su sinvergüencería sabía que Amalia lo amaba muchísimo.

Al día siguiente, Amalia retiró el dinero de la cooperativa y fue a llevar, sin pérdida de tiempo, a doña Concepción, como le había sugerido Jacinto. Antes de llegar al hogar se acercó a un teléfono público y llamó a Maximiliano.

—Ya que estoy en la calle, voy a irme yo al hogar y de paso le visito a papá.

—Muchas gracias Amalia. Te aseguro que esta vez sí te voy a devolver tu dinero. Como te dije, ¡con creces!

—No te preocupes Máx... Como te dije: solamente la muralla cuando puedas.

—¡Muy bien! Voy a tener en cuenta. Chau.

—Chau Maximiliano.

Amalia quedó triste después de hablar con su hermano, no por el dinero, sino porque bien sabe que tardará mucho tiempo en volver a verlo o hablar con él. Él aparece solamente cuando necesita; si ella lo llama por casualidad, rara vez contesta su teléfono.

Cuando Amalia llegó al hogar, encontró a su papá muy desmejorado. Prácticamente no la reconoció. Hablaba con mucha incoherencia.

Para su desconsuelo, doña Concepción le contó que todo el día se pasó reclamando por su hijo y que él no aparecía. Le pidió, por favor, que lo buscara y le pidiera que fuera a verlo. Ay, este papá, para él existe solamente un hijo y toda la cagada que ya le hizo. Yo no soy nada para él, pensó al acariciar la rugosa mano de su papá. La indiferencia de su padre hacia ella le produjo, toda la vida, una angustia que solo la comprensión y el cariño de su esposo la ayudaron a superar.

Amalia se retiró del hogar de ancianos, sin prisa, observando las hermosas casas distribuidas a lo largo de las veinte cuadras por donde caminaba para llegar a la parada de ómnibus. Embelesada admiraba la buena pintura de las casas, las puertas, las ventanas, los jardines, el césped, las rejas y las murallas. *Dios mío, cuánto lo que ha de costar esta muralla, ni qué decir la casa*, pensó al detenerse ante un portón para dar paso a la camioneta que salía del garaje. Hacía tanto tiempo que quería construir una muralla, no precisamente como la que observaba, pero por lo menos una murallita. Lamentablemente el dinero para la construcción fue a parar al hogar. *Y bueno, Dios sabe lo que hace*, medita, tratando de resignarse. Caminaba lentamente por las calles de la bella Villa Morra, disfrutando cada paso. El centro de Asunción se había desplazado a ese barrio —que en otro tiempo fuera un tranquilo territorio de casas residenciales— viéndose

invadido por centros comerciales, bancos, boutiques, restaurantes, discotecas y supermercados, convirtiendo las apacibles calles en ruidosas y transitadas arterias.

Con la imagen vívida de las casas de Villa Morra, Amalia se bajó del ómnibus y caminó por la polvorienta calle dirigiéndose a su casa. Una tenue sonrisa iluminó su rostro comparando el lugar donde vive con el barrio donde vive su padre. *Toda mi vida viví en el monte y creo que nunca voy a ser ciudadana*, pensaba al esquivar la basura y los yuyos que invaden las calles. Cuánto había soñado de niña cuando vivía en el campo y tenía que sacar agua del pozo y ayudar a su mamá con los quehaceres domésticos, con vivir en una gran ciudad, con comodidades, donde con solo oprimir un botón lave las ropas, los platos, y si fuera posible ¡que haga la cama! Pero fueron solo sueños. Terminó casándose con un hombre sencillo, sin muchas ambiciones y sin capacidad económica para brindarle las comodidades que ella hubiera deseado. *Dios Mío, por qué me estoy quejando, al final no me falta nada para comer ni a mis hijos, y todos somos sanos, que es lo que vale... Pero alguna vez en mi vida voy a tener mi casa soñada, lejos del monte, dentro de la civilización, en el mismo centro de Asunción, así como la casa donde vive mi papá. ¡Qué hermosa es la casa de doña Concepción y las que están a su alrededor!*

Sus pensamientos quedaron cortados al llegar a su casa y ver una muchedumbre en ella. Abrió el viejo portón de madera y con pasos apresurados se dirigió a la casa, pero antes de llegar, su hija mayor llorando, le cerró el paso.

—¡Mamá!

—¿Qué pasa, mi hija?

—Papá... mamá. Papá... Se accidentó

—¡Qué! ¡Qué pasó! ¡Dónde está! —preguntó corriendo hacia la habitación.

—No está acá. Está en Emergencias Médicas... Tenemos que ir a verle...

Amalia, desesperada, volvió sobre sus pasos para dirigirse al hospital.

Doña Ana, una de las vecinas que estaba presente, la acompañó.

Como alma en pena, Amalia llegó a Emergencias Médicas. Allí le informaron que su esposo sufrió un accidente al chocar el transporte de gaseosa que manejaba contra un transganado y que, a pesar del esfuerzo de los bomberos que lo auxiliaron, falleció en el trayecto al hospital.

Con mucho pesar y reuniendo fuerzas, Amalia retiró el cuerpo de Jacinto y lo llevó a su casa para velarlo.

Los vecinos que quedaron en su casa, ya sabían del deceso, por esa razón cuando ella salió rumbo al hospital vaciaron la habitación que servía de comedor.

Colocaron el cuerpo de Jacinto en medio del salón y los sollozos de su esposa, hijos y vecinos lo acompañaron hasta el día siguiente a la tarde, hora en que le dieron el adiós final en el pequeño cementerio de la localidad.

El mundo de Amalia se desplomó. Jacinto no tenía seguro y la empresa donde trabajaba pagó solamente los gastos del funeral y le dio una pequeña suma para solventar algunos gastos y nada más. Se desentendieron del caso y a pesar de las recomendaciones de los vecinos (que eran muchas) para denunciar a la empresa y sacar una buena suma de dinero, ella se rehusó. Primero porque consideraba que no podía negociar la muerte de su esposo, puesto que nada iba a devolverle la vida; segundo porque cualquier denuncia requiere el patrocinio de un abogado, que ella no tenía, y finalmente porque cualquier demanda que se hiciera a cualquier empresa, es ella la que termina ganando siempre, porque es así como funcionaba todo. El empleado jamás tenía derecho a nada.

De la noche a la mañana, Amalia quedó desamparada, con cinco hijos que mantener, sin trabajo y sin dinero. Lo único bueno era que no tenía cuentas que pagar porque Jacinto se rehusaba a deber y, al fallecer, la única que había contraído con la cooperativa, quedó cancelada automáticamente.

Capítulo cinco

Encrucijada

Marcos, de carácter retraído, se mantenía aislado la mayor parte de los primeros años en la universidad. Nunca buscó amigos entre sus compañeros pues estaba seguro de que todos los estudiantes de la Universidad de Asunción provenían de familias adineradas y, por lo tanto, eran superiores a él. Recién después de empezar a trabajar se sintió más seguro de sí mismo y capaz de iniciar una relación. Sin embargo, muy por el contrario del malestar de Marcos, él no pasaba desapercibido para las compañeras, pues siendo un hombre de rasgos finos y atractivos, más de una suspiraba por él, entre ellas Leticia y *Yerutí*.

Yerutí, delgada, alta, trigueña, pelo negro, ojos pardos, con una sonrisa cautivadora y Leticia, con una belleza cautivante; alta, rubia, pelo largo y rizado, ojos azules, hermoso cuerpo, piernas esbeltas. Ambas competían entre sí para llamar la atención de Marcos, cada una a su manera.

Leticia lo acosaba sin rubor, lo que ocasiona su rechazo.

Sin embargo, *Yerutí* fue más astuta; se le acercó como compañera que necesitaba de su ayuda sobre algunos problemas de matemáticas que, supuestamente, no podía resolver. Desde luego, después de asegurarse de que Leticia anduviera de novia con Maximiliano.

Cuando *Yerutí* y Marcos comenzaron a salir como novios, él ya se había mudado al departamento y ella vivía prácticamente con él. La relación libre no le agradaba a don Pancho y, sin titubear, le hizo saber a Marcos:

—Mi hijo es muy feo que vivas de esta manera. ¿Por qué no formalizás tu unión? Si querés a esta chica te casás porque yo no quiero tener un hijo amancebado. En nuestra familia no se vive así.

—Papá, yo no estoy preparado para casarme. Tengo que recibirme primero, además no sé si realmente estoy enamorado de *Yerutí*.

Pero che *ra`y*, estás dando malos ejemplos a tus hermanos solteros y sobrinos. Además, yo me siento muy incómodo cuando debo presentar a alguien. No puedo decir su señora, pero tampoco su novia.

—¡Papá! ¡No te preocupes por tonterías! La presentás como *Yerutí*, nada más —y puso punto final a la preocupación de su padre.

Marcos, que cada día estaba mejor posicionado en su empleo, recibía un amplio apoyo del gran jefe. Al principio creyó que dicho jefe era el gerente general y cuando supo que no lo era, se despertó su curiosidad

La vida del joven estudiante transcurría entre el trabajo, el estudio, la novia y la visita a sus padres. Tenía su tiempo totalmente ocupado. La estabilidad laboral le dio seguridad y el elevado sueldo que ganaba le permitió ayudar a sus padres. Un porcentaje de su sueldo, cada mes, iba destinado a sus padres para modernizar la panadería. Soñaba con ocupar muy pronto la gerencia de la sucursal y posteriormente, *por qué no, la gerencia general*, reflexionaba, *así voy a poder tener mayor ingreso y también conocer al gran jefe. ¿Cómo será?*

—No entiendo su política de no hacerse conocer —le había dicho al Lic. Gervasio Encina, gerente de San Lorenzo en ese entonces, cuando él le mencionó el anonimato del dueño.

—Y tendrá sus razones —respondió el licenciado Encina.

La atención de Marcos se centraba en el jefe; le imaginaba un anciano, incapaz de moverse, apoyado, por un lado, en un bastón y el otro, en su esposa. Siempre tuvo esa imagen de él.

* * *

El gran jefe, muy por el contrario de lo que pensaba su subalterno, era fuerte y poderoso; no necesitaba de nadie para moverse. Aunque Marcos no lo supiera, la organización se encontraba bajo su dirección... Y conocía muy bien a cada empleado, incluyendo a él.

Una cálida tarde, a pocos días de que terminara el año, don José estaba sentado en su oficina, haciendo una revisión minuciosa del balance general preparado por el contador cuando le interrumpió la voz de la secretaria.

—Disculpe don José, el señor Salcedo lo busca.

—Que me espere en la sala.

—Sí, señor.

—Ya me voy junto a él enseguida.

—Está bien.

Al entrar don José a la sala encontró al detective golpeando nerviosamente su maletín con una mano, mientras la aferraba fuerte con la otra.

—Buenas tardes detective, ¿qué noticias me trae?

El detective quiso levantarse para saludar, pero quedó hundido por su propio peso en el sofá.

—Buenas tardes jefe, le traigo noticias, pero no tan buenas, jefe... No tan buenas...

—No importa que no sean buenas. Vamos a escucharlas.

—Bien, jefe. Aquí tiene el informe completo, con fotos incluidas, las que se pueden incluir — abrió el maletín y extrajo unos documentos que entregó a don José.

—Puede leerlo, jefe, pero yo voy a ir diciéndole y usted compara con lo que está escrito, que es muy malo, jefe... Muy malo...

—¡A la pucha Salcedo! ¡Dígame de una buena vez o deje de hablar para que yo pueda leer! — reaccionó don José

—Discúlpeme, jefe, porque es muy delicado todo cuanto he descubierto y le voy a informar... No sé por dónde empezar... Bueno, yo le había dicho que no encontré el registro sobre la muerte del padre del señor Herrero y efectivamente ¡su papá no está muerto! ¡Y está acá cerquita! Al otro lado nomás de San Martín. Allí está la foto de la casa —señaló con el dedo en la carpeta. — Ahora mismo le puedo llevar para conocerlo, digo al viejo, si no tiene nada que hacer, jefe.

—Podemos irnos, pero ¿qué es eso tan malo?

—Espere, señor; lo del padre no es todo. ¿Se acuerda que le informé que no conseguía trabajo? Bueno, eso es porque había hecho algo muy turbio... Muy turbio...

Antes de ir a estudiar a los Estados Unidos, ¿sabe a qué se dedicaba, jefe? ¡Al tráfico de bebés! Sí. ¡Nada menos que al tráfico de bebés! Ahí están los recortes de diario en donde salió su nombre, pero un solo día porque parece que estaban complicados unos hijos de políticos poderosos; no pude descubrir con certeza cómo fue el tema, pero se paró la publicación y también la investigación del caso. Por eso es que no consigue trabajo, según mis fuentes de información.

Se da cuenta, jefe, como le dije... Es turbio, muy turbio.

El informe que le estaba brindando el detective Salcedo era más grave de lo que se había imaginado don José, pero se mantuvo calmado, algo muy habitual en él; muy pocas cosas podían perturbarlo. Le hubiera gustado recibir un informe favorable. Lamentablemente el resultado de la investigación apartaría a Maximiliano, definitivamente, de Leticia. Una pena porque le parecía que sería el yerno ideal, pues su hija se había calmado y dejado de lado sus andanzas desde que comenzó a salir con él.

—Bueno Salcedo, adónde me quiere llevar ahora.

—A la casa del padre, o sea, la casa donde vive el padre. Un hogar de ancianos.

—¿Para qué quiere llevarme allá?

—Para corroborar todo cuanto le estoy informando, porque a esta hora, a veces, don Maximiliano hijo está por allí. Ahora mismo, si nos vamos, puede ser que lo encontremos.

—Pero no quiero ir en mi vehículo.

—No se preocupe por eso jefe, vamos en el mío. No es lujoso, pero le aseguro que no nos va a dejar en la calle.

Salcedo estacionó el automóvil a unos cincuenta metros de la casa y esperaron.

Minutos después vieron que Maximiliano salía del hogar de ancianos y ellos aprovecharon para llegar. Tocaron el timbre y salió una enfermera.

—Buenas tardes señora. Tengo intenciones de conocer el hogar porque tengo un familiar para quien estoy buscando un buen lugar —mintió don José.

—Buenas tardes señor, adelante, pasen...—la enfermera abrió el portón de hierro dando paso a los visitantes.

La mujer de blanco les invitó a pasar a una sala sencillamente amoblada. Luego de algunos minutos habló don José:

—Soy el doctor Gavilán, me hablaron muy bien de este hogar y quisiera conocerlo.

—Voy a llamar a doña Concepción, la dueña, para hablar con ella. Con permiso.

—Buenas tardes —saludó doña Concepción al ingresar a la habitación.

—Buenas tardes, cómo le va, señora. Soy el doctor José Gavilán. Tengo una tía anciana para quien estoy buscando un buen hogar.

—Vino usted al mejor lugar. ¿Cómo le va, señor? Soy doña Concepción para servirle.

—Encantado. Uno pues no puede dejar de lado al pariente anciano. Queremos que pase una vejez tranquila y no podemos cuidarlo —don José habló con interés.

—Esa es la mentalidad de la gente que trae acá a sus familiares. Quieren que se les cuide bien porque no pueden cuidarles y nosotros somos especialistas. ¿Quieren recorrer?

—¡Sí! —contestó el detective que hasta ese momento se mantuvo callado.

—Adelante, por acá —indicó la señora señalando una puerta que comunica con el interior— ahora mismo tenemos diez residentes, cinco mujeres y cinco hombres. Como verán, no tenemos muchos pacientes porque nuestro servicio es personalizado. Tenemos una enfermera para cada paciente y el médico nos visita una vez a la semana, claro que si hace falta se le llama y viene inmediatamente. ¿Usted es médico, doctor?

—No, soy abogado.

—¡Ah! Éste, precisamente, es el papá de un abogado que acaba de irse. Hace cinco años que está con nosotros. Su hijo le había dejado mucho antes de viajar a los Estados Unidos. Le dejó al pobre y hasta ahora está con nosotros.

—¿No tiene esposa? —interrumpió el detective.

—¿Quién, el doctor? —doña Concepción creyendo que le estaba preguntando sobre el hijo, se explaya:

—Que yo sepa, no. Se rumorea que se entendía con la esposa de su papá, una joven mujer. Juntos parece que le sacaron lo poco que tenía el viejo. Bueno, eso *ko* me contó la hija, pobrecita, ella es muy humilde, pero cuando su hermano no puede pagar, ella saca de algún lado para pagarme.

—¿Cómo se llama el doctor? —preguntó Don José.

—¡Seguro que usted le conoce ya que es abogado! Se llama Maximiliano Herrero.

—La verdad que no le conozco señora, yo no ejerzo la profesión. Me dedico al comercio.

—¡Menos mal doctor! Porque parece que los abogados son muy jodidos —bajando la voz continuó— éste parece que andaba metido en un negocio grande con la esposa de su papá. Cuando se fue a los Estados Unidos, no era luego tanto para estudiar sino para hacer más contacto. Pero parece que se le pilló y tuvo que dejar el negocio. Eso yo lo cuento en forma muy confidencial. Yo no acostumbro contar lo que pasa con mi familia, al fin son como mis parientes, pero si usted le va a traer a un familiar va a terminar siendo también como mi pariente por la relación que se crea. Ya verá usted.

—¿En qué negocio andaba el hijo? —preguntó impaciente Salcedo.

—Vendía bebés directamente a los Estados Unidos... Sí señores... A mi me pagaba adelantado por tres a cuatro meses y eso nadie hace porque no es nada barato lo que se paga. Bueno, está en su precio, pero no es para gente pobre... Me entienden, ¿verdad?

—Sí...—asintió don José

—Bueno, ahora me estaba debiendo así y su hermana vino la semana pasada a pagarme porque el doctor me estaba prometiendo, prometiendo... Me decía que no me preocupara. Justamente esta tarde me estaba diciendo que muy pronto me va a estar pagando como antes. Todo adelantado. Parece que anda ya otra vez detrás de algo gordo... —de pronto se calló—. Disculpen, estoy hablando de más. Ustedes vinieron a ver el hogar y yo les estoy contando una historia que ni les va ni les viene. A veces *ko* yo hablo mucho. Discúlpenme. ¡Abuelo hay visita! —gritó empujando una puerta que estaba entreabierta.

—¿Quién me visita! —se oyó la voz del anciano.

—Un señor que va a traerle a su tía. Me estaba diciendo el señor que ella es muy linda, puede que ésta sea para tu novia que tanto querés —habló chistosamente doña Concepción y el anciano respondió, levantando la cabeza para mirar a los visitantes:

—¡Yo que voy a querer una anciana como yo! Ya te dije muchas veces. Traéme una quinceañera y vos no me haces caso, ja, ja, ja.

—¡Ay, abuelo! Por culpa de una quinceañera estás postrado y todavía no aprendiste —se rió doña Concepción.

—Nadie luego aprende nunca. ¿Verdad, amigo? —habló el anciano mientras pasaba la mano a don José—. Mucho gusto, Maximiliano Herrero.

—Encantado, José Gavilán.

Don José y el detective se quedaron un rato conversando con el anciano. En pocas palabras relató los pormenores de su vida y por qué estaba allí, con una lucidez extraordinaria. Estaba en uno de sus mejores días. Cuando finalmente se despidieron, sugirió:

—Cuando le traiga a su tía, traiga a presentarla. Si es muy linda, capaz que no me importe la edad. Total, ya no puedo hacer nada más. Apenas acariciar un poco sus piernas y nada más, ja, ja, ja.

—Está bien, don Herrero —suspiró don José.

Finalmente se despidieron don José y su acompañante, y prometieron volver al día siguiente, si no es para traer a la tía, por lo menos para conversar con el anciano.

—La decisión de escoger el hogar no depende solo de mí, sino también de los hijos —aclaró don José al despedirse.

Don José, cauteloso por naturaleza, le pidió a Salcedo prudencia sobre lo que había descubierto.

—¡Señor, usted sabe que yo soy una tumba!

—No quiero que Leticia se entere de nada por ahora. Una vez que termine de rendir voy a buscar la forma de sacarle a ese tipo de su cabeza. ¡Qué lástima! Me caía muy bien, muy bien...

—don José prácticamente hablaba solo, ignorando la presencia del detective—. Tiene que aparecer inmediatamente otro hombre porque mi pobre hija se va a morir de angustia. Ella no puede estar sola. Y quién podría ser —y con ese pensamiento volvió a la oficina, intentando seguir la revisión del balance, pero sin poder concentrarse. Vino a su mente la fecha del último examen de su hija, que casualmente coincidía con la cena de fin de año de la empresa. *Voy a llevarla conmigo a esa cena para que se distraiga un poco y luego veré la forma de contarle lo de su prometido... Capaz de que ese muchacho Garay me sirva de algo... Y por qué no... Por qué no...*

Capítulo seis

La farsa

El 29 de diciembre trajo consigo dos acontecimientos muy importantes para Marcos: por un lado la cena de la empresa y por otro, el último examen. Estaba muy bien preparado para rendir una última materia y obtener el título de Licenciado en Contabilidad. De la nota de ese examen dependía para ser el mejor egresado de su promoción. Un título universitario, más bien dos, porque la carrera de Administración terminó una semana atrás. Qué más podía pedir a la vida: un buen trabajo, una linda profesión, su familia, una novia, un auto, un departamento. Todo andaba sobre ruedas.

Como todos los años, Cambios Total estaba organizando la cena de fin de año. Marcos decidió no asistir porque, como despedida, quería salir a divertirse con los compañeros de facultad. Sin embargo, el gerente le recordó, amablemente, que no podía faltar porque, por primera vez, iba a estar el gran jefe.

—Aunque sea media hora conviene que estés allí. No te olvides que sos subgerente, por lo tanto, una pieza importante en la empresa, además siempre hay buenos premios, que a nadie le viene mal si gana. Por otro lado, es la oportunidad de conocer al dueño que tanto despierta tu curiosidad.

A las seis de la tarde, Marcos estaba esperando para rendir Derecho Laboral. *Si no saco un cuatro o un cinco tendría que renunciar a mi trabajo*, rumió con una sonrisa. Con tres le pasaría al otro candidato, así que sin mucho esfuerzo tenía el primer puesto asegurado. Rindió y obtuvo un cinco. Todos sus compañeros le felicitaron, entre ellos Leticia.

—¡Vamos a farrear esta noche! —exclamó Leticia, pícaramente, en el momento de felicitar a Marcos.

—¡Sí, vamos a farrear! —respondió él.

Marcos, *Yeruti* y algunos compañeros estaban reunidos en la cantina.

—Siento mucho, pero debo retirarme. Tengo la cena de mi trabajo y no puedo faltar. Voy a cumplir y vuelvo junto a ustedes donde me indiquen. Vamos *Yeruti*.

—¿Vos no te vas a enojar conmigo si no te acompaño? ¡Ay, Dios! Miráme como estoy vestida. Te voy a hacer pasar vergüenza así y si me voy primero a casa ya va a ser muy tarde. Mejor nos vemos después —propuso *Yeruti*.

—¿Estás segura? —preguntó Marcos.

—Sí, no te vayas a preocupar, además mamá está organizando una fiesta sorpresa; me contó mi hermanita. Así que mejor nos vemos después, pero no tardes tanto.

—Está bien, nos vemos luego. Chau, compañeros. Y ¿ustedes qué van a hacer?

—Nos vamos todos a la casa de *Yeruti*. Nos encontramos allá y luego veremos qué rumbo tomamos.

—Okey.

Diez y media de la noche, Marcos detenía su pequeño automóvil delante de la sede social de

Cambios Total. Ingresó al local elegantemente decorado buscando un rostro amigo. Estaba tan feliz, pero renació en él un sentimiento tan íntimamente guardado, que creía haber superado. Le parecía que todas las miradas estaban puestas sobre él y arrastró sus pies pues pesaban como si tuvieran bolsas de piedras atadas a sus tobillos. Se arrepintió de no haber exigido a *Yeruti* que lo acompañe. La inseguridad estaba en su mejor momento y le hacía tambalear cuando vio al Lic. Miguel Benítez que salió a su encuentro para rescatarlo de tan desagradable sentimiento. Intercambiaron saludos y Marcos se excusó por su llegada tardía.

—Hoy rendí mi último examen en la facultad, por eso vine recién.

—¿Cómo te fue? —se interesó el licenciado Benítez.

—Pasé con un cinco —respondió orgulloso Marcos.

—¡Felicitaciones! ¡Tenemos doble celebración, entonces! —el licenciado Benítez le dio una fuerte palmada en la espalda, luego lo acompañó hasta una mesa especialmente preparada para los gerentes. Informó a los presentes sobre su logro académico y todos le felicitaron.

—¿Quiénes faltan? —preguntó Marcos al ver tres sillas vacías.

—*Lekaja* tiene que venir con sus dos hijas —respondió el Lic. Gervasio Encina.

—¿Se van a sentar con nosotros? —se sorprendió Marcos.

—¡Claro amigo! Parece que hay algún privilegiado. Yo hace ocho años que estoy en la firma y es la primera vez que lo voy a ver —exclamó el gerente de otra sucursal que estaba sentado delante de él.

Todos siguieron hablando, esperando impacientes la llegada del gran jefe y su familia. Cuando faltaban quince minutos para las doce —todos estaban deseosos de cenar para que comience el baile— paró la música y el Disk Jockey anunció la llegada del señor José Gavilán y sus dos preciosas hijas. Todos aplaudían a medida que caminaban los tres, el padre en medio de las dos hijas, saludando a los presentes, que eran aproximadamente mil personas, entre empleados y familiares.

Marcos se rió al recordar la imagen que tenía del gran jefe y no pudo apartar la vista de la hija más alta, que caminaba lentamente. Tenía un vestido al cuerpo que demostraba toda su forma y un escote que, incluso desde lejos, permitía ver gran parte de sus senos. Al acercarse padre e hijas a la mesa de los gerentes, todos se levantaron a saludarles y cuán grande fue la sorpresa de Marcos cuando la joven que había acaparado su atención se apartó del brazo de su padre y se dirigió directamente hacia él, exclamando:

—¡Marcos! ¡Qué sorpresa encontrarte acá!

Marcos, sin poder salir de su asombro, obnubilado por la figura de la joven, no podía responder. Sin querer aceptar lo que había oído, creyendo que el ruido le había confundido al escuchar su nombre, quedó rígido como un cocotero y lentamente le pasó la mano diciendo:

—Mucho gusto, señorita.

—¡Marcos! ¡Vos estás chiflado! ¡O no me reconocés!

—¡Leticia! —exclamó Marcos, y fue lo único que pudo pronunciar, puesto que en ese momento ella le daba la espalda saludando a los demás y dando espacio a su padre para saludarlo.

El gerente general hizo las presentaciones de todos sus colaboradores al señor Gavilán y comenzó la cena seguida del baile.

—Disculpen la demora, pero mi hija hoy dio su último examen en la facultad y la tuve que esperar. Ustedes saben cómo son las mujeres —se excusó don José.

—Casualmente, acá nuestro subgerente de San Lorenzo también hoy se recibió —anunció el Lic. Benítez.

—¡Entonces el festejo va a ser triple! —exclamó don José —Y decíme muchacho — dirigiéndose a Marcos —¿de qué te recibiste?

—De Licenciado en Contabilidad y Administración.

—¡Ah! ¡Qué bien! ¿Y cuántos años tenés?

—Veintitrés.

—¿Cuántos años hace que estás en la firma?

—Son dos años y un poco más, señor.

—En dos años ya llegaste a subgerente. Quiere decir que sos muy bueno.

—Es muy bueno en su trabajo y sobresaliente en los estudios —aclaró Encina.

—Entonces tenemos todo un jefe entre nosotros. Como premio a su esfuerzo por que no le das la gerencia de San Lorenzo y a Gervasio le abrimos otro local —propuso don José dirigiéndose al gerente general—. Seguidamente preguntó al gerente de San Lorenzo:

—¿Qué te parece Gervasio?

—Yo no tengo problema, señor. Donde usted ordena me voy. Y en cuanto a Marcos, como le dije y puedo asegurar señor, sin temor a equivocarme, que es un muchacho muy bien preparado. Estuvo trabajando conmigo muy de cerca todo este tiempo, le conozco y sé que no le va a defraudar —dijo el jefe directo de Marcos.

—Muchas gracias, licenciado Encina —agradeció Marcos.

—Hecho entonces —concluyó don José, levantando la copa—. Brindemos por este año que se inicia, por nuestras familias, por la empresa y por nuestro novel gerente. ¡Salud!

—¡Salud!

Leticia acababa de acercarse a la mesa, no participó del brindis porque había ido con Soledad a mirar la decoración.

—Leticia, me pareció oírte hablar a nuestro nuevo gerente —comentó don José, señalando hacia Marcos

—Sí papá, él es mi compañero.

—¿Por qué nunca me hablaste de él?

—Qué yo voy a saber que él trabaja en la empresa. Ahora me estoy enterando. ¡Lástima que no supe antes! Me hubiera servido muchísimo —se rió Leticia.

—Servido para qué —preguntó su papá.

—Para chantajearle, ja, ja, ja. No te acordás papá, cuando te comenté sobre un muchacho churrísimo, a quien quería conquistar y él no me daba bola.

—Sí, me acuerdo —se rió don José.

—¡Es él! —Leticia lanzó una pícara risa.

Marcos quería que le tragara la tierra.

—Ahora me vas a dar bola, Marquito —Leticia se acercó a él y sin darle tiempo a reaccionar, lo abrazó y lo besó. Todos los demás se reían a carcajadas mirando la escena. La única que se mantenía callada era Soledad. Marcos no tenía tiempo para comprender lo que estaba sintiendo, ¿humillación, burla, insulto? De cualquier manera, antes de poder descubrir lo que sentía, la misma Leticia lo hizo reaccionar. Lo estiró del brazo y ordenó:

—¡Vamos a bailar! No te quedes duro allí. No te das cuenta de que te estoy jodiendo. Es tu bienvenida amigo. ¡Vamos a bailar!

Don José, percibiendo la situación embarazosa que estaba pasando Marcos y con el fin de acabar con el show, apoyó lo dicho por su hija:

—Claro, esto es una broma. Queremos saber cuál es el sentido del humor del miembro de esta

gran familia y por lo que veo has perdido, amigo. Vayan a bailar, muchachos. Vos también Soledad.

—¿Bailamos? —preguntó Soledad al empleado que estaba sentado a su lado.

—Este muchacho es muy reservado —comentó Encina al alejarse Marcos del grupo.

—Sí, es todo un señor. Me gusta, me gusta —murmuró don José.

Antes de que Leticia y Marcos llegaran al lugar donde bailaba la gente, el ritmo animado de la música cambió invitando a un baile romántico. Marcos tomó con suavidad a Leticia de la cintura y ella se acurrucó entre su cuello. Marcos aprovechó la oportunidad para reprocharla:

—¿Por qué me hiciste pasar semejante papelón? ¿Qué te hice para jugar conmigo? Te burlaste de mí.

—Ese es el problema: que no me hiciste nada. Esa es tu culpa —Leticia bailaba apretada a Marcos y al ser tan alta, casi como él, sus bocas quedaban muy próximas.

—¡Ay, Marcos!, ahora que me conocés, sacáte esa máscara de chico serio. Estoy segura de que debajo hay un hombre espectacular, simpático, cariñoso, amoroso, ardiente, ja, ja, ja.

—¡Leticia! ¡Vos estás borracha! —exclamó él al estirarla suavemente del pelo, obligándola a levantar la cara.

—¡Qué voy a estar borracha, así siempre fui! Acaso no me conocés... Y si estuviera ebria, ¿acaso eso te importaría?

—No es por mí ni por vos, sino por tu pobre padre. No le podés hacer pasar tanta vergüenza. ¡Pobre señor, tiene que soportar tus niñerías!

—No me digas eso porque te aseguro que te voy a hacer pasar un verdadero papelón, para que no te olvides el resto de tu vida.

—¿Más papelón de lo que me hiciste pasar hace rato? ¡Imposible!

—Dame un beso.

—¡Qué!

—Que me des un beso porque de lo contrario te voy a destrozar, ¿sabés lo que significa eso?

Marcos se sintió invadido por una extraña sensación. Jamás en su vida sintió ese ardor que le producía el cuerpo de Leticia apretado al suyo. Era como una fogata encendida a su lado. Nunca quiso aceptar su amistad por considerarla loca y en ese momento su locura lo estaba envolviendo, sin poder desprenderse de ella.

A medida que se desplazaban por la pista de baile, él descubrió que no sería fácil desembarazarse de ella. Tendría que aguantarla toda la noche. Comprendió que siendo recio en su actitud solo lograría que ella lo humillara nuevamente.

—No te voy a dar ningún beso porque éste no es el lugar apropiado. Ésta es la fiesta de tu papá y de la empresa. Te lo recuerdo por si lo hayas olvidado. No arruines la noche con tu aire de malcriada. Además, te voy a contar un secreto —Leticia lo escuchaba atentamente.

—¿Qué secreto?

—¿Querés saber?

—Sí...

—Mi beso es encantado. Si yo te llevo a besar, jamás vas a separarte de mí. Así que señorita pensá bien lo que estás pidiendo. Mira que vos estás comprometida y yo también.

—Yo no estoy comprometida con nadie.

—Si no es así, ¿quién es el que va a buscarte siempre?

—¡Viste que te fijás en mí!

—¡Cómo no me voy a fijar; toda la facultad se fija! ¿Sabés cómo te llaman en la facultad?

—No.

—Leticia, la loca.

Así, él revirtió la situación y se apoderó de ella. Leticia, suavemente le preguntó, cambiando totalmente su tono de voz.

—¿Cierto que dicen eso de mí?

—Sí. Eso y mucho más. Por suerte no supe hasta hoy que sos la hija de mi jefe, te aseguro que hubiera sentido mucha vergüenza.

Marcos sintió estremecer el cuerpo de Leticia. La estiró nuevamente del pelo hacia atrás y observó su rostro. Por primera vez en toda la noche sonrió:

—¿Te gustó lo que te dije? Estamos en paz. Es todo mentira; estoy inventando para vengarme.

—Te juro Marcos, que si ahora mismo no me besas voy a armar un escándalo. Dame un beso y comenzamos de cero.

—Leticia, vos vas a perder; no yo.

—Marcos, me estoy volviendo loca. Acaso no sentís cómo se estremece mi cuerpo. Estoy por estallar. Abrazáme más fuerte, por favor...—susurró abrazándolo con intensidad.

—Leticia, no me hagas esto. Yo necesito mi empleo. No puedo perderlo por culpa tuya.

—Quién te mintió de que podés perder tu trabajo. Yo no soy una chiquilina. Tengo veintitrés años y para que sepas, papá no se mete en mi vida. Yo hago lo que quiero y con quien quiero.

—¿Y tu novio?

—A él no le menciones. Es un tema terminado. Dame un beso, Marcos, o si no, te vas a arrepentir —susurró acercando sus labios.

—Está bien. Pero solo uno y olvidáte de mí —él rozó su boca a la de ella.

—No seas hipócrita. No finjas. Cómo no te vas a dejar llevar por lo que sentís. ¿Creés que yo no me doy cuenta de que me estás deseando ardientemente igual que yo a vos? O te enseñaron a reprimir tus sentimientos y deseos. A mí eso nadie me enseñó. Ni te imaginás lo que puedo hacerte sentir. Esa *Yeruti* muerta de hambre jamás podría hacerte sentir, ni brindar lo que yo puedo en todo.

—Bueno, Leticia, es hora de que nos sentemos porque me vas a matar.

—¿Entonces estás aceptando que te agrado! Vamos por buen camino, un poco más y vas a caer en mis brazos. ¡Ay, Marcos!, un millón de veces ya hubiéramos hecho el amor si me hubieses seguido la corriente desde el primer curso. Te odio por no hacerme caso.

—Leticia, yo me retiro. Despedíme de tu papá, por favor —Marcos dio por terminado el baile.

—¿Estás loco! Vos te vas cuando yo quiero, además me voy a ir contigo a la casa de *Yeruti*. Así que no te hagas el tonto. Vamos —ordenó.

—¿Terminaron de bailar? —preguntó don José al acercarse la pareja.

—Por ahora —respondió Leticia. Ahora tengo hambre, ¿será que hay todavía comida? Vamos Marcos a buscar.

Él la siguió como un títere.

—Papá, esa Leticia no tiene cura. Nos hace pasar vergüenza. Pobre ese muchacho. Debe soportarla por el solo hecho de que sea su compañero —opinó Soledad al notar que las miradas se dirigían hacia la pareja.

—Dejále mi hija. Ella es feliz así.

—Sí, pero a costa de los demás.

En la mesa de buffet, Leticia se acercaba más de lo debido a Marcos y rozando su cuerpo con su seno le hacía probar la comida. Él estaba totalmente fuera de sí. Cenaron, pero ya no volvieron

a bailar, para consuelo de Marcos.

A las tres de la madrugada don José resolvió retirarse, Leticia anunció que se quedará un rato más e informó que Marcos y ella tenían otra fiesta en la casa de una compañera.

—No te preocupes, papi. Marcos me lleva luego a casa.

Soledad, en el trayecto a casa, reprochó a su papá el hecho de haber dejado a Leticia, en compañía de su empleado.

—Es mi empleado y todo lo que vos quieras, pero es muy trabajador, decente, honesto... Es todo un señor; esta clase de hombre necesita una oportunidad para salir a flote. Tengo toda mi confianza depositada en él.

—Pero no lo conocés lo suficiente.

—¡Claro que lo conozco! Hace casi tres años que trabaja en la empresa, no tiene vicios, no farrea, tiene una novia, pero sin importancia. Es más bien para no andar solo. No siente pasión por ella...

—¡Papá! ¡Cómo podés meterte así en la vida ajena!

—¡Mi hija! La vida me enseñó a ser desconfiado. Gracias a ello tenemos lo que tenemos. Salcedo hace treinta años que está bajo mi servicio y nunca me defraudó. Espero que esta vez tampoco lo haga con respecto a este muchacho Garay, porque quiero que esta noche tu hermana termine por conquistarle y que rápidamente se convierta en la Señora de Garay.

—¡Papá! ¡Qué manipulador que sos! El pobre Maximiliano seguro está durmiendo plácidamente y su novia tratando de seducir al empleado de su papá, bajo el patrocinio del mismo. No te entiendo.

—Soledad. Vos sos muy ingenua. Te falta la viveza de tu hermana; claro, sos muy joven aún. Es necesario que estés más despierta.

—No sé a qué te referís.

—No importa. Con el tiempo vas a comprender. Lo único que ahora me interesa es que Leticia se involucre con Garay, se entusiasme con él y olvide a ese badulaque de Herrero.

—¿Por qué badulaque? Ay, papá, ¡es tan divino! A mí me gustaría encontrar un hombre, así como él... Es tan... no sé cómo describirlo. ¡Sexy!

—¡Sexy! ¡Pero qué sexy, ni ocho cuartos! Sinvergüenza y caza fortuna lo que es...—le contó el resultado de la investigación de Salcedo.

—No te puedo creer, papá...

—Es para no creer mi hija, pero es la verdad. Menos mal que está de por medio este muchacho Garay, así no va a ser muy fuerte el golpe para Leticia cuando sepa las andanzas de su “casi marido”.

* * *

Momentos después de retirarse don José y Soledad de la fiesta, se despidieron Leticia y Marcos.

Ya en el camino, ella le preguntó:

—¿Cierto que te vas a ir ahora a la casa de *Yeruti*?

—Sí.

—¿Qué vas a hacer conmigo?

—Vos dijiste que te irías conmigo.

—Me estoy yendo. ¿Qué va a decir ella si me voy contigo?

—¿Qué podría decir? ¿Acaso ustedes no son amigas?

—Fuimos.

—¿Fueron? ¿Qué pasó?

—Dejamos de hablar desde el día que comenzó a salir contigo.

—¿Por qué eso?

—Porque la muy zorra sabía bien que me gustaba de vos y apenas miré a otro, te sedujo. Es una zorra.

—Ja, ja, ja, no me hagas reír.

—¡Por fin te reíste! Señor serio —Leticia le hizo cosquilla en la panza.

—¡Dejáme! Lo último que falta es que choquemos por tu culpa —protestó él, empujando su mano.

—Hacéme pues caso.

—Pero estoy manejando

—¡Pará acá! —Leticia levantó el freno de mano, lo que ocasionó una frenada brusca y la reacción violenta de Marcos.

—¡Vos estás loca! ¡Qué lo que querés!

—Sabés bien lo que quiero y no me das.

Marcos estacionó el auto a un costado. Prendió la luz interior y la enfrentó.

—Vamos a hablar claro. Está bien que yo sea el empleado de tu padre, pero eso no te da derecho a jugar conmigo. Actúas como si fuera una chiquilina alocada y no te queda bien. Discúlpame que te diga: no te tolero. No tolero tu conducta. No puedo verte. Me sacas de quicio.

—Está bien. Llévame a casa, por favor.

—Muy bien. Dame la dirección.

Leticia indicó la dirección y Marcos puso el auto en marcha. A partir de ese momento se mantuvieron callados. Cuando finalmente llegaron a la casa de Leticia, Marcos detuvo el auto y su interior se vio iluminado, como si fuera de día, por los reflectores que alumbraban la entrada. Leticia no se bajó. Quedó un instante en silencio hasta que se echó a llorar. Entre llantos balbuceó:

—Nunca nadie me humilló tanto como vos.

—Yo no te humillé.

—¡Claro que sí! La cantidad de cosas que dijiste de mí, como si yo fuese tan horrorosa. Por qué no te detenés y me mirás. No soy tan fea como me describís. Hay muchas cosas lindas en mí que podés ir descubriendo o tu orgullo estúpido no te permite mirar a la hija de tu jefe y por eso me humillás. No te das cuenta de que soy una mujer de carne y hueso como cualquiera —Leticia hacía todo un teatro llorando a mares. Al momento sus ojos se volvieron rojos y sus párpados quedaron hinchados. Él sacó su pañuelo del bolsillo y secó sus lágrimas.

—Perdonáme si te humillé. No tengo intención alguna de humillarte; es más, jamás podría hacerlo. Miráme —mientras Marcos hablaba suavemente levantó el mentón de Leticia —no llores, por favor. Hoy es un día especial y feliz para nosotros. No podés estar llorando.

—Para vos será feliz, no para mí.

—¿Por qué?

—Porque estoy sola, no le tengo a nadie.

—No digas eso. ¿Tu papá, tu hermana y tu novio no cuentan para vos?

—Ya no tengo novio. Me dejé de él. No es para mí, no lo quiero —y seguía llorando al descubrir el instrumento que desarma a Marcos.

—Calmáte. ¿Cómo vas a llegar así a tu casa? Vamos, te invito a tomar un café si me prometés que te vas a tranquilizar.

Leticia asintió con la cabeza y Marcos se dirigió a su departamento. Era el único lugar donde podría ir a tomar café, puesto que él salía poco y no conocía ninguna cafetería que pudiera estar abierta en horas de la madrugada. Ella apoyó la cabeza en su hombro y fueron callados hasta que él le preguntó:

—Decíme Leticia, ¿vos tomaste algo?

—Yo no tomo, o vos me viste tomando alguna bebida en la cena.

—No. Por eso te pregunto. Y, ¿no inhalas?

—¡Qué cosa!

—Cocaína.

—¡Qué estúpido sos! ¡No parás de ofenderme!

—Te estoy preguntando. No te estoy acusando. ¿O sí? Simplemente quiero conocerte.

—No, pero por qué me preguntás eso. Acaso tengo pinta de drogadicta.

—No, pero tu comportamiento es raro. De la euforia pasás al llanto y eso es efecto del alcohol, de la droga o sos bipolar o de lo contrario estás fingiendo.

—Pensás lo que quieras. No me importa.

—Está bien, princesa. No te enojés. Te voy a llevar a un lugar si no sos delicada y criticona. ¿Me prometés que no me vas a criticar? —por primera vez Marcos utilizó un tono romántico y seductor que casi enloqueció a Leticia. Pero lo estaba conociendo, descubriendo su punto débil. Como todo hombre machista era evidente que le gustaba la mujer sumisa, frágil, dependiente. ¡Era un súper machista! Le gustaba ser el seductor y no el seducido. *Muy bien, le presentaré el tipo de mujer que él quiere*, pensó ella.

—Adelante, princesa, pero nada de crítica. Vas a entrar al departamento de un hombre soltero y no te sorprendas con lo que puedas encontrar. Yo voy a preparar el café y vas a probar la factura más rica que hay, hecha por mi papá. Podés ponerte cómoda.

—Gracias, pero no te preocupes porque yo no soy criticona. ¡Guau! ¡Qué hombre tan ordenado!

—Gracias, pero el desorden está guardado por ahí. Querés ver películas o escuchar música. Estás en tu casa.

—¿Hay alguna película?

—No, pero hay cable. Capaz que enganchemos alguna película buena.

—Muy bien, ¿puedo recorrer tu departamento?

—¡Claro! Pero como te dije, nada de crítica.

Leticia recorrió el pequeño departamento. Encendió la luz del baño y lo observó detenidamente. Encontró unas fotografías en la pared del pasillo y se detuvo a mirarlas. Habían transcurrido como diez minutos desde que llegaron. Luego se acercó a la puerta del dormitorio, la empujó y buscó la llave de la luz para encenderla, pero no pudo dar con ella. Entonces preguntó:

—¿Dónde está la llave de la luz del dormitorio?!

—¡Aquí! —gritó una mujer encendiendo la luz del velador.

—¡Qué susto me diste! —exclamó Leticia al descubrir que era *Yeruti*.

—¡Yo la que estoy asustada! ¡Qué estás haciendo acá a esta hora!

—Qué te parece que voy a hacer. Vine con mi novio. Vos sí, ¡qué estás haciendo aquí! —habló Leticia de manera desafiante.

Yeruti de un salto se levantó de la cama, tomó su cartera, que estaba sobre la mesita, y salió

como una flecha, no sin antes lanzar todo tipo de palabrotas contra quien alguna vez fuera su amiga.

Marcos, ajeno a cuanto estaba sucediendo en el dormitorio, salía de la cocina con una bandeja con el café. De pronto vio pasar raudamente por la sala a *Yerutí*. Quedó mudo, rígido, inmobilizado como si hubiera echado raíces. Finalmente bajó la bandeja. Vio a Leticia parada en el pasillo y sin pensar dos veces, salió corriendo. *Yerutí* ya había desaparecido. Después de un rato volvió con el rostro ensombrecido. Le preguntó a Leticia qué le había dicho. Ella respondió:

—Nada. Apenas me vio, salió corriendo. No tuve tiempo de explicarle nada. No sé ni si me habrá reconocido.

—Me preocupa porque salió como un bólido. Que no le pase nada. ¿Dónde estaba?

—En el dormitorio. Estaba acostada, supongo, porque cuando yo te pregunté dónde está la llave de la luz, “acá” gritó, prendió el velador y salió corriendo sin dirigirme la palabra.

—Es raro que no haya visto su auto cuando llegamos.

—No te preocupes. No le va a pasar nada. Mañana se va a resolver todo. Yo puedo ir a hablar con ella si me lo permitís. Total, no estamos haciendo nada malo.

—Sí, pero yo tenía que irme a su casa después de la cena y no me fui. Tomó el celular y comenzó a llamarla, pero solo la voz “deje su mensaje” respondía.

—Perdonáme Marcos, si por culpa mía estás pasando mal. Perdonáme —y las lágrimas de cocodrilo salieron a borbotones.

—No llores. Vos no sos culpable de nada. No te sientas mal. Vení y vamos a buscar una película —Marcos la estiró de la mano con suavidad.

Leticia se acurrucó en el sofá, acomodó su cabeza en el regazo de Marcos y al rato quedó dormida. Él no terminaba de admirar a la muñeca de porcelana tendida, inmóvil, a su lado, pero era incapaz de tocarla siquiera. A las seis de la mañana ella seguía profundamente dormida. Él la tapó con una sábana y fue a su dormitorio.

* * *

Yerutí salió del departamento, abordó su automóvil y fue directamente a la casa de sus suegros. Estaba segura que tenía el apoyo de toda la familia y no iba a permitir que la bandida de Leticia se quede con su amado. Llegó a la casa de los suegros y encontró a don Pancho y doña María despiertos, dispuestos a comenzar la jornada. Se alarmaron cuando la vieron llegar como una fiera herida.

—¡Por Dios! ¿Qué te sucede, mi hija? —preguntó doña María, viendo como una desgracia su visita temprana: temía que Marcos haya sufrido algún accidente.

—¡Esa bandida se fue con Marcos a su departamento! Por algo luego que él no apareció en casa. Le estuve esperando toda la noche y no apareció. Entonces me fui a su departamento a esperar; me acosté y quedé dormida. De pronto la voz chillona me despertó: “dónde está la llave de la luz, Marcos”... yo pensé que estaba soñando. “Acá está”, respondí al prender y me asusté al ver a la loca parada en la puerta. Le pregunté qué estaba haciendo allí y me contestó: “Vine con mi novio y que”; entonces yo salí corriendo y vine acá... No puede ser que Marcos me haga esto —se lamentaba sin poder contener el torrente de agua que corría por sus mejillas.

Los padres de Marcos se miraron entre sí sin comprender muy bien lo que sucedía. Doña María preguntó:

—¿Quién es la que estaba con Marcos? ¿Vos la conocés?

—¡Claro que sí! Es la loca de Leticia. Es nuestra compañera de facultad. Quiere decir que Marcos se fue luego con ella a la cena de su trabajo. Salió con ella, ¡me mintió!

—¿Y por qué vos no te fuiste con él a su fiesta? —preguntó don Pancho.

—Es que estábamos llenos de programas por el fin de curso y él se iba a ir un rato y luego volver a casa y miren lo que hizo.

—Entonces, no sabés lo que pasó —afirmó ña María.

—No sé qué pasó, pero hay una cosa cierta: la loca se fue con Marcos a su departamento y yo me quedé en bola... Ella se quedó allí con él y yo estoy llorando aquí como una estúpida. Pero se acabó. Me voy. Díganle, por favor... Mejor no le digan que yo estuve aquí —exclamó y salió corriendo.

—No te metas —aconsejó don Pancho, mirando a su esposa.

—¿Y qué estoy diciendo?

—Te conozco. Estás por ir a ver qué está haciendo tu hijito con la loca... Pero dejá-le. No te metas. Es hombre y es muy joven para que tome una relación muy seriamente. Esta mujer no trabaja, prácticamente vive con él... Y a él no le veo muy entusiasmado con ella. No te metas. Dejá que él resuelva; es más, como sugirió *Yerutí*, ni le menciones que ella estuvo aquí. Nosotros no sabemos nada.

Ese día Marcos no apareció en la casa de sus padres. Don Pancho a cada rato le recordaba a su esposa que no le mencionara la visita temprana de *Yerutí*, y que no lo llamara; total el día siguiente es 31 de diciembre y sí o sí va a tener que venir a la casa para pasar la fiesta de año nuevo.

* * *

A las ocho de la mañana, Leticia se despertó en el sofá. Buscó a Marcos y lo encontró profundamente dormido en el dormitorio. Salió, abordó un taxi y se dirigió a su casa. Al llegar encontró a don José tomando mate y leyendo el diario.

—Hola papi.

—Hola mi hija. Estás llegando.

—Sí, papá.

—No lograste nada *piko che rajî* —preguntó don José pícaramente.

—¡Ay papá! Apareció esa “muerta de hambre” y me agué el programa —se lamentó Leticia dándole un cálido beso—. Ya vuelvo —suspiró subiendo la escalera.

La relación de don José con Leticia parecía más bien de padre a hijo.

Leticia siempre le hablaba a su papá de sus conquistas, jamás le mintió, tal vez porque él no le reprochaba nada.

Luego de un rato volvió Leticia, recién bañada y vestida con un pantalón corto de algodón y camisilla del mismo material.

—¿Hay todavía mate?

—Sí, ¿vas a tomar? Contáme, qué pasó. Ligaste *piko besomí* aunque sea *che rajî*.

Leticia entusiasmada como niño con juguete nuevo, con los ojos brillosos y más azules que el cielo, respondió:

—Papá, qué duro es ese Marcos, se hace del recio —y comenzó a relatarle lo acontecido con

lujo y detalles.

—Yo te aconsejo, mi hija, que si te gusta no lo dejes. Ya sabés dónde queda su casa. Hay que luchar por lo que uno quiere. Pero si es un simple capricho, más vale que te alejes de él porque es un buen hombre. No le trunques la vida.

—No sé lo que significa amor. Si es esto que siento. Lo único que te puedo asegurar es que él me vuelve loca. Quiero estar con él, y... ¡No me da bola!

—¿Acaso no vas a casarte con Maximiliano?

—¡Ay, papá! Ya no sé qué hacer con Máx. Creía estar enamorada de él, pero me siento desilusionada. Es como si algo se hubiera roto. No sé lo que me pasa. Creo que realmente estoy enamorada de Marcos. Prefiero no casarme.

—Me alegra escucharte decir eso porque tengo una mala noticia que darte.

—¿Que noticia?

—Es sobre Maximiliano. Hay muchas mentiras en su vida. No es el hombre que nos imaginamos —y don José le mostró el informe que le dio Salcedo.

—Dejá a mi cargo, papá. Voy a darle su merecido por haber mentido.

—No, mi hija. No vale la pena. Es mejor que termines con él y ya está.

—¡No! ¡Está loco ese si piensa que va a burlarse de mí! Dame la dirección del hogar. Voy a hacerle una visita a su padre.

—¿Para qué?

—Quiero conocerlo, nada más.

Finalmente, don José accedió a llevarla al hogar de ancianos.

Leticia encontró a un anciano con ojos pequeños y hundidos, ocultos tras los pómulos huesosos. La amplia sonrisa demostraba complacencia con la visita.

Padre e hija estuvieron apenas quince minutos, durante ese tiempo ella se sacó algunas fotos con el anciano.

De vuelta a la casa, Leticia imprimió las fotos; recogió todos los obsequios que Maximiliano le había regalado, los guardó en una caja y se dispuso a esperarlo. Tenía que venir a almorzar como lo hacía los sábados.

Al llegar Maximiliano intentó besarla, pero Leticia se esquivó.

—¿Qué te pasa, mi amor?

—¡Vos me vas a explicar qué pasa contigo!

—¡Ah! Vos estás enojada conmigo porque no te acompañé anoche a la cena, ¿verdad, mi amor? Pero como te dije, estaba muy cansado y no quería amargar la noche.

—Mirá, Maximiliano, yo soy una mujer respetable, decente, respetuosa y de muy buena familia y posición económica. Creo que sabés perfectamente eso. Tengo mi carácter, así me conociste... Me gusta la farra, la diversión. Yo me he mostrado a vos realmente como soy... Fui muy honesta y sincera. Y lo que más odio es la mentira... ¡Vos sos un miserable mentiroso!

—Pero ¿por qué me estás diciendo esto? ¿Qué hice para merecer tu enfado?

—¿Qué hiciste? ¡Nada! ¿Qué vas a hacer, pobre infeliz?

—Pará un rato. No sé qué te sucede. ¿Qué te dijeron de mí? Lo que sea dejá de agredirme y vamos a hablar. Dame una oportunidad para defenderme.

—Muy bien, señor abogado, si es que sos abogado, ¡a ver si esto tiene alguna explicación! —gritó Leticia, arrojando las fotos que horas antes le había sacado a su padre.

Maximiliano quedó rígido, pálido; sobreponiéndose, intentó dar una explicación:

—Todo tiene una explicación.

—¡Pero qué explicación! ¡Tírarle a tu pobre padre en un hogar y lo peor no es eso, sino negarle! ¡Eso no tiene ninguna explicación! ¡Qué clase de persona sos para actuar de esa forma!

—Te voy a explicar.

—¡No quiero escuchar ninguna explicación! ¡Quiero que desaparezcas de mi vida para siempre! ¡No quiero volver a verte nunca más! ¡Alfredo! —llamó al guardia que estaba atento en la puerta —acompaña al señor Herrero al portón y llevá esta caja —ordenó señalando la caja llena de regalos.

—Sí, señorita.

—¿Y por qué la caja? —preguntó Maximiliano.

—¡Son tus malditos regalos! ¡No quiero tenerlos!

—Yo no voy a llevarlos; son tuyos.

—No quiero nada tuyo. Si no quiere llevar, deja en la calle —ordenó al guardia.

Don José y Soledad estaban escuchando desde el balcón. Le vieron al guardia depositar la caja en la vereda y a Maximiliano subirse al auto. Cuando el guardia entró nuevamente a la casa, cerró el portón y se perdió de la vista de Maximiliano; él retrocedió y abrió la valijera del auto y depositó en ella la caja de regalos. Padre e hija se miraron y riéndose bajaron a acompañar a Leticia.

—¿Cómo estás, mi hija?

—Bien, papá

—Qué dura sos Leticia, ¡por Dios! —soltó Soledad.

—Hermana querida, es la forma de enfrentarse a un badulaque. Vos también debes aprender a defenderte, porque de pronto aparece cada sinvergüenza que, si te descuidás, puede fundirte la vida —advirtió Leticia.

—Para eso está Salcedo. Para evitar este tipo de problema —murmuró Soledad entre risas.

—Pero yo jamás hubiera desconfiado de él. ¿Cómo fue para hacerle el seguimiento? —preguntó Leticia a don José.

—Eso, mi hija, los años de experiencias únicamente te indican cuándo hacerlo.

La empleada anunció que la mesa estaba servida y los tres se fueron a almorzar.

Después del almuerzo, don José se retiró a descansar y las hermanas salieron cada una por su lado.

Leticia estaba muy feliz. A pesar de no haber dormido prácticamente la noche anterior, no quiso acostarse. Decidió visitar a una amiga.

Ya en la calle cambió de rumbo. Tomó la ruta de salida de la ciudad y se dirigió a San Lorenzo. Antes se detuvo en una hamburguesería y compró hamburguesas, papas fritas y gaseosas.

Tocó el timbre del departamento con cierto temor. Después de un rato abrió la puerta un Marcos soñoliento.

—¡Sorpresa! —exclamó Leticia, ingresando, sin darle tiempo a reaccionar.

—¿A qué hora te fuiste y qué hora es? —preguntó Marcos, cerrando la puerta. Esa pregunta alivió a Leticia porque descubrió que acababa de despertarse y no tuvo aún tiempo de hablar con *Yerutí*.

—Me fui a preparar el almuerzo en casa —entre risas Leticia mostró el paquete de hamburguesas.

Leticia tenía puesto un vaquero ajustado, una remera corta que mantenía el ombligo al aire, la melena rubia suelta y no llevaba tacones. Se dirigió a la cocina.

Marcos, muy sorprendido, se quedó parado, mirándola. Aún no tuvo tiempo de analizar lo

acontecido la noche anterior. Después de unos minutos reaccionó.

—Me voy a dar una ducha.

—Está bien. Mientras yo preparo la mesa, ¿vas a comer la hamburguesa? O ¿hay otra cosa para comer?

—No. Acá no hay comida.

¿*Qué habrá pasado con Yeruti?*, se inquietó Marcos mientras se bañaba.

Una vez bañado y afeitado, se puso un pantalón corto y una remera, y se fue a la cocina.

Leticia casi cayó desvanecida al verlo entrar. Nunca pudo explicarse por qué Marcos le producía esa sensación tan extraña. ¿Sería una obsesión? Lo cierto era que tenía enfrente a un Marcos recién afeitado, con el pelo mojado, con una remera blanca que resaltaba aún más su piel tostada y esos ojos que parecían estar más verdes que la esmeralda; las pestañas tupidas y las cejas anchas. Tenía frente a ella a un muñeco de verdad. Estaba enloquecida. Quería arrojarse en sus brazos, pero ya sabía que eso no resultaría. Empezaba a conocerlo. Era evidente que no le gustaba la mujer agresiva, ni mucho menos atracadora. Era un machista en grado extremo. Le gusta la mujer desvalida, inútil, llorona, dependiente. Lo estaba conociendo y ¿*por qué no darle el tipo de mujer que él quiere?*, volvió a preguntarse por segunda vez.

—¿Querés almorzar ya? —preguntó Leticia.

—No. Quiero tomar primero *tereré*, ¿querés tomar?

—Sí.

—Está bien. Dejáme preparar. Tengo una pequeña terraza donde en horas de la tarde ya no da el sol. Vamos allá.

La terraza era como una jaula. Apenas cabían en ella dos sillones, una mesita y una que otras planteras llenas de flores.

—¡Te gustan las plantas! —exclamó ella.

—En realidad, no soy yo el que cuida.

—Okey. Me imagino quién es la que cuida.

Ante ese comentario, un silencio embarazoso invadió el ambiente.

—¡Vení acá! ¿Querés el *tereré*? —preguntó Marcos.

—Sí.

Se sentaron frente a frente separados por un suspiro.

—¿A qué hora te fuiste?

—Más o menos a las ocho. Tomé un poco de mate con papá y luego...—Leticia se echó a llorar, sin poder seguir hablando.

—Qué te sucede. No llores. Estás muy llorona últimamente. Yo le desconozco a esta chica.

Leticia siguió llorando como una buena actriz.

Marcos se mudó a su lado. Le retiró el pelo de la frente y le dio un tierno beso. Ella estaba al borde de la locura, pero seguía fingiendo, sin saber cuándo parar. Él la recostó por su pecho y le acarició el pelo, sin decir nada, esperando que se calmara.

Luego de un rato, ella dejó de llorar. Levantó su rostro y clavó, en los ojos de Marcos, sus hermosos ojos azules, que nunca él había contemplado con detenimiento hasta ese momento.

—¿Vos crees que soy muy mala?

Él se rió y volvió a acomodar el pelo que caía sobre su rostro.

—¿Por qué me preguntas?

—Porque yo creo que si una persona es muy mala solamente le pueden suceder cosas tan malas como me están sucediendo —se puso a llorar nuevamente, haciéndose la víctima.

—Pero qué te sucede. Por qué tanto llanto...

—Fui burlada por mi novio.

—¿Qué te hizo?

—Se burló de mí y de mi familia. Nosotros le abrimos las puertas de nuestros corazones, de nuestra casa. Teníamos planes para casarnos en febrero y... —le contó los pormenores del engaño —. Se presentó como un hombre huérfano, sin familia. No sé por qué, a mí nunca me interesó su familia, solo él.

—¿Cómo te enteraste?

—Mi papá tiene sus contactos. Él todo lo sabe; nada se le escapa.

—Pero ayer vos me dijiste que ya no tenías novio.

—Sí, pero ayer estaba enojada con él porque no me acompañó nada más.

—¡Ah! ¿Y qué explicación te dio?

—Yo no le pedí explicaciones. Todo acepto, pero ¡mentiras no!

—Es bueno saber eso —señaló Marcos, con cierta sonrisa, intentando calmarla.

—No puede haber una relación sobre mentiras. Yo me muestro como soy. No oculto nada. Digo lo que pienso y siento y espero de mi pareja lo mismo o si no chau. Total, hay demasiados hombres churros por todas partes —sonrió provocativa clavando su profunda mirada en el alma de Marcos. Él esquivó su mirada, se levantó y con el rostro sombrío y mirada distante suplicó:

—Leticia, te quiero pedir un favor.

—¿Sí?

—Te pido, por favor, que no juegues conmigo. Vos qué pensás; que soy de barro. No, señorita; soy de carne y hueso. Soy un hombre normal y vos me estás provocando todo el tiempo. Si no te hice caso en la facultad fue por una razón muy particular, ahora mucho menos te voy a hacer caso. Es necesario que comprendas mi situación. Yo soy un profesional. A lo mejor a vos no te interesa tu profesión, pero a mí sí, y no puedo involucrarme contigo porque no quiero perder mi trabajo. Para mí eso es muy importante. Vos sabés, o a lo mejor no, que en nuestro país no hay mucho por hacer. Si uno encuentra un buen empleo, como en mi caso, debe aferrarse al mismo y cumplir de la mejor manera para no ser desplazado por otro. Yo no soy rico ni tengo un papá rico que me mantenga. Al contrario, yo tengo que ayudar a mis padres.

—¿Por qué crees que podés perder tu trabajo si te involucras conmigo?

—Porque es así. Meterse con la hija del jefe es la ruina de cualquier profesional.

—Estás equivocado; a papá no le interesa lo que yo hago.

—Acabás de decirme que él investigó a tu novio.

—Y qué crees, ¿que a vos no te investigó? Papá todo lo sabe. Aunque yo no le haya dicho adónde voy, él sabe que estoy aquí. Y no le importa.

Marcos se calló un instante, luego propuso.

—Vamos a almorzar —fue al comedor y se sentó de espalda a la puerta.

Leticia permaneció sentada un instante en la terraza soleada, atrapada en el silencio de la tarde quieta. De pronto saltó como si tuviera resorte y entró al comedor. La ancha espalda de Marcos se interpuso en su camino y sin pensar dos veces se abalanzó sobre él; lo abrazó y metió sus manos dentro de la remera, acariciando su pecho. Marcos ya no pudo resistir y cedió a su ardiente pasión. Se levantó, sin pensar en nada más, la tomó con brusquedad. A partir de ese momento el reloj se detuvo, la razón cedió su espacio a la locura y Marcos no supo si en ese momento era Leticia o *Lilit* la que estaba en sus brazos. Probablemente fuera *Lilit* porque no podía provenir de una mujer semejante lujuria. ¡Qué importancia tenía de quién pudiera ser! Ya lo tenía atrapado

para siempre. Era imposible recuperar en un día el tiempo perdido. Pero allí estaban juntos, como uno solo, sin importar lo que pudiera suceder más allá de la habitación. Cuando finalmente Leticia quedó profundamente dormida, ya en el dormitorio, él la miró y no terminaba de admirar su belleza.

Desde que la conoció, le tuvo miedo; miedo de perder todo en la vida por un momento de locura. *Ella se dio el placer de seducirme, ahora puede decir a su padre que me despida, pensó. Cómo caí.* Le vino en mente los consejos de su padre: “No te fijes en una mujer superior a vos, que no sea que se burle de vos y desprecie a tu familia”. Todo sucedió precisamente cuando fue ascendido a gerente. Se sintió enojado consigo. Se levantó, caminó por todo el departamento, salió a la terraza, volvió a entrar, hasta que finalmente, admirando la belleza de Leticia, se consoló: *No importa lo que venga después, valió la pena.* Se acostó nuevamente, levantó el pelo que cubría el rostro dándole un cálido beso. Ella abrió los ojos y comenzó a besarlo apasionadamente.

—Leticia: Es hora de que vaya a tu casa. Es muy tarde. Tu papá debe estar preocupado por vos, sin saber dónde estás.

—Papá sabe dónde estoy.

—¡Qué!

—Ja, ja, ja, te digo nomás. Pero si me necesitara hace rato me hubiera llamado. Mirá, no tengo ninguna llamada perdida. Además, mi auto tiene GPS, no me puedo perder ja, ja, ja —mostró su celular. Pasaron juntos el resto del día y parte de la noche. Casi al amanecer ella se retiró.

* * *

Marcos durmió toda la mañana y después del mediodía apareció en la casa de sus padres, con una rara expresión en el rostro. Era como un niño que acababa de comer gran cantidad de golosinas.

—¡Hola vieja; hola viejo! ¿Cómo están?

—¡Por fin apareciste! —reclamó su madre.

—Mamá, no te preocupes si no vengo un día. Si no aparezco es porque estoy bien y si nadie dice nada, mejor todavía. ¡Vos sabés que las malas noticias llegan rápido, así que, si algo me llegara a suceder, vas a saber pronto!

—¡Marcos, no digas más eso! —le reprendió su mamá.

—¡Vení acá, viejita linda! —Marcos, lleno de ternura, abrazó y besó a ña María.

—¿Qué te sucede hoy? —preguntó don Pancho.

—Hola, papá. Sucedió algo extraordinario en mi vida. No sé si se trata del destino o qué será.

—¿Qué te sucedió, hijo?

—¿Hay tereré papá?

—No, pero yo voy a preparar —doña María fue a la cocina.

—¿Qué de extraño te sucedió, hijo? —preguntó de nuevo don Pancho.

—¿Papá, te acordás de esa chica de quien te hablé? ¿La rubia esa, mi compañera de facultad? —brillaron sus ojos al recordarla.

—Sí, me acuerdo. A quien no podías ni mirar porque te fastidiaba.

—Sí, la misma. La mismísima, ¿sabés quién es?

—No.

—¡Nada más y nada menos que la hija del gran jefe!

—¿Del gerente?

—¡No! La hija del dueño. La noche del viernes, en la cena de la empresa, apareció por primera vez el jefe con sus dos hijas y una de ellas resultó ser mi compañera —con mucho entusiasmo, Marcos contó los detalles de la cena, sin el final, eludiendo la ida al departamento y el día de amor que pasó.

—Acaso nadie sabía quién es ella.

—No, papá. Ni al dueño nadie le conocía en la empresa. Dicen que es por la seguridad, por eso viven de incógnito, ja, ja, ja. Todos en la empresa estaban entusiasmados por conocerle porque hay muchos que hace más de diez años trabajan en la firma y nunca le vieron. Nuestro trato siempre fue con el Lic. Benítez, el gerente general. Creíamos que el dueño era árabe o judío y resulta que es un paraguayo como nosotros. Y la gran noticia papá, mamá, ¡me nombró gerente de San Lorenzo! El gerente general le dijo que soy muy bueno en el trabajo, además estudiante sobresaliente y como recompensa a mi esfuerzo me ascendió. ¡Él levantó la copa y brindó por la empresa, por el nuevo año y por el novel gerente!, como reconocimiento a mi esfuerzo.

Doña María lloraba al escuchar los logros de su hijo.

—Hay algo más —anunció Marcos.

—¡Qué más! —se sorprendió doña María.

—Leticia quiere venir a cenar con nosotros esta noche. Quiere conocerlos. A toda la familia.

—¡Cómo vas a traerla acá!

—¿Por qué mamá?

—Nuestra casa es muy humilde, no va a estar cómoda.

—Mamá, no digas eso. Éste es un hogar. Eso no se compra con todo el dinero del mundo. Yo sé que ella tiene casa, mansión, pero no tiene lo que nosotros tenemos: una familia completa, bien constituida. Su mamá murió hace años y ella vive solamente con su hermana y su papá. Así que viejita, no hay de qué preocuparte.

—¿Pero su papá va a dejarla venir? —preguntó doña María.

—Sí, ella es muy independiente. Te va a gustar mamá.

—¿Y *Yeruti*? —la pregunta de don Pancho quedó flotando en el aire por un momento.

—¡A la pucha! Ese es otro tema. ¡Ah! No sé qué hacer —una sombra de inquietud oscureció el rostro de Marcos.

—¿Acaso peleaste con ella? —preguntó don Pancho.

—No, pero ella estará enojada conmigo. Mejor que termine así.

—Yo te aconsejé que no te involucres con gente así —murmuró preocupado don Pancho.

—Papá, no te preocupes por nada. Mamá, ¿qué vamos a comer esta noche?

—Ya está todo preparado. Ya metí todo en el horno de la panadería. Hay chanco, oveja, pavo, chipa guazú.

Marcos estaba eufórico; por primera vez se lo veía tan feliz. Todo le parecía perfecto. Hacía apenas unas horas que se había separado de Leticia. *Esta sí es una mujer* se repetía cada rato. Él la había mirado como una loca como todos la llamaban en la facultad, por su aire de mujer fatal y su vestimenta escandalosa. Pero, ¿qué hay detrás de esa imagen? Una mujer perfecta que, aparte de ser bella, es inteligente y sabe lo que quiere. Se rió recordando lo que le había dicho en la fiesta: “Si me hubieras hecho caso en la facultad, ya hubiéramos hecho el amor un millón de veces”. *Creo que a esto temía siempre, por eso no me atrevía a mirarla siquiera*, pensó.

La reunión familiar, a la noche, fue muy agradable. Estuvieron todos los hermanos de Marcos,

que ya para entonces estaban casados. Alegría y risas acompañaron a la última noche del año viejo. Los niños alborotados corrían a lo largo y ancho del patio, todos deseosos de que llegue la medianoche, recibir al año nuevo y abrir sus obsequios. La presencia de la extraña mujer incomodó, al principio, a los presentes. Creían que estaría *Yeruti*. Sin embargo, todos guardaron sus comentarios para el final de la jornada.

Rápidamente, Leticia se apoderó de la fiesta desempeñándose como una perfecta anfitriona. No permitía que doña María se levantara. Con su finura y elegancia, contrastando con el sencillo lugar, servía la comida. Esa primera noche, en la casa de Marcos, ella subyuga a toda la familia. Tenía mucha facilidad para engatusar a la gente. Marcos quedó admirado con su comportamiento.

A las dos de la mañana, Marcos se despidió de su familia:

—Bueno, gente, acá la señorita Leticia quiere ir a saludar a su papá, así que con el permiso de todos ustedes nos retiramos.

—Muchas gracias por todo, encantada de conocerlos —saludó Leticia al retirarse.

Apenas se alejó la pareja, comenzaron los comentarios y preguntas.

—¿De dónde sacó Marcos esa modelo? —preguntó Efraín.

—¿Y *Yeruti*? —preguntó a su vez la esposa.

—¿Quién es tu nueva nuera, mamá? —intervino Antonio, el otro hermano.

—No es la novia, es la hija de su jefe —aclaró don Pancho.

—Andaa papá, qué hija de su jefe va a venir a pasar con él las fiestas de año nuevo. Además, actuó como una anfitriona. Nuestras esposas fueron desplazadas. Ya veo que va a ser la favorita de mamá —opinó Jorge, el otro hermano, a fin de despertar ciertos celos entre las mujeres.

—¡Ojalá que venga más a menudo y lave los platos y cubiertos también antes de irse! —murmuró Rosa, esposa de Jorge, despertando las risas de los presentes.

—No sé hijos, en qué está metido Marcos, pero si hay algo entre ellos se guardaron muy bien en no demostrar —intervino doña María.

—Pero qué va a hacer acá si no hay nada entre ellos —insistió Jorge.

—No sé hijos lo que sucede entre Marcos y esta chica, lo cierto es que la gente de plata hace cualquier cosa —replicó doña María—. Bueno, les voy a contar cuál es la verdadera historia: resulta que ella es hija del dueño de la casa de cambios donde trabaja Marcos, también su compañera de facultad. Recién el viernes descubrieron quién es quién.

—¡Hijo! ¿Y vino acá con toda la plata que tiene? No puedo creer. Yo pensé que papá y vos estaban jodiendo con eso de la hija de su jefe —comentó Antonio—. Si sabía, le hubiera rendido honores. ¿Por qué no contaron antes? —terminó irónicamente.

—Su amiga nomás es —aclaró don Pancho mirando a su esposa.

—Sí, son solo amigos —afirmó, a su vez, doña María.

—Bueno, si ustedes dicen, así debe ser —concluyó Jorge y cambiaron el tema de conversación.

* * *

Al subir al auto Leticia y Marcos, ella comenzó a besarlo, murmurando:

—¡Por Dios, Marcos!, no sé ni cómo me contuve. Estaba por volverme loca a tu lado sin poder acercarme a vos. ¿Viste lo bien que me porté?

—Sí —Marcos le había llevado a su casa con la promesa de que se mantuviera alejada de él,

puesto que su familia era muy tradicional y cualquier comportamiento escandaloso suyo crearía un repudio generalizado y no le gustaría que la rechazaran antes de conocerla.

—Ahora vamos a casa. Allí no necesitamos fingir. Así que preparáte —se rió ella.

—No me vuelvas a hacer pasar más papelón delante de tu papá —pidió Marcos.

—Marcos, en casa no se finge.

—No es fingir, es moderar.

—Es la misma cosa, pero, es más; es reprimir. Si te reprimen en algún momento vas a reventar y eso no conviene. Viste lo que me pasa contigo. Me reprimí mucho tiempo y ahora no me podés ni rozar. Me voy a volver loca de verdad si no me haces el amor. Ahora mismo, pará —suplicó Leticia besando el cuello a Marcos.

—Leticia. ¡No seas loca!

—No me llames más loca. ¡Me vas a decir que no te gusta!

—Sí, pero no es el lugar, ni el momento. Es necesario que aprendas a moderarte si querés estar conmigo, ¿de acuerdo?

—Está bien, vamos a hacer como a vos te gusta, señor anticuado, ja, ja, ja.

En el domicilio de la familia Gavilán estaban las tías Juanita y Martita, hermanas de don José, con sus respectivas familias. Cuando llegaron, todos felicitaron repetidamente a ambos. Marcos creyó que era por el egreso de la universidad, hasta que finalmente uno de los tíos pidió la atención de los presentes para hacer un brindis por los novios, que muy pronto van a contraer matrimonio: Marcos y Leticia. Él quedó totalmente desconcertado. ¿Novios? Si acaban de conocerse, o sea de estar juntos. ¿De dónde salió esa idea? ¿Son dos días de relaciones y eso significa estar de novio? Se asustó al pensar que estaba atrapado.

—¿De dónde salió eso del casamiento? —se asombró Marcos.

—Calláte. Ellos creen que vos sos Maximiliano.

—¡Ah!

—No te preocupes ¿o te asusta la idea de casarte conmigo?

—No. No es eso. Solamente que hace dos días que nos conocemos y...

En eso se acercó don José diciendo:

—Bueno, muchachos, definitivamente deben pensar ya en una fecha para la boda. No hay que perder más tiempo.

Las palabras de don José dejaron confuso a Marcos.

Sin embargo, ajeno a todo pronóstico, tres meses después, Marcos salía de la iglesia con su flamante esposa, luego de una sencilla ceremonia en la que participaron solo familiares y algunos amigos muy cercanos.

Marcos no quiso un casamiento pomposo, sino acorde a él y su familia. “No voy a permitir que mi familia se sienta mal, por sobre todo mi mamá, en una fiesta lujosa. Prefirió una ceremonia sencilla”, propuso en el momento en que planearon la boda.

A pesar de que Leticia quería la mejor de las fiestas, don José apoyó a Marcos y finalmente se casaron según sus deseos.

Capítulo siete

Preparando la maleta

Llegó el 5 de enero, víspera del día de los Reyes Magos. La tradición era poner los zapatos en la ventana, agua en una palangana y pasto al lado, para los camellos que traían a los Reyes Magos a dejar los regalos. Pero ese año no había agua, pasto, camellos, reyes magos ni, mucho menos, regalos. Margarita de trece, Ángela de doce, Celia de once, Jorge de diez y José María de cinco años estaban desconsolados. Todos estaban sumidos en una profunda tristeza pues Amalia, su madre, se estaba preparando para ir a España.

Durante el preparativo, la mamá daba sabios consejos a todos sus hijos resaltando la plena obediencia a la abuela. Todos contenían sus lágrimas porque la abuela les había dicho que llorar trae mala suerte. Pero la familia reunida, preparando la maleta, representaba un cuadro bastante desgarrador; pareciera como si estuvieran despidiendo a un familiar que estaba yendo a la guerra con un destino incierto. El único extraño presente era don Filemón, el churero del pueblo, que amablemente se ofreció a llevar a la viajera al aeropuerto. Para ello había pasado gran parte de la tarde lavando la camioneta para tratar de sacarle el olor de las menudencias.

La noche fue más oscura que nunca. A las tres de la mañana salió la viajera. No le acompañará ningún familiar porque eso ocasionará gastos extras para volver a la casa, pues el vendedor de menudencias del aeropuerto, pasará a la matadería a retirar la mercancía, como lo hacía habitualmente. Para sorpresa de Amalia, todos los niños y su madre se acomodaron en la carrocería de la camioneta. Don Filemón cambió su rutina por ellos.

A las cinco en punto el avión emprendió el vuelo. Amalia miró por la ventanilla y vio por última vez las manos de sus hijos en señal de adiós. Esa fue la imagen más dolorosa de su vida que nunca pudo olvidar. Borbotones de lágrimas cubrieron sus ojos, deslizándose por sus mejillas.

Era su primer viaje en avión. Se le revolvió el estómago. Para no sentir molestia estomacal había comprado, de la farmacia, una tira de pastillas que no le sirvió de nada porque igual le invadió un malestar general.

El mareo y la náusea eran tan intensos, pero no tenía nada que vomitar porque hacía una semana que, prácticamente, no comía. Parecía que su estómago le llegaba a la boca y la estaba ahogando cuando escuchó la voz de la azafata pidiendo a los pasajeros que se abrochen los cinturones pues estaban por aterrizar en Sao Paulo.

Amalia al enviudar había quedado totalmente desamparada. ¿Qué hacer para mantener a sus cinco hijos? Ella nunca había trabajado. Los primeros años de casada acompañaba a su esposo a repartir gaseosa, pero desde que quedó embarazada nunca más salió a ningún lado. Solamente se dedicaba al cuidado de los niños. Ante la incertidumbre de qué hacer, se precipitaron los consejos de los vecinos allegados a ella. No le agradaba la idea de ir a España, como muchos paraguayos. No quería dejar a sus hijos, más aún considerando que Margarita estaba por cumplir quince años. Prefirió buscar empleo en la ciudad.

Algo debe haber para hacer antes que abandonar el país recapacitó.

Comenzó a buscar empleo incansablemente. Iba a los bares, restaurantes y algunos comercios a ofrecerse como ayudante de cocina o limpiadora, pero en todos los lugares a donde iba le repetían lo mismo: no hay vacancia. No había forma de conseguir empleo debido a su escasa formación académica; apenas pudo terminar la primaria.

Ya cansada de tanta búsqueda, una mañana vio por el vidrio de una tienda, en un concurrido centro comercial, un anuncio: “Se necesita vendedora de salón”. Entró a la tienda y solicitó hablar con el encargado. Nunca vendió nada, pero se consideraba capaz de hacerlo de la mejor manera. Su aspecto bien cuidado no demostraba que fuera pueblerina, ni madre de cinco hijos: un metro setenta de estatura, de constitución robusta, morocha, pelo negro y largo. Sus facciones no eran bellas, pero resplandecían al reírse exponiendo unos dientes perfectos más dos hoyuelos en ambos lados de las mejillas.

Se acercó segura de sí a hablar con el señor Martín González, el encargado, un señor de mediana edad, que sin expresión alguna en el rostro le explicó las condiciones de trabajo. El sueldo era menor al mínimo exigido por ley. El horario era de nueve de la mañana a las nueve de la noche, de lunes a lunes, con un día libre a la semana, rotativo.

—Si estás conforme, podés empezar mañana —concluyó el encargado.

Sin pensar dos veces, Amalia aceptó el empleo. Una vez acordadas las condiciones laborales, el señor le entregó tres pares de ropas interiores de distintos colores, más dos pares de uniforme. El valor de las prendas será descontado del primer sueldo. Ante la pregunta de por qué las ropas interiores el encargado le explicó que era para evitar los robos.

—Nada de usar otro tipo de ropa interior. La señora Marlene es la supervisora. Antes de salir todas las noches ella te va a revisar en el probador, así como hace con todas las chicas. Está prohibido el uso de celular y tu cartera se guardará en la recepción —aclaró y llamó a la señora Marlene. Ella le explicó detalladamente el trabajo.

Con mucho entusiasmo Amalia volvió a su casa, a pesar de encontrar muy denigrante lo de la ropa interior.

Al día siguiente, después de organizar el desayuno y almuerzo del día, Amalia fue a la tienda. El único problema era que vivía a veinte kilómetros de la ciudad y los colectivos pasaban repletos. Tuvo que movilizarse muy temprano. El primer día de trabajo recibió los consejos de sus compañeras:

—No importa que seas buena o mala vendedora, lo único importante es que seas buena en la cama con el jefe. Que seas complaciente con él.

—¡Qué! —exclamó asustada Amalia. Pensó que sus compañeras le estaban dando la bienvenida gastando una broma de mal gusto.

—Sin falta el jefe te va a pedir que te acuestes con él, pero no te desesperes, lo hace con todas las empleadas. Si estás de acuerdo y disponible para él, tenés el empleo asegurado y siempre vas a recibir pagos extras las veces que te contrata para “lo otro”. Y si no estás de acuerdo, ¡chau!

—¿Ese señor con quien hablé? —preguntó desesperada Amalia.

—No, él es el hermano. El señor Martín maneja toda la organización, pero el dueño del dinero, el que da y saca, es don Ignacio González; el ogro. Muy pronto vas a conocerlo.

Amalia quedó boquiabierta ante todo cuanto acababa de escuchar, incapaz de aceptar semejante atrocidad. Consideró que tal vez solo sea maldad de las compañeras porque siempre ha escuchado que en las instituciones públicas las mujeres por poco no se sacaban los ojos compitiendo.

Tal vez en las empresas privadas sean iguales, se reanimó.

Sin dar mayor importancia a los malos augurios, Amalia llegaba puntualmente al trabajo. La tienda vendía ropa para jóvenes, lencerías, calzados y accesorios. Había buen número de clientes y la venta era buena. Nadie descansaba, solo a la hora del almuerzo tenían treinta minutos para comer, tiempo en que las otras empleadas iban al comedor ubicado en el segundo nivel del centro comercial. Amalia, para evitar gastos extras, traía el almuerzo.

Al final del primer mes recibió la primera paga: ni estirando como goma le iba a alcanzar para cubrir los gastos, considerando lo abultada que estaba la libreta del almacén y por la cantidad de hijos que tenía, la mayoría en edad escolar. *Al final es mejor que nada reflexionó* y guardó el dinero.

Abordó un transporte público repleto de pasajeros. Eran las nueve y media de la noche de un día sábado. Al día siguiente le correspondía el día libre. Apenas se subió al colectivo, consiguió un asiento hacia el fondo, al lado de la ventanilla.

Se iba pensando en las diligencias del día siguiente. En el día de descanso se dedicaba a organizar las actividades de la semana, designar las tareas a sus hijos y hacer las compras de provisiones en las que abundaban fideos, arroz, yerba, azúcar, café, carne y pollo. Hortalizas no compraba porque tenía una huerta que las proveía en abundancia e incluso sobraba para invitar a los vecinos... La huerta que era el trabajo extra de Jacinto y ahora ella y sus hijos la siguen cuidando con mucho amor.

Entristecida pensaba en su esposo. Tan bueno y generoso ha sido toda la vida; trabajaba mucho y ganaba poco, pero, a pesar de ello, no dejaba que ella trabajara fuera de casa. Para aumentar el ingreso familiar había preparado la huerta; en sus horas libres la cultivaba y cuidaba y, a la vez, enseñaba a los niños hasta convertirlos en colaboradores entusiastas.

Amalia nunca se había preocupado por obtener dinero para los gastos de la casa, sin embargo, en ese momento estaba con toda la carga encima. Hacía poco más de un año que murió su esposo y durante ese tiempo se mantuvo gracias a la caridad de los vecinos y amigos, pero esa situación no podía continuar. Gracias a Dios consiguió empleo, aunque mal remunerado, era empleo al fin. Y esa era su vida, pero estaba tan sola en su desgracia. *Tal vez mamá quiera venir a vivir conmigo. Total, ella vive sola en la chacra. Tengo que pedirle, o mejor le voy a exigir.* Con esa idea quedó sumida en un profundo sueño.

La frenada brusca del colectivo, más un intenso dolor a la altura del hombro, la despertaron pasmada. Lo primero que hizo fue tocar la cartera que tenía en el regazo y la encontró totalmente descargada. Por precaución ella había guardado el dinero en uno de los zapatos y dejado en la cartera un poco de sencillo y los documentos. Horrorizada, atajando la respiración, se quedó dura como un tronco. Antes de terminar de reaccionar sentía que el objeto punzante traspasaba la piel y la desgarraba. El hombre que estaba sentado a su lado había descargado su cartera y con tono amenazante habló, mientras el que estaba parado detrás de ella, la hería:

—¡Dame el dinero!

—Está en mi cartera —se animó a contestar.

—¡Dame el dinero, bandida! —gritó el hombre, mientras el otro seguía apretando el objeto punzante en su espalda.

Desesperada, Amalia se agachó, extrajo el dinero del zapato y lo entregó al hombre. Al mismo tiempo otros cuatro hombres redujeron al conductor, obligándolo a detener la marcha.

Se bajaron los asaltantes en un lugar oscuro, para internarse en un bosquecillo, pero antes de alejarse dispararon contra las ruedas del colectivo para impedir la marcha. Todos los pasajeros fueron despojados de sus billeteras y celulares, por lo que nadie pudo llamar a la policía.

Tuvieron que esperar unos quince minutos hasta que apareciera un transportista que les socorrió. Eran casi las once de la noche.

Transcurrieron unos treinta minutos después del asalto para que los pasajeros fueran auxiliados por la policía.

Amalia fue trasladada a Emergencias Médicas por el corte en el hombro, pero al no revestir de gravedad la herida le dieron de alta enseguida. Llegó a la casa después de la media noche y encontró a sus hijos desesperados. Lo que más le dolió no era la herida, sino el hecho de volver a casa sin dinero.

Al día siguiente, los vecinos, después de enterarse de lo ocurrido, organizaron una tallarinada para recaudar fondos y ayudar, por lo menos, a disminuir la cuenta del almacén.

Amalia decidió solicitar un adelanto al dueño de la tienda. Pasó gran parte de la noche del domingo ensayando un discurso para exponer la situación por la que estaba pasando. Llegó al trabajo afligida y contó lo ocurrido a sus compañeras; todas se solidarizaron con ella y la alentaron para hablar con el jefe.

—Pedile para salir un poco más temprano también —le aconsejó una de las compañeras.

Amalia tomó coraje recién en horas de la tarde para exponer su caso al jefe, aún desconocido hasta ese día.

La oficina estaba ubicada sobre el salón de ventas, en un entrepiso. Una escalera en caracol comunicaba dicho salón con la oficina. Al subir la escalera Amalia fue detenida por un guardia de seguridad que custodiaba la puerta.

—Pasa señora, el jefe está solo —informó el guardia, luego del saludo.

Amalia, con las manos temblorosas, abrió la puerta y entró a una oficina sencillamente amoblada: a la entrada un sofá grande y dos pequeños, una mesita central y al fondo un escritorio y dos sillas.

Un señor gordo y calvo, de unos sesenta años o más, estaba sentado detrás del escritorio.

—Buenas tardes señor González —saludó Amalia con cierta inseguridad.

—Buenas tardes... Pasá, pasá. Tomá asiento —ordenó el señor indicando la silla que estaba delante del escritorio, sin levantar la vista del diario que estaba leyendo.

Amalia, con pasos vacilantes, caminó hacia el señor González:

—Señor, necesito hablar con usted.

El jefe levantó la cabeza y al hablar mostró unos dientes sucios con manchas de nicotina. Con voz crispada, preguntó:

—¡Sentáte! ¡Qué te pasa señorita!

—Disculpe señor que venga a molestarle. Hace apenas un mes que empecé a trabajar aquí. El sábado cobré mi primer sueldo y cuando iba a casa me asaltaron, me robaron todito... Ahora no tengo nada para mi pasaje y necesito que me dé un adelanto —habló titubeante Amalia.

Después de un largo silencio, el jefe habló de nuevo:

—¿Por qué yo tendría que darte un adelanto? Dame una razón.

—Porque soy su empleada, y me robaron todo, como le dije. No tengo ni para mí pasaje *ko* para venir a trabajar y no puedo venir caminando porque vivo lejos.

—Mirá señorita. Todos los días hay robo y nadie viene a pedirme dinero por eso. A mí el robo no me importa y yo no tengo por qué darte ni un centavo. El sueldo se paga después de trabajar y no antes como me estás pidiendo.

Amalia se llenó de ira e impotencia, pero no lloró porque consideró que un miserable como aquel no era merecedor de su llanto. Se armó de valor y siguió hablando.

—Usted es un desconsiderado al no querer darme un anticipo.

—¿Quién me asegura que si yo te doy ese anticipo mañana vas a volver a trabajar, si estamos empezando el mes?

—¡Pero señor! ¡Yo necesito el empleo! ¡Soy viuda, tengo hijos a quienes alimentar y ahora están sin comida porque unos malditos ladrones me robaron!

—Te disculpo porque sos nueva en la empresa, pero aquí hay una política que respetar: los empleados trabajan y se les paga. Acá el treinta de cada mes se les paga ni un día después, pero pagamos al empleado que trabaja. Aquí no aceptamos los problemas particulares. Ponéte en mi lugar: si cada una de las veinte señoritas que trabajan en la empresa viene a mí con sus problemas, qué voy a hacer yo. Ni mis propios problemas no puedo resolver y cómo voy a resolver los ajenos. No señorita, definitivamente no te puedo dar ni un guaraní.

—Bueno entonces —murmuró resignada Amalia al levantarse. El señor González, que todo el tiempo se mantuvo sentado detrás del escritorio, también se levantó. Parado daba miedo, pues la panza grande y la camisa desabrochada —que mostraba una cadena gruesa con una medalla grande de oro— colaboraban para presentar un aspecto aterrador.

Con pasos acelerados Amalia se dirigió a la salida. Cuando estaba por abrir la puerta, la detuvo la voz de mando del jefe.

—¡Esperá un rato!

—¿Sí, señor? —preguntó ella, girando sobre sí.

El jefe ya estaba muy cerca de ella. Riéndose le tocó el pelo y murmuró:

—Todo tiene solución en la vida, señorita. Sentáte —señaló el sofá.

Amalia volvió sobre sus pasos y se sentó.

—Vamos a solucionar tu problema. ¿Cuánto dinero necesitás?

—Lo que necesito es mucho, pero si me da la mitad de mi sueldo ya me puedo manejar hasta llegar a fin de mes y cobrar el resto.

—Muy bien —replicó el jefe sacando un fajo de billetes del bolsillo del pantalón. Apartó unos cuantos y le pasó a Amalia. Su proximidad llenaba de olor a tabaco.

—Muchas gracias señor. Estaba segura que no es lo que intentaba aparentar —comentó Amalia al levantarse.

—¿Qué es lo que estaba aparentando?

—Que es un hombre insensible —murmuró agarrando el dinero. En ese momento él la tomó de la mano y aclaró:

—Esperá, esperá. Hay una condición.

—¿Qué condición? —preguntó Amalia, aterrada.

—¡No te hagas la desentendida! ¡Cerrá la puerta! —ordenó.

—¡Pero la puerta está cerrada!

—¡Llavea! —volvió a ordenar con ímpetu él, pero en vez de permitirle acercarse a la puerta la empujó hacia el sofá.

—¡Para qué si ya me retiro! —respondió Amalia sacudiéndose y dejando caer el dinero que se esparció en el piso. Caminó asustada hacia la puerta, pero ya el jefe se interpuso ante ella evitando que saliera.

—No sé si sos muy ingenua o tus compañeras no fueron muy comunicativas contigo. Yo acá doy todos los gustos a las chicas, pero también ellas me tienen que dar los gustos —mientras hablaba iba desabrochando su pantalón. Ya en ropa interior, como una fiera, se abalanzó sobre Amalia arrojándola sobre el sofá grande. En el forcejeo su mano fue por el hombro herido y ella

gritó. El grito alarmó al guardia, quien golpeó la puerta y preguntó si estaba todo en orden. La voz distrajo la atención del jefe y permitió que ella se zafara.

Amalia, horrorizada y sin aliento, como el alma que lleva el diablo, bajó la escalera ante las atentas miradas de las demás empleadas y pidió a Marlene su cartera. Sin hablar con nadie salió corriendo y despavorida llegó al comedor, se sentó en un rincón, puso su cabeza sobre las manos y los codos apoyados en la mesa. Estaba a punto de desvanecerse. La mesera la miró con curiosidad, con un vaso de agua se acercó para preguntar si le sucedía algo, pero ella no podía responder. Eran las tres de la tarde, el comedor estaba vacío. Imposibilitada de sobreponerse y con el fin de poner en orden sus ideas, se quedó sentada por unas horas.

Una vez recuperada del terror, volvió a la casa, reunió a sus hijos y les contó que dejó el empleo, sin dar los detalles. Ante la penosa situación que estaba atravesando decidió hacer lo mismo que hicieron muchos de los vecinos y amigos: ir a España. Lamentablemente no tenía otra salida, claro que no sería tan fácil. Tenía que organizar a los hijos, traer a su mamá para quedarse con ellos —estaba segura que no se negaría—, sacar el pasaporte y buscar el dinero para el pasaje. Comenzó los preparativos: vendió un horno eléctrico —que su marido le había regalado— y por el importe compró el pasaje para ir a Canindeyú. La madre vivía allí.

Después de seis largas horas de viaje en colectivo y caminando unos minutos, pasando por grandes extensiones de cultivo y caminos polvorientos, llena de sudor y polvo, con el cansancio propio del viaje, llegó Amalia, exhausta, a la casa de su madre. Al divisar la que otrora fuera su casa lloró desconsoladamente. Era casi una choza la que se erguía frente a ella: con sus horcones a punto de derrumbarse apenas sostenían el techo de paja y las paredes de madera, estaban corroídas por el transcurso del tiempo.

Amalia trató de sobreponerse antes de ingresar a la miserable vivienda. Encontró a su madre en deplorable estado, igual que la casa. No era tan chica, ni demacrada, la última vez que la había visto. Era como si hubiera dejado de comer. Cuando murió el marido de doña Gertrudis, Amalia la había invitado a vivir en su casa, pero ella no quiso dejar el rancho ni sus gallinas, sus cerdos, y, mucho menos, a Pedro y Luis, sus hijos, que vivían a escasos metros de ella.

Doña Gertrudis se sorprendió al ver a su hija. La última vez que la vio, cinco años atrás, fue cuando murió su esposo. La relación entre ellas no era muy estrecha pues vivían a unos cuatrocientos kilómetros una de otra. Siendo Amalia hija extramatrimonial muy jovencita fue, prácticamente, obligada por su padrastro a casarse con el repartidor de gaseosa que frecuentaba la zona y que había demostrado interés en ella. Felizmente su matrimonio fue todo un éxito.

Amalia le preguntó el porqué del estado de extrema delgadez en que se encuentra y doña Gertrudis respondió que últimamente andaba muy quebrantada por sus hijos porque no venían más a verla ni siquiera los nietos:

—Y yo cuando me voy a sus casas sus esposas no me reciben. Además, parece que por el veneno que usan los sojeros, mueren todas las gallinas y no tengo más ni huevo para comer —habló con desgano.

—¡Ay, mamá!, ¡Cómo podés vivir así! Yo vengo a buscarte porque te necesito y me encuentro con la sorpresa de que vos me necesitás más a mí.

—Pero mi hija, ¡qué *piko* vas a necesitar de esta pobre vieja!

—¡Mamá, no digas eso! No sos vieja, estás muy descuidada nomás. Pero Dios sabe lo que hace. Yo no hubiera venido a buscarte si conseguía un buen empleo.

— Vos *piko* estás trabajando.

—Tengo que trabajar, mamá y ¡vos no sabés todo lo que pase últimamente!, ¿no te contó

Pedro?

—No. El *ko* no me habla más luego. Ya te dije.

—¡Ay, mamá! ¡Murió *ningo* Jacinto!

—Qué, ¡cuándo!

—Hace más de un año ya. Yo le llamé a Pedro para que te avise. Era raro luego que no te fuiste —se abrazaron y lloraron.

Sacaron agua fresca del pozo, prepararon tereré y se sentaron a tomar bajo la sombra de un *tajy sa'yju* que había crecido torcido, al costado de la casa. El árbol azotado por una tormenta había caído, quedando parte de la raíz sobre la tierra y su follaje a escasos metros del suelo. Al sentarse bajo su sombra, Amalia rememoró las horas pasadas de su niñez sobre el pobre tronco. En aquel tiempo era un arbolito y tanto ella como sus hermanos no le permitían tener siquiera la corteza de tanto que lo trepaban. Y en ese momento, con su frondoso tronco y desparramado ramaje, era el único que no había abandonado a su mamá.

Amalia expuso a doña Gertrudis el motivo de su visita. La larga y calurosa tarde fue testigo de las lágrimas de Amalia. Tanto sufrimiento acumulado desde la muerte de su esposo brotó desde lo profundo de su ser buscando el consuelo de la madre.

—Tengo que irme mamá. No tengo más remedio y no quiero dejar a los niños con gente extraña. Quiero que vos te quedes con ellos... Ellos *ko* son muy buenos y disciplinados, así crecieron. Son muy obedientes; yo nunca les pegué ni su papá tampoco, pero no hace falta porque entienden lo que se les dice.

Doña Gertrudis no necesitó que Amalia insistiera tanto; no tenía nada que sentir. Su rancho ya no tenía valor, la tierra que antiguamente era fértil y atiborrada de cultivo estaba seca, árida, llena de yuyos; algunos de sus animales habían muerto, otros vendidos, y los pocos que quedaban estaban esqueléticos como ella.

Resuelto el tema del cuidado de los niños, Amalia se dedicó a solicitar su pasaporte. Pasó tantos sinsabores para conseguirlo: un ir y venir todos los días al Departamento de Identificaciones, formando largas colas. Tuvo que terminar pagando una fuerte suma de dinero, en concepto de coimas, a fin de apresurar las gestiones, de lo contrario hubiera esperado meses.

El dinero para el pasaje no era problema pues abundaban los usureros que prestaban. Pero antes de recurrir a alguno de ellos y pagar una suma tan elevada en concepto de interés, decidió ir a la cooperativa de la cual eran socios su esposo y ella. Pero primero debía buscar la agencia con la cual viajar para saber el monto real del pasaje, incluyendo el viático que exigen, y averiguar si no tenían sistema de financiamiento. El mayor problema era cómo elegir la agencia que la llevaría con seguridad a su destino, sin tener que ser devuelta, como les sucedía a muchos compatriotas.

Luego de conversar con unos vecinos cuyos familiares estaban en España, escogió la agencia con la que viajó Azucena. Ña Luisa, mamá de Azucena, le aseguró que su hija viajó y llegó sin contratiempos a través de esa empresa.

Rápidamente se comunicó con la dueña de la agencia y una vez acordados los términos, el siguiente paso era conseguir el dinero para el pasaje, puesto que la agencia no lo financiaba.

Fue hasta la cooperativa exponiendo su necesidad, pero no le dieron el préstamo por carecer de un ingreso seguro, a pesar de haber ofrecido como garantía el título de su casa. Entonces, tuvo que recurrir, forzosamente, a un usurero, recomendado por don Filemón.

Doña Gertrudis, preocupada por el peligro de rebote de la gente que viajaba y la enorme deuda contraída, le preguntó si no sería mejor ir a la Argentina, pero Amalia no quiso escuchar ningún consejo. El viaje estaba programado y no iba a retroceder pues la agencia con la que iba a viajar

ofrecía garantía a los viajeros. Azucena había llegado sin problema a su destino.

—Mamá, no te preocupes. Voy a entrar. Esta agencia cobra el doble del pasaje, pero asegura porque la dueña está casada con un español y tiene un hijo y una hija que son españoles. Ella lleva solamente tres o cuatro personas a la vez, todas del mismo sexo, ¿sabés por qué eso? Porque cuando van las mujeres viajan con la hija y si van los hombres con el hijo y pasan sin ningún problema porque tienen sus contactos en el aeropuerto de Madrid. Me estaba contando ña Luisa, que, a Azucena, cuando iba a viajar, le suspendieron tres veces. Ella estaba muy enojada por eso, pero luego se enteró que la agencia esperaba que su contacto esté trabajando el día que van a llegar, de lo contrario, simplemente no permite que viajen.

Y así, el día de los Reyes Magos, Amalia, llena de incertidumbre, se dirigía hacia la tierra prometida.

Sin embargo, a pesar del precio exagerado que pagó a la agencia de viajes, tuvo la mala suerte de no poder llegar a su destino. El vuelo en el que iba hacía escala en Londres y fue allí donde encontró las trabas. Ella no sabía hablar inglés y no tenía forma de defenderse.

De vuelta a su pueblo, Amalia no perdió el tiempo y comenzó a buscar de nuevo dinero para el pasaje. El apuro era mayor, pues los compromisos se duplicaron. Doña Gertrudis decidió vender su propiedad para pagar la deuda contraída anteriormente, comprar el pasaje, dar a su hija el viático y el resto destinar a algo útil. Amalia se opuso tenazmente a esa idea, pero su mamá insistió diciendo:

—Ya esa propiedad está de balde; no nos sirve de nada. En cualquier momento los campesinos sin tierra pueden invadir, entonces sí yo tengo que olvidarme definitivamente del único bien que poseo. Vamos a darle un destino mejor a ese terreno —y con ese argumento puso fin a la discusión. Publicó por una semana en el diario la venta de su propiedad, tiempo suficiente para que apareciera un buen número de personas interesadas en comprarla. Lamentablemente la operación no fue muy rápida debido al atraso en el pago de los impuestos. Para poder vender tuvo que ponerse al día con todos los pagos, después de conseguir un agrimensor que determinara la dimensión exacta y los límites de su propiedad, puesto que en el momento que su abuela le había regalado no se había hecho en forma la transferencia. Felizmente, el interesado en la compra le dio un anticipo, como parte de los pagos, a fin de comenzar los trámites y después de unos seis meses finalmente terminó la operación de venta.

Capítulo ocho

Amarga realidad

Después de dos días de haber llegado Amalia a España seguía aún con el destino incierto. Tuvo tiempo suficiente durante las largas horas de viaje en autobús hasta Málaga para recapacitar sobre todo lo que le había contado Azucena. Tenía un panorama bastante desalentador, a pesar de ello trataba de mantenerse fuerte y no decaer. Aún esperaba encontrar en una situación diferente a la otra vecina.

Se bajó en la parada y abordó otro autobús, según lo indicado por Serafina. Otras horas de viaje y se bajó en Ronda donde la estaba aguardando su vecina. Se sintió reconfortada al mirar su aspecto: era bastante diferente a Azucena. Se la veía bien alimentada y cuidada. Después del saludo correspondiente, tomaron juntas otro autobús que las llevará a su destino final: Algeciras. Durante todo el trayecto Amalia no paraba de hablar, contaba toda su odisea, así como las novedades de su pueblo y del país. Serafina la escuchaba atentamente y de vez en cuando la interrumpía para preguntar sobre su marido e hijos.

Al descender del autobús, Amalia quedó muy impresionada. El día ya se había ido y por la noche la iluminación de la ciudad daba un resplandor a los edificios y calles. Se sintió muy animada por la atención de Serafina y feliz porque creyó que finalmente había terminado su calvario. Pero otra nueva frustración la estaba aguardando: Serafina no conocía de ningún lugar donde se necesita empleada y no podía hospedarla en la casa donde ella trabajaba. Para su consuelo la llevó a un albergue, cerca de la terminal de ómnibus, donde recibían a los inmigrantes.

Con profunda tristeza Amalia caminaba por las calles de Algeciras, sin detenerse a contemplar la ciudad.

Llegaron al albergue dirigido por el padre Antonio, un sacerdote de unos ochenta años, que alojaba a los inmigrantes hasta encontrar empleo que él mismo se encargaba de buscar. Hablaron con el sacerdote y al momento Amalia ya estaba instalada en una hermosa habitación.

Antes de retornar Serafina a su lugar de trabajo, le dio una serie de recomendaciones:

—Los españoles son gentes buenas, pero muy exigentes. No intentes tú de que ellos te entiendan, sino que eres tú quien debes entenderlos.

—¡Uy! ¡Qué es eso de tú, amiga! —exclamó Amalia, tratando de extraer una sonrisa de su alma con el fin de cambiar su humor.

—Te estoy aclarando que quieras o no, debes hablar como ellos. No como hablamos nosotros, de vos, sino de tú, o si no, tendrás problemas. Te aviso nomás que nadie se va a esforzar para entender tu forma de hablar. Tú tienes que esforzarte para hablar como ellos, eso debes saber de entrada. Yo tuve muchos problemas por mi forma de hablar y no quiero que te suceda lo mismo. A mí nadie me orientó cuando llegué recién y me cambié varias veces de empleo porque no me entendía la gente con quien trabajaba y todos se molestaban conmigo porque decían que yo quería imponer un idioma que no es el español.

—Pero nosotros *ko* hablamos muy mal luego el español —se preocupó Amalia.

—Sí, pero acá aprenderemos a hablar bien. No tenemos otra salida. Yo ya estoy utilizando muchos términos de los españoles, pero todavía me falta mucho por aprender.

—Voy a procurar de aprender rápido. Gracias por avisarme.

—Pues, entonces, coge la maleta y ve adentro —se rió Serafina y al despedirse agregó: mañana es mi día libre. Vendré a buscarte para salir y conversar con más tiempo. Hoy pedí permiso nomás, así que ya debo regresar al trabajo.

—Está bien, te voy a esperar.

Amalia quedó pensativa observando la partida de su vecina, reflexionando sobre la sospecha de Abel, el esposo de Serafina, sobre su infidelidad.

Ella era una más de las tantas mujeres que se atrevió a dejar a la familia y aventurarse hacia la tierra prometida. De veintiocho años, mirada expresiva y sonrisa franca. A pesar de vivir a tres casas una de otra en Capiatá, no era tan estrecha la amistad entre ellas, pero Abel era muy amigo de Jacinto y de ella, ña Ramona, su mamá.

Habían transcurrido tres años desde que Serafina tomó coraje y dejó a los dos tiernos niños bajo el cuidado de su esposo y su madre. Matías y Rubén, de siete y nueve años, esperaban ansiosos el regreso de su madre. Pero, ¿cómo vivía Serafina, qué trabajo realizaba?

Al principio Abel estaba muy contento pues gracias al dinero enviado por Serafina había abierto un almacén y trabajaba incansablemente con la ayuda de su suegra e hijos.

Siendo Abel un desocupado vivía con su esposa e hijos a expensas de su suegra. Todos vivían colgados de la pequeña jubilación que a ña Ramona le había dejado su esposo al morir. Pero el monto no alcanzaba para mantener a toda la familia. Ante la desesperación de no saber qué hacer para alimentar a los hijos, y viendo la migración masiva de los paraguayos a España, Serafina decidió viajar. Después de largas discusiones y considerando que sería más fácil que la mujer consiga empleo, logró convencer a su esposo, pero bajo ciertas condiciones: sólo por tres años. Abel tenía que colaborar con el cuidado de los niños, ser fiel y ahorrar. Todo funcionaba como lo planeado hasta que finalmente ella dejó de enviar el dinero, hecho que preocupó excesivamente a su esposo.

El primer año Serafina enviaba mil dólares americanos todos los meses, el siguiente año, el monto bajó a quinientos y para el tercer año, tiempo en que llegaba Amalia, había dejado de enviarlo. Además, sus llamadas se volvieron esporádicas. Por ese hecho Abel le había suplicado a su vecina que averigüe qué pasa con ella y que le cuente, con sinceridad, cualquiera que sea la situación que esté viviendo.

—No sé si tiene ya otro hombre por allá. No importa si eso sucede. Ella es muy linda luego y joven, seguro que enseguida va a encontrar algún hombre que se interese en ella, pero por favor, contáale que sus hijos la necesitan, que por lo menos llame porque ellos están ansiosos esperando su llamada. Decíle *na* que yo me estoy manejando muy bien con el almacén que abrí. Los niños me ayudan mucho. Cuando yo voy al mercado a traer las verduras, la abuela se queda con ellos en el almacén y Matías es el cajero. Él ya sabe sumar y restar muy bien; no se equivoca nunca. Los dos ya se van a la escuela, a la tarde, y tienen muy buenas calificaciones. *Masiado* buenos son nuestros hijos, yo les cuido mucho, pero les hace falta su mamá. Por favor, que no se olvide de nosotros —había resaltado la última frase con lágrimas en sus ojos.

Al día siguiente temprano Serafina llegó al albergue.

—Vine a buscarte temprano para aprovechar el día porque quiero que conozcas la ciudad antes de que empieces a trabajar. Y, ¿cómo fue tu noche en el albergue, dormiste bien?

—¡Santo Dios! ¡Cómo dormí! ¡Qué lugar tan lindo y qué personas maravillosas encontré!

Apenas entré, una monja me llevó hasta el dormitorio donde hay cuatro camas y me dio una sábana y funda nuevas para poner en una de ellas, en la que yo iba a dormir. Me sugirió que me acomode, que estaba en mi casa. Desempaqué, me di un baño y cuando salí hacía afuera ya me llevó *katú* a la cocina y me mostró la heladera llena de comidas y me invitó a comer todo lo que quería. ¡Nunca he visto tanta comida en mi vida! Los dormitorios se separan, los que son para hombres de los que son para mujeres y hay cuatro camas en cada uno, y hay gente de todas las nacionalidades, de América, de Europa y de África. ¡Para qué *piko* yo te estoy contando esto, seguro que vos sabés mejor que yo, ja, ja, ja!

—Sí, yo también me había quedado por tres días acá cuando llegué recién. Quiere decir que no ha cambiado nada. Bien, ¿estás preparada para salir?

—Y, ¿adónde vamos a irnos?

—Primero te llevaré a que conozcas mi piso. Almorzaremos allí y luego te haré conocer la ciudad.

—¿Qué piso? ¿Acaso vos no vivís en la casa donde trabajas?

—Bueno, es para los fines de semana. Además, debo confesar algo: yo tengo otro compañero acá.

—¡Cómo!

—Lo que oíste. Tal vez sea difícil de que tú entiendas en este momento, pero acá la soledad es muy dura y a la larga tendrás que buscarte un compañero. Yo al principio lloraba todo el día sin consuelo. No quería salir a ningún lado. Faltó poco para arrojarme delante de algún colectivo y terminar de una buena vez la vida de soledad y amargura que llevaba. Pero Dios no quiso eso y le conocí a Sebastián, un paraguayo que también dejó a su familia para venir acá. Su situación era peor que la mía porque el pobre no conseguía trabajo, solo algunas changas que apenas le daban para sobrevivir. La vida de los hombres es dramática porque tienen que sí o sí tener un piso donde vivir. Y a él ya nadie le tenía paciencia porque permanentemente estaba sin empleo. Y en el albergue tres días lo que puedes quedarte. El caminaba como veinte kilómetros al día para irse a un comedor social. Como la situación suya era peor que la mía decidimos alquilar juntos un piso. Al principio era para compartir los gastos nada más, pero con el tiempo nos convertimos en pareja. Claro, con el compromiso de que esta relación sea solo para acá. El día que volvamos a Paraguay, cada uno vuelve con su familia. Al comienzo me ayudaba a pagar el alquiler, pero luego ya no pudo porque no conseguía trabajo. Ahora yo estoy pagando sola, por eso que no puedo enviar más dinero a Abel.

Amalia quedó muda ante semejante confesión. No tenía palabras que pronunciar. Comprendió que Abel estaba informado sobre la situación de su esposa y a pesar de haber implorado que le cuente la verdad decidió callarse. *Que se entere de otro lado, pero no de mi boca*, meditó cuando llegaron al piso.

El piso, era apenas una habitación de tres por cuatro metros. A la entrada estaba la cocina bien amoblada, en el centro una mesa con cuatro sillas y al fondo la cama matrimonial. El señor que estaba sentado en una de las sillas era un hombre de unos cuarenta años, tosco y de mirada esquiva. La impresión que causó a Amalia no fue buena, tal vez porque tenía el preconceito de que era un sinvergüenza que se aprovechaba de una mujer para sacarle todo el dinero evitando que ella enviara a quienes realmente se lo merecen: su esposo e hijos.

Amalia se sintió muy desanimada al descubrir la vida que llevan sus dos vecinas en el lejano país. *Dios mío, dame fuerza y que no caiga yo en ninguna de las dos situaciones*, rogó a Dios sin prestar atención a la conversación que mantenía la pareja. Ella se sintió muy incómoda, por

eso, al terminar el almuerzo que había preparado Sebastián, pidió a Serafina que la llevara de vuelta al albergue, pues le manifestó que estaba muy cansada, que aún no se había recuperado del largo viaje y prefería descansar.

—Acá tenemos colchones de reserva. Parece nomás que el piso es pequeño. Hay lugar para muchos —aclaró Serafina señalando hacia una pila de colchones—. Éste es el refugio de muchos paraguayos que vienen a pasar el fin de semana con nosotros.

—Entiendo, pero si no es mucha molestia, prefiero irme al albergue.

—Está bien, como quieras; pero ya sabes. Para que tus fines de semana no sean aburridos cuenta con nosotros. Aquí vienen muchos paraguayos, hacemos asado, sopa, tomamos cerveza y la pasamos bien.

—Les felicito —susurró Amalia, apesadumbrada, pensando en los dos niños que esperaban, ansiosos, aunque sea una llamada de su madre.

Al tercer día de haber llegado Amalia, el padre Antonio la acompañó hasta la casa donde será empleada: con una pareja de ancianos de noventa y noventa y dos años. Gente muy cálida. La anciana se encargaba de cocinar y Amalia de limpiar, lavar las ropas, planchar; hacer las compras del supermercado y cuidar a los dos. Le llevó cierto tiempo familiarizarse con todo, puesto que, viviendo en el campo con las escasas comodidades, había tantos utensilios que no sabía cómo usar. La anciana, comprendiendo su ignorancia, se tomaba la molestia de andar detrás de ella todo el tiempo para enseñarle.

Los primeros meses de Amalia en España resultó un mar de lágrimas. Vivía con unas bolsas negras bajo los ojos que mostraban sus largas noches de insomnio. Su único consuelo era haber encontrado a esa generosa familia, así como al padre Antonio, que le brindaban todo su apoyo. Vivía encerrada. Solamente los domingos, su día libre, iba a misa. Esa era toda su salida. Con sus hijos y su mamá hablaba todos los días pues la buena señora, comprendiendo su añoranza, le había autorizado a que le llamara a su familia, desde su teléfono, con la carga de una tarjeta:

—Todos los días, hasta que se acostumbre a la vida lejos de los suyos —le había aconsejado. Gracias a Dios, doña Gertrudis ya había adquirido un teléfono celular para ese tiempo.

Con Serafina cortó totalmente la relación. Y con Azucena hablaba de vez en cuando, considerando que ella, a pesar de dedicarse a una actividad indigna para cualquier mujer, no tenía esposo ni hijos a quienes rendir cuentas de sus actos. Y ella no se consideraba capaz de juzgarla por su trabajo. *Es la peor actividad que una mujer puede realizar. Hasta Jesús se apiadó de la prostituta y le perdonó, porque yo tengo que menospreciarla por lo que hace*, reflexionaba al cortar la comunicación con ella.

Las noches de Amalia se convirtieron en largas horas de reflexiones, recuerdos, añoranzas; las meditaciones la ayudaron a conocerse, a aceptar su situación y a dejar de llorar. La semilla de la esperanza había comenzado a germinar en ella. De su infancia en el campo, tenía lindos recuerdos; su madre, una sencilla y culta mujer, le ha ofrecido una buena educación dentro de sus limitaciones. Apenas pudo terminar la educación primaria, pues en el lugar donde ella vivía no había colegio. Sus días transcurrieron entre actividades propias de una niña de campo: cuidaba a sus hermanos, lavaba las ropas en el arroyo, ordeñaba la vaca o recogía los terneros a caballo. Traía leña del monte y hacía fuego para cocinar las verduras obtenidas de la huerta, acompañados de algunas gallinas o patos que ella misma faenaba. A pesar de amar su vida, su costumbre, el monte, el guaraní, a su mamá y a sus hermanos, tenía un deseo intenso de abandonar el campo, vivir en la ciudad, conocer a su padre.

Su padre, un hombre mujeriego, cuando joven, no tenía deseo alguno de casarse, razón por la

cual no se casó con su mamá ni con la del otro hijo que tuvo. Sin embargo, ya en el ocaso de sus días fue seducido por una astuta mujer, mucho más joven que él.

El recuerdo de su hermano de padre la acompañaba permanentemente. Tan ruin el pobre, pero a pesar de todo ella lo amaba. Era tan cínico; lo poco que su padre logró acumular a lo largo de su existencia, él se gastó en un santiamén, en complicidad con la sinvergüenza que logró engatusar al anciano.

Amalia veía fuerte y sano al anciano a quien cuidaba y no pudo evitar compararlo con su padre. Consideró injusto que su padre, siendo más joven, estuviera postrado, imposibilitado de valerse por sí mismo, mientras veía al anciano que caminaba todos los días sin apoyarse en nadie. *Evidentemente es consecuencia de la vida desordenada que llevó*, buscó justificar.

Jacinto, su finado esposo, era el mejor hombre del mundo; jamás podría encontrar otro como él, es más, ni remotamente podría reemplazarlo —a pesar de lo expresado por Serafina—. Sería incapaz de mirar a otro hombre. Los años que pudiera quedarse en el lejano país serían solamente con el fin de acumular dinero para volver a su tierra natal, empezar una actividad digna y seguir con la educación de sus hijos.

Capítulo nueve

Nuevo cargo

Doña Gertrudis recibió el giro enviado por su hija después de cinco días de ir y venir continuado, pero desilusionada encontró un monto inferior a lo mencionado por teléfono. Con vehemencia reclamó al cajero y devolvió el dinero. El cajero se limitó a contar de nuevo los billetes y devolverlos, sin darle ninguna explicación.

—¡Pero mi hija me aseguró que eran mil euros! —siguió quejándose doña Gertrudis.

—Sí, pero hay que descontar la comisión, además, el cambio está muy bajo.

—¡Pero son unos ladrones! ¿Dónde está el señor gerente que le quiero hablar? —preguntó enojada.

Marcos, atento a cuanto acontece en el salón, salió e invitó a doña Gertrudis a pasar a su oficina.

—Pase doña Gertrudis. ¿En qué puedo ayudarla?

—Quiero saber señor gerente por qué *piko* el cajero me da tan poca plata. Mi hija me depositó mil euros y mirá lo que me está dando. Son equivalentes a ochocientos nomás. Esto no puede ser.

—Vamos a ver cuánto le dio...—musitó Marcos, contando el dinero. Tomó la máquina de calcular que estaba sobre el escritorio y comenzó a hacer los cálculos. Efectivamente, el dinero estaba incompleto.

—Mis disculpas correspondientes, doña Gertrudis. Usted tiene razón. Su dinero está incompleto. Espere un momento —Marcos salió de la oficina y se dirigió al desatento cajero—:

—Mendieta, calculá un poco otra vez esta entrega. Hiciste mal tus cálculos. Esto no puede suceder. Si esto se repite, quedás fuera. Entendiste. No me interesa si recomendado de quién sos. No podés joder a estas pobres gentes que están acá.

De vuelta a su oficina Marcos entregó a doña Gertrudis el dinero, con el comprobante correspondiente:

—Disculpe doña Gertrudis y gracias por avisarme del error. Estoy seguro que si fuera otro cliente se hubiera callado o hubiera hecho escándalo.

—No tiene por qué agradecerme, señor gerente. Yo lo que le agradezco por su atención y acá tiene lo que me había prestado. ¡Muchísimas gracias! —le entrega un billete de cien mil guaraníes.

—Deje nomás, doña Gertrudis.

—¡Pero señor gerente! ¡Cómo no voy a devolverle lo que me prestó! No, señor; yo estoy acostumbrada a pagar mis deudas. Cómo otro día me voy a atrever a pedirle prestado si no le devuelvo; no señor, éste es su dinero. El interés le voy a deber —afirmó mostrando sus pocos dientes al reír.

—Bueno, entonces doña Gertrudis, muchas gracias y cuando guste.

Doña Gertrudis regresó contenta a su casa. Reunió a sus nietos y juntos revisaron las cuentas a pagar: primero, devolver a los vecinos lo prestado; segundo, pagar la libreta del almacén (que ya estaba bastante abultada, por cierto); tercero, las compras para el mes, y así sucesivamente hasta

destinar el último centavo.

Después de retirarse la simpática cliente, Marcos seguía molesto por el mal desempeño del cajero. Se sentó ante la computadora a verificar los giros recibidos y entregados del día, así como las operaciones de cambios realizadas. Se alegró de que el incidente haya sucedido con doña Gertrudis y no con otra persona, puesto que esa señora era muy simpática y comprensiva. *Si fuera otro cliente, hubiera armado tal escándalo, y cómo habría quedado la imagen de la empresa. En fin, todo se aclaró.* Pensaba en la pequeña señora: tan chiquita, huesosa, arrugada, pero simpática y cálida. Le despertaba cierta nostalgia; le recordaba a su abuelita.

Ella vivía tan humildemente, sin que él pudiera ayudarla. Se rió al recordarla: tan chiquita y simpática vivía jugando a la quiniela, y en cuanto a juegos de azar que apareció con la esperanza de ganar algún día su gran premio. Cosa que nunca ocurrió y murió tan pobre, sin haber ganado jamás su gran premio, apenas la quiniela. ¡Ah, otra época!, pensó.

Siempre soñó con su abuelita, quien le hablaba de la gran fortuna que había acumulado su finado padre después de haber desenterrado *Plata Yygyuy*. Vivieron la gran vida, eran ricos, pero como el abuelo no había cumplido la promesa hecha al *póra*, que le mostró el lugar donde estaba enterrado el tesoro, perdió todo el dinero. Claro, no de una vez, sino en sucesivas carreras de caballos en las que participaba. Y le vaticinaba a su nieto grandes fortunas: “Marquito, vas a ser muy rico, mucho más rico que tu abuelo”. El recuerdo le hizo pasar a Marcos su malestar. *En cierta forma, abuela, se cumplió tu profecía. Ya soy un hombre rico, pero a qué precio: no soy feliz, me hubiera gustado tener una esposa más sencilla, más humana, menos material y más espiritual; menos soberbia.* Se lamentaba de que su esposa haya nacido, precisamente, cuando la humildad estaba de vacaciones.

Marcos llevaba su matrimonio con cuidado. Su esposa le eligió a él y no a ella, él, como le hubiera gustado. Sabía que estaba atrapado. Don José estaba por viajar y le impuso una nueva carga, como había hecho años atrás con su hija. No se sentía tan seguro de cumplir a cabalidad con su función. Además, el nuevo cargo significaba no salir nunca más de la casa del viejo. Don José le había tomado desprevenido cuando le anunció:

—Leticia me contó que estás cansado de San Lorenzo. Yo también estoy cansado de lo que hago. Nunca he salido de vacaciones y éste es el momento que quiero escaparme. Quiero ir en un crucero por unos meses, sin apuros. Voy a dejar a tu cargo la oficina porque estoy seguro de que estás bien preparado para reemplazarme. Además, así vas acostumbrándote a hacerte cargo del negocio cuando yo me retire.

—¡Señor! Yo no podría hacer su trabajo. Es demasiado para mí. No creo que pueda cumplir a cabalidad.

—¡Por supuesto que vas a poder! Acá no hay mucho para hacer. Tu trabajo consistirá en sentarte en la oficina, echar un vistazo a los monitores sin perder los movimientos diarios y recibir los reportes de las sucursales. El que trabaja realmente es Miguel. Tu compromiso es dar el visto bueno a las transacciones. Es muy sencillo. Yo en una semana te voy a mostrar todo, no hay de qué preocuparte; además, a quién voy a dejar si no es a vos. Si tuviera un hijo, le hubiera dejado a él, pero como no tengo y la responsabilidad va a tener que caer sí o sí en vos. Lastimosamente a ninguna de las chicas le interesa el negocio. Antes Leticia me ayudaba, pero últimamente me abandonó.

—No sé qué responder, señor.

—Y ubicá a alguien en tu lugar. Organizá todo y comenzamos acá rápidamente. Quiero partir en dos semanas.

—Gracias señor, por la confianza. Voy a hacer todo lo posible para no defraudarlo.

—Estoy seguro de eso, hijo.

Marcos llegó a la meta que puede soñar cualquier profesional, pero no se sentía realizado.

Su relación con Leticia nunca fue armoniosa porque eran muy diferentes. Discutían por cualquier motivo. Ella siempre vivió en las nubes, nunca pisó tierra. Él, sin embargo, de ningún modo podría despegar sus pies de la tierra; vivía los problemas día a día. Lo único que les mantenía unidos era la pasión que sentían. Sin embargo, para él, el matrimonio no se reducía a la cama. Eso dura apenas unos minutos. ¿Y el resto de la jornada? Hay que compartir los problemas cotidianos, tener hijos, educarlos. Para Leticia los problemas no existían y ser madre no estaba en sus planes.

Al reflexionar Marcos sobre su vida se remontaba al pasado no tan lejano; la cena de fin de año de la empresa. Leticia con su vestido ajustado, los senos casi al aire, la mirada burlona, el primer contacto oprimiendo su cuerpo contra el suyo. Nunca pudo explicarse de dónde había sacado la fuerza de voluntad para no tomarla en sus brazos y besarla; someterla en el auto o en el departamento. Sabía que ella estaba dispuesta a todo y él la respetó o le tuvo miedo, y con razón.

Sin pérdida de tiempo, Marcos dispuso los cambios necesarios para dejar la oficina en buenas manos. Ascendió al Lic. Carlos Colman en su reemplazo. Distribuyó los otros cargos acordes a las funciones de cada empleado. Hizo una reunión para presentar al nuevo gerente y despedirse del grupo, satisfecho con el deber cumplido.

Apreciaba mucho a sus colaboradores y sentía cierta tristeza al encerrarse en la oficina y mirar, por última vez, el local atestado de impacientes clientes que esperaban como siempre. Era fin de mes y el local estaba, más que nunca, atiborrado de clientes. Buscó con la mirada a la simpática señora que le recordaba a su abuelita.

La vio sentada, impaciente, como un enfermo que espera su turno en el consultorio médico.

La entrada y salida permanente de personas en el local, así como aquellas que caminaban por la vereda y las frenadas bruscas de los colectivos distraen a doña Gertrudis, pero aun así su impaciencia no tenía límite. Siempre lo mismo. Amalia llamaba para avisarle que ha depositado el dinero, pero llegaba con mucho retraso. Varias veces pasó por su mente que en la casa de cambios usaban primero el dinero y luego le entregaban. Su hija le había sugerido enviar a través de un banco, pero el solo hecho de pensar en entrar a un banco le desesperaba, por esa razón le suplicó que le siguiera enviando como siempre.

—No importa, voy a esperar nomás —le había dicho.

Debido al excesivo retraso del giro, doña Gertrudis le estaba debiendo más de cien mil guaraníes a Marcos. Cuando el cajero le entregó el dinero, ella, presurosa, se dirigió a la oficina del gerente a fin de saldar su deuda. Entregó el dinero que debía a Marcos, acomodó el resto dentro de un pañuelo y dándole la espalda, lo guardó entre sus senos. Marcos la observaba con ternura y aprecio. Siempre ha sido muy precavida.

—Y bien doña Gertrudis, cómo están las cosas.

—Muy bien, señor gerente.

—Doña Gertrudis, hoy es la última vez que nos vemos. Yo me estoy yendo a otra sucursal.

—*E'a che karai*, que *piko* yo voy hacer sin su ayuda.

—No se preocupe Doña Gertrudis. Le voy a presentar al nuevo gerente que va a estar a cargo. Él es muy bueno, hace tiempo que trabaja conmigo y estoy seguro que también le va a dar una mano cuando lo necesite. Me espera un momento, enseguida vuelvo —Marcos salió de la oficina. Al rato regresó acompañado de un hombre un poco mayor que él.

—Él es el Lic. Carlos Colman, es quien queda a cargo. Carlos, ella es una clienta muy especial. Necesita de nuestro apoyo y ante cualquier cosa, por favor, ayúdále.

—No hay problema señor. Mucho gusto señora. A partir de hoy yo me hago cargo de usted.

—Mucho gusto. Pero dónde podría encontrarle en caso de que lo necesite.

Por alguna razón Carlos no le causó buena impresión a doña Gertrudis. Pensaba que no podría confiar en él. Marcos significaba para ella un apoyo, y más que apoyo, un amigo en quien confiar.

—No se preocupe Doña Gertrudis, el señor Carlos le va a atender muy bien, mejor que yo inclusive —aseguró Marcos.

Doña Gertrudis, con cierta tristeza, se retiró de la oficina, no sin antes decir:

—Muchas gracias por todo señor gerente y mucha suerte en su nuevo trabajo, pero podría dejarme su número de teléfono por cualquier cosa.

—No hace falta doña Gertrudis. Cualquier problema, acá lo van a resolver y si por casualidad usted me necesita, pida al licenciado para que me localice rápidamente.

—Bien, señor gerente. Entonces me voy muy aliviada porque usted me hace sentir bastante segura. Parece que usted es mi hijo o que. Gracias nuevamente señor gerente. Hasta luego.

—Hasta luego doña Gertrudis, que le vaya bien.

Capítulo diez

El secreto

La oficina central de Cambios Total ocupaba la mitad de la planta alta de la mansión de los Gavilán. Un mural hecho por un artista paraguayo ocultaba una puerta que se comunica con la escalera que lleva a las oficinas. Prácticamente la casa estaba dividida en dos fracciones, pero la arquitectura no permitía que alguien pudiera imaginarse siquiera que allí funcionaba una oficina desde donde se administraba una de las cadenas más grandes de casa de cambios que existían en el país. El ala norte de la planta alta ocupaba las oficinas: una sala de reuniones (que nunca se ha usado), dos oficinas, una para la secretaria y otra para el archivo; el despacho de don José, al fondo del cual se hallaba una puerta que comunicaba con un cuarto secreto.

Marcos tomó posesión de su nuevo cargo y se mudó a vivir a la mansión de los Gavilán. Don José estaba orgulloso de su yerno y quería tenerle en todo momento a su lado. Sin embargo, Marcos se sentía reacio a vivir en su casa. Quería mantener cierta independencia, por eso no quiso mudarse de su departamento, después de casarse. A pesar de que don José haya insistido, él no cedió y a Leticia le tenía sin cuidado total, todo el día ella estaba llena de actividades. Solo para dormir iba al departamento. Marcos no quería vivir en la casa del suegro, se sentía incómodo, pero ya no tenía otra alternativa. Recién después de formar parte de la familia Gavilán, había descubierto que la residencia no era precisamente una gran mansión como se imaginaba, sino unas oficinas disfrazadas de mansión.

Don José, durante las dos semanas anteriores a su viaje, hizo entrega de la oficina a Marcos y le asesoró sobre todos los temas y problemas a resolver. Confiaba plenamente en su yerno. Tenía la seguridad que no le defraudará.

Marcos revisó todos los documentos, verificó las transacciones. Quedó impresionado por el equipamiento de la oficina. Contaba con todo tipo de instrumentos tecnológicos para controlar la empresa. Aparentemente todos estaban conectados, solo habría que apretar unos botones y todas las informaciones saltarán a la vista. La oficina tenía un archivo bastante extenso, pero desordenado. Evidentemente a don José no le molestaba mucho el desorden con tal de disponer de los documentos en el momento de necesitarlos. Dos mujeres trabajaban en la oficina.

—Ella es mi brazo derecho, cualquier cosa podés consultarle y si se trata de información o documento está Bárbara —había dicho don José en el momento de presentar a sus colaboradoras.

—Las señoritas no pueden entrar a este cuarto —aclaró don José abriendo la puerta del fondo.

En silencio Marcos siguió a don José dentro del estrecho cuarto.

—Sin embargo, vos podés entrar, revisar y ver el estado de las cosas. Aquí están las operaciones de crédito con clientes especiales, son todas en negro, pero no te preocupes; son antiguos clientes y muy buenos. ¡Ah! Todas estas operaciones son con cheques y no se admite prórroga. Son muy buenos clientes, pero si le pasas un cheque, luego ya abusan. Llaman para atajar y te hacen trabajar mal. Así que mi hijo no aflojes con ellos. Ésta es la lista. Todos están al día y estos son los cheques a depositar. De los depósitos se encarga Lucero; le lleva el chofer.

Gaspar es el chofer, también confiable. Te aclaro que todos los empleados son de suma confianza.

Hace todas tus preguntas porque voy a desaparecer por un buen tiempo y no quiero saber nada de negocio durante mi descanso. Éste es un viaje que vengo posponiendo prácticamente toda mi vida. No tenía a quién dejar al frente de mis negocios y ahora que te tengo a vos me voy tranquilo. ¡Ah!, una cosa más. Nadie debe saber, por ningún motivo, de estas oficinas. Todos los empleados de esta casa y oficinas cobran más de lo debido a fin de mantener sus picos cerrados. ¿Está claro eso?

—Si don José, pero ¿esos clientes que usted mencionó, vienen acá?

—No, tampoco ellos vienen. Sólo se realizan las operaciones a través de la gerencia general. Miguel es el que está en contacto con ellos, pero vos vas a autorizar las operaciones. Y como te dije, nada de aflojar.

—Ya comprendo y gracias, de nuevo, por la confianza.

Después de quedarse solo, Marcos se dispuso a mirar con detalle la lujosa oficina donde trabajará: una alfombra roja que cubría totalmente el piso; un sofá grande de cuero marrón y dos pequeños del mismo material; una mesita de madera y tapa de vidrio; una amplia biblioteca, ubicada a un lado de las paredes, con una inmensa cantidad de libros; el gran escritorio con una computadora encima. Le impresionó la cantidad de monitores que estaban distribuidos por la pared adyacente a la biblioteca. Eran las pantallas que mostraban todos los movimientos de las distintas sucursales. Al mover la cortina divisó desde allí el amplio y espacioso jardín de donde subían las fragancias de jazmines y madre selva. Era el sueño de cualquier profesional contar con semejante oficina, y sería suyo por tres meses y tal vez por más tiempo, vaya uno a saber, pensó al sentarse en el cómodo sillón ejecutivo.

La primera semana Marcos se dedicó a verificar los movimientos de todas las sucursales. Para investigar a los clientes se puso a husmear en el archivo secreto de don José. Le causó gracia la meticulosidad de su suegro al leer los extensos informes de los clientes especiales, pero sentía cierta incomodidad por el desorden reinante. Decidió hacer primero una limpieza y poner cierto orden para continuar leyendo. Comenzó a descargar todas las gavetas. Había infinidad de documentos, todos encarpados. Cuando llevó la vista hacia una gaveta con el título de “Empleados” se acercó a abrir. Constituía un mundo de carpetas, todas por abecedario. Tomó al azar algunas de ellas y comenzó a hojearlas. Encontró nombres totalmente desconocidos. En todos los legajos leídos encontró un anexo con el informe final firmado por Salcedo. *Tal vez no tuvo tiempo de presentarme a este famoso Salcedo* recapacitó. Todos los gerentes y subgerentes le fueron presentados en la oficina del gerente general. *Bueno, ya que voy a tener poco trabajo, voy a dedicar mi tiempo a esta sala y poner un poco de orden antes de que regrese el jefe*, pensaba a medida que guardaba las carpetas y leía los nombres de las divisorias. Observó que todas estaban bien clasificadas. Así, había carpetas de los empleados y ex empleados. Las que corresponden a empleados estaban clasificadas por sucursales y cargos, y las de ex empleados, según los motivos de salida: los que salieron por su propia voluntad y los que fueron despedidos, fuera por fraude o por irresponsabilidad.

Con una sonrisa triunfadora buscó la letra “G” diciendo para sí: *vamos a ver qué encontramos acá porque yo ni siquiera había rendido*. Con cierta satisfacción retiró la carpeta con sus datos personales.

Se rió retrocediendo a aquella época. No habían transcurrido aún diez años y el lugar que ocupaba era muy alto. Le parecía todo muy rápido. Salió de la pequeña habitación y se sentó en el cómodo sillón ante el escritorio para leer, con cierto placer, lo que pudiera estar escrito en su

expediente. Siempre con esa sonrisa de triunfador, comenzó a hojear: la primera hoja, el currículum hecho con la máquina de escribir Remington del tío Leo. Su cinta apenas corría y las letras casi no se veían. Su foto carné sacado por don Romualdo —el fotógrafo de la esquina de su casa que ya ha fallecido— le mostraba al muchachito inseguro que pasaba buscando empleo. Se trasladó a aquella época: *cómo puede cambiar la vida en tan poco tiempo. Ni siquiera tenía para hacer copia por computadora*. El empleo le había caído del cielo. Le dio gracias a Dios y siguió leyendo. Encontró el informe de Salcedo, pero a diferencia de los otros era mucho más extenso. Lo leyó y encontró primero todo lo relacionado con la vida familiar: su papá, su mamá, los hermanos, la crisis económica, y finalmente con él. Todos eran datos muy íntimos que no tenían nada que ver con el futuro empleo. Al final de la carpeta apareció una hoja con una nota: “No necesita dar examen, es bueno, denle todas las atenciones necesarias, enséñenle todos los secretos del éxito y páguenle mucho más que el sueldo mínimo. Que viva bien y que conozca todo el manejo de la empresa porque él es mi futuro esposo”. Firma: Leticia Gavilán.

Marcos bajó la carpeta sobre el escritorio, la volvió a levantar, la releyó como seis veces, hasta que finalmente la frustración le hizo estallar en sollozos. Se sintió traicionado, humillado, no solo por Leticia, sino por toda su familia política y algunos compañeros de trabajo, principalmente su ex jefe. Le vino a la memoria la cena de fin de año que nunca pudo olvidar: era una farsa y él, el actor principal.

Una semana anduvo Marcos leyendo los documentos, sin querer convencerse de su contenido. Se sintió muy herido porque él se consideraba inteligente, competente y capaz, y era el momento que comprendía que todo ello no le sirvió para ocupar el cargo que estaba ocupando. Eran los caprichos de Leticia los que le llevaron a la cúspide. Comenzó a cambiar de conducta, comía poco, hablaba otro poco, y a la noche se encerraba en la oficina hasta altas horas. Además, comenzó a beber. Cuando Leticia le reprocha su conducta, él justificó:

—El saco de tu padre me queda muy grande, no voy a poder cumplir.

—Pero eso no te da motivo para embriagarte y tener esta conducta que no va con tu forma de ser. Yo te puedo ayudar si el trabajo es pesado porque antes le ayudaba a papá y entiendo algo. Pero qué es lo que va a ser tan pesado para vos, si lo único que hacés es mirar la computadora y ver cómo trabajan los demás.

Marcos se encerraba aún más. Comenzó a hilar todos los acontecimientos de los últimos años de su vida. Su vertiginoso ascenso, el corto noviazgo, el casamiento. Vivió los días más negros de su vida. La frustración se hizo su compañera inseparable, no tenía deseo de hablar con nadie. Quizá a otro no le hubiera importado, pero a él sí y mucho. Cómo contarle a su papá que su éxito no se debía a su sacrificio. Preguntas sin respuestas no le permitían conciliar el sueño. Cayó en una profunda depresión y ni siquiera podía concentrarse en su trabajo.

Los días sombríos que pasaron le hicieron descubrir la triste realidad: había caído en una trampa. Él no estaba casado con Leticia. Lo supo desde el primer momento que la vio y, aunque más tarde no quiso reconocer, se dejó vencer por ella. Ella era *Litit*. Su duda se había disipado.

Y ese invierno, en la vida de Marcos, le cambió para siempre.

Las horas oscuras que pasó Marcos, encerrado en la oficina, lo oprimieron y lo obligaron a hacer un examen pormenorizado de su vida pasada, presente y futura. Recordó a *Yerutí*; la había apartado de su vida, sin ninguna explicación, ni consideración. Nunca más había hablado con ella: ¿qué le habrá dicho Leticia aquella noche? Las preguntas lo acompañaban día y noche. Saturado como estaba de tantas preguntas sin respuestas, una tarde, decidió salir a caminar.

Leticia preocupada por la salud de su esposo llamó al médico de la familia y concretó una cita

a la que Marcos se rehusó a asistir.

Para Leticia, la actitud esquiva de su esposo era una señal de que algo andaba mal. Aprovechando su ausencia, pensando que tal vez podría encontrar en la oficina el motivo de su aislamiento, se fue allí. Saludó a Lucero que en ese momento estaba acondicionando el escritorio.

—Déjame sola un momento —ordenó al entrar.

La secretaria se retiró cerrando la puerta.

Leticia abrió los cajones del escritorio y revisó los papeles. Encontró la carpeta con el informe sobre Marcos y lo leyó. Se sintió morir con todo lo que estaba leyendo. Ciertamente, ella había utilizado una artimaña para conquistarlo, pero fue porque no tenía otra opción. Realmente ella creía que estaba enamorada de él.

Habló con Soledad de la situación. Su hermana la recrimina por su falta de honestidad:

—¡Cómo pudiste haber caído tan bajo! ¿Y todo este tiempo estuviste fingiendo? Y toda aquella escena de la fiesta cuando le conquistaste. ¡Dios mío!, no te entiendo, vos que sos la seductora, la sexy, tuviste que recurrir a engaños para atraparle.

—Vos no vas a entender porque no estás enamorada o nadie te gusta o nadie te rechaza; pero yo no estoy acostumbrada a que me rechacen, y mucho menos el pelagatos de Marcos.

—¡Ah!, con que pelagatos. Volvés a lo mismo.

—Claro que sí, aunque se haya casado conmigo sigue siendo lo que fue. El hábito no hace al monje.

—Pero Leticia, no comprendo qué es lo que querés de la vida.

—Quiero mantener mi matrimonio porque me gusta la vida con Marcos, él es diferente a todos los hombres que he conocido. Bueno Soledad, ahora necesito que me ayudes a salvar mi matrimonio a cualquier precio.

—Yo no puedo resolver los problemas que provocaste. Asumí tu culpa y pedíle disculpas. ¿Ya hablaste con él sobre el tema?

—No, recién ahora, cuando él salió, entré a la oficina a revisar y encontré la carpeta. Te juro que casi me morí. Ahora no sé dónde estará. ¿Verdad que un embarazo podría ayudarme? Pero no me hace más caso.

* * *

Luego de mucho caminar, Marcos abordó un taxi para dirigirse a la casa paterna. Llegó afligido, amargado, frustrado; no se sacó sus lentes oscuros para saludar a su madre. Le dio un beso en la frente y preguntó por su papá. Doña María, como buena concedora de su hijo, sintió su estado de ánimo y preguntó:

—¿Qué te pasa, mi hijo?

—Nada mamá, solamente que trabajo mucho y ando durmiendo poco últimamente, ¿y papá?

—Está en la panadería.

—Voy a verle un rato.

—¿Y Leticia?

—Está en la casa —respondió caminando hacia el pasillo que conduce a la panadería.

Marcos encontró a don Pancho encorvado sobre el mostrador y notó que el tiempo transcurrido, desde la última vez que estuvieron juntos, creó gran deterioro en él. Francisco Garay de setenta y cinco años era un hombre fuerte aún. A pesar de su cuerpo marchito tenía la mente

brillante y el espíritu de un joven. Sabía que podía contar con él, pero observando su cuerpo delgado y agachado como estaba, dudó y frenó sus intenciones, aquietando las penas que lo condujeron hasta él. Cambió automáticamente su expresión.

—¡Hola viejo!

—¡Hola che *ra'y*!

Se acercó a su padre y le pasó la mano, besándolo en la frente, como hace habitualmente.

—¿A qué se debe esta grata visita? —hacía tiempo que Marcos no le visitaba en hora de trabajo. Intuía que algo no funcionaba bien, más aún al sacarse sus lentes y notar las dos bolsas negras, bajo los ojos enrojecidos. La prudencia le impidió hacer comentarios.

—Vamos a tomar tereré y conversar —don Pancho le acercó la butaca que estaba cerca de él y ambos se sentaron apoyados en el añejo mostrador de lapacho carcomido por el tiempo que se conservaba en un rincón del lujoso local en que se había convertido la antigua panadería.

A pesar de haber cambiado Marcos la intención de hablar del problema, al conversar con su padre, con un diálogo franco y sincero, conociendo su capacidad de escuchar y resolver problemas, abrió las puertas de su corazón para expulsar toda la ira y los sinsabores de los días pasados.

—Papá surgió un problema y no sé qué hacer. Lo único que se me antoja es desaparecer, rajarse de acá.

—¡Qué pasó! ¡Acaso te faltó dinero! —a don Pancho lo que más le preocupaba era la cantidad de dinero que estaba manejando últimamente su hijo.

—¡No, Papá! Ni modo. Es algo mucho más grave —se calló buscando las palabras apropiadas para exponer toda su furia—. ¡Fui jodido, embaucado, engañado por toda esa mierda!

—¡Pero de quién estás hablando!

—Me engañaron. Todos me engañaron, viejo. Me hicieron creer que conseguí el empleo por mi capacidad y me enteré de que todo fue planeado por esa imbécil de Leticia en complicidad con su papá y esos miserables que se hacían llamar amigos.

—Pero ¿qué pasa?

—Me convertí en una mercancía; me compraron. Todo fue preparado maquiavélicamente y ahora me entero. Leticia no es humana papá, ella es una verdadera diabla. Ya no tengo dudas sobre eso —Marcos se lamentaba con rabia e impotencia.

—Bueno, vamos a tranquilizarnos y contáme qué fue lo que sucedió —propuso don Pancho tratando de calmar los ánimos de su hijo.

Marcos tomó un sorbo de tereré y posteriormente habló del documento que había encontrado.

Don Pancho sintió la misma frustración de su hijo. Reflexionó unos minutos buscando las palabras apropiadas para consolarlo y no colaborar con su desdicha.

—Me siento apenado por todo cuanto acabas de contarme hijo, pero hay algo concreto en todo esto que no te puede pasar desapercibido.

—¿Qué es?

—El amor de Leticia. Vos sabés que en la guerra y en el amor, cualquier arma es buena. Todo se acepta.

—¡A qué amor te referís! ¡Yo fui un capricho para ella, si desde que nos conocimos no me dejaba en paz! Tenía que conseguirme de alguna manera.

—Pero ¿acaso sos desdichado en tu matrimonio?

—Papá, vos siempre nos inculcaste, amor, respeto y sinceridad. Y el matrimonio no puede construirse sobre mentira.

—Pero no respondiste a mi pregunta: ¿sos feliz o desdichado en tu matrimonio.

—¡Qué feliz puedo ser teniendo una mujer mentirosa y manipuladora! ¡Claro que no soy feliz!, casi tres años casado, sin hijos, con un matrimonio fingido y ahora viviendo en casa ajena. Qué tengo, ¡nada! Mi pequeño departamento, mi auto y nada más. Años de esclavitud para la familia Gavilán; en todos estos años apenas les pude ayudar a ustedes, aunque la fortuna de mi suegro no tiene fin, pero yo no puedo disponer de nada, soy un simple empleado.

—Pero eso nadie sabe. Más de un hombre estará soñando ocupar tu lugar.

—Sí, pero yo sé, y ahora vos también estás al tanto de todo. No soy nadie, soy un simple fantoche.

—Pero yo creía que ustedes se entendían mucho, que vos estabas muy bien, que sos feliz.

—Nosotros nos entendemos, hasta cierto punto. Es más, la pasión que sentimos es la misma que la primera vez. En ese sentido nada cambió, pero eso no es todo. Yo necesito una esposa de carne y hueso, que sienta, piense y viva la realidad del mundo, y no solo la suya. Ella fue criada para vivir en una burbuja y no le incumbe lo que pasa en el mundo. Eso lo repitió varias veces. Solo le interesa su mundo y ya te das cuenta que es capaz de hacer cualquier cosa con tal de satisfacer sus caprichos.

—Entonces tu situación es bastante difícil. Yo, mi hijo, en este caso lo único que te aconsejo es prudencia. No tomes decisiones apresuradas. Date tiempo. En unos días te va a pasar la rabieta que te atormenta y vas a pensar diferente.

—Papá, hace quince días que estoy con esto y desde ese tiempo que no puedo dormir. Cuanto más pasan los días me siento peor. Ya te dije, lo único que quiero es dejar todo, desaparecer.

—Pero no podés desaparecer porque asumiste un compromiso con tu suegro. Mientras él no regresa, no vas a poder hacer nada.

—Estoy de acuerdo contigo papá y me va a dar tiempo para pensar qué camino tomar.

—Yo te sugiero que lo primero que hagas al llegar a tu casa es hablar con Leticia y aclarar la situación.

—Es que no hay nada que aclarar. Qué me puede decir ella aparte de lo que ya se, ¡nada!

—Sí, pero hay que hablar del problema; buscar la solución. No podés dejar así nomás.

—No sé qué decir. Lo único que quiero es romperle la cara.

—¿Para qué? Qué vas a ganar con agredir. Te vas a rebajar de balde. Además, yo nunca he tocado a tu mamá y...

—Papá, tu relación con mamá es diferente.

—Ya sé, pero no podés tocar a una mujer. Tenés que buscar sentido a lo que está sucediendo sin recurrir a la violencia.

—En realidad nada de lo que hago tiene sentido porque ésta no es vida. La vida es mucho más. Es tener control de lo que uno hace, ser el propio timonel. Y si otro toma tu timón te convertís en un simple marinero perdiendo la libertad hasta para cargar tu propia maleta —reflexiona Marcos antes de despedirse—. Me voy un poco más tranquilo, pero por favor papá, no le cuentes a la vieja. Ella no va a entenderme.

Capítulo once

Estampa paraguaya

Amalia enviaba todos los meses dinero a su madre para solventar los gastos de la casa y devolver el importe del pasaje y viático. Ganaba buen sueldo, mas el dinero no podía disminuir la distancia entre sus hijos. El trabajo en sí no era pesado, pero el encierro cortaba las alas de sus sueños. Al principio, lo único que quería era volver a su país, abrazar a sus hijos, compartir con los vecinos, tomar *tereré* pero teniendo en cuenta la falta de oportunidades laborales y la gran necesidad que pasó, amarró su soledad y se concentró en su trabajo. Solo los domingos dejaba de lado sus pesares e iba a la misa y al albergue a dar una mano. En el albergue se encontraba con otras paraguayas agradecidas al padre Antonio, quienes la ayudaron a disminuir su soledad y añoranza. El padre Antonio brindaba gran apoyo a todos los inmigrantes que llegaban al albergue dando sabios consejos y, por sobre todo, buscando empleos y empleados.

Cierta mañana el padre Antonio le preguntó a si no le gustaría trabajar los domingos. Le informó que había un puesto vacante en la casa de un anciano, de noventa años, en Gaucín, otra ciudad que no queda muy alejada de Algeciras.

—No le va a esforzar porque tiene una empleada que deja toda la comida lista para el domingo. Es para dama de compañía. Tiene una que nunca sale, pero la prójima quiere tener su día de descanso. Si le interesa la voy a recomendar.

—Claro que me interesa padre —respondió Amalia y el siguiente domingo, Gerardo, el hijo mayor del señor pasó a llevarla.

Anduvieron por una hermosa carretera. A lo largo del camino Gerardo se mantuvo silencioso, lo que permitió a Amalia observar el bello paisaje durante todo el trayecto. Le impresionaba de sobremanera las perfectas señalizaciones de la carretera y la hermosa serranía por donde iban pasando. ¡Nunca en su vida ella había visto un horizonte tan hermoso! La carretera empinada y llena de curvas era como la subida al cerro de Caacupé, claro que ese trayecto es corto. En las laderas del camino observaba casas y cortijos diseminados por todas partes, casi escondidos entre los árboles. A lo lejos, en las alturas, veía infinidad de casas adosadas unas con otras, todas blancas y techos terracotas. Antes de llegar a la ciudad, Gerardo habló por primera vez:

—Le mostraré la ciudad y el lugar donde debe coger la empresa, pues la casa de mi padre queda fuera de la ciudad, en la montaña. Pero no se preocupe por la distancia, pues le ordené al chofer que la acerque a la hora de salida.

—Sí señor.

Al llegar al cruce de la calle Esquina de la ciudad, Amalia se sintió tan impresionada, no solo por su fisonomía, sino por la belleza de sus callejas en pendiente. Su mirada fue atraída por la tierra gris, muy diferente a la tierra colorada de su pueblo. Pero lo que más le llamó la atención eran las calles estrechas y todas, de sentido único, bien señalizadas. No habría forma de perderse en Gaucín pues por todas partes había señalizaciones. Dieron vueltas por la ciudad. Gerardo tomó la calle que corre por el lateral izquierdo del Mercado Municipal de Abastos, y siguió hasta llegar

a una plaza. Recorrieron por las calles para mostrar dónde quedaba la parada de autobús y finalmente volvieron por donde había ingresado: el cruce de la calle Esquina.

Salieron de la ciudad y a unos cinco o seis kilómetros, se detuvieron ante una casa muy diferente a las demás. ¡Una casa grande e imponente de techo negro en un enorme predio lleno de árboles! A metros del portón una piscina con aguas burbujeantes les dio la bienvenida y grandes bloques de piedras dirigieron sus pasos hasta llegar a la puerta principal. Gerardo abrió la puerta, le pidió que entre y lo esperara un momento.

Amalia, con pasos vacilantes entró a la casa y fue recibida por un salón casi vacío. Atraparon su mirada el piso blanco que le parecía de plástico, los escasos muebles, la chimenea y muchos cuadros de paisajes y fotos que cubrían las paredes. Con curiosidad echó otro vistazo a su alrededor, observando cada detalle. A diferencia de la casa donde trabaja, que está llena de chiches y hacía perder mucho tiempo para la limpieza, allí no habría mucho trabajo porque no había casi nada que sacudir. Desde luego que la limpieza no sería su trabajo. Le pareció exageradamente grande la casa para una sola persona.

Amalia quedó muy impresionada al ver aparecer a un anciano con su bastón blanco. El señor, acercándose a ella, le pidió permiso para tocarle el rostro. Recién entonces supo que era ciego. El padre Antonio se había olvidado de mencionar ese detalle. *Con razón no hay casi muebles en la casa, eso le facilita al anciano a moverse con facilidad*, pensó.

El primer día fue la presentación; ella contó por qué había dejado a su familia, como la mayoría de sus paisanos: en busca de mejores horizontes.

Don Fermín, que así se llamaba el anciano, también le puso al tanto de la historia de su vida. La mayor parte de ella pasó viajando. Recorrió los cuatro continentes, pero no tuvo la satisfacción de conocer América porque fue perdiendo gradualmente la vista. Se lamentó al recordar que, coincidentemente con la muerte de su querida esposa María Guadalupe, perdió totalmente la vista, como veinte años atrás, y que desde entonces vivía de los recuerdos.

—Si te fijas en las paredes verás mi vida entera. Tengo fotografías de todos los países que he visitado —habló con cierta melancolía.

Amalia quedó encantada con el nuevo empleo porque le servía de relax. Lo único que hacía era leer la Biblia y algunos otros libros, pero más le interesaba al anciano saber la historia de su vida, de su país.

—Don Fermín, mi país ¡es lindo! No tenemos tornados, ni ciclones, ni terremotos. La tierra *ko* don Fermín es muy fértil, donde se cae una semilla sale una plantita. Por eso, cuando uno viaja por las rutas ve árboles frutales por todo el costado del camino. En otoño e invierno: las naranjas, mandarinas y limones que se caen por todas partes; y en verano *katú* los mangos, aguacates. Y la banana sí que don Fermín hay luego todo el año. ¡Es *ko* impresionante don Fermín la cantidad de frutas que tenemos! Todo germina en nuestra tierra, don Fermín. En el centro mismo de la capital, ahora se están cayendo las plantas de naranjas agrias que en otras épocas se cultivaron en las veredas, pero ahora a nadie le interesa reponerlas. En mi casa yo tengo una enorme planta de mango que nos da sombra cuando hace mucho calor. Yo le voy a pedir a mi mamá que me envíe fotos de los mangos que caen por todas partes —disculpe, don Fermín, me olvidé *ko* que no va a poder ver —se calló avergonzada.

—No te preocupes *illo*, sigue hablando. Yo estoy viendo a través de ti. Puedes pedir a tu madre las fotos y designamos un rincón a América, específicamente a Paraguay. Sigue hablando, pero hay algo que no comprendo mujer. ¿Por qué si es tan bello vuestro país, si es tan rico, vosotros estáis en España? Además, quisiera que tú hablaras más pausadamente y me explicaras algunos términos

que utilizas pues no los comprendo.

—¿Qué no entiende, don Fermín! —exclamó Amalia, alarmada, recordando las recomendaciones de Serafina.

—Bueno, pues, tengo entendido que vosotros también habláis el español, pero tenéis un dialecto propio, igual que nosotros los gaucineños, eso comprendo. Mas yo quisiera comprender todo cuanto dices y os pido que habléis pausadamente y me expliques el significado de las palabras desconocidas. Yo también te enseñaré algunos términos nuestros.

—¡*Masiado ko* le voy a agradecer eso, don Fermín! Porque, precisamente, mi amiga me contó que cuando llegó recién tuvo muchos problemas con el idioma. Le pido, por favor, que me interrumpa cuando lo que digo no comprende y yo lo voy a traducir —suplicó Amalia.

—Bueno, en primer lugar, quisiera saber el significado de *ko* y también *masiado ko*.

—¡Ay don Fermín, ¡qué simpático *pa* que es usted! Yo le voy a ser sincera: apenas terminé la primaria, pero leo y escribo muy bien. Y usted ahora quiere que sea como maestra. Bueno don Fermín, nosotros los paraguayos *ko* escribimos bien, hablamos mal nomás y le agregamos algunas palabras que no significan nada, solas. Y hay veces que comemos las “eses” o algunas sílabas. Cuando preguntamos algo le agregamos *pa*, por ejemplo, en vez de decir qué querés, o sea qué quieres, decimos qué *pa* querés. Eso a lo mejor es para no usar signos de interrogación o qué. ¡Qué sé yo! Y también usamos para preguntar: qué *piko*. Y las “eses” *katu*, ja, ja, ja; *katu* se usa como seguramente. Y como le dije, las “eses” comemos toditos luego. Y parece que la gente se apura mucho por hablar y ya no dice toda la palabra, por ejemplo, en vez de decir demasiado dice *masiado*. Y así también usamos *na*, *ke*, *ko*, *ningo* y mucho más. Yo le voy a ir enseñando. Pregunte nomás lo que no entiende y yo quiero también que me enseñe lo que no sé.

—Entonces *illo*, yo te enseñaré a cambiar tu vocabulario. Y dime, cuéntame, por qué vienes si tu país es tan bello.

—El problema *ko* don Fermín es que, a pesar de que mi país es muy rico, hay gente muy pobre. Eso es porque tenemos unos gobernantes de mierda que siempre nos engañan a todos, porque lo único que ellos hacen es llenar sus bolsillos y olvidarse del pueblo. Cada vez que hay elección, Don Fermín, los candidatos nos prometen maravillas y nosotros, somos tontos. Les creemos y luego ellos ganan las elecciones y siguen en lo mismo. Hasta a *pa'i ko* ya le elegimos como presidente, seguimos esperando un buen resultado y nos siguen engañando. Ya no sabemos qué hacer. Allá en mi país no hay clase media. Están los muy ricos, que compran una camisa o un par de zapatos por doscientos o trescientos dólares, mientras que la gente común debe vivir un mes con la mitad de esa plata, si tiene la suerte de tener un empleo. Así *ko* son las cosas allá, y no hay nada que hacer porque no hay voluntad política. Ya lo dije. Cada vez que hay elecciones, los candidatos se acuerdan del pueblo. Y luego todo sigue igual. No importa el color del que gane. Todo sigue igual. Cuando hay elección la gente entusiasmada va a votar porque cree que puede ganar la oposición o algún candidato un poco más decente. Nosotros creímos que eligiendo al *pa'i* íbamos a tener un buen gobernante, pero no sabemos *ko* todavía, aunque no hay mucha esperanza porque ya echó a muchos funcionarios públicos para colocar a otros en su lugar, además de llenar de sus familiares las instituciones públicas. Y eso *piko* para qué es lo que hace. Le deja a la gente sin trabajo. Yo *ko* no entiendo de política, pero sufro mucho por culpa de esa gente y veo cómo viven los gobernantes. Los mismos sinvergüenzas de antes. El poder queda siempre en las manos de los eternos gobernantes. Muchas veces *ko* hasta acomodan el resultado de las elecciones y lo único que se consigue es que el pueblo, la gente común, se fanatice y se pelee entre sí. ¡Hasta se llegan a matar a veces! Y al final todos se acomodan otra vez en el gobierno. Y seguimos en lo

mismo.

—Es muy grave, *illo*, todo cuanto dices.

—Así son las cosas en mi país, don Fermín. No tenemos salida. Por eso estamos aquí. Dejamos nuestras familias y venimos a juntar alguna plata y enviara nuestra gente para cubrir los agujeros de la pobreza. Y lastimosamente detrás de la platita muchos se pierden o pierden a su familia porque los que vienen enseguida se juntan con otro hombre o mujer y ya no quieren saber nada de sus parejas. Lo mismo sucede con los que se quedan allá. La esposa de mi vecino también está acá y envía mucha plata todos los meses y él sí se pasa emborrachándose y teniendo mujeres de aquí para allá... ¡Uf!, don Fermín, es muy pesado todo lo que le sucede a mi gente.

—Pero tu país debe cambiar alguna vez.

—No sabemos cuándo, señor, porque mira, el gobierno de ahora se hace llamar socialista y para mí que eso significa preocuparse por los problemas sociales y eso *ko* no ocurre porque cada día hay más pobres en mi país y la delincuencia *katú*, ni que decir. Nada se resuelve, don Fermín. Cada día dicen que hay más robos. Mamá me estaba contando que ahora es peor, que roban en la casa, en el trabajo, en la calle, en todas partes. ¡Hasta en los velorios! Y roban cualquier cosa. Imagínese un poco, hay ladrones que roban hasta el cabello en el colectivo: si alguien tiene el pelo largo, en un descuido lo cortan ¡eso *ko* ya es el colmo! La gente pobre está más pobre que nunca y no tiene seguridad y los nuevos ricos, los nuevos gobernantes, hacen alarde de su riqueza viviendo en mansiones y recorriendo en autos lujosos, modelos del año. ¡Ay, don Fermín! ¡No conocen luego la palabra vergüenza! Es todo tan triste. Nosotros *ko* allá no tenemos casi industrias, apenas unas que otras fábricas, que sé yo, hilandería, aceitera, fábrica de jabón, ropa, calzados, medicamentos, que no dan mucho trabajo. Hay muchos desocupados y los que tienen plata, tienen demasiado. ¡Por qué *piko* no nos da un poco a los pobres! ¿Verdad?

—¿De dónde sacan el dinero los millonarios?

—¡Son los dueños de esas fábricas! Y hay también gente que se dedica a la ganadería, cultivan soja, a las importaciones y exportaciones; son los grandes comerciantes. Son los que trabajan honradamente, pero está la otra parte, los grandes señores que viven del contrabando, del gobierno, de las coimas, del tráfico de influencias o de drogas. Imagínese un poco don Fermín, allá los parlamentarios ganan más de veinte millones de guaraníes al mes, eso *ko* es como cuatro mil euros, y el sueldo mínimo es apenas como... A ver un poco —se calla un momento calculando —es como doscientos euros. Viste *pa* la diferencia que hay, don Fermín. Es *ko* un desastre, don Fermín, la diferencia de ingresos que hay. Y somos pocos en el Paraguay, nos conocemos casi todos; sabemos lo que hace tal señor, pero todos lo respetan, no importa de dónde saca su riqueza; es el gran señor, socio de clubes, propietario de grandes mansiones, de estancias. Y los autos ni que decir. Acá don Fermín yo no veo ningún auto tan lindo como hay allá. Hay *ko* de todas las marcas y modelos, y muchos de ellos son máu.

—¿Máu?

—Sí, ilegal, sin documento, robado de cualquier país vecino o del mismo país, pero los ladrones *ko* rápidamente le borran el número de motor y le ponen otro nuevo y venden y la gente sinvergüenza compra para hacer pinta.

—Y, ¿la policía no hace nada?

—¡Uy! De eso sí que no quiero ni hablar, don Fermín. Los mismos policías están metidos. ¡Ellos *ko* son los ladrones más grandes que hay! No todos, pero la mayoría. Hay muy buenos policías, pero no pueden hacer su trabajo en forma porque enseguida le echan en trampa, les complican con algún hecho delictivo. ¡Cuántos buenos policías están en sus casas haciendo

cualquier cosa!

—Me has dicho que hay drogas también, qué tipo.

—¡Uf!, don Fermín, eso sí que da qué hablar. Dicen que producimos muy buena marihuana, pero como es ilegal solo se benefician los que trafican con ella y los que cultivan son hombres del campo, campesinos ignorantes y necesitados que lo único que buscan es la comida diaria para sus hijos, mientras que los grandes señores que hacen cultivar y la trafican son los grandes beneficiados. Y ¿sabés qué, don Fermín? Siempre que hay allanamientos son los pobres campesinos o las mulas los detenidos, mientras que los grandes beneficiados, en complicidad con algún capo, ni figuran.

—Tú puedes decirme algunas cosas sobre la piratería o falsificaciones.

—¡Ay! Don Fermín. ¡Qué *piko* el paraguayo va a ser falsificador! Eso *ko* dicen porque se hace o se vende en el Paraguay. Todo el mundo usa a nuestro país para hacer su negocio sucio y los que manejan estos negocios son extranjeros, árabes, libaneses, chinos y muchos más. El paraguayo lo que hace es vender esos productos. Ese es nuestro pecado. Y el problema es que las autoridades permiten que esos extranjeros hagan lo que quieren en nuestro país. Y volvemos a lo mismo: la corrupción de nuestras autoridades. Si eso se soluciona vamos a ser un país muy rico y nosotros no vamos a necesitar dejar a nuestra familia.

—*Illo*, es muy grave todo cuanto acabas de relatar, pero ¡tú sabes más que los *ratones coloraos*! ¿Cómo sabes tanto?

—¡Ay!, don Fermín, yo *ko* sé todo porque me gusta mucho leer el diario y siempre escucho las noticias y veo noticieros en la televisión. A mí no me gusta la telenovela, no me gusta chismosear con los vecinos, pero *masiado ko* me gusta saber lo que sucede en mi país. Mi finado marido me juntaba las revistas y diarios viejos que encontraba por ahí. Es tan triste, don Fermín, que tenga que dejar mi país. Pienso todos los días en mis hijos, en mi hija que está por cumplir quince años y yo no voy a poder estar con ella. Yo le dije a mi mamá que le mande hacer una misa y que compre pancho para comer con sus compañeritos de colegio... Y mi Josecito que está comenzando el primer grado y yo no voy a poder enseñarle a escribir como hice con mis otros hijos... —se calló Amalia enjugando las lágrimas que surcaban sus mejillas. Don Fermín, presintiendo su estado emocional, se calló, respetando su silencio.

Después de un rato volvió a hablar Amalia.

—Una pena que en mi bello país haya tanto desastre —reflexiona con suma tristeza—. Pero señor, yo *ko* le estoy dando una pincelada nada más de porqué estamos acá. Hay muchas cosas más que voy a ir contándole, pero lo único que quiero que sepa es que nosotros somos buena gente, a excepción de ese grupito de poder político y económico que maneja el país y que le está comiendo las tripas al pueblo. ¡Ah, los políticos! Son una clase especial... Los empresarios, don Fermín, dejan sus empresas y se dedican a la política, eso seguramente es porque ven que en la política se gana la plata mucho más fácilmente o que. Yo no entiendo mucho lo que hacen los mandamases, pero sufro mucho la consecuencia.

Nosotros no tenemos seguridad social. Imagínesse un poco don Fermín: ¡muchos de nuestros compatriotas cobran sueldos en la Argentina! Sí señor. Muchos de los que vivieron y trabajaron en la Argentina y luego volvieron al Paraguay, van todos los meses a Clorinda a cobrar su sueldo. Y la atención médica y medicamentos, internaciones, todo, tienen todito gratis en la Argentina. Y nosotros los paraguayos nada. Y así es don Fermín, pero tiene que saber que nosotros, los que estamos aquí, somos gente muy trabajadora y sufrida, lo único que queremos es ayudar a nuestra familia.

De esa manera Amalia hizo su presentación. Don Fermín quedó encantado con su dama de compañía. A partir de ese momento él esperaba emocionado que llegara el día domingo para compartir con Amalia. A su vez ella se sentía maravillada con ese empleo, no solo por el trabajo, sino por el lugar maravilloso donde se hallaba.

Domingo temprano Amalia salía de Algeciras, después de participar de la misa. Al llegar a Gaucín, primero hacia su recorrido por las callejas, como escapándose en el tiempo, algunas veces dentro de la niebla y otras, de un sol radiante. Cargaba su termo de tereré con la fresca agua que sacaba del grifo de los seis caños y la llevaba para tomarlo en la casa de don Fermín. Ella le había pedido permiso para ello e incluso le había hecho probar la bebida tradicional de su pueblo. Y a la salida del trabajo hacia la misma rutina. Llenaba su termo y lo llevaba como un tesoro para tomarla durante la semana.

Cada domingo significaba para Amalia una nueva vida. Llegaba a la casa de don Fermín cargada con su termo de tereré, su guampa, y llena de nuevas historias. Le contó cuando fue asaltada, y cuando fue acosada por su jefe. Esa historia le conmovió excesivamente a don Fermín.

Él a su vez le contó que era un descendiente lejano de la realeza y que aún recibía pensión. Además, la fortuna heredada de su padre le sirvió para darse una buena vida, invirtiendo una parte y destinando otra para realizar los viajes. Le contó también la historia de Gaucín, cuando fue fundada y la historia del castillo del Águila. Amalia lo escuchaba atentamente sin comprender mucho, pues le resultaba imposible retener la inmensa cantidad de nombres de pueblos y personas que mencionaba don Fermín, pero sí comprendió y guardó cada frase dicha por el anciano cuando le contó la historia del Santo Niño y el Santo Juan Dios, que están en la ermita del Castillo del Águila.

Capítulo doce

El perdón

Marcos después de conversar largo rato con don Pancho fue a su departamento. Se paró en el balcón y observó desde allí las calles adyacentes llenas de tráfico. Era la hora en que la gente se retiraba de su trabajo y el tránsito vehicular se volvía caótico. Sus pensamientos estaban acordes al tiempo: negro y brumoso.

El día se estaba yendo, dando paso a la oscura noche, momento de quietud, hora en que todo el mundo desaparece y queda un silencio sepulcral luego de las horas de ruidos de motor, bocinas, frenadas bruscas y unas que otras sirenas de ambulancias o bomberos que avisan de algún percance callejero. Ese ruido se renovaba todos los días. Solamente los días feriados y en horas de la noche disminuye y da paso a la paz de la gente que habita en la zona. Era tan diferente a la zona residencial donde vivía hoy día. Mas ¿de qué servía el barrio o la casa? Lo valioso es lo que uno siente, ese sosiego del alma que se consigue solamente cuando se está feliz con lo que se hace o con quien se vive.

¡Cuánto daría por retroceder el tiempo y hacer unos cambios en mi vida!, reflexiona Marcos.

Sin embargo, allí estaba abrumado como el día que se estaba yendo. Rememoró sus años de estudiante, los primeros tiempos que vivió allí. Soñaba tanto con tener dinero y sacar a sus padres de la ruina en que estaban metidos. Y lo logró. Sentía una gran satisfacción al llegar a su casa paterna y encontrarse con los rostros felices y sonrientes de sus padres, despachando en la lujosa confitería en que se había convertido la otrora panadería del barrio.

El orgullo herido. Si, el hombre honesto, capaz, dedicado, afanoso, vio caída toda su vida por los caprichos de una mujer insensible y manipuladora, que no tenía escrúpulos con tal de conseguir el juguete que deseaba. Esa era su realidad. Manejado como una marioneta por Leticia, don José y el gerente de aquel entonces. *¿Será que Soledad estaba involucrada? Ella es tan sensible, muy diferente a su hermana. Es como un ángel: bondadosa, bella e inocente. Nunca la he visto, ni siquiera con un novio.* Recordó aquella noche de año nuevo: en un arranque de ternura la besó, pero no en la mejilla, sino en la boca y ella le respondió.

Tantos sucesos se desencadenaron en su vida de manera vertiginosa. Se había casado con separación de bienes, condición que él exigió y a la que don José respondió con admiración resaltando la clase de hombre con quien se estaba casando su hija: “No es un ruin, ni cazafortunas”, dijo orgulloso.

En ese momento estaba a cargo de la gran fortuna de su suegro, pero solo eso: a cargo. Él no tenía fortuna, solo ese pequeño departamento, su auto y un minúsculo ahorro.

Marcos, vacío y sin futuro, atrapado en la circunstancia, vio llegar la oscura noche y con ella una tormenta de verano que levantó polvo y estremeció a los árboles. Las antenas y cables instalados a lo largo de las calles parecían a punto de desplomarse. Un apagón general y el fuerte viento le obligaron a cerrar las ventanas y buscar un fósforo para encender unas velas navideñas

que estaban sobre la mesita de la sala.

En segundos cayeron granizo y una fuerte tormenta. En días como aquel nadie salía de la casa pues las caídas de los árboles y los fuertes raudales ponían en peligro la vida de aquellos que se aventuraban a salir.

Marcos se vio obligado a dormir en el departamento. Era la primera vez, después de casado, que pasó la noche sin Leticia. Y fue el principio de varias noches más.

Leticia se valió de los servicios de Salcedo para hacerle un seguimiento. Se sintió reconfortada al saber que iba solo al departamento a dormir

Marcos y Leticia no intercambiaron palabras por largos días. Solo se reunían a la hora del almuerzo, pero Soledad los acompañaba siempre.

Los sentimientos de Marcos hacia su esposa eran de rechazo, de ira, de resentimiento. Esperaba el regreso de su suegro para separarse. Buscaría la forma de abordar el tema y salir bien, sin dejar huellas tan profundas en ambos. Pero ya no podía seguir a su lado.

Entre tanto Leticia con la cola de paja encima no le reclamaba nada a Marcos. Decidió seguirle el juego mientras buscaba la estrategia para sacarle el enfado. Examina sus sentimientos para esclarecer si es amor lo que siente por él o simple capricho. Al principio fue un juego, se consideraba seductora y capaz de conquistar a quien quisiera, es más, todos los hombres caían a sus pies subyugados por su belleza y de pronto apareció un muchachito muerto de hambre que no la miraba. ¡Quién se creía él para ignorarla! Pero, en fin, a pesar de todo, él era su esposo porque ella así lo decidió.

Transcurrieron los días y la tirantez entre los esposos se hacía cada vez mayor. Para evitar el contacto con Leticia, Marcos dormía en su departamento y pensaba seguir así hasta el regreso de don José. Una silenciosa mañana él estaba en la oficina, analizando los reportes de las distintas filiales cuando, repentinamente, el ruido de la puerta quebró el silencio. Creyó que la asistente traía el café de la mañana.

—Dejá, por favor, en la mesa de la sala. Gracias Lucero — y siguió concentrado en su trabajo.

Al no escuchar respuesta alguna, levantó la vista y allí estaba ella; hermosa, pálida, inmóvil, frente a él. Su figura, envuelta en una túnica transparente, le hizo perder la conciencia. Parecía estar desnuda con alas y con garras en lugar de manos y pies; su cabellera de sol, ondulada y suelta. Tal vez si él hubiera programado el encuentro a solas, hubiera sido diferente, pero ahora ella lo tenía atrapado nuevamente.

Leticia estaba dispuesta a vencer, jamás permitiría que él la abandone. La relación se acabaría en el momento que ella decidiera.

Conocía perfectamente la debilidad de su esposo y ante su desconcierto, se arrojó al suelo y llorando le pidió perdón.

—Te juro que yo siempre te quise y no podía permitir que esa muerte de hambre de *Yerutí* te lleve de mi lado. No podía permitir que ella te tuviera y yo no. Por favor, ¡perdonáme!

Marcos, incapaz de soportar semejante escena, se arrodilló frente a su mujer. Secó sus lágrimas y la consoló. Esas lágrimas que la distinguían de *Lilit*, o la separaban de ella o era su lado humano. Ya no comprendía muy bien.

—Calláte, no quiero verte llorar. Calmáte, ya se acabó.

Leticia lloró muy fuerte cuando escuchó: “Se acabó”.

—¡Yo te amo, Marcos! Acaso vos no me amas.

—¡Claro que te quiero tontita! ¡Vení acá! —la abrazó y colocó su pelo hacia atrás —. Yo

también te quiero, Leticia, pero no me gusta que me manipules.

—¡Por favor Marcos, perdóname!

—Está bien. Vamos a hablar después, cuando estés más calmada. Ya no llores.

Se callaron los dos y la frustración recogida por Marcos dio paso a la pasión.

Marcos se arrepintió de haber perdido tantos días de su vida, pensando en cosas descabelladas. *Es cierto lo que señaló papá: en el amor y la guerra, todo vale*, meditó al acariciar el perfecto cuerpo de su esposa mientras ella acurrucaba su cabeza en su cuello.

Ese episodio dejó un profundo surco en la vida matrimonial de Leticia y Marcos. Después de unos meses de la reconciliación, Leticia quedó embarazada.

Capítulo trece

La propuesta

Después de dos años de haber terminado la relación entre Maximiliano y Leticia, él seguía con un destino incierto: no sabía aún qué rumbo tomar. Durante todo ese tiempo se pasó deambulando por los tribunales sin lograr un buen caso. Según sus planes tenía el futuro asegurado, pero con la ruptura del noviazgo todo había cambiado. Los juicios que le daban sus colegas y amigos no le servían mucho pues eran muy pequeños. Era difícil ingresar al grupo de abogados dominantes, le llevaría mucho tiempo y él no lo tenía. Al casarse con Leticia hubiera podido vivir bien del dinero del suegro y tener tiempo suficiente para ir ganando espacio en los tribunales o, simplemente, vivir a expensas del viejo. Sin embargo, ese era el momento en que estaba sin dinero, lleno de deudas por el alquiler del departamento donde vivía, más la cuenta del hogar: la mensualidad, el médico, los medicamentos.

Sin darse cuenta estacionó su automóvil delante del hogar de ancianos. Habían pasado más de dos años desde que Amalia hizo el último pago grande. Desde entonces él andaba pagando de a poquito. Ese hecho ya no le gustaba a doña Concepción. Tenía que hablar con ella seriamente y pedir que le aguante unos meses más porque las cosas no estaban corriendo como debieran. La muerte de su cuñado primero y luego la ruptura con Leticia le dejaron sin respaldo. Es cierto, no tenía ningún vínculo con su cuñado, pero era el único que trabajaba y podía proporcionarle dinero, aunque sea poco, cuando lo necesitaba. Y lo de Leticia no lo esperaba. *¡Quién mierda anuló mis planes!* Se preguntó varias veces. Pero, ¿cómo salir del apuro? Hasta su hermana había salido del país. Tendría que agachar la cabeza y acercarse a ña Gertrudis. *Capaz de que le sobre algo de dinero que le envía Amalia y pueda ayudar al pobre viejo, al final es el padre de su hija,* ese pensamiento lo alentó para ir a la casa de su hermana.

Doña Gertrudis miró con compasión a Maximiliano después de presentarse y exponer la situación de su padre. Semejante hombre pidiendo con clemencia a una pobre vieja para que le dé dinero.

—*E'a mi hijo, qué lástima que no viniste cuando murió Jacinto para ayudarlo a tu hermana a cobrar la indemnización, ya que sos abogado. Si la hubiera cobrado, la pobre Amalia no iba a necesitar ir tan lejos y dejar a sus hijos. Y ahora no tenés vergüenza para venir a querer sacar comida de estas pobres criaturas. No señor, a mí no me sobra dinero para darte. ¡Aunque me sobre, no te voy a dar!*

—No es para mí lo que vengo a pedirte —aclaró con la cara de tomate— es para el papá de tu hija. Alguna vez habrás sentido algo por él, por eso tuviste una hija de él.

—Mirá, *che karái*, lo que yo sentí, o lo que hubo entre ese señor y yo es mi problema. Y eso no me da ningún compromiso hacia él porque él nunca le dio un pedazo de pan a su hija. Amalia porque es buena nomás trata de ayudarlo como puede, y eso no es ninguna obligación para ella, al final ni siquiera lleva su apellido. Disculpáme que te repita don Maximiliano: no tenés vergüenza para venir hasta acá y estar pidiendo ayuda para tu papá, si vos comiste toda la plata que él tenía,

entonces vos estás obligado de mantenerlo hasta que se muera.

—Yo sé eso doña Gertrudis, pero ahora nomás no puedo, por eso vine; pero si no se puede, qué vamos a hacer.

A pesar de las palabras ofensivas de doña Gertrudis, apenas dos semanas después, Maximiliano volvió para informarle que dejaba al papá a su cargo y que él viajaba de nuevo a los Estados Unidos. Posterior a eso le envió un email a Amalia para informarle de su partida y explicar por qué le dejó a su papá. Terminó el mensaje con: “Es hora de que vos te hagas cargo del viejo, al final los dos tenemos el mismo compromiso con él, es mi padre, tanto como el tuyo, y si no tenemos dinero para pagar por él tendremos que buscar la forma. Yo sé que para vos es difícil, pero no creas que para mí no lo es. Te dejo hasta que yo pueda establecerme y juntar un poco de efectivo y enviar a doña Concepción. Ahora mismo ella ya no quiere saber nada de esperar, y tiene razón hace tiempo que estoy pagando muy atrasado. Espero poder retribuir muy pronto todo lo que le ayudaste al viejo, pero ahora queda a tu cargo”.

Amalia muy pocas veces abría su correo —prefería usar el teléfono para comunicarse con su familia—. Por esa razón, cuando encontró el mensaje de su hermano ya había transcurrido un buen tiempo desde el día que él se lo envió. Ella le había escrito como tres veces sin recibir una respuesta suya y esa era la primera vez que él se comunicaba con ella. Con mucha emoción abrió el correo, pero a medida que iba leyendo las lágrimas comenzaron a desplazarse por sus mejillas. ¿Cómo resolver un nuevo problema? No podría pagar al hogar, apenas le daba para que sus hijos vivieran sin necesidad.

Ante la nueva dificultad que se le presentaba, lo único que podía hacer era llorar desesperadamente. No sabía qué hacer. ¿Cómo cargar con semejante problema a su madre? Aún consternada llegó el domingo y don Fermín al escucharla le preguntó:

—¿Qué te sucede *illo*! ¡Por qué tanta aflicción!

—¡Por qué me pregunta eso, don Fermín! No me sucede nada.

—Tu voz me dice otra cosa. ¿Qué puede ser tan grave para mantenerte en ese estado?

—¡Nada, don Fermín! —exclamó Amalia al sentirse descubierta.

—Vea *illo*, yo desde que perdí la vista tengo muy desarrollados los otros sentidos y a través de mi oído siento tristeza y amargura. Cuéntame Amalia, qué te sucede.

Amalia con el fin de desahogarse le contó a don Fermín su desventura.

—Yo crecí sin padre, don Fermín. Imagínese, mamá nunca me habló de mi papá. Fue mi bisabuela la que me contó cómo se llamaba mi papá y yo busqué en la guía telefónica su nombre y dirección para poder localizarle. Gracias a Dios su nombre no es muy común. Había pocos en la guía y por eso pude dar con él. Si supiera don Fermín todos los temores que pasé antes de llamarle. Tenía miedo de que me rechace, que me niegue o que se niegue a hablar conmigo. Recién después de casada el finado Jacinto me dio la fuerza para llamarle y él se fue conmigo para conocerle. Le conocí también al otro hijo, pero no conseguí lo que tanto quería.

—¿Qué querías *illo*!

—Quería que me reconociera, pero él no se decidía. Además, yo ya estaba casada y el finado Jacinto me explicó que iba a haber mucho problema con los papeles para cambiar otra vez mi apellido y se quedó así. Ya no insistí. Pero bueno, eso ya pasó hace mucho tiempo; ya no me interesa. El problema *ko* ahora es que su hijo le dejó en un hogar de ancianos y me pidió que me haga cargo de él... ¡Cómo, don Fermín, yo voy a poder hacerme cargo de él! ¡Qué *piko* lo que puedo hacer... El dinero que yo gano es solo para mis hijos.

—Pero ¡qué has hecho *illo* para merecer tantas desdichas!

—Y eso *ko* es don Fermín lo que yo siempre me pregunto —enjugó sus lágrimas—. Yo siempre fui buena hija, buena esposa y buena madre. Por eso no entiendo por qué me suceden tantos males. Usted no sabe don Fermín lo que significa dejar nuestro país. Muchas cosas pasamos en el país ajeno, vivimos con miedo de que nos pillen las autoridades y nos echen. ¡Ah!, don Fermín, usted es una persona muy buena, discúlpeme por cargarle con mis problemas.

—*Illo*, yo puedo ayudarte a sobrellevar tu carga, pero sin compromisos. ¿Quieres ser mi esposa? Pero solo en papel.

Amalia, sobresaltada, respondió con vehemencia:

—¡Pero don Fermín! ¡Yo no podría aceptar semejante propuesta!

—Por qué no *illo*, solo en papel, para hacerte mi heredera. Yo tengo muchos bienes y mis hijos no necesitan de ellos, pero tú sí, y yo partiré muy pronto al lugar donde no se necesita fortuna.

—¡No, don Fermín, de ninguna manera puedo aceptar su propuesta! —Amalia puso fin a la conversación de manera categórica.

Ese día Amalia se retiró más temprano para pasar por el locutorio y hablar con su mamá, con más tiempo, para exponerle el problema del papá.

* * *

Doña Gertrudis, a pesar del daño que le había hecho don Maximiliano, le tuvo compasión. Al final era el padre de su hija. No quiso preocupar a Amalia por el cuidado de su padre, por ello decidió buscar un hogar público de ancianos, donde trasladarlo, pues no le sobraba para pagar a doña Concepción.

Fue a un asilo estatal a averiguar sobre las condiciones para trasladar a don Maximiliano. Cuando vio el lugar se le cayó el alma por el suelo. ¡Cómo podían vivir de esa forma los ancianos! El lugar, peor que una pocilga, era la miseria materializada. Había días que comían y otros no. Los abuelos que vivían allí, no eran más de treinta, pero todos estaban sumidos en un abandono total. No. Sería inhumano dejar al pobre viejo en ese sitio. Al retirarse tomó una decisión.

Por la mañana temprano fue a la casa de doña Concepción. Era la primera vez en treinta y siete años que vería a don Maximiliano. *¿Cómo estará?*, se interrogó. Era un hombre tan guapo, de rasgos finos. Su hijo le parece mucho, con la diferencia de que él tiene una arrogancia que no poseía el padre. Era un hombre tan encantador que la cautivó, la embarazó y desapareció, y ahora postrado como estaba, caía en sus manos. *Lo que es la vida, quién creería*, su pensamiento se extinguió al tocar el timbre de la casa. Tuvo la suerte de encontrar a don Maximiliano en su mejor estado mental. Desde luego que si no se presentaba no la hubiera reconocido.

—¡Dónde se fue la chica linda que yo tuve en mis brazos! —exclamó con expresión desconcertada cuando se presentó doña Gertrudis.

—¿Cómo está, don Maximiliano? —preguntó ella como toda respuesta.

—No tan bien como antes, pero creo que voy a vivir todavía unos años. Que te trae por acá. ¿Y Amalia? —su memoria reciente se estaba deteriorando.

—Está bien, gracias, ella me envía para hablar con ña Concepción y ver qué vamos a hacer con usted don Maximiliano.

—Así que estoy en tus manos —murmuró y quedó callado posteriormente.

A pesar de ser buena negociadora, doña Gertrudis no logró bajar la mensualidad del hogar, ni

tampoco retirar a don Maximiliano. Ña Concepción se rehusó a aceptar la propuesta ofrecida por la señora de pagar la cuenta pendiente mensualmente.

Doña Gertrudis salió cabizbaja y apesadumbrada del hogar recapacitando adónde recurrir para conseguir el dinero. Tomó una decisión. El señor gerente siempre le prestaba dinero, claro, poco monto, pero siempre le había ofrecido una suma superior en caso de necesitarla. *Una pena que se haya mudado recientemente, pero me había recomendado al nuevo gerente*, recapacitó. Con la seguridad de que en la casa de cambios encontraría ayuda, sin demora fue allí. El Lic. Colman la recibió con amabilidad y le hizo completar un extenso formulario de solicitud de crédito, exigiendo la fotocopia del título de su casa. Ella le explicó que no tenía casa y preguntó si no serviría el título de la casa de Amalia, pues ella es la apoderada. El gerente lo aceptó como aval, el crédito fue aprobado y doña Gertrudis retiró el dinero.

Sin contratiempos fue a pagar a doña Concepción y retiró al anciano. Un nuevo problema se presentaba: cómo trasladarlo hasta su casa. Fue hasta Emergencias Médicas y luego de largas negociaciones con el encargado de la ambulancia consiguió una, pero con la condición de cargar combustible.

Doña Gertrudis decidió llamar a su hija para comunicarle lo que había hecho con su padre, después de acomodar al anciano y recuperarse de tanto trajín. Pero ella la llamó antes, angustiada por el email de Maximiliano que había recibido.

—No te preocupes por tu papá. Ya está todo resuelto. Le traje con nosotros. Lo único que pasa es que te saqué tu pieza porque no tenía *ko* donde acomodarle.

—Pero mamá, cómo *piko* vas a hacer eso, una carga más para vos —se preocupa Amalia.

—Ya te dije. No te vayas a preocupar. Puedo cuidarle, así como cuido a los niños, y vamos a ahorrar de paso —afirmó resuelta

—Y bueno, si esa es tu decisión, qué puedo decirte. Pero pide a los niños que te ayuden y no te preocupes por la pieza. Eso es detalle.

—Ay, mi hija, ellos *ko masiado* bien se portan. No te vaya a preocupar por nada. *Masiado* bien nos manejamos y ellos se hallan mucho porque está su abuelo con nosotros. Toditos le cuidan a su abuelo.

—Bueno, mamá, si te resulta pesado su cuidado ve un hogar de ancianos. Yo sé que hay uno en San Lorenzo y otro en Luque también. El cuidado no será como en la casa de ña Concepción, pero igual va a vivir.

—Ay, mi hija. Yo me fui todo por ahí. Hay que ser desalmado para llevarle por ahí. Al final es tu papá... ¡*Masiado* sucio es el lugar!, vos no te imaginás. Y dicen que hay días que ni comen. Sabé luego cómo es acá. No hay nada para los pobres.

—Está bien mamá, si esa es tu decisión —concluyó preocupada Amalia. Sabía bien que su mamá no llamó para consultarle sobre la decisión a tomar para que no se opusiera.

Con toda la preocupación sobre ella, Amalia se dedicaba a trabajar y no tenía tiempo para pensar en otra cosa. Se había olvidado por completo de la conversación mantenida el domingo anterior con don Fermín y estaba ajena a lo que se estaba embrollando en la casa del anciano.

Cuando llegó el domingo siguiente a la iglesia, para su sorpresa, encontró al padre Antonio, serio y silencioso, muy diferente a la forma habitual que tenía de recibirla. Alarmada por el porte del religioso, le preguntó si qué sucedía.

El sacerdote le respondió:

—A partir de hoy dejarás de trabajar en la casa de don Fermín. ¡Qué has hecho hija! —más que pregunta era reproche.

—¿Por qué padre? ¿Ha sucedido algo?

—Quisiera que tú me lo explicaras. ¿Qué ha sucedido?, hija.

—Que yo sepa, no pasó nada. Hasta el domingo pasado trabajé sin problema. ¿Recibió, acaso, alguna queja sobre mí?

—La verdad es que estuvo por acá don Gerardo y me contó la propuesta de casamiento de su padre.

Gerardo había ido como siempre el lunes a visitar a su padre y se encontró con la sorpresa de que quería casarse con la paraguaya. Ante el asombro, no tuvo mejor idea que despedir a la empleada y sacar de don Fermín la descabellada idea.

Sin pérdida de tiempo fue al albergue a comunicar al sacerdote lo ruin que es su protegida para seducir al pobre viejo. La sorpresa del padre Antonio fue tan grande ante semejante denuncia y se ofreció a investigar el hecho antes de juzgar a Amalia.

—Espera, hijo. Hablaré con la señora Amalia a fin de aclarar la situación, pues no la creo capaz de semejante atrocidad.

—Sí, padre. Usted no la cree capaz porque no la conoce. Cómo podría conocer a todos los inmigrantes que aparecen por acá. Vaya uno a saber con qué intención entran a la casa y nosotros confiados les dejamos a nuestros ancianos bajo sus cuidados.

—Hijo tranquilícese. Yo creo conocer a la señora Amalia, pero si me equivocara, sería el primero en denunciarla ante las autoridades por los daños que pudiera causar a su distinguido padre y a toda su familia. Deja a mi cargo. Ella viene a misa todos los domingos antes de ir a su casa. Ese día conversaré con ella a fin de aclarar la situación antes de que fuera a trabajar.

—Es que yo no la quiero en mi casa, padre. Por favor, dígame que ya no necesitamos de sus servicios.

—Está bien, hijo, pero no cree que, por el honor de las personas decentes, en el supuesto caso de que la señora Amalia lo fuera, tendría que hablar con ella para aclarar los hechos.

—No, padre. Dejaré a su cargo que le transmita mi mensaje y agradezca usted a Dios que esto no haya pasado a mayores. En ese caso, padre, usted hubiera sido su cómplice.

—¿Cómo puede hablar así, hijo!

—Sí, padre, como lo escuchó. No puede poner la mano en el fuego por una persona sin convertirse en su cómplice. Lo siento padre, es lo que pienso.

—¡Hijo!, ¡cómo se atreve a insultarme de esta manera! Hace años que estas pobres almas vienen a nuestro país a buscar empleo. Nuestro albergue ha acogido a muchos inmigrantes, siempre les consiguió empleo y nunca nadie vino a quejarse. Al contrario. ¿Qué sucedería con los ancianos si no fuera por los inmigrantes? ¿Quién les cuidaría?, si ustedes los hijos no disponen de tiempo para cuidarlos. No, hijo. Ve a recapacitar. No acuse a nadie sin saber bien cómo sucedieron los hechos. Yo hablaré con la señora Amalia. De cualquier manera, a partir del próximo domingo ella dejará de ir a su casa. Téngase por seguro —con esa inquietud se enfrentó a Amalia el siguiente domingo.

Al escuchar Amalia el reclamo del padre Antonio se acordó de la propuesta de don Fermín. Ella se había olvidado completamente.

—¡Ay, padre Antonio! Ese señor es un santo. Fíjese lo que me propuso. Casarse conmigo para ser su heredera, pero solo en papel, según su expresión. ¡Esa es una idea de locos! ¡Jamás podría aceptar semejante proposición! Es más, no creo que me haya dicho en serio. Yo no me había acordado de eso porque pasé muy mal esta semana, por problemas familiares de allá.

—Sin embargo, según entiendo, él confirmó su deseo, pues Gerardo vino muy alarmado,

viendo como un hecho el matrimonio.

—¡Padre de Dios! ¡Cómo puede pensar eso! Ni si pierdo la cabeza podría aceptarlo.

—Me alegra mucho oírte, hija, pues no estoy errado. Eres una buena mujer, aunque Gerardo no piensa lo mismo, pero déjalo así. Yo le explicaré la realidad...

—Gracias padre por confiar en mí y por toda la ayuda que me brinda. ¡Usted no se imagina lo que significa para mí! Desde el próximo domingo yo vendré a ayudar en el albergue hasta que consiga otro empleo. Por hoy voy a ir a recorrer la ciudad con una amiga. Gracias por todo, padre.

A partir de ese domingo Amalia comenzó a salir a conocer otras ciudades vecinas.

Ella tenía una sola amiga: Teresa. Se conocieron en el albergue del padre Antonio.

Teresa, profesora parvularia, trabajaba sin sueldo en una escuelita de San Antonio, su ciudad natal, y como nunca fue nombrada por el Ministerio de Educación también llenó su maleta con sueños para buscar mejores oportunidades en España. Cuando ella y Amalia se conocieron, descubrieron que tenían los mismos principios y valores y las dos solo querían trabajar y enviar dinero a su gente. Ella vivía y trabajaba en Málaga. Por agradecimiento siempre iba a visitar y a ayudar al padre Antonio.

Una mañana muy temprano, un domingo de verano, Amalia se preparó para ir a Málaga. Tenía planeado encontrarse con Teresa y disfrutar del mar, del sol y de la playa. Antes de llegar al lugar del encuentro decidió hablar con su familia. Al salir del locutorio, después de haber hablado largamente con su madre e hijos, se sintió apesadumbrada por no poder estar para la primera comunión de José María. Tan distraída estaba y no vio que la luz del semáforo estaba en rojo y al cruzar la calle fue arrollada por una motocicleta. Felizmente no tuvo mayores contusiones, pero sí la fractura de una pierna. Fue llevada al hospital donde permaneció dos días. Salió del hospital con la pierna enyesada y orden de reposo hasta su total recuperación. Tuvo que pedir auxilio al padre Antonio y pasó seis largos meses en el albergue sin poder trabajar.

Durante los largos días de reposo, Teresa le prestó parte de su ahorro para enviar a su madre. Ella no quería contarle el accidente sufrido para no despertar su preocupación. Sin embargo, la recuperación fue lenta y rápidamente terminó el ahorro y tuvo que exponer el hecho a doña Gertrudis.

* * *

Ante el nuevo percance de Amalia, doña Gertrudis fue a hablar con el gerente de la casa de cambios a fin de exponerle su problema y solicitar la prórroga del préstamo. Apenas había empezado a pagar la primera cuota. El señor se mostró amable y comprensivo y aguardó durante tres meses sin molestarla en absoluto. Sin embargo, transcurrido el tiempo de espera, llegaron las notificaciones exigiendo la cancelación de la deuda y al cumplir los seis meses llegaron dos oficiales de justicia para hacer un inventario de los bienes. Ante el hecho doña Gertrudis, con la desesperación encima, decidió recurrir al antiguo gerente. Fue hasta la casa de cambios y pidió el número de su teléfono al gerente actual, pero él se lo negó.

Entonces recurrió al cajero. Cuando le preguntó si no sabía dónde ubicar a su antiguo jefe, él le entregó un papelito con el número del celular.

* * *

Entre tanto, Marcos, una vez resuelto el conflicto con Leticia, se concentraba en su trabajo.

El viaje de don José, que tendría que haber durado tres meses, ya se estaba prolongando a casi un año y aún no tenía intenciones de regresar, pues el reporte que le daba Marcos le satisfacía de sobremanera.

Para Marcos, hurgar en el archivo secreto de don José le producía cierto placer y le ayudaba a conocer a los empleados. Una tarde, atrajo su atención una carpeta apartada en un rincón. La recogió y encontró el legajo de Maximiliano Herrero, con la observación final firmada por Salcedo. Es allí donde descubrió a su suegro y comprendió su grandeza: cuidaba hasta los últimos detalles de las personas que se involucran con su familia y su empresa. Estaba tan ensimismado leyendo los diversos informes proporcionados por Salcedo cuando comenzó a sonar su celular. Observó el número desconocido antes de responder. Muy pocas personas tenían ese número.

—¡Hola!

—¡Hola Señor Gerente! —la voz tan familiar le respondió. Una sola persona lo llamaba así.

—¿Quién habla?

—Yo, señor Gerente, doña Gertrudis. ¿Se acuerda de mí? Su clienta de San Lorenzo.

—¡Hola señora! Es un placer saludarla. ¿En qué le puedo ayudar?

—Necesito un favor muy grande. Resulta que mi hija se accidentó y no me está pudiendo enviar más la plata y tengo una deuda con ustedes y ya me están por sacar todo lo que tenemos y ya no sé qué hacer, a quien recurrir, por eso le estoy molestando.

—¿Dónde está usted doña Gertrudis?

—Estoy en San Lorenzo, vine a buscar su número porque se fueron dos oficiales de justicia para hacer un inventario de los bienes que tenemos.

—Usted puede aguardar allí más o menos media hora.

—Sí, pero qué voy a hacer con los señores que están en casa.

—No se preocupe por ellos. No pueden hacer nada.

—Gracias señor Gerente —respondió doña Gertrudis y con la tranquilidad recuperada, se sentó a esperar.

Marcos se introdujo en el caótico tránsito y se dirigió a la sucursal de San Lorenzo. Sentía tanto calor que ni el aire acondicionado del vehículo mitigaba el calor sofocante. Busca un espacio disponible para estacionar su automóvil. Al ingresar al pequeño local, atestado de gentes humildes que con tanta esperanza estaban esperando algún dinero, dirigió su mirada por todas partes a fin de localizar a la diminuta mujer que, con su vestido floreado y desteñido, sus zapatos de tela y su larga trenza, lo estaría aguardando. Al divisar a doña Gertrudis ella se levantó y se dirigió a su encuentro, saludándolo:

—Buenas tardes, señor gerente.

—Buenas tardes, doña Gertrudis. Aguárdeme un momento. Voy a buscar un espacio para conversar.

—Cómo no, señor gerente.

Con movimientos apresurados los empleados —antiguos compañeros de Marcos— se dirigieron a su encuentro y lo saludaron con cierta reverencia. Todos se olvidaron de que hasta hace pocos meses él era uno más de esa sucursal. Al golpear la puerta e ingresar a su antigua oficina, Carlos se levantó:

—Buenas tardes señor. ¡Qué sorpresa tenerlo por aquí!

—Buenas tardes. Que tal Carlos, necesito revisar algunas cosas contigo.

—Adelante señor, tome asiento —Carlos se levantó y le cedió su silla.

—Gracias —Marcos ignoró su ofrecimiento y se sentó en la silla destinada a los clientes—. Quiero ver un poco como están los papeles de doña Gertrudis. Te acordás que te pedí un trato especial con ella.

—¡Ah, sí! Realmente le tuvimos mucha consideración. Le esperamos mucho tiempo y como no hubo resultado, le pasé los papeles a la asesoría jurídica. Yo ya no tengo nada que ver en el asunto.

Marcos le miró duramente, antes de volver a hablar.

—Hacé el favor y pedí al doctor Medina los papeles y vamos a mirar qué se puede hacer.

—Yo creo que ya no hay nada que hacer, señor. Si no paga su cuenta se le tiene que sacar cualquier cosa de valor y tengo entendido que no tiene nada. Solo la casa.

—Por favor, llama al asesor jurídico.

Marcos estaba a punto de estallar, pero se contuvo. Siempre trató de mantener la calma ante cualquier hecho desagradable.

—Buenas tardes, licenciado —saludó el Dr. Medina al ingresar a la oficina.

—Buenas tardes —saludó toscamente Marcos.

—¿En qué puedo servirle, señor?

—Necesito saber cuál es la situación de la señora Gertrudis Campos Vera.

—¿Gertrudis Campos Vera?

—Sí, a quien le están amedrentando por una suma que debe. Yo no entiendo lo que sucede con ustedes, dónde está la parte humana. Por qué no son un poco más considerados con los clientes.

—Disculpe señor, pero nosotros cumplimos con nuestro trabajo. Si la gente no paga, se le tiene que cobrar de alguna manera —se excusó el abogado.

—¿Cuánto es la deuda de la señora? —preguntó Marcos.

—Voy a traer la carpeta para revisar —anunció el abogado al salir.

—Hay que buscar otras formas de obrar antes de llegar a esto —aconsejó Marcos a Carlos.

—No sé señor que política usted utilizaba acá para no tener morosos porque yo ya probé todas las fórmulas y no consigo nada. Las gentes son muy sinvergüenzas.

—No es así Carlos. ¿Cuánto tiempo vos trabajaste a mi lado? Estás al tanto de la política que se emplea y me sorprende que en tan corto tiempo tenga que desmoronarse esto. No quiero pensar que sos un inútil.

—Me extraña que diga eso, señor. Usted me conoce bien —Carlos tenía la mejilla colorada.

—Claro que te conozco bien, por eso me atreví a promocionarte para ocupar mi puesto y no quiero que me defraudes.

El abogado ingresó nuevamente trayendo la carpeta de doña Gertrudis. Marcos la tomó y comenzó a leer.

—Déjenme hablar con ella y vamos a resolver esto. Cuánto es el descuento que se le puede hacer.

—Si paga todo se le puede exonerar el cincuenta por ciento de los intereses y mora —explicó el abogado.

—Y no hay forma de exonerar completamente los intereses moratorios —preguntó Marcos. No quería sobrepasar la autoridad de los empleados.

—Si paga todo de una vez, se puede —aclaró Carlos, adelantándose al abogado.

—Bueno, voy a hablar con ella y llegar a un acuerdo. Por favor háganla pasar y déjenme solo. Gracias.

—Sí, señor —respondieron los dos al retirarse.

Al quedar solo Marcos miró la oficina que poco tiempo atrás era suya. Todo estaba en el mismo lugar aparentemente; sin embargo, los problemas abundaban. Problemas creados por los mismos empleados incapaces de resolverlos. Cuánto tiempo él se ha sentado en esa pequeña oficina a soñar; anhelar ser gerente general, obtener el respeto de sus subalternos, y, por sobre todo, ganar mucho dinero. Ahora dudaba mucho de que sientan respeto por él por haberse casado con la hija del dueño. *¿Será que Leticia dejó de ser loca?* Pensó al acordarse de su comportamiento en la facultad. *¿Me será fiel?* Las dudas comenzaron a inquietarle en los pocos minutos que quedó solo en la pequeña oficina. Duda que lo abrumara sin poder dirigir sus pensamientos hacia otro lado.

Al entrar doña Gertrudis a la oficina saludó a Marcos y él centró la atención en el motivo que lo convocó allí.

—Buenas tardes, señor gerente —saludó de nuevo doña Gertrudis.

—Buenas tardes, doña Gertrudis. Tome asiento

—Muchas gracias, Señor Gerente. Antes que nada, quiero pedirle disculpa por hacerle venir hasta acá, pero no tenía otra salida.

—Cuénteme qué le pasó, señora.

—Ay, señor, no sé de dónde comenzar. Bueno, le cuento primero que hice un préstamo y no hubiera tenido problema para pagar si mi hija no se hubiera accidentado. Pero eso no es luego el problema. Yo no hubiera hecho luego el préstamo si el hermano sinvergüenza de mi hija no se hubiera mandado a mudar a los Estados Unidos y dejado a su viejo y enfermo padre en el hogar de ancianos con una deuda grande. Ay, señor gerente, es *ko* una historia muy larga, pero tengo que contarle para que sepa que no es por sinvergüenza lo que no pagué mi cuenta, sino porque no pude nomás, pero eso nadie entiende.

Resulta que yo había tenido mi hija de un hombre muy pudiente, que me abandonó cuando me embaracé y nunca más apareció. Mi hija creció obsesionada con su padre, le buscó y le encontró, claro, después de que se haya casado ya. En fin, resulta que este señor tiene otro hijo. Y este muchacho le jodió todo a su papá. Como tiene el mismo nombre, vendió todos los bienes que tenía y se fue a estudiar al extranjero, dice. Y luego vino otra vez y parece que no le salieron bien los negocios y volvió a irse y me dejó al viejo. Pobre, una carga más. Yo tuve que irme a retirarle del hogar de ancianos y traerle conmigo y la dueña no quería entregarle si no le pagaba toda la cuenta. Imagínese señor, yo haciéndome responsable del gran señor Maximiliano Herrero. Yo la vieja que depende del dinero que me envía mi pobre hija para mantener a sus hijos. Por eso yo hice el préstamo, para retirar al viejo. Y luego mi pobre Amalia se accidentó y ya no pudo enviarme el dinero.

—Bueno, doña Gertrudis, ya sé todo su problema. Estuve hablando con el asesor jurídico y el gerente de la empresa. Solamente se va a resolver pagando toda la deuda, así se le va a descontar todos los intereses que hay.

—Pero Señor Gerente, ¿de dónde voy a sacar la plata! —se desesperó doña Gertrudis.

—No se preocupe. Yo le voy a prestar y cuando tenga me lo devuelve. Tranquilícese. Le voy a hacer un cheque y usted lo va a cobrar mañana y luego viene a pagar su cuenta. No quiero que entregue este cheque acá. Esto es un secreto entre usted y yo y nadie más.

—¡Jesucristo! ¡Señor Gerente! ¡Acaso es usted un enviado de Dios para hacer semejante obra de caridad! Usted sabe bien que me va a ser muy difícil devolverle pronto su dinero. De que voy a devolverle, voy a devolverle, ¡pero no sé cuándo!

—No se preocupe doña Gertrudis. No piense en eso. Para eso están los amigos. Cuando pueda me lo devuelve. No hay apuro, estoy ganando muy bien y no necesito pronto —. Marcos hizo el cheque y lo entregó a doña Gertrudis.

—¡Muchísimas gracias, señor Gerente! ¡Que Dios se lo pague!

Doña Gertrudis salió y Marcos se dispuso a mirar las llamadas perdidas pues su celular estaba sonando insistentemente. Él, por respeto, no lo atiende cuando está con algún cliente. Encontró como diez llamadas perdidas de Leticia. Preocupado la llamó.

—Hola mi amor, ¿qué sucede?

—Hola Marcos. ¡Dónde estás! Estoy muy asustada porque creo que voy a perder o ya perdí el bebé.

—¡Por qué! ¡Qué te sucedió!

—Me siento muy mal. Por favor, vení rápido para acompañarme al médico. Estoy perdiendo sangre.

—Ahora estoy en San Lorenzo. En quince minutos estoy contigo.

—Okey, te espero.

Marcos trasladó a Leticia al sanatorio. Felizmente la pérdida era muy pequeña, no había razón para alarmarse. De cualquier manera, el ginecólogo recomendó que pase la noche allí.

Leticia no quería quedarse hospitalizada porque decía que iba a perder un día de su vida. Marcos respondió diciéndole que no se quejara de su suerte pues había muchas personas que con razón podían quejarse.

—Justamente estuve en San Lorenzo para resolver un caso de demanda por una suma insignificante. Esta siesta me llamó una clienta que yo tenía cuando estaba allí. La pobre señora tiene una hija que trabaja en España y siempre esperaba...

—Ya sé, ya sé. La viejita que te hacía recordar a tu abuelita.

—¿Cómo te acordaste de ella?

—¡Cómo no voy a acordarme si todos los días vos hablabas de ella! Yo estaba harta de escucharte hablar de doña, ¿cómo es su nombre?

—Ja, ja, ja, doña Gertrudis.

—¡Ah! La famosa doña Gertrudis. Todos los meses con la misma historia. Yo pensé que iba a descansar de ella al trasladarte. Hasta celosa me ponía.

—No seas ridícula. Es una pobre vieja.

—Y, ¿qué hizo ya otra vez doña Gertrudis? —preguntó Leticia de manera sarcástica.

—Mejor no te cuento si te molesta.

—Contáme, sí. Es necesario saber qué era tan importante para vos que no atendías tu teléfono mientras yo me desangraba.

—¡Leticia! ¡No seas exagerada!

—¡Dale sí! Te escucho.

—Bueno, le enviaron oficiales de justicia para hacer inventario por un préstamo que hizo y no pudo pagar porque su hija se accidentó y no enviaba más el dinero.

—¿Para qué hizo el préstamo si su hija le enviaba el dinero?

—Me contó una historia un poco rara. Era para retirarle al papá de su hija de un hogar de ancianos donde estaba internado. Tenía que pagar todo para sacarle. No entiendo bien la historia, pero me causó gracia lo que comentó al final, porque recordé un nombre que leí en la oficina.

—¿Qué fue lo que te causó gracia?

—Que el gran Maximiliano Herrero caiga postrado en sus manos después de muchos años y

que ella podría hacer con él lo que quisiera.

—¡Qué! —exclamó Leticia incorporándose en la cama.

—¡Qué te sucede! —se alarmó Marcos.

—¿Nombró a Maximiliano Herrero?

—Sí, ¿por qué?

—Así se llamaba el boludo ese que tuve por novio.

—Ja, ja, ja, no me vengas con eso. Tengo entendido que ese no era tan viejo.

—¡Claro que no era viejo!, pero le tenía a su papá. Y estaba en un hogar de ancianos. Te acordás que te conté que mi novio le negó a su papá.

—Sí, recuerdo más o menos la historia, pero yo pensé que era más fantasía tuya que cualquier otra cosa.

—¡Qué estúpido sos!

—E'á, Leticia. Tantas cosas inventaste, incluso, cosas que ahora estoy descubriendo. No sé qué es verdad y qué mentira. Hasta si existió tu famoso novio ya lo dudo.

Leticia se calló por un momento. En cierta forma Marcos tenía razón, pero no podría admitirlo. Haciendo una comparación encontró tantas diferencias entre Maximiliano y Marcos: aquel un hombre de clase, un galán. Ella podía irse con él a cualquier lugar, sabía que no iba a hacerla sentir incómoda; tenía dominio de lo social. En cambio, Marcos, adonde iba, permanecía callado, aletargado; era como si estuviera, siempre, fuera de contexto. Pero bueno, ella lo escogió creyendo que podría transformarlo, pero no fue así. Sintió cierta nostalgia al pensar en Maximiliano: un verdadero caballero. Cuánto añora aquellos días de fiesta, de lujuria, de inmoderación, de desborde. Con él, ella no necesitaba fingir. Él la aceptaba como era; en cambio con Marcos se pasaba fingiendo todo el tiempo, simulando ser la niña buena que él quiere. Con esos pensamientos quedó dormida.

Marcos quedó dormido en el sofá que estaba al lado de la cama de Leticia. Aproximadamente a las diez de la noche sonó su celular. Sobresaltado se despertó.

—Hola Marcos. ¿Cómo está Leticia? —habló Soledad.

—Bien. Ahora está durmiendo. El doctor aclaró que no es nada grave, pero para seguridad aconsejó que pase la noche aquí.

—¿Vos te vas a quedar con ella o querés que me vaya?

—No hace falta que vengas. Yo no tengo problema en quedarme. Si sale mañana temprano, la llevo de ida, pero si va a salir después de las diez te voy a avisar para que vengas a quedarte con ella y llevarla después, porque yo tengo una reunión con Benítez a las nueve y no creo que termine muy temprano.

—Okey, de igual manera voy a irme para las ocho y me hago cargo de ella. ¿Qué fue lo que le pasó?

—Una pequeña pérdida. No es nada alarmante, según el doctor. Pero igual debe reposar y no andar más por el gimnasio, así como está haciendo. Quizá ese sea el motivo, a pesar de que el médico no quiso admitirlo.

—Bueno, nos vemos a la mañana entonces.

—Hasta mañana, que duermas bien.

—Igualmente.

Es tan dulce esta mujer. Feliz del hombre que la tenga en brazos. Y con la imagen del rostro angelical de su cuñada, Marcos quedó dormido.

A su vez Soledad quedó con el teléfono en la mano; acostada en la cama, se estremeció al

imaginar los ojos verdes de Marcos. *Tan cariñoso y decente es. Cómo Leticia no lo valora; le tiene como un estúpido. Ay, si fuera yo. ¡Cuanto daría por arrojarme en sus brazos y llenarlo de besos! ¡Soledad! No divagues*, suspiró. Cerró los ojos y la mirada tierna de su cuñado la seguía acompañando. No podía apartarlo de su mente. Y toda la noche se pasó soñando con él, lejos de Leticia, de su padre, de su casa. Solo los dos viviendo días de amor en una cabaña.

A la mañana siguiente Soledad fue al sanatorio según lo acordado con Marcos. Encontró a una Leticia, huraña, quejándose de todo, de la vida, de su mala suerte.

—Me voy, mi amor. Se queda contigo Soledad. Si yo no puedo venir a la hora de salir te va a llevar ella.

—Por qué vos no te quedás a esperarme —pidió malhumorada Leticia, queriendo imponer sus caprichos.

—Ya te expliqué: tengo una reunión con Benítez. No puedo faltar. Apenas termine, te llamo y, si tengo aún tiempo, vengo a buscarte o si no te vas con tu hermana. ¿Qué hay de malo en ello? Escuchaste bien los consejos del doctor: nada de ponerte nerviosa. Tranquilidad total debe ser tu vida. ¿Está bien? Nos vemos más tarde —le dio un tierno beso en la frente y salió apresuradamente.

Apenas salió Marcos, Leticia entró al baño. Se dio una ducha; se puso su vaquero, una remera y al salir del cuarto de baño exclamó:

—Te das cuenta de lo estúpido que es el pobre. Viste cómo actúa. Como si yo fuera la princesa y el mi esclavo. Pobre tonto.

—¡Leticia! Dejá de ser mala, ¡por Dios! —recrimina Soledad.

—Al hombre hay que tratar así. Pobrecito, cree todo lo que le digo, pero ya estoy medio cansada de él, ¿vos creés que tengo que haber pasado tres años a su lado? Mi vida no tiene sentido. No sé si esta criatura me conviene tener o no.

—¡Leticia! ¡Cómo podés decir eso!

—A la pucha, y si no te digo a vos, a quién le voy a decir. Yo soy sincera contigo.

—¿Por qué no sos sincera con tu esposo? Decile a él esto que me estás diciendo.

—¡Ay, Soledad! Vos no vas a entenderme nunca —se quejó arrojándose a la cama— voy a irme a ver a mi ex suegro; voy a cerciorarme de si es cierto lo que me contó Marcos —murmuró. Tomó el teléfono y llamó a la administración del sanatorio.

—Hola, sí, soy la señora Garay, necesito salir ya. Si alguien puede venir a darme de alta.

—.....

—Está bien, voy a esperarle —respondió ásperamente.

—Qué fue lo que te contó Marcos —preguntó Soledad preocupada

—¿Sobre qué?

—Sobre tu ex suegro

—¡Ah! Me contó que le llevaron a vivir a un suburbio, fuera de la ciudad. ¡Pobre viejo!

—Pero ¿así de onda nada más?

—¡No! ¡Qué de onda! Parece que Maximiliano no podía pagar más y se hizo cargo del viejo “otra una vieja”.

—Y, ¿cómo se enteró Marcos?

—Porque es su clienta la que le llevó a su casa. Hay que ver si es cierto.

—Por qué él tiene que mentir.

—Cierto, no tiene por qué mentirme.

Finalmente llegó el doctor a darle su alta y al ver su ropa aconsejó:

—¡Doña Leticia! Usted debe usar ropa holgada acorde a su estado.

—Pero doctor, yo me siento muy cómoda con este vaquero. A medida que crece mi panza voy a ir agrandando, pero ahora no creo necesario usar ropas grandes.

—Puede usar esos pantalones los nueve meses si quiere, pero no debe apretar; recuerde que el feto debe tener espacio suficiente para movilizarse.

—¡Ay, doctor!, no me sermonee por favor.

—Está bien, puede vestir lo que quiera, pero acuérdesese de mis consejos: las ropas deben ser cómodas y no apretadas. Ahora señora, puede retirarse.

—¡Gracias doctor! Hasta luego.

—Bien señora, no se olvide de la siguiente consulta: el próximo jueves. Vamos a ir controlando la evolución del embarazo cada semana, hasta completar los tres meses, considerando los hechos recientes.

—Okey doctor. No voy a faltar

—Muy bien señora y ahora a reposar tranquilita en su casa. Hasta luego.

—Hasta luego doctor —se despidieron las hermanas.

Ya en el auto Leticia pidió a Soledad que pase por el hogar de ancianos.

—No, Leticia. Ya escuchaste la recomendación del doctor: ¡a reposar!

—¡Pero qué reposo ni qué ocho cuartos! ¡Vamos sí! Total, es cerca de casa.

—Está bien, pero un rato nada más.

—¡Claro que va a ser un rato nomás! Quiero cerciorarme de lo que me contó Marcos, nada más.

—Okey. Decíme por dónde debo ir.

Leticia le indicó la dirección y al momento Soledad ya estacionó el automóvil delante del hogar.

Leticia tocó el timbre y salió una señora.

—Buenos días, ¿en qué les puedo ayudar?

—Buenos días, ¿acá funciona un hogar de ancianos?

—Sí señorita.

—¡Qué bueno! Estaba medio dudando. ¿Puedo hablar con usted un momento?

—¡Por supuesto! Adelante.

—Vení Soledad.

Las hermanas se dirigieron hacia el interior de la vivienda. Ingresaron a la sala discretamente amoblada. Una vez acomodadas en sendos sillones, doña Concepción, quien les había recibido, les preguntó.

—¿En qué les puedo ayudar?

—Yo quería saber sobre un señor que estaba internada aquí, hace unos años.

—¿De quién se trata? Si me dice su nombre le puedo informar, porque no hay muchos residentes y los que hay siempre quedan por años.

—Se trata de Maximiliano Herrero.

—¡Don Maximiliano Herrero! —repitió el nombre doña Concepción como si viera a un fantasma. —¿Ustedes son sus nietas?

—No señora.

—Bueno, quiénes son entonces. ¿Acaso son periodistas o le pasó algo?

—No, no señora —se apresuró a responder Leticia viendo el apuro de la señora —Yo era la prometida de su hijo y quisiera saber dónde está él.

—¡Ay, señorita! Por un momento me asusté porque hay *ko* veces que recibo hasta amenazas de la gente de que me va a denunciar a la prensa por supuestas irregularidades. Pero eso es para no pagar la deuda. Y bueno, ya que no son periodistas ni familiares del señor Maximiliano podemos hablar libremente. ¿Verdad? ¿Qué quieren saber?

—Si está todavía acá o si no...

—¡Y si no se murió *pa!* —cortó doña Concepción riéndose.

—Sí —afirmó Leticia.

—¡Ese señor *ko* mi hija va a vivir doscientos años! —exclamó de nuevo entre risas doña Concepción.

—¡Por qué dice eso señora! —se alarmó Leticia.

—Dicen que hizo muchos males y mientras no pague hasta el último pecado no va a poder morir, y él, que yo sepa, no reconoce para nada el mal que les hizo a muchos.

—Pero eso señora solamente Dios puede juzgar. Y nosotros ni siquiera somos jueces —intervino Soledad, que hasta ese momento permanecía callada. Le pareció ofensiva la forma sarcástica de expresarse la señora.

—Sí señorita, tiene razón. Nosotros no somos nadie para juzgar. Además, ustedes no vinieron para eso ¿verdad? Bueno, ¿qué quieren saber?

—Queremos saber si está todavía aquí.

—¡No! Hace un buen tiempo que le llevaron. Yo algunas veces voy a visitarlo porque le tenía mucho cariño.

—¿Adónde le llevaron?

—A Capiatá. Ay, mi señorita, es muy triste lo que pasó con este señor. Él, según me contaron, vivía en una casa grande y luego enfermó porque ya a los setenta y cinco años se casó con una jovencita que le ponía muy nervioso, porque ya se imaginaron lo que pasaba: él, viejo, y la chiquilina cabezuda hacía lo que quería con él hasta que le enfermó. Un hijo sinvergüenza que tiene se aprovechó de esa situación y, según me dijeron, vendió los bienes que tenía su papá y se repartieron, con la mujer. Finalmente le trajeron acá, pero yo me daba cuenta que le costaba mucho pagarme. Había muchas cosas de por medio, que yo no sé si son ciertas. Muchos comentarios sobre el hijo y la mujer, lo que hacían, el negociado. Yo no sé qué pasó finalmente porque de un día para otro el hijo vino y me anunció que no podía hacerse más cargo de su papá porque iba a regresar a Estados Unidos.

—¿Dónde está el señor? —preguntó Soledad. Le irritaba la charlatanería de la señora

—A eso iba a llegar —continuó doña Concepción —don Maximiliano tenía también una hija, a quien nunca le reconoció, y lo que es la vida. ¡La mamá de esa chica un poco es la que le llevó con ella ahora! ¡Imagínense! Una pobre vieja miserable cuidando al hombre que arruinó su vida, porque según me contaron ella era muy jovencita cuando don Maximiliano se aprovechó de ella. Y bueno, ésta es la triste historia de mi querido abuelo, como yo le llamaba cariñosamente. Ahora vive en una piecita, allá en Capiatá. Yo las veces que puedo me voy junto a él y cuando está lúcido me habla y me cuenta que es la primera vez en su vida que se siente feliz, porque está rodeado de sus nietos. No sabe ni los nombres de ellos, pero sí sabe que son sus nietos y ellos le quieren mucho y le llenan de mimos. La última vez que me fui reconoció lo injusto que fue con su hija y comprendió al final que no es el dinero, ni el lujo lo que da felicidad, sino el calor humano, el cariño. ¡Pobre viejo! Tirado en esa piecita

—Pero señora, si él es feliz allí —interrumpió Soledad.

—Es lo que él dice —continuó doña Concepción —pero no es pues lo mismo. Hubiera podido

vivir en un lugar mejor, el resto de su vida.

—Claro, la comodidad, antes que nada —meditó Leticia, y a continuación pregunto:

—¿Cómo nosotras podríamos ayudarlo?

Soledad se sorprendió al escuchar las últimas palabras de Leticia. Su hermana era un ser extremadamente egoísta, jamás le importó lo que pudiera suceder a los demás. La mente limpia que tenía no le permitió captar el interés pernicioso que traía consigo su hermana, con el deseo aparente, de ayudar al anciano. *Parece que el embarazo la está transformando*, pensó.

—Ay señoritas, si realmente quieren ayudarlo pueden pagarme y yo le traigo de nuevo acá — sugirió rápidamente doña Concepción. Ya veía una posible solución a sus problemas económicos porque últimamente el hogar tenía pocos internos, pues en los últimos años se han abierto un cierto número de nuevos hogares de ancianos, que le sacaron muchos clientes y obligado a bajar sus precios. Cuando ella había empezado ese negocio era el único y podría cobrar lo que quería, pero ahora ya no. Sería bueno para ella recuperar a un cliente.

Soledad percibió en la señora una ambición y esperaba la reacción de Leticia.

—No habría forma de comunicarme con la señora que la llevó porque realmente me gustaría, o sea que nos gustaría ayudarlo, ¿verdad Soledad?

—Sí, claro —respondió la aludida.

—Voy a llamar a Gertrudis, ahora mismo —comunicó doña Concepción, tomando el aparato celular—. Hola Gertrudis, quiero saber cómo amaneció el abuelo —luego de una pausa continuó — acá pues vienen dos chicas muy lindas preguntando por él.

—.....

—Ja, ja, ja, no. No fueron sus novias

—.....

—Parece que una era novia de su hijo —Leticia le hizo señas desmintiendo.

—No, no era, creo que me equivoqué.

—.....

—Bueno quieren ayudarlo. Podés *piko* recibirles en algún momento.

—.....

—Aha, aha, ya entiendo, no hay problema. Bueno, vamos a hablar después porque se me acaba mi saldo. Chau.

—.....

—¿Qué le respondió? —preguntó Leticia.

—Quiere que le dé su número de celular para coordinar el día y hora para visitarlo. “Toda vez que sea para ayudarlo y que no sea para reclamar alguna cuenta de Maximiliano hijo”, me aclaró. Ella es muy simpática; ya le van a conocer. Y bien señoritas, queda bajo su criterio la forma que van a ayudar a este pobre viejo. Si quieren traerle de regreso, las puertas están abiertas.

—Muchas gracias señora por su tiempo —agradeció Leticia al levantarse de la silla.

—No hay de qué señorita.

Un vago recuerdo invadió la mente de doña Concepción

—Yo la conozco de algún lado, ¿verdad, señorita?

—No señora, es la primera vez que nos vemos —respondió Leticia y se despidió.

Ya en el vehículo Soledad le sermonea a su hermana por la última mentira.

—Yo no sé por qué mentís siempre. Por qué no le dijiste a la señora que ya estuviste en su casa.

—Porque eso implica darle explicaciones de quién soy y no estoy de humor para hablar del

pasado.

—Pero vos le dijiste que era prometida de su hijo.

—Si le dije, pero esta señora habla tanto que no creo que haya escuchado siquiera.

—Claro que escuchó. Le explicó a la señora que una de las chicas era la novia de su hijo.

—Sí, pero yo le hice gestos y ella, al momento, desmintió.

—Bueno Leti, ahora ya sabés que es cierto todo cuanto te contó Marcos, entonces olvidáte del asunto —aconsejó, con cierta preocupación, Soledad.

—Estás loca si pensás que voy a dejar el caso. Voy a llamar a esa señora y ver si puedo ayudarle en algo.

—No puedo creer hermanita que sea cierto lo que mis oídos oyen. ¿Tanto así puede transformarte el embarazo?

—¡Por qué me decís eso!

—Vos queriendo ayudar a los demás. ¡Imposible!

—Claro que es posible. Ya lo veras.

Al llegar a la casa encontraron sobre la mesita de la sala el termo de tereré y la guampa dispuestos en una bandeja donde los había colocado la empleada, como lo hace habitualmente.

—¡Ay esa Muñeca! ¡Es un amor de persona, como siempre está atenta a lo que queremos! — exclamó Leticia sirviéndose la refrescante bebida.

Soledad estiró de la mano de Leticia la guampa, derramando el tereré.

—¡Ey! ¡Qué te pasa!

—Seguro que está lleno de remedio refrescante como siempre — Soledad destapó el termo. Efectivamente el termo estaba como ella suponía — ¡Esto vos no podés tomar!

—¡Qué exagerada sos! —se rió Leticia.

—¡Muñeca! Vení a cambiar esta agua por favor. No le pongas mucho hielo y solamente *Mentái* para tranquilizar un poco a esta loca. Nada de ponerle otros yuyos a partir de hoy.

—Sí, señorita Soledad.

—¡Ay! Soledad, si vos pensás que el yuyo puede hacerme perder el bebé estás equivocada — afirmó Leticia, siempre con risa despectiva.

—No es precisamente lo que te va a hacer perder el bebé, pero te va a enfriar todo y puede ocasionar dolores abdominales. Conviene que estés bien.

—Bueno doctora, ja, ja, ja.

Soledad miró a su hermana sin decir nada. ¿Por qué discutir con ella? Fue a su habitación dejándola sola.

Leticia miró alejarse a su hermana. Tomó el termo, la guampa y se dirigió al jardín. Caminaba descalza, mirando las flores; los dos perros, de raza pastor alemán, se acercaron a ella cariñosamente, buscando su afecto. Leticia los miró indiferente.

¿Cuánto tiempo hace que no camino por el jardín? Antes lo hacía a menudo, pero últimamente he dejado de hacerlo, ¿por qué?, no lo sé. Observó la infinidad de hojas secas por las plantas. Evidentemente necesitan cuidados. Todos necesitamos cuidados. ¡Cómo me hace falta papá! Si él estuviera no estaría tan mal en este momento, porque realmente me siento mal. Casada con el hombre que yo escogí. ¿Será que me quiere? Es cierto que me pertenece su cuerpo, pero, ¿su alma, su mente, sus sentimientos, serán míos? En este momento estoy muy confundida, creo que me casé con el hombre equivocado. Él no me llena. Siento un vacío imposible de llenar. Hay un abismo entre los dos. Abismo que se llama Yerutí, Maximiliano, pobreza, riqueza, desidia, ¡Ay papá! ¡Cómo quiero que vuelvas ya! Quiero contarte mis penas

porque sos el único que puede comprenderme. Explicar a Soledad lo que siento en este momento sería en vano. Siento una opresión tremenda en el pecho, deseo de llorar; es la primera vez que me sucede esto. Siento el esfuerzo inmenso que hace Marcos para complacerme en todo, pero no puede lograrlo; no tiene las condiciones. El vacío que siento se va expandiendo por todo mi cuerpo a medida que pasa el tiempo. ¿Será el embarazo lo que me transforma? Tal vez, pero siento que mi vida no tiene sentido. Creo que me equivoqué al casarme con Marcos; él no es mi alma gemela. Indudablemente, yo me hubiera casado con Maximiliano, a pesar de sus mentiras, pero yo también miento, a veces, ja, ja, ja. Es más, todos mentimos. La dulzura de la vida es el artificio. La vida es una farsa, una fantasía. El tema es cómo enfrentarla y vivirla, pues si la enfrentamos con mucha seriedad, solo con verdad, nos volveríamos amargados y al serlos todos nos abandonarían. A nadie le gusta un ser lleno de complicaciones, es más, todos huyen de los seres complicados. Ni al perro huraño nadie le quiere. Y yo no quiero convertirme en uno de ellos. Tengo que sobreponerme a lo que me está sucediendo. Ahora, ¿cómo hacerlo? Ese es el tema. Cómo salir de este abismo en que estoy metida por mi propia voluntad. Yo provoqué todo el embrollo y ahora estoy sufriendo esta pena tan intensamente.

Con los pensamientos inquietantes Leticia recorría el jardín, tomando tereré, custodiada por sus dos mascotas. Ingresó nuevamente a la casa, pasó por el comedor como un huracán. El almuerzo ya estaba servido. Ella no tenía deseo alguno de almorzar.

Fue hasta su dormitorio, se acostó y siguió a sus pensamientos centrados en todo su ser. Su vida, sus sueños, su hijo. *¿Realmente estoy preparada para ser madre? No, creo que no. Voy a truncar mi vida, mi cuerpo. No puedo tener este hijo porque mi vida no tiene sentido y mucho menos va a tenerlo con un hijo encima. ¡No, definitivamente no! Yo no vivo y deseo vivir. Mi vida con Marcos no puede continuar; él, lleno de prejuicios, tímido como es, no hacemos ni vida social: desde que me casé soy una aislada social. Vivo apartada del mundo y ya no soporto.*

¿Y Soledad? Nunca se preocupó por ella. Jamás tuvo un solo novio, no sale, vive encerrada. Ella no comprendía que Soledad vivía bajo su sombra. Ella acaparaba todas las atenciones y su hermana pasaba desapercibida. Era como si no existiera. Su mamá había muerto cuando ella era muy pequeña y desde entonces su papá se convirtió en su amigo, confidente; pero con Soledad no había comunicación, no tenían nada que decirse; las veces que han intentado hablar solo ha escuchado reproche de parte suya. Ese hecho ocasionó el distanciamiento entre las dos.

Se levantó con brusquedad e irrumpió abruptamente en el dormitorio de su hermana.

—¡Soledad, tengo que hablar contigo!

—¡Qué te sucede!

—Quiero que me prestes atención por un momento. Nosotras nunca pudimos hablar porque vos siempre me estás reprochando. Pareciera que vos sos la hermana mayor y no yo. Por esta única vez quiero que me escuches sin reproche. Nunca más te voy a decir nada, pero ahora necesito desahogarme. Papá no está y sos la única persona con quien puedo hablar en este momento.

—Está bien, te escucho, pero ¡qué es lo que te sucede! —se alarmó Soledad

—He descubierto algo muy grave.

—¡Qué cosa! —a Soledad le invadió un escalofrío. Jamás podría Leticia enterarse de su sentimiento hacia Marcos porque nunca le contó a nadie.

—No quiero que me digas nada; quiero que me escuches.

—Está bien, pero qué ocurre.

—Esta siesta he descubierto muchas cosas. Estaba recorriendo por el jardín, meditando y he descubierto, como te dije, muchas cosas. Primero, descubrí quién soy y que no soy la que quiero ser. No soy la mujer enamorada de Marcos, es más, creo que nunca le amé. Es el juguete que ambicionaba y no podía tener. Nada más que eso. Ahora que estoy embarazada estoy asustada. Creo que no voy a poder desempeñarme como madre y creo que este hijo no puede nacer.

—¡Leticia!

—No me digas nada ¡por favor! —gritó levantando una mano con brusquedad—. Voy a buscar al papá de Max y a través de él, contactarle. Creo que él es el hombre de mi vida. Tengo que recuperarle. Creo que me equivoqué con Marcos.

—Pero Marcos es un hombre decente.

—¡Decente! ¡Decente! ¡De qué puta sirve la decencia! Decíme. Papá y yo siempre hablamos sobre lo que queremos, pero con él no puedo hablar de nada. Cuando se enteró de la trampa que le tendí pensé que iba a reaccionar diferente, pero no. Él no habla, no reacciona, está siempre diciendo: sí mi amor. Es un inútil. Ya no agunto. Necesito un hombre de carácter a mi lado. Él está opacado.

—¿Recién ahora te das cuenta de su carácter? ¿Hace cuánto que viven juntos?

—Sí, ahora que estoy embarazada me doy cuenta que estoy fundiendo mi vida. No tengo más ni amigos porque él es un antisocial. Estoy frustrada. Voy a comunicarme con papá y tratar de encontrarme con él en algún lugar para estudiar mi caso. Ojalá que Maximiliano no se haya casado aún y pueda perdonarme por la forma horrorosa de sacarlo de mi vida.

—¡Leticia! ¿No te parece que estás siendo estúpida e injusta con Marcos? Jamás vas a volver a encontrar a un hombre como él: amoroso, cariñoso, complaciente. Nunca le escuché, ni siquiera, levantar la voz.

—¡Ese es el problema! Ni levanta la voz. Y vos estás hablando de él como si fuera la octava maravilla del mundo. Si te parece maravilloso, quedáte con él. ¡Te regalo! Claro que van a tener que quedarse juntos hasta que vuelva papá porque no creo que abandone su trabajo. Es todo lo que quería decirte.

—¡Estás loca!

Leticia salió raudamente de la habitación, no sin decir antes:

—Yo voy a buscar al papá de Maximiliano, si querés acompañáme.

—No, gracias. Yo no estoy tan loca para entrar en tu juego.

—Decíle por favor a Marcos, que me fui a la peluquería o a cualquier parte. Estará por llegar de su maldita reunión.

—Como vos quieras, pero no me metas en tu estupidez.

Marcos, tranquilo y sin imaginarse el conflicto que estaba viviendo su esposa, retornó a la casa, pensando en el hijo por nacer y en las complicaciones que acababa de tener Leticia. *¿Será que este hijo nos unirá definitivamente?* Siempre ha sido fiel a su esposa, pero no la amaba. Sentía mucha pasión por ella, pero nada más. Su carácter absorbente le anula por completo. Le hubiera gustado que sea como Soledad: tranquila, tierna, sencilla, comedida, sensible. Recordaba nítidamente la noche de año nuevo cuando, todos eufóricos, se abrazaban y ella apartada en un rincón sin adherirse a la fiesta. Él, en un impulso fue junto a ella, la abrazó fuerte y le dio besos, no en la mejilla, sino en la boca y ella le respondió. Quedaron abrazados y ante la pregunta de por qué estaba apartada del grupo ella respondió:

“Mi nombre es Soledad, es lo que represento. No me gusta tanto el barullo, prefiero estar sola y lo bueno de todo es que nadie nota mi ausencia”.

“¡No digas eso! Yo noto tu ausencia, por eso vine a buscarte” y abrazados se dirigieron hacia el grupo, sin que nadie vea la escena. Desde ese momento ambos evitaron encontrarse a solas.

Para el desconsuelo de Leticia, Marcos llegó antes de que ella pudiera salir.

Como siempre, él la saludó cariñosamente. Ella, ante un impulso, lo rechazó.

—Marcos, quiero hablar contigo —caminó hacia la sala.

—¿Qué te pasa? ¿Estás bien? ¿Cómo está nuestro bebé?

—De eso precisamente quiero hablarte. Creo que no estoy preparada para tener este hijo.

Ante el asombro de Marcos, Leticia siguió hablando,

—No pienso tenerlo.

—¿Qué te sucede? Qué estás diciendo. Calmáte. Vamos a hablar porque yo no sé lo que te sucede. Esta mañana estabas muy bien cuando te dejé en el sanatorio. ¿Por qué el cambio?

—Lo que pasa es que vos te concentrás solamente en tu trabajo y no te importa lo que a mí me pueda suceder. Ayer no atendiste el teléfono porque estaba con tu maldita clienta y hoy me abandonaste, pudiendo esperar y traerme.

—¡Pero Leticia!, es mi trabajo. Y no te abandone, si tu hermana se quedó contigo.

—Pero qué trabajo. ¡Siempre me dejás de lado!

—¡Basta ya de teatro Leticia! Estoy seguro de que estás queriendo algo, pero no hace falta actuar. Podés pedirme lo que querés y yo voy a tratar de complacerte.

—¡Ese es el problema, ya no te aguanto! Ya no aguanto tu estúpida forma de ser: comprensivo, complaciente. ¡No actúas como hombre, me parece que sentís miedo! ¡Estoy podrida, me voy!

Leticia caminó hacia la puerta y Marcos se interpuso en su camino:

—¡Adónde pensás irte! ¡No podés salir en ese estado! Tranquilizáte. Vamos a resolver el problema que hay.

—Eso solamente yo puedo resolver, no vos.

—Cuál es el problema, si se puede saber —preguntó Marcos, con cierta calma.

—No tolero este hijo que llevo dentro. ¡Me vuelve loca! Yo no nací para ser madre. Es más, nunca voy a ser madre. ¡Metéte eso en la cabeza!

Marcos quedó estupefacto. No sabía qué responder. Después de un momento habló parsimoniosamente.

—Es una pena que hayas llegado a este punto para darte cuenta de ello. Y es una pena que no hayamos hablado sobre el tema antes. Realmente nunca hemos considerado la cantidad de hijos a tener y ahora te cuento que yo sí quiero tener hijos. Y muchos porque nosotros somos de una familia numerosa y quiero mantener esa tradición. Es lamentable que rechaces al niño que llevas dentro. La pobre criatura no tiene la culpa de nada.

—Pero yo soy la que estoy pasando mal. Estos malestares no me dejan vivir. Ya no aguanto —salió corriendo sin más.

El chofer que estaba afuera escuchaba las discusiones y cuando salió Leticia se ofreció a llevarla.

—¡Señorita Leticia! Yo la llevo. Adónde quiere irse la señorita —preguntó abriendo la puerta del auto.

—¡Al sanatorio!

—A qué sanatorio, señorita —el chofer puso el auto en marcha.

—No, primero lleváme... —Leticia miró al corpulento chofer que hace más de diez años trabaja en la casa y que conoce todos los secretos de la familia —...lleváme primero a un reservado.

—¿Qué dijoo, señorita?

—¡Vamos Gaspar! ¡Nunca te imaginaste acaso una aventura conmigo o vos pensás que yo no me doy cuenta de cómo me mirás!

Gaspar se puso rojo de ira.

—No intente jugar conmigo señorita Leticia. Yo soy su chofer, su papá me paga por ello y no pienso perder mi empleo.

—Y ¿qué pensás? ¿Que Marcos perdió su empleo porque se acostó conmigo? No te das cuenta en lo que se convirtió. ¡La mano derecha de papá, su hombre de confianza! —Leticia se había sentado en el asiento, detrás del conductor, y comenzó a acariciar el cuello y la nuca de Gaspar.

—¡Señorita! —Gaspar detuvo la marcha, se bajó del auto y abrió la puerta trasera. La estiró bruscamente del brazo y la bajó del auto. En un arranque de ira le propinó unas bofetadas, exclamando:

—Esto es lo que le faltaba, que su papá no le dio de chica y su marido ahora. Usted está loca señorita. Si cree que conmigo va a jugar, le cuento que yo no estoy para juego. Y se equivoca si piensa que soy como el monigote de su esposo. Yo no voy a permitir que una chiquilina malcriada irrumpa en mi vida queriendo satisfacer un capricho. Yo hago el amor con quien quiero y a la hora que quiero y mi trabajo es aparte. Si yo hubiera querido hacerle el amor, hace rato que lo hubiera hecho, o que piensa, que no me doy cuenta que desde que comencé a trabajar no me ha provocado insistentemente. No señorita, conmigo no se juega, yo no soy chanco de su chiquero. Así que apártese de mí porque la siguiente vez que me provoque voy a contarle a su padre. ¿Está claro? ¡Ahora súbase al auto! ¡Adónde quiere que le lleve! —Leticia asustada de la brutalidad de Gaspar y que le haya propinado semejante bofetada, aún se animó a desafiarlo:

—Bueno, jamás vas a tener otra oportunidad de hacer el amor con una mujer como yo. Y ya que no querés hacerme el amor llévame a un sanatorio; voy a deshacerme de esto que llevo dentro.

—A mí no me importa lo que usted vaya a hacer en el sanatorio. Ese es su problema. Yo soy su chofer. Me dice donde debo llevarla y nada más.

* * *

Marcos quedó agobiado y Soledad se acercó a consolarlo.

Se sentó a su lado, lo recostó por el pecho, le acarició el pelo y le habló dulcemente.

—Tranquilizáte, Marcos. Ella está pasando por una crisis, creo que es normal en los primeros tres meses de embarazo. Ya le va a pasar. Ésta es la primera vez que la veo así después de casada; pero no hay que asustarse. Enseguida le va a pasar y va a actuar como si no hubiera sucedido nada.

—¡Qué diferentes son ustedes! —afirmó Marcos, levantando la cabeza y mirándola tiernamente.

—Te parece nomás.

—Claro que son como el día y la noche. Cómo puede ser así.

—Tal vez porque ella siempre haya sido la consentida de papá o porque sufre del síndrome del primer hijo. ¿Sabés de qué se trata eso?

—No.

—Bueno, es producto de la malacrianza de los padres. Se le da todos los gustos al primer hijo o hija y se le anula al siguiente. Eso nada más.

—Eso es lo que sucedió con ustedes. Claro —por primera vez Marcos y Soledad quedaron hablando por horas, esperando el regreso de Leticia.

Mientras ellos hablaban, Leticia le explicaba a su ginecólogo el malestar que la envuelve. El doctor trató calmarla y de hacerla entrar en razón. Le explicó que ella estaba sintiendo los síntomas propios del embarazo.

—Hasta el rechazo hacia su esposo es normal, pronto va a pasar. Tranquilícese y vaya a buscarlo; converse con él, cuéntele lo que siente. Él le va a ayudar a llevar a feliz término el embarazo.

Sin embargo, cualquier intento de Leticia de recuperar el interés de Marcos fue en vano. Él estaba muy lastimado. Apenas regresó don José presentó su renuncia al cargo, expresándole a la vez el deseo de separarse de su hija.

A pesar de las palabras halagadoras de don José hacia su persona, Marcos no se dejó convencer y finalmente volvió a su pequeño departamento y comenzó la búsqueda de un nuevo empleo.

Capítulo catorce

La tierra prometida

Amalia estuvo inactiva durante seis meses, tiempo que tardó para recuperarse totalmente. Intentó volver a su antiguo empleo, pero fue imposible, pues una compatriota suya ocupó su lugar. El padre Antonio la ayudó a conseguir un nuevo empleo, pero, para su desconsuelo, cayó en la casa de una familia miserable: medía cada alimento que iba a consumir, incluso la cantidad de agua era medida. Cuando faltaban unos días para que se completara el primer mes de trabajo apareció Gerardo.

Con profunda preocupación Amalia se acercó a hablar con él, esperando algún tipo de reclamo. Para su sorpresa, Gerardo sonriente le preguntó si podía concederle unos minutos de su tiempo. Ella, con temor al reproche de su patrona, accedió.

Sin salir de su asombro, Amalia escuchó con atención a Gerardo.

—El padre Antonio me dio su dirección y vengo pues quisiera hablar con usted. Antes que nada, le pido disculpa por los malos entendidos y le ruego que vuelva a la casa, pues papá está con un cuadro depresivo y necesita una persona que lo cuide, con mucha paciencia, a tiempo completo. No es para sirvienta. Como sabrás, hay dos personas que trabajan en la casa, más el chofer. Solo para dama de compañía.

—Señor, disculpe, no sé qué responder.

—No puede responder no, pues le pagaré mucho más de lo que usted gana acá.

—Si es así, no podría decirle que no. Pero quiero que se quede tranquilo con respecto a su padre y su deseo de casarse conmigo. Yo en ningún momento tomé eso en serio y quiero que sepa que yo no vine acá a buscar marido. El marido que tuve es irremplazable. Nadie jamás podrá ocupar su lugar, así que quédese tranquilo.

—Los malos entendidos fueron aclarados, doña Amalia. Discúlpeme por haberla juzgado mal.

Don Fermín se sintió reconfortado con el regreso de Amalia. Él solo tenía dos hijos varones y desde que murió su esposa, la primera mujer con quien hablaba, con franqueza y por largas horas, era Amalia. Las otras empleadas no tenían la gracia y el encanto que ella poseía. Aparte de ser encantadora, tenía una forma peculiar de relatar cualquier historia o suceso y su compañía lo llenaba de alegría.

—Dime, *illo*, que has hecho durante todo este tiempo —preguntó don Fermín el primer día que volvió Amalia.

—¡Ay!, don Fermín, ¡me han sucedido tantas cosas! Yo en vez de Amalia, me hubiera llamado Tragedia, ja, ja.

—¡Por qué lo dices, *illo*!

—¡Porque me sucedieron tantas cosas! Me accidenté, estuve inhabilitada de trabajar, no podía enviar más dinero a mi mamá, pero bueno, ahora gracias a Dios ya está todo bien y con el nuevo sueldo que usted me va a pagar, rápidamente voy a cancelar todas mis cuentas. ¡Muchas gracias!, don Fermín, por permitir que trabaje nuevamente con usted y por el sueldo. No se

imagina usted cuánto significa para mí.

El sueldo acordado era de mil quinientos euros, pero no tendría un día libre, solamente horas, cuando le visitaran los hijos y nietos al anciano.

Pero ella no necesitaba días de descanso, pues todos sus días en Gaucín eran de descanso. Esa paz y tranquilidad del lugar le aliviaba el alma, más aún cuando la comparaba al campo de su infancia donde disfrutaba de las pequeñas cosas, de cualquier flor silvestre o de algún animalito herido. ¡Cuánto amaba su vida de campo!, pero a pesar de ello, ¡cuánto anhelaba vivir en una gran ciudad!

A pesar de que Gaucín no era la gran ciudad de sus sueños, la vida en ella era hermosa.

Las pocas horas de que dispondría Amalia, aprovecharía para perderse en las callejas de la apacible y silenciosa ciudad. Sentarse en la plaza o subir hasta el Castillo del Águila a observar el bello paisaje.

—No tienes que agradecerme, *illo*. Tú te lo mereces. Y dime, qué noticias nuevas tienes para contarme de tu país. Tú que siempre estás tan bien informada.

—Y no hay nada nuevo que sea bueno, don Fermín. Mamá me dice que nuestro nuevo presidente no sabe qué hacer. Todo el tiempo se pasa viajando, y lo más grave de todo esto, ¿usted es católico, de verdad don Fermín?

—¡Cómo puedes dudar de ello, *illo*!

—Le pregunto nomás para asegurarme, porque nunca rezamos el rosario, tampoco vamos a la misa, aunque leo siempre la Biblia. ¡Es tan linda la iglesia de San Sebastián!

—Es verdad cuanto dices. Deberíamos participar los domingos de la misa, pero tú no conduces. Comenzaremos por allí. Tenemos ese coche inmóvil todo el tiempo, pues el chofer ha renunciado y aún Gerardo no ha conseguido un reemplazante. Hablaré con Gerardo para que te inscribas en una escuela de conducción. Así iríamos no solo a misa, sino daríamos alguna vuelta por ahí también.

—Qué bueno sería eso, don Fermín, pero yo soy todavía ilegal. Aún no tengo mi documento español.

—Deja a mi cargo todo. Hablaré con Gerardo y lo resolveremos pronto.

—Muchísimas gracias, don Fermín. Que Dios se lo pague.

—Ya tengo todo cobrado. Esta larga vida que me ha concedido es lo mejor para cualquier ser humano. Y aunque haya perdido la vista, tengo sano lo más valioso para un ser humano, sin el cual ya no valdría la pena seguir viviendo.

—Qué es eso que tiene, don Fermín...

—Salud mental y buenos recuerdos, *illo*.

—Es cierto don Fermín. Si uno es sano de la cabeza, todo está bien. Y si uno está mal de la cabeza, no vale la pena seguir viviendo.

—Bien, cuéntame noticias nuevas de tu país.

—Bueno, don Fermín, ahora que sé que es verdaderamente católico, le voy a contar algo que me avergüenza mucho.

—¿De qué se trata? —preguntó con curiosidad don Fermín.

—Ay, don Fermín, mamá me contó que nuestro presidente actual, ¿se acuerda que le conté que es cura?

—Sí, lo recuerdo.

—Había sido que es luego un sinvergüenza; hasta hijos tiene. Mamá me contó que una mujer le denunció por paternidad y luego retiró la denuncia, pero luego él reconoció que es su hijo. Y eso

no es todo, dice que apareció otra mujer diciendo que también tuvo un hijo de él y hay rumores de que hay más. Imagínese don Fermín lo que eso significa para nosotros, los católicos.

—Pero acaso él no renunció a la sotana para asumir como presidente.

—¡Sí señor!, ¡pero el hijo es de cuando era todavía cura! Y no era luego solamente cura, ¡sino, obispo!

—Comprendo.

—Es una vergüenza lo que está sucediendo en mi país y no hay ni esperanza de que podamos volver allá y tener un trabajo. Dice que la gente está desesperada porque no hay trabajo, los comercios no venden más, y el contrabando está en sus mejores días. ¡Uf!, don Fermín, usted no se imagina lo difícil que me resulta no poder ver a mis niños. Y no se por cuánto tiempo más. Además, mamá me contó que cada día es más difícil vivir en Paraguay porque los pobres corren el peligro de verse asaltados o acuchillados, e incluso perder la vida en cualquier rincón, mientras los ricos son secuestrados. Mamá me comentó que es desesperante ahora vivir en Paraguay. Hay un caos total... ¡Ay! Don Fermín, yo me preocupo tanto por mis niños, que tienen que viajar en colectivo para irse al colegio, los que son más grandes, porque no hay colegio cerca de mi casa.

Don Fermín la escuchaba silenciosamente, aunque no tenía palabras para consolarla, ya tenía resuelto su problema, pero se guardó muy bien para no descubrirlo.

Amalia trabajó durante ocho meses en la casa de don Fermín hasta que él falleció y ella tuvo que buscar nuevo empleo. No quería abandonar Gaucín, gracias a Dios consiguió empleo en una casa hermosa, desde donde se divisaba el castillo del Santo Niño.

Dos meses después de haber muerto don Fermín, Amalia y el padre Antonio fueron convocados por Gerardo para escuchar la lectura del testamento. Para sorpresa de todos, don Fermín había nombrado también a Amalia como su heredera, hecho que despertó la indignación de sus hijos.

Entre los bienes figuraba el castillo donde habitaba, dinero en bancos y acciones de un supermercado del cual también era accionista su hijo Omar.

Amalia se asombró cuando escuchó mencionar “el castillo”, sin haber sabido que ella no estaba trabajando en una casa común.

De la noche a la mañana Amalia se convirtió en poseedora de una gran fortuna, pero no podía usufructuar porque tenía una serie de exigencias y, además, la tenaz oposición de los hijos de don Fermín.

Don Fermín Pérez Campillo, poseedor de una cuantiosa fortuna haciendo una obra de caridad, dispuso que al morirse parte de sus bienes quedara en manos de la persona que le iluminó en sus últimos días, con historias de un país desconocido. Su única exigencia era que ella habitara el castillo con sus hijos y madre y que llenara las paredes con fotografías del bello Paraguay. Pero no podía volver a su país a vivir, solo de visita, si lo hiciera perdería todo lo heredado, pasando todos los bienes a favor del albergue del padre Antonio.

Cuando Amalia y el padre Antonio escucharon la lectura del testamento no comprenden a cabalidad su significado. Ella la única frase que entendió es no volver a su país, ¡eso sería una locura!

El sacerdote le propuso pedir ayuda a un conocido abogado que se encargaba de asistir a los inmigrantes. Al cabo de una semana Amalia fue convocada por el padre para entrevistarse con el abogado y cuán grande fue su sorpresa cuando encontró al señor alto que la había salvado de ser deportada.

—Él es el abogado Juan Ramón Caseras —le presentó el padre Antonio.

—Mucho gusto —saludó el abogado.

—Encantada —respondió Amalia—. Yo a usted lo conozco, —afirmó sin titubear.

—Tal vez. Ya he trabajado para muchas paraguayas —respondió con aire de superioridad.

—¡Usted me salvó de ser deportada! —insistió Amalia

—Tal vez, como le dije, trabajé con muchos inmigrantes —habló con el mismo acento de indiferencia—. Bien padre, cuál es el tema en cuestión.

—Como te mencioné, a esta buena mujer la dejaron una herencia y no puede recibirla pues los hijos del difunto se resisten. Quisiéramos que tú leyeras el testamento y verifiques cómo están las cosas.

—Con mucho gusto padre. Dígame quién tiene el testamento y me comunicaré con dicha persona. Buscaremos la forma de resolver el problema.

—Te daré el número de Omar, uno de los hijos del finado y el más interesado en no dar nada.

—Aunque los hijos no quieran compartir la herencia, es una obligación ceder ante el deseo del difunto. No pueden modificar el testamento.

—Bien, hijo, debo advertirte que te enfrentarás a un adversario fuerte. Espero que no te amilanes y salgas airoso de la cuestión, pues esta hija mía necesita mucho. Que Dios Misericordioso te brinde su protección.

—No se preocupe, padre. Todo saldrá bien.

El abogado Caseras se comunicó con Omar y concretaron una cita en el transcurso de la semana. Una vez reunidos, juntamente con su abogado, leyeron el testamento y todo estaba bien claro: Amalia era la heredera mayoritaria de don Fermín. Sin embargo, los hijos alegaron que él redactó su testamento presionado por ella y con ese argumento comenzaron un juicio que duró casi un año. Durante ese tiempo el abogado reunió las pruebas demostrando que Amalia no trabajaba en la casa en el momento de la redacción del documento.

Una vez concluido el juicio, Amalia recibió la herencia y comenzó una nueva vida. Ella no podía comprender lo que le estaba sucediendo. Tantos pesares, incertidumbres, injusticias y ahora el regalo de Dios. Sí, tantos bienes recibidos de una sola vez, solo podrían ser enviados por Dios. No tenía otra explicación. Se acordó de Job. Siempre le gustó la historia de Job. Las veces que leía la Biblia, comienza leyendo este versículo. Llamó a su mamá y le contó los regalos que recibió de una persona extraña.

—Mamá, solo le cuidé al señor Fermín y mira lo que ha hecho por nosotros: ¡somos millonarios! No te imaginas la cantidad de dinero que me dejó y no tengo que trabajar más porque el dinero va a ser el que trabaja, así como vivía él. Imagínate, mamá, ¡viviendo sin trabajar y como ricos! ¡Y en un castillo! ¡Es increíble lo que me está sucediendo! El único problema es que ya no puedo ir a vivir en Paraguay. Ustedes tendrán que venir a vivir conmigo.

—Pero mi hija, ¡eso es imposible! Como *piko* voy a dejar a tu anciano padre, ¡dónde!

—Mamá, a papá lo llevaremos de vuelta al hogar de ña Concepción. Él vivirá bien allí, es más, mucho tiempo ya vivió allí. Ahora ya tenemos para pagar.

—Amalia, él está muy encariñado con los niños. Cómo, con qué corazón vamos a separarles.

—Mamá, ¿no serás tú la que no quieres separarte de él?

—¡Ay, mi hija!, ¡cómo se te ocurre decir semejante disparate!

—¡Te digo nomás, ja, ja, ja!

—No querer desprenderme de semejante lastre... —habló enojada doña Gertrudis.

—Mamá, te estoy jodiendo nada más. Lo que te pido es que realices las gestiones para conseguir los documentos rápidamente y cuando terminan las clases, inmediatamente, retiras los certificados de estudio del Ministerio de Educación. Muy pronto te enviaré las autorizaciones

correspondientes y los requisitos para viajar. Cuando reúnas todos los documentos, me avisas e iré a buscarlos. No pienso dejar los bienes que me regaló don Fermín.

—Ay, mi hija, cómo *piko* yo me voy a mudar con ustedes, con la edad que tengo no podría vivir lejos de mi país.

—Mamá, no seas ridícula. Tú aún no tienes sesenta años y ya te consideras anciana. Quisiera mostrarte cómo viven acá las personas de tu edad. Yo soy una chiquilina acá; con eso ya te digo todo. Además, no es necesario que te quedes definitivamente conmigo, tenemos todo el dinero para ir y volver cuando quisiéramos. ¡Ay, mamá, hay tantas cosas bellas en España! No te imaginas lo hermoso que es todo. Cuando llegué recién lloraba y lo único que quería es que mis hijos y tú estén conmigo para disfrutar del mar, de las montañas, y de todas las cosas bellas que nosotros allá no nos imaginamos que pudieran existir.

Doña Gertrudis comprendió que su hija no podría usufructuar de los bienes heredados si no vivía en España y rápidamente comenzó los preparativos para el viaje. Había mucho por hacer. Gestionar los documentos de los niños y los suyos.

Por su parte, Amalia una vez posicionada sobre los bienes heredados comenzó a reorganizar su vida. Esperaba ansiosa el día que terminen las clases para ir a traer a sus hijos. En el testamento estaba claramente establecido que no podría quedarse más de un mes en el Paraguay.

Amalia nunca soñó siquiera que podía vivir así. Era imposible ir al supermercado y no rebuscar entre los productos de menores precios, como lo hacía habitualmente. Nunca se había fijado en la calidad de los productos que iba a comprar, sino en el precio y la mayoría de las veces dejaba su carrito de supermercado cargado porque el dinero disponible en su cartera no alcanzaba. Era imposible cambiar de hábito y Azucena llamó su atención cuando fue a visitarla y fueron juntas al supermercado.

—No puedo creer que todo esto sea tuyo y tú aún te estás fijando en los precios de las cosas que vas a comprar. Si yo fuera tú, ¡elegiría los mejores productos sin importar los precios!

—No es así. Solo una parte del supermercado me pertenece y no puedo sacarme la costumbre de mirar solo los precios, es más, cuando llego a la caja con el carro lleno y la cajera comienza a sumar, siento mucho temor de que no me alcance el dinero y tenga que dejar la mitad de los productos, como me sucedía casi siempre en Paraguay.

—Amiga, esos temores van a ir desapareciendo con el transcurrir del tiempo y en la medida que tú te acostumbres a disponer del dinero a discreción. No antes. Pero debes mentalizarte con ello. A mí me ha sucedido lo mismo. Me llevó un buen tiempo familiarizarme con el dinero, ahora puedo gastar lo que quiero y aún me sobra mucho para enviar a mamá.

—Pero no debes gastar solo por el placer de hacerlo, debes medirte.

—¡Claro, claro! Yo te estoy diciendo que puedes comprar todo lo que necesitas, y pagar sin que tengas la conciencia pesada, diciendo por qué compré esto en vez de comprar otra cosa. Pero vale ¡nada de derroches! Los millonarios lo son porque no son derrochones, ja, ja, ja.

—Bueno Azucena, esta riqueza me llegó del cielo y quiero aprovecharla moderadamente. Primero está la educación de mis niños, aún no estoy averiguando sobre el tema, si cuánto me va a costar, si es gratis, no sé, pero tengo cinco hijos que tienen que estudiar; por otro lado, está mi padre, debo asistirlo, pagar por él hasta que llegue su último día. Y mamá... ella no me preocupa, porque estoy segura que viene acá y se va a poner a trabajar, jamás va a ser una carga para mí, y, por otro lado, están ustedes, mis compatriotas, a quienes debo ofrecer alguna asistencia. No podría yo recibir tanto y no dar nada a cambio. Pienso ayudar al padre Antonio dando hospedaje a los paraguayos que llegan, pero eso voy a hacer más adelante, primero debo organizarme bien. Y

lo más cercano a mí y lo más urgente, eres tú.

—¿Yo? ¿Por qué yo?

—Porque tú necesitas salir de la situación en la que te encuentras.

—No, yo estoy bien. No necesito asistencia; es más, lo que hago se convirtió para mí en un negocio rentable porque le estoy ayudando a las jóvenes que llegan de Paraguay y no saben qué hacer. Yo ya no hago lo que hacía antes.

—¿Qué! ¿Desde cuándo!

En realidad, Amalia la única vez que vio a Azucena fue cuando llegó. A partir de ese momento hablaban por teléfono, pero era ella más bien la que hablaba contándole toda su vida.

—Unos meses después de que tú llegaste Armando fue demorado por la policía y fue deportado. A partir de ese momento quedé liberada y como conocía el negocio comencé a contactar a las mujeres que llegaban y estaban desesperadas sin saber qué hacer.

—¿Cómo vas a hacer eso! Acaso tú no fuiste víctima de un papi chulo y tú estás haciendo lo mismo. ¿Te has convertido en una madama!

—¿Pero no me tomes a mal! Yo no le hago firmar ningún contrato, solo les contacto con las casas y me pagan comisiones ¡Y qué comisión! A las jóvenes y lindas las llevo a un lugar y a las más viejas, a otro.

—¿Por Dios! ¿Cómo puedes hacer eso! ¡Es feísimo!

—¿Ay, Amalia! Tú eres una ingenua o no conoces el mundo. Las mujeres que se acercan a mí y buscan este tipo de trabajo, no son las mujeres decentes que vienen, sino las reprimidas, algunas son esposas y otras solteras con novio o no, eso ya no interesa. Son mujeres en cuya naturaleza está la aventura. Las mujeres decentes vienen y trabajan incansablemente, se encierran en las casas y tienen hasta dos o más lugares de trabajo. Sinceramente hablando, yo me metí en esto porque no quería ser sirvienta, y para qué vine entonces sabiendo bien cuál era el trabajo que me esperaba. Te estoy hablando con propiedad, amiga; como conocedora del mundo. Las que son sinvergüenzas aquí, también fueron en Paraguay. Las haraganas son iguales en cualquier parte del mundo, y las prostitutas también. Yo aprendí bastante en estos seis años que llevo viviendo aquí. ¡Conocí a tanta gente!, algunas, buenas y muchas, malas; morales y amorales. Sobreviví en las penurias y llegué donde estoy gracias a mi sacrificio. Y no quiero dejar esto que estoy haciendo porque me gusta. Dime, qué podría hacer una mujer que no terminó la secundaria para hacerse de plata. Yo llegué a facturar, con mi trabajo, ocho mil euros al mes, y eso es poco. Ya hubiera tenido mucho dinero ahorrado si no hubiera sido por el imbécil de Armando, pero bueno, hay que reconocer que él me ayudó a salir adelante y vamos a decir que le he pagado todo por ello y con creces. Así que Amalia, lo que menos debes hacer es preocuparte por mí. Me estoy manejando súper bien, de veras, tengo un hermoso piso, el doble del que tenía y tengo mi propio carro, ya conseguí mi documento, no tengo miedo a movilizarme porque nadie sabe lo que hago. Madrid es muy grande. Ahora, si tú no deseas que yo venga a visitarte, no volveré a venir.

—No, Azucena, ¡cómo vas a creer eso! Yo no te voy a impedir que vengas, puedes venir cuando quieras, es más, si alguna vez recapacitas y quieres dejar de hacer lo que estás haciendo, ten en mí a una madre, puedes venir a refugiarte acá.

—Gracias Amalia, eres muy noble. Estoy segura que por ello recibiste este regalo —aseveró Azucena, señalando por la casa donde acababan de entrar.

Amalia era una mujer muy sensata e incapaz de juzgar a nadie. Siempre consideró que cada persona elige qué quiere ser: buena o mala y eso es independiente a la actividad que realice.

Una vez desterrada la preocupación de Amalia por Azucena, que le aquejaba desde que llegó,

se concentró en su nueva vida y reconociendo sus limitaciones, en cuanto a manejo de dinero, quiso apoyarse en el padre Antonio. Sin embargo, el sacerdote consideró fuera de su competencia todo lo relacionado con el dinero.

—Hija, yo he cumplido mi misión contigo y no puedo ayudarte en tus finanzas, debes buscar una persona de confianza que te ayude.

—Y dónde padre, si yo no le conozco a nadie. Quién puede ayudarme si no lo hace usted.

—Yo seguiré ayudándote, hija, pero no en la finanza, esa es un área muy delicada.

—Entonces, recomiéndame a alguien, padre.

—Y, ¿no te inspira confianza el abogado Caseras? Él es una persona honorable y siempre está presente cuando se lo necesita. Yo puedo dar testimonio de ello.

—Si usted dice.

—Sí, te doy mi palabra.

—Entonces podría usted llamarle para que venga. Y, ¿qué le voy a decir?

—Y dile lo que me estás diciendo. Que tienes limitaciones para manejar las finanzas y que te asesore él.

A partir de ese momento Amalia depositó toda su confianza en el abogado Caseras.

La casa era muy grande, tenía espacio suficiente para albergar a veinte personas o más. Decidió darle una mano al padre Antonio albergando a los paraguayos mucho antes de lo previsto, pues le desesperaba la larga espera hasta la fecha para volver a Paraguay. Rápidamente se hizo de fama y todos los paraguayos que llegaban recién la buscaban y también los españoles que necesitaban empleados.

Amalia llevaba una vida holgada y preocupada por sus compatriotas que dejaban su país. Sus días transcurrían entre visita al supermercado (que era sugerencia del abogado) y atención a sus compatriotas, esperando emocionada el día para regresar a Paraguay. A menudo era reclamada por algún compatriota que era detenido en el aeropuerto de Barajas y se dirigía hasta allá a buscar la forma de resolver el problema, siempre acompañada del abogado Caseras.

Cierto día cuando volvía de la ciudad de Málaga, al pasar por Algeciras, fue detenida por un policía nacional. Lo primero que pensó fue: *Yo no hice nada*.

—Buenas tardes, señora —saludó el agente de policía.

—Buenas tardes —saludó ella con cierto temor. Era la primera vez en su vida que la detenía un policía.

—Usted es la señora Amalia Campos, paraguaya.

—Sí, señor. ¿Hay algún problema?

—No, señora. Discúlpeme por demorarla, pero es que he visto la matrícula de su carro de paso y la detuve pues necesitamos de usted.

—¿Cómo van a necesitar de mí!

—Es que es usted la única paraguaya confiable que tenemos por acá y quisiéramos que nos ayude. Por favor, le aguardamos cuando pueda acercarse al local de la policía nacional.

—Puede indicarme de qué se trata.

—Es para una investigación que estamos realizando. Disculpe la demora y que tenga una buena jornada —se despidió el policía alejándose del carro.

Con la incertidumbre encima, Amalia llegó a su casa y esa noche apenas pudo conciliar el sueño. Por la mañana temprano, sin probar bocado alguno, fue a la comisaría de Algeciras, a fin de interiorizarse sobre el tema en cuestión. El secretario la hizo pasar a un pequeño despacho. El jefe se levantó al verla y la saludó con cortesía.

—Yo soy la señora Amalia Campos, paraguaya, vivo en Gaucín...—se identificó Amalia temblando y procurando controlarse. Poco antes de desfallecer interrumpió el jefe y le ofreció una silla.

—¡Doña Amalia! Es un placer conocerla. Disculpe por haberla hecho venir. Yo sé que es difícil para cualquier persona llegar a la comisaría, pero nosotros la citamos pues necesitamos de usted.

—¿Qué es lo que necesitan? —musitó Amalia, recuperando su aplomo.

—Vea pues, que estamos detrás de una investigación sobre trata de blanca y hay una paraguaya involucrada. Estamos haciendo el seguimiento y nos sentimos imposibilitados de seguir con las investigaciones para atraparla, pues todas las comunicaciones la realizan en guaraní y no hay ninguna persona de confianza que pueda servirnos de traductora. Recurrimos a usted para ver si podría ayudarnos.

—¿Cómo puedo ayudarles? —preguntó Amalia más preocupada aún creyendo que sería Azucena la mujer en cuestión.

—Tenemos grabaciones de conversaciones. Cuando usted disponga de tiempo me gustaría que la escuche.

—Esta mañana tengo tiempo, por eso vine...—susurró Amalia, con una taquicardia.

—Vamos a otra oficina, pues —sugirió el jefe levantándose, y a continuación —me acompaña, por favor.

—Sí, señor.

Ingresaron a una pequeña oficina, parecida a un locutorio, y Amalia se sentó a esperar mientras tres agentes preparaban las grabaciones. No habían transcurrido ni cinco minutos desde el momento que ingresó a la oficina, pero a ella le pareció horas, durante las cuales su mente estaba invadida por pensamientos tenebrosos. Se imaginaba delatando a Azucena, ocasionando su detención, torturas y todas las atrocidades que sufrían los detenidos, que se dedican a ese tipo de actividad, en cualquier parte del mundo. *Evidentemente ellos me conocen bien y saben perfectamente con quién hablo y todo lo que hago... La Virgencita de Caacupé, por favor ayúdame a no condenar a mi compatriota, sea lo que sea lo que haga. Que no sea yo su verdugo. Sácame este peso de encima. Te prometo La Virgencita que voy a traer una imagen tuya y venerarte todos los años que me quedan de vida...* La interrumpe la voz del agente.

—Dígame cómo le parece el volumen.

—Está bien.

—Oiga con atención y traduzca todo cuanto escucha. Yo detendré la grabación en el momento que lo indique para no pasar por alto ninguna frase.

—Está bien señor.

Cuando Amalia escuchó las primeras palabras comprendió que no se trataba de Azucena. Y fue como si del infierno hubiera pasado directamente al cielo, sin pasar por el purgatorio. Jamás pensó en volver a pasar semejante momento de pánico; era el mismo sentimiento que tuvo cuando fue acosada por su jefe. Pero esta vez le pareció más largo el tormento.

La conversación que escuchó resultó ser intrascendente, aun así, la tradujo totalmente, incluyendo las groserías que resultaron ser más que cualquier información.

A partir de ese momento ella se convirtió en traductora oficial del cuerpo de policía nacional de Algeciras. Afortunadamente, nunca perjudicó a ningún compatriota.

Capítulo quince

Vieja andanza

Doña Gertrudis casi no dormía de la emoción desde el día en que Amalia le contó su buenaventura. Sin pérdida de tiempo realizó las largas gestiones para emigrar. Comenzó a recabar y legalizar los documentos, conforme a la lista y la autorización que le había enviado Amalia. Fue al Registro Civil, al Poder Judicial, Identificaciones, Relaciones Exteriores y finalmente la entrevista en la embajada española, previa cita obtenida vía telefónica.

Con cierto malestar compró una tarjeta pues le pareció exagerado pagar más de cincuenta mil guaraníes para hablar por teléfono. Luego de raspar la tarjeta, con las manos temblorosas, emergieron uno a uno una serie de números ocultos. Siempre con la incertidumbre de si estaba siguiendo correctamente los pasos indicados al dorso del cartón, le dictó a la telefonista del *call center* los números que aparecieron. Todo el nerviosismo era solo para obtener la cita; la telefonista le concedió el día y la hora de la entrevista.

El día de la cita se llevó una gran desilusión. Al ingresar al local de la embajada encontró una oficina extremadamente pequeña donde estaban apiñadas muchas personas, todas nerviosas y transpiradas, pues no había donde sentarse y ni siquiera un ventilador para atenuar el sofocante calor. Para su desconsuelo, su hora de entrevista era a las diez de la mañana y ella, para no perder su turno, estuvo una hora antes, pero lamentablemente le atendieron recién a las doce del día. Nadie podía quejarse, porque todos los presentes estaban deseosos de viajar o gestionar el documento de algún familiar que vive en España.

—Si los españoles nos maltratan de esta manera en nuestro propio país, me imagino cómo están maltratando a nuestra gente en su país. Cómo no van a respetar el horario de atención. A mí me citaron a las diez y fijese la hora que es. Encima que nos hacen comprar esa tarjeta tan cara para una llamada telefónica. ¡Yo *ko* ni para hablar con mi hija pago tanto! ¡Es una vergüenza! —se quejó doña Gertrudis a la señora que estaba parada a su lado.

—Así es señora, pero esta es la vida de los pobres —habló resignada la señora.

A doña Gertrudis le llevó unos seis meses de trámites reunir todos los documentos, incluyendo los certificados de estudios de los niños visados por el Ministerio de Educación. Tenía todo previsto, menos el traslado de don Maximiliano, prefirió esperar a su hija para que ella se encargue de la desagradable misión, aunque ya había conversado con doña Concepción, pero aún faltaba el acuerdo en lo referente al pago.

Cierto día, atareada como estaba, no se percató de que alguien estaba palmoteando en el portón. José María, que en ese momento estaba mirando la televisión, salió a mirar y fue corriendo junto a su abuela, exclamando:

—¡Abuela! Un auto demasiado lindo está delante de la casa y una señora está golpeando la mano.

—¡*E'a, che Dio!* Quién *piko* puede ser. Entra adentro que yo voy a ir a ver qué quiere.

—Buenas tardes, señora, ¿qué desea? —preguntó doña Gertrudis, al acercarse al portón.

—Buenas tardes señora. Yo hablé con usted por teléfono el día pasado, sobre don Maximiliano —se presentó Leticia.

—¡Ah! Ya, pase usted. Adelante.

Caminaron en silencio entre las margaritas hasta llegar a la casa.

—Voy a sacar una silla. Aquí es más fresco —anunció doña Gertrudis entrando a la habitación para regresar al momento con un par de sillas.

Leticia miró a su alrededor con cierta repulsión. Era la primera vez en su vida que llegaba a una casa tan precaria. Nunca ni siquiera había pasado por un barrio pobre, ni nunca ha tratado con los pobres. Observaba las paredes pintadas en blanco, pero desteñidas. Las puertas y ventanas estaban corroídas por el transcurso del tiempo. La silla que le pasó para sentarse, de cables, algunos sueltos, y patas torcidas, no parecía tan segura, a pesar de ello se animó a sentarse. Se presentó como la prometida de Maximiliano y expuso una historia que no resultaba creíble a doña Gertrudis que, a pesar de demostrar un aspecto humilde, era bastante entendida.

—Yo quiero hacerme responsable de los gastos del señor Herrero y para ello quisiera trasladarlo nuevamente al hogar. Doña Concepción me puso al tanto de los problemas que le acarrea y quiero sacarle la carga de encima...—habló con superioridad.

Doña Gertrudis la escuchaba atentamente, sin pronunciar palabras.

—...no tengo problema para pagar por él en el hogar y lo único que necesito es su aprobación y yo traigo una ambulancia y lo llevo.

—Pero yo a usted no la conozco y no puedo entregarle.

—Y por qué no me da el número de teléfono de Maximiliano y yo lo llamo —propuso Leticia sacando un celular de la cartera.

—Pero él está en los Estados Unidos, acaso usted no sabe. Yo no tengo su número, tal vez mi hija tenga. Le puedo dar el número de mi hija para hablar con ella. Al final ella es la responsable de su papá; es ella la que tiene que decidir; no yo ni su hermano.

Después de un momento de silencio, finalmente Leticia hizo la pregunta que estaba guardando muy íntimamente, cuya respuesta le producía terror, pues con todas las mentiras de Maximiliano estaba muy confundida.

—¿Usted es la mamá de Maximiliano, doña Gertrudis?

Doña Gertrudis comprendió el tono preocupante de la pregunta. Ella, a pesar de su aspecto de campesina inculta, no lo es, ha tenido una buena formación académica e interpreta cualquier cosa que se le diga o se le insinúa. En su niñez y adolescencia vivía en la ciudad de Encarnación, donde asistió a uno de los mejores colegios. A la edad de diecisiete años conoció a Maximiliano Herrero, un hombre interesante de edad madura que la sedujo y se convirtió en su novio, pero al poco tiempo la relación terminó. Ella quedó embarazada, pero era la época en que embarazarse sin estar casada era el mayor desprestigio para una familia acomodada, razón por la cual, al enterarse su padre de la situación, la expulsó de la casa. Sin contar con el apoyo de Maximiliano —que para entonces ya había desaparecido—, no tuvo otra alternativa que buscar refugio en la casa de sus abuelos que vivían en una estancia, en Canindeyú. Amalia nació allí y creció bajo el cuidado de los bisabuelos hasta los cinco años, tiempo en que su mamá se casó con un hombre de la zona. Como regalo de boda le fue obsequiada, por sus abuelos, unas cincuenta hectáreas de tierra, cubierta de bosques y arroyos de agua cristalina, más diez vaquillas y un novillo. El regalo de bodas les sirvió para establecerse y comenzar una vida sencilla. El marido de Gertrudis, peón de la estancia, no pudo ofrecer más que su trabajo a su esposa y terminaron viviendo y trabajando en dicha tierra, él, hasta su muerte y doña Gertrudis, hasta que Amalia fue a buscarla. Del

matrimonio nacieron dos hijos varones, Pedro y Luis. Doña Gertrudis nunca fue perdonada por sus padres, así que la relación con los mismos terminó para siempre.

—Mire, señorita, yo le voy a dar el número de teléfono de mi hija, hable con ella y si quiere alguna información sobre mi familia pregúntele a su prometido, porque él es el indicado para informarle —habló ásperamente doña Gertrudis.

Leticia se sintió tan ofendida por la forma que le habló la señora. Le pareció muy grosera.

—Okey señora. Tiene usted razón. Voy a hablar con mi prometido y si por casualidad él es su hijo tiene que ir preparándose para olvidarle —amenazó al levantarse de la silla.

Leticia salió como una flecha y doña Gertrudis quedó parada, viéndola partir y con una sonrisa murmuró: *Gracias a Dios no es mi hijo, pero esta mujer es perfecta para él.*

Después de varios días Leticia pudo comunicarse con Amalia. La encontró muy cálida, más aún cuando le contó que es “la prometida de su hermano”. Sin pensar dos veces ella le dictó el número de teléfono de Maximiliano.

Leticia halló a un Maximiliano jovial, encantado con su llamada. Lo primero que ella le preguntó fue si seguía soltero, a lo que él respondió que jamás iba a encontrar a una mujer como ella. Después de las disculpas correspondientes por la forma impulsiva de actuar señaló:

—Ahora te comprendo porque renegaste de tu familia. Yo también lo hubiera hecho si estuviera en tu situación.

—¿Qué familia? —preguntó curioso Maximiliano

—Tu papá es un viejo inválido y tu mamá una vieja campesina inculta y tu hermana, no sé, trabajando en cualquier cosa por España.

—Pero, ¿qué estás diciendo! —se asombró Maximiliano.

—¡Por favor, Max! Ya sé toda tu historia y si te estoy llamando es porque no me importa tu familia, solamente vos porque creo que somos iguales. Somos el uno para el otro. Pero por favor, dejemos las mentiras. Ya estoy cansada de ellas.

—Es que no hay mentiras, solo te oculté la información. Es cierto, mi padre es viejo, está enfermo y lo interné en un hogar de ancianos, donde era muy bien cuidado, pero eso yo no te lo conté porque me sentía avergonzado. Nunca tuve valor para enfrentarme a ese hecho.

—Te entiendo perfectamente, también lo de tu mamá. Yo también me avergonzaría de tener semejante madre y tu hermana. Me imagino cómo debe ser si está lavando baños por España.

—Mi media hermana.

—¿Tu media hermana? ¿Quiere decir que esa vieja campesina no es tu mamá?

—¡Qué! Te estás refiriendo a doña Gertrudis, ¿verdad?

—Sí

—¡No! Ella no es mi mamá. Es la mamá de mi hermana y ahora la que le está cuidando a papá porque no tenemos dinero para pagar en el hogar. Nada más. Mi madre hace tiempo que falleció.

—Menos mal que esa vieja desubicada no es tu mamá porque no me cayó nada bien, es muy altanera.

—¿Cuándo vos le viste?

—Hace una semana. No te imaginás todo lo que hice para conseguir tu número de teléfono. Y vos, ¿por qué nunca me llamaste?

—Para qué te iba a llamar si vos no quisiste escuchar mi descargo, además, me enteré que te casaste enseguida.

—Sí, es la peor equivocación que cometí. Pero ahora yo soy libre nuevamente, por eso te estoy llamando. Quiero verte y recuperar el tiempo perdido.

—Pero yo no puedo irme a Paraguay, estoy corto de fondo, además el tema de la visa.

—No te preocupes, me voy yo. ¿Podés irte hasta Miami a esperarme, o eso te va a resultar imposible?

—No, hasta allí puedo irme.

—Está bien entonces, yo te voy a avisar el día que me voy.

Y decíme, qué querés que haga con tu papá.

—A él no le hagas caso. Está muy bien donde está. Amalia me contó que está muy feliz con los nietos.

—Okey. Voy a renovar mi visa y te aviso para que me esperes.

—Okey. Nos vemos luego.

Capítulo dieciséis

El retorno

Tres años y once meses transcurrieron desde la partida de Amalia y once largos meses desde el día que su vida cambió para siempre. El viaje de regreso comenzó en el aeropuerto de Barajas, luego en Alemania, Buenos Aires y de allí un trasbordo en otro avión que la llevó finalmente a Asunción. Lamentablemente hubo una demora de ocho horas en el aeropuerto de Ezeiza, lo que retrasó su llegada. Su corazón latía aceleradamente al escuchar la voz de la azafata que por fin anunciaba la llegada al aeropuerto Silvio Pettrossi. Lo único que quería era ver los rostros felices de sus hijos y de su madre. Apenas aterrizó el avión ella se precipitó hacia la salida. Doña Gertrudis, los niños y algunos vecinos la esperaban emocionados desde tempranas horas. Los niños miraban impacientes la puerta de desembarque, hasta que finalmente se abrió. Entre risas, llantos y abrazos Amalia fue recibida por sus familiares y vecinos que habían arrendado un colectivo para recibirla. El que más lloraba era José María. Se prendió del cuello de su madre impidiendo que los otros la saludaran. Todos reclamaban cariño. La alegría que sentían todos los presentes era indescriptible.

Cuando Amalia llegó a la casa encontró a una treintena de vecinos que la estaban aguardando para darle la bienvenida con un pasacalle con la inscripción: “Bienvenida Amalia, te queremos mucho. Tus vecinos y amigos”. Ella lloraba por tanta demostración de afecto.

Y para su sorpresa encontró la muralla totalmente construida y la casa bien pintada. Admirada por ello le felicito a su mamá.

—Mamá, ¡felicitaciones! ¡Qué hermosa está la casa! ¡Por qué no me contaste que mandaste hacer toda la muralla!

—Te quería dar una sorpresa.

—¿Cuándo mandaste hacer?

—Cuando viajaste recién, del resto del dinero de la venta de mi propiedad construí toda la muralla y del dinero que me devolviste compré muebles para la cocina, vas a ver ahora. Ya te repuse tu horno eléctrico que vendiste para ir a buscarme y la pintura es reciente.

—¡Ay mamá!, por qué gastaste toda tu plata.

—Pero Amalia, la seguridad que tenemos es impagable, nadie puede trepar esta muralla de casi dos metros y dormimos tranquilos y la cocina que tenemos... —le interrumpe Amalia con abrazos y besos:

—¡Gracias, mamá, por tanto! ¡Ahora te voy a devolver toda tu plata!

—A mí ya no me hace falta.

Amalia trajo cinco maletas llenas de obsequios para los vecinos, aclarando a su madre e hijos que no hay nada para ellos, pues no valdría la pena traerlos y llevarlos de vuelta enseguida. Solo les trajo chocolates y otras golosinas. Entregó las maletas a su madre e hijos para que las descarguen y entreguen cada presente a quien corresponda —pues todos tenían nombres—, mientras ella conversaba con todos.

El bullicio creado por los familiares y amigos era indescriptible.

El momento que deseaba evitar Amalia era el encuentro con Abel. No quería mentir, pero tampoco estaba dispuesta a contar la verdad. *Ya Dios me va a iluminar para decir lo que corresponde*, pensó al verlo venir acompañado de sus hijos.

—¡Hola Amalia! —los abrazos y besos no se hicieron esperar.

—¡Hola Abel! ¡No me digas que estos son Matías y Rubén! ¡Están enormes! Qué lo que andan comiendo ustedes para que crezcan tanto.

—¿Viste a mamá, tía? ¿Cómo está mamá? —preguntaron al unísono los niños.

—Sí, la he visto y está súper bien, esperen que les voy a entregar los regalos que les envió —mintió Amalia tomando de la maleta unos paquetes.

Entregó un par de championes, remeras de equipos de fútbol español a cada uno, más un sobre con dos mil euros a Abel.

—Es todo lo que pudo enviarles porque desde hace tiempo está sin empleo —siguió con la mentira Amalia.

—Vayan a casa a probarse —aconsejó Abel a sus hijos—. Esto yo no puedo aceptar de vos; los regalos sí, pero el dinero, no —murmuró él devolviendo el sobre a Amalia—. Yo sé que no nos envió Serafina. Ella ya se olvidó de nosotros. Te agradezco mucho por el gesto, pero el dinero no.

—Entonces ya sabes lo que sucede con tu esposa —reflexionó Amalia.

—¡Claro! El mundo es medio chico, Amalia. Todo se sabe. Tal vez vos no querés contarme, pero sabés bien que hay mucha gente de Capiatá esparcida por España y siempre hay alguien que dice la verdad, aunque duela. Te cuento que me dio mucha rabia al principio, pero luego me tranquilicé, y pienso que si allá está con otro hombre, capaz que acá también anduvo con otro y yo no sabía. Así es la vida.

—Yo sinceramente perdí contacto con Serafina. Cuando llegué ella me ayudó, pero enseguida me aparté de ella al enterarme de la vida que estaba llevando. No podía tolerar. Y te juro que no sabía cómo enfrentarme a ti, pues no quería mentirte, pero tampoco era capaz de decirte la verdad. Gracias a Dios, Él me sacó esta carga de encima, pues tú ya lo sabes todo.

—Sí, me contó Gabriela. Te acordás de ella, la sobrina de don Filemón.

—Sí, no me digas que ella se fue también. Ella es muy jovencita. Es de la edad de Margarita.

—Así es, pero le hicieron pasar igual. Y tuvo suerte. Encontró trabajo con una familia muy buena.

—Pero es extraño que no me haya llamado.

—No te llamó, seguramente, porque ella está en Santander. Con Serafina está en comunicación permanente porque ella es su madrina, además la señora con quien trabaja es la hija de los señores donde trabaja Serafina. Y se visitan una vez al mes, o sea, se van los padres y Serafina con ellos. De ahí que hablan y le contó que está muy enamorada y todos los detalles de su vida presente.

—Y vos cuando hablaste con Gabriela.

—Yo abrí una cabina y un *cyber* en casa.

—Sí, me había contado mamá.

—Y en mis horas libres me paso chateando con gente conocida que está en España. Vos sos la única que no chateas conmigo.

—Lo que pasa es que yo desde que me fui trabajé como burro, apenas tenía tiempo para comunicarme con mi gente. Y descansé por seis largos meses cuando me accidenté, pero en ese

momento no tenía dinero para chatear con nadie, ¿te enteraste de ello?

—Sí, doña Gertrudis nos contó. Hicimos una promesa a la Virgencita de Caacupé por tu pronta recuperación y en diciembre nos fuimos todos a pagar nuestra promesa.

—No me digas que hicieron eso por mí. ¡Muchas gracias Abel!

—Sí. Vos no te imaginás todo lo que pasamos los vecinos, si hasta la casa casi le sacaron a tu mamá. Tenía una demanda encima.

—¡Dios mío! ¡Mamá no me contó eso!

—Ella no te contó para no preocuparte. Gracias a Dios le sacó del apuro el gerente de la casa de cambios donde soles enviar el dinero.

—¡Dios mío! No puedo creerlo. ¿Sabés por qué iban a sacarle la casa?

—Preguntáale *na* bien a tu mamá. Ella te va a contar mejor que yo, pero me parece que hizo un préstamo muy grande para traer acá a tu papá y cuando vos te accidentaste y no le enviaste más el dinero, se complicaron las cosas.

—¡Ay, esa mamá! Le sugerí que lo lleve a un hogar de ancianos del estado y no me hizo caso. Ahora el viejo está durmiendo, me fui para saludarlo y no sintió mi presencia.

—Así es amiga. Cuando nos enteramos de la herencia nos pusimos muy felices.

—¡Les contó mamá!

—Sí. Cómo *piko* vamos a enterarnos de la noticia fea nomás. Y estamos muy orgullosos de vos, lo único que nos entristece es que nos van a dejar.

—Tienen que estar felices porque ahora tienen una casa allá. ¡No te imaginas lo hermosa que es! Te voy a mostrar luego las fotos que tengo. Es una casa de acogida para todos los paraguayos que llegan, sin distinción. Cuando tú quieras irte, te esperaré.

—¡Gracias Amalia! Pero por ahora me están yendo tan bien las cosas que no pienso en ello.

—¡Me alegro por ti!

Cuando la abuela y los nietos terminaron de entregar los obsequios se acercaron a Amalia. Entre mimos continuó la tarde.

—Bueno, yo me retiro. Voy a venir esta noche para tomar una cerveza bien helada —prometió Abel y dirigiéndose a doña Gertrudis—: Vamos a comer el asado, ña Gertrudis, tengo una linda costilla y vacío que compré esta mañana.

—Claro que sí, mi hijo —respondió con alegría doña Gertrudis.

—Rubencito va a venir a hacer el fuego a las siete, entonces.

—Bueno. ¿Qué más vamos a cocinar? —preguntó doña Gertrudis.

—No te preocupes por nada. Ya tenemos todo organizado —anunció ña Luisa que estaba también en la reunión—, tenemos mandioca, chorizos, morcilla, butifarra, chipa guazú y sopa paraguaya.

—¡Pero no me esperaba semejante bienvenida! —se quebró Amalia ante tantas emociones — muchas gracias a todos ustedes por haber ayudado a mi mamá en mi ausencia. Yo estaba segura que ella no estaba sola, que les tenía a todos ustedes para cualquier cosa. ¡Muchísimas gracias! ¡Que Dios se los pague!

—Bueno, vamos a ir para dar tiempo a Amalia a descansar —aconsejó ña Luisa y se retiraron todos.

A la noche volvieron los vecinos y amigos, deseosos de compartir con la viajera su historia. Amalia les mostró un montón de fotografías, explicando cada lugar y cada detalle. Y ante la pregunta de qué es esto, ella respondía emocionada.

—Mamá, cómo es nuestra casa, la ciudad donde vamos a vivir y la gente —preguntó

Margarita.

—¡La casa es linda y grande! —no quiso contar Amalia que es un castillo. —La ciudad en sí es pequeña, casi todas las casas son blancas y sus techos, las tejas, de color terracota. Mi casa es la única que tiene el techo de otro color. ¡Es negro!

Pero, así como la ciudad es pequeña, ¡cada habitante tiene un corazón enorme! Nosotros los paraguayos somos muy hospitalarios, pero ahora yo encontré un pueblo que nos supera. La gente es cálida, no te pueden ver que necesitas. Te regalan ropa, comidas, postres, dinero. Son extremadamente generosas. Don Fermín es el digno representante de la ciudad de Gaucín. Miren, esta se llama Plaza de Seis Caños, por una pared están seis grifos de donde sale agua fresca todo el tiempo y la gente va a recogerla en bidones. Dicen que esa agua viene de la montaña, de entre las rocas y que nunca se agota. Es agua pura, también casi en cada cuadra hay grifo y eso es para que nadie sufra de sed, porque el clima de Gaucín es tropical, igual al nuestro, hace mucho calor ¡Y la temperatura del agua se adapta al clima, cuando el tiempo está fresco, sale tibiecita!

—¿A qué se dedica la gente? —se interesó don Filemón.

—Y a la ganadería. Pero no como nosotros le decimos a la cría de vacas, sino a la cría de ovejas y chanchos. ¡Muchos crían! Además de eso cultivan olivos. ¡No se imaginan lo hermosas que son sus plantas! También cultivan castaña, almendra, pero no contratan a gente de afuera para la recolección, sino que ellos mismos nomás lo recolectan y luego venden a otra parte porque allí no hay industrias. ¡Ah! ¡Es todo tan hermoso! Ésta es mi casa y acá está la ciudad. Éste es el castillo del Santo Niño Jesús.

—¿Qué es lo que más a vos te impresionó de todo lo que viste? —preguntó ña Luisa.

—¡Ay, Dios mío! ¡Tantas cosas lindas! Y lo que más me impresionó es la gente. Yo les voy a hablar de la que yo conozco, no de los madrileños, que cuentan por allí, son muy discriminatorios. Gracias a Dios eso no sucede en mi pueblito. Allí las personas son cálidas, generosas, caritativas. Y los conductores de los colectivos ¡son tan educados! Imagínense, cuando un peatón va a cruzar la calle en la franja peatonal (les cuento que allí no hay semáforo) y viene un bus, el chofer se detiene para dar paso. ¿Ustedes acaso vieron alguna vez eso por acá? Pero en toda España se respeta a los peatones.

—¡Acá ni para bajarte se detiene el colectivo! —intervino Abel.

—Así es. Allá en cambio todo es diferente. Los buses tienen timbre en los asientos. El bus se detiene totalmente para que uno descienda (en la parada, claro) y cuando el pasajero se sube espera que se siente primero para luego poner en marcha el vehículo. Eso es lo que a mí me impresionó más de la cuenta, además, de las fiestas patronales de Gaucín. ¡Son hermosas! Les parece mucho a las fiestas patronales de nuestros pueblos, con algunas variantes. La fiesta más importante es el ocho de septiembre que se festeja el Día del Santo Niño que está en el castillo, en un cerro. Según la leyenda que me había contado don Fermín, cuenta que un vendedor de libros, llamado Juan, iba camino a Gaucín cuando vio a un niño descalzo. Se compadeció de él y le dio sus zapatos para que se pusiera, pero como eran tan grandes, no podía calzarlos, entonces Juan pueblo le alzó en su hombro y lo llevó cuesta arriba. Como se cansó tanto bajó al niño en la sombra de un árbol y fue a tomar agua de una fuente. Cuando volvió vio al niño que resultó ser el Niño Dios. Él le pidió que regale su imagen a Gaucín para ser adorado allí. Y desde ese momento cada año se conmemora ese hecho con una romería popular. Es impresionante. Acá traje el programa de actividades de este año que pasó. Voy a leer e ir explicándoles todo. La fiesta comienza el 26 de agosto, con la procesión del Santo Niño que baja del castillo en un altar por hombres fuertes y corpulentos. También se baja el Santo Juan Dios, en otro altar. Según me contó

don Fermín, antes bajaban en carrozas adornadas con plantas y flores y estirado por un burro y acompañado por los feligreses a pie y a caballo. Esta imagen va hasta la plazoleta. Allí se realiza una misa, después se prepara una paella gratis para todos los presentes y a la tardecita se sube de vuelta la imagen del Santo Niño al castillo. Recién el treinta y uno de agosto comienza la novena, propiamente. Durante ese tiempo se reza la novena y la santa misa en la capilla del castillo. El seis de setiembre hay misa y verbena.

—¿Qué es la verbena? —preguntó Ángela.

—La verbena es la fiesta popular, con bandas de música para animar una festividad. Bueno, como les estaba contando, el seis de setiembre hay una misa popular en la plaza. El siete, música por las calles de la ciudad a cargo de una banda de músicos. A la tardecita la bajada de la imagen del Santo Niño desde la capilla del Castillo hasta la iglesia parroquial de San Sebastián, donde se hace la misa. Y el octavo día de la novena, la misa se celebra al mediodía en la iglesia de San Sebastián. El ocho de septiembre a la siesta se oficia la misa, luego se concentran todos los músicos en la plaza y a la tardecita se hace la procesión de las imágenes del Santo Niño y San Juan Dios por las calles que termina en la capilla del castillo, donde se reza el último día de la novena. Termina con una gran fiesta popular en la plaza que dura hasta altas horas de la madrugada. Demasiado da gusto. Pero esta es una de las procesiones. Hay muchísimos santos a quienes se veneran. Casi cada mes hay uno que está de fiesta. Para mí esta es la mejor procesión... hay que ver a la gente cantando y subiendo el cerro. ¡Es muy emocionante!

—Y ¿es alto el lugar donde está el castillo? —preguntó Jorge.

—Sí, es alto y se camina mucho, pero no te cansas porque es demasiado lindo el paisaje y al subirte todo al castillo ves toda la ciudad desde allí y hasta África puedes ver cuando está lindo el día.

Los treinta días pasaron volando para Amalia. Apenas tuvo tiempo de realizar las últimas gestiones para llevar a su familia consigo.

Le llevó de vuelta a su padre al hogar de ancianos. No sintió pena por ello, pues él prácticamente ya había perdido toda la memoria y en ningún momento la había reconocido. Para él siempre existió un solo hijo: Maximiliano.

—Yo le voy a girar todos los meses el importe de la cuota, no se preocupe por eso. No le voy a fallar —prometió a doña Concepción al momento de despedirse y dirigiéndose a su papá:

—Don Maximiliano Herrero, te busqué toda mi vida, creí encontrarte y me sentí feliz en ese momento, pero estaba equivocada. Nunca te he encontrado porque yo nunca existí para ti, por lo tanto, te dejo en compañía de esta buena señora que va a cuidar de ti por el resto de tus días. Ésta es la última vez que nos vemos o mejor, que te veo. Y estoy en paz con mi conciencia porque creo haberte pagado por la vida que me diste.

En ese momento don Maximiliano se incorporó y miró embelesado a Amalia murmurando:

—Con que vos sos mi hija... hace tiempo que quería conocerte para poder abrazarte y darte un beso.

Amalia, con surco de agua en las mejillas, se agachó y abrazó a su padre. Doña Concepción observó la escena consternada.

Cuando finalmente Amalia se incorporó, don Maximiliano habló de nuevo:

—Yo estaba seguro de que mi hijo iba a saber elegir, ¿cómo te llamas?

—Amalia...—respondió ella, apenas en un susurro.

—Dios te bendiga, Amalia, y cuida a tu esposo y tengan muchos hijos... Yo quiero tener muchos nietos y ojalá le parezcan a su papá.

—Así será —suspiró Amalia.

—Y dónde está Maximiliano, dónde está mi único hijo, por qué no está aquí.

—Tranquilo, abuelo, está por llegar —lo calmó doña Concepción tomándole de la mano y dirigiéndose a Amalia, que no paraba de llorar:

—Tenés que perdonarle. Ya no entiende nada.

—No te preocupes doña Concepción, ya estoy acostumbrada a esto.

Amalia abordó el taxi y regresó a su casa con suma tristeza.

Todo ya estaba previsto para la partida de la familia, solamente quedaba dejar algún encargado en la casa. Don Filemón ofreció a su hijo recién casado:

—Carlitos hace dos meses que se casó y está viviendo en la casa de su suegra, si te parece, él puede venir a vivir acá. Puede ocupar una pieza nomás.

—Pero toda la casa tiene que ocupar, además está la huerta, tan linda como siempre —aconsejó Amalia con tristeza. Cada vez que piensa en la huerta, le viene el recuerdo de Jacinto.

—Voy a decirle para que venga a hablar con ustedes —prometió don Filemón.

—Por favor, lo antes posible —aconsejó doña Gertrudis.

Finalmente, Carlitos y Mariana, su esposa, quedaron encargados de la casa, con la promesa de mantenerla siempre limpia y bien cuidada.

Tres días antes del viaje, Amalia cuestionó a su mamá:

—Mamá, hay algo que nunca me dijiste y éste es el momento de aclararlo.

—¡Qué cosa! —preguntó alarmada doña Gertrudis.

—¿Por qué no me habías contado que tuviste problema con un préstamo y quién fue el que te prestó el dinero, y si ya lo devolviste?

—¡Jesucristo! ¡Quién te contó eso!

—Ay, mamá. Todo se sabe.

—A mí me prestó el señor gerente de la casa de cambio, o sea, el que era gerente. Después *ko* te voy a contar todo lo que pasó. Pero *masiado* mucho ya le busqué! Y no lo encontré nunca más. Me dijeron que salió de su trabajo y el teléfono que él me dio ya no existe. Nadie sabe de él. ¡Él es un ángel que Dios me envió!

—¡Qué extraño! Cómo no lo vas a encontrar. No puede desaparecer y cuánta plata te había prestado.

—Diez millones de guaraníes.

—¡Santo Cielo! ¡Es demasiado mucha plata! No puede darte así nomás y no reclamar después. ¿Con qué documento te prestó, firmaste un pagaré?

—Es que me prestó así nomás, sin ningún documento.

—¡Por Dios! ¿Cuánto tiempo hace de eso?

—Hace más de dos años.

—¡Por Dios, mamá!

—No sé qué habrá pasado con el señor gerente. Desapareció. Por eso te digo, mi hija, es un ángel.

—De cualquier manera, voy a pasar mañana por la casa de cambios a ver si pueden darme alguna información sobre él. ¿Cómo se llama?

—*E'a, che memby*, yo nunca supe su nombre. Yo le llamaba señor gerente nomás luego.

Amalia fue hasta la casa de cambios tratando de ubicar al antiguo gerente, recurriendo a la fecha en que estaba allí. Pero no hubo caso. Se había separado de su esposa, que era la hija del dueño y se esfumó para siempre. Nadie más supo nada de él. Fue toda la información que le

dieron.

Capítulo diecisiete

De gerente a jardinero

Marcos, mientras buscaba de un cargo vacante, iba a ayudar a su padre en la confitería. La repetida historia de búsqueda incansable de empleo lo mantenía sin esperanza. A pesar de haber distribuido sus Currículums Vitae en numerosas empresas, nadie lo llamaba.

Un domingo por la mañana estaba sentado en la pequeña terraza tomando tereré y disfrutando del soleado día cuando sonó el timbre. Abrió la puerta y cuán grande fue su sorpresa al encontrar a una Soledad resplandeciente, con paquetes de supermercado en la mano.

—¡Hola! ¿Qué estás haciendo acá? —preguntó sorprendido.

—¡Hola! Pasaba por aquí y vine a saludarte y si no tenés compromiso, para cocinar y almorzar juntos.

—No tengo compromiso. Pasá.

Una vez acomodados los paquetes, Marcos la invitó a sentarse y a compartir tereré.

—Marcos, quería contarte que el bebé de Leticia murió. Ella ya no aguantaba más el embarazo y recurrió a la cesárea, pero hubo complicaciones y como te dije, murió.

—¡Qué pena!

—Yo quise avisarte, pero no atendías tu celular; no sé si cambiaste de número. Vine varias veces y no te encontré.

—Es que en mi trabajo no me permiten usar el celular —respondió con ironía— y ella, ¿cómo está?

—Está bien. A ella nada le afecta por mucho tiempo. Ahora viajó a los Estados. Fue a encontrarse con Maximiliano, su ex novio. Sabés de él, ¿verdad?

—Sí. Y como fue para contactar de nuevo con él.

—Resulta que nosotras teníamos la dirección de la casa de su padre. Fuimos a buscarlo y no le encontramos porque le había llevado consigo la mamá de su hija. Pero la señora nos dio la dirección y el número de teléfono donde le llevaron. Ella es muy obsesiva, cuando algo le entra en la cabeza nadie le saca.

—Sí, así como se obsesionó conmigo, ¿verdad?

—Discúlpame que te confirme que así es.

—No hay problema. Y vos, ¿cómo andas?

—Un poco triste por la casa vacía. No vive nadie más que yo en ella porque papá se conquistó una viuda, en el viaje, y pasa la mayor parte de su tiempo con ella. Te juro que apenas trabaja.

—Y, ¿es joven la mujer?

—No, tendrá cerca de cincuenta años.

—¡Menos mal que no es una jovencita!

—Verdad que sí.

—Está bien entonces. Y vos siempre sola.

—¡Ay!, no aparece ningún boludo que me convenza. Creo que voy a estar siempre sola.

—¡No digas eso! Seguro de que te estará esperando alguien bueno, por eso se retrasa

—¡Dios te oiga!

Y ese fue el inicio de una bella amistad entre Marcos y Soledad. Ambos sentían cada vez mayor atracción, sin embargo, comprendieron que no podía haber nada entre ellos por temor a Leticia.

La desilusión amorosa que sufrió Marcos, más la falta de empleo, hicieron que reflexionara sobre un eventual viaje a España y se lo anunció a Soledad.

—Vos y yo sabemos que cada día estamos más unidos y esto no puede ser. No puede ser y no hay nada que discutir sobre el punto. Por otro lado, la falta de empleo. Desde que renuncié a Cambio Total, no consigo empleo alguno. Es que no hay luego trabajo. Estoy pensando seriamente en irme a España.

—Y ¡qué pensás ir a hacer allá! Acaso no me habías dicho que estás trabajando.

—Sí, le estoy ayudando a mi viejo en la confitería, pero ese no es mi trabajo. No puedo cobrarle, apenas saco para mi diario y no puedo vivir de ese modo.

—Entiendo, pero acaso no podés ver otras opciones antes de tomar esa decisión que para mí resulta descabellada.

—A vos te parece descabellada, pero es lo que se nos ofrece últimamente. En el Paraguay hay poco por hacer, entonces tenemos que rebuscarnos en otros países. Lo simpático de todo es que antes la gente adinerada nomás iba a Europa, pero ahora es el refugio de los pobres.

—Pero yo puedo hablarle a papá y volvés a trabajar con él. Es más, él te necesita.

—No digas eso. Él no me necesita y yo no podría volver a trabajar en su empresa. ¡Jamás!

—No conviene que seas orgulloso.

—Orgulloso, ¿yo?, me decís después de todo lo que me hicieron. No es orgullo, es dignidad. No amiga, la relación entre tu familia y yo se acabó.

—Entonces, no tengo nada que hacer acá. Adiós —Soledad salió antes de que Marcos pudiera ver las gruesas lágrimas que corrían por sus mejillas.

Marcos taciturno la vio partir y no hizo nada para retenerla. Podría haber tenido una vida diferente con Soledad, pero sería imposible pues el recuerdo de Leticia le acompañaría para siempre.

Al día siguiente Marcos se dirigió al departamento de Identificaciones a renovar su pasaporte. Estaba decidido a viajar. No podría permanecer más tiempo desocupado y sacando migajas del negocio de su padre. Esperó dos meses, tiempo en que le entregaron su pasaporte después de un ir y venir permanente. Durante el tiempo que demoró en obtener su documento, se dedicó a vender su auto. Publicó un aviso en el diario local y al tercer día ya estaba vendiendo, desde luego, a un precio muy por debajo del valor comercial, pero el importe era lo suficiente para pagar el pasaje y vivir unos días hasta conseguir empleo. Todo estaba previsto, pero faltaba lo más difícil: cómo comunicar a sus padres que va a tener que guardar sus títulos universitarios para ir a hacer cualquier cosa en España. Situación muy difícil y embarazosa a la que se enfrentó una cálida mañana otoñal.

Fines de marzo, las hojas comenzaban a caerse, pero el calor sofocante del verano aún permanecía. El tereré, bebida tradicional de los paraguayos que abunda en todos los hogares, está siempre presente en la casa de los Garay. Entre un tereré y otro, pasando la mano de la frente a la nuca, con movimientos nerviosos, Marcos buscó las palabras apropiadas para exponer a sus padres la última decisión tomada.

—Papá, mamá... —habló con voz temblorosa— ya no puedo seguir con esta incertidumbre, de

que si consigo o no empleo. No quiero dejarles, pero no tengo otra opción; me voy a España.

—¡Qué! —exclamó doña María, mientras que don Pancho no atinó a decir una palabra.

—Me voy. Muchos de mis ex compañeros de colegio están allá y les va mejor que acá. Inclusive ellos dejaron a sus familias o sea a sus esposas e hijos y yo no tengo un compromiso con nadie, solo con ustedes. Pero ustedes se manejan bien, no van a pasar hambre.

—Pero mi hijo, porque no venís y te haces cargo de la panadería, nosotros te vamos a dejar —propuso doña María.

—No, mamá. La panadería es de ustedes. Son jóvenes todavía. Tienen que seguir produciendo, además, ustedes ni siquiera tienen o van a tener una jubilación. Yo voy a irme un tiempo y luego vengo a montar mi propio negocio. Algo voy a poder hacer con capital porque, así *sogue*, no puedo emprender nada.

Recién entonces habló don Pancho, lentamente, como era habitual en él.

—Mi hijo, ya sos grande. Ya tu mamá y yo no podemos decirte lo que vas a hacer. Tanto a vos como a tus hermanos les hemos dado la educación acorde a nuestra capacidad y si algo no te sale bien es porque nosotros seguramente fallamos.

—¡No, no, papá! No digas eso —interrumpió Marcos— vos te estás refiriendo a mi matrimonio. Ese matrimonio fracasó porque no te escuché y me casé con la mujer equivocada. De ninguna manera podés sentirte culpable de lo que a mí me sucede. Como bien dijiste yo ya soy grande y tomo mis propias decisiones, puede que estas sean buenas o malas. De cualquier manera, ya tomé la decisión de viajar y espero que esta vez no me equivoque.

—Está bien hijo, ve con Dios y que todo te salga bien, pero por favor, no te cases con una española, que no sea que no regreses nunca más por acá —habló consternada doña María.

—¡Casarme! ¡Mamá!, ¿cuántas veces se cae el gato al fuego? No seas muy optimista —se rió y la estrujó entre sus brazos.

—¿A qué ciudad vas a irte? —preguntó don Pancho.

—Y estoy en comunicación con Francisco Peralta. Te acordás de mi compañero de colegio, aquel rubito pecoso con quien estudiaba.

—Sí, me acuerdo.

—Él está en Algeciras, con toda su familia. Hace cinco años que se fue y está muy bien. Tiene una empresa de jardinería y me contó que no da abasto. Le contratan de todas partes. Voy a irme junto a él para comenzar. Una vez que esté allí, ya establecido, veré qué otra cosa puedo hacer.

—¡Ay, mi hijo! ¡Nunca vos arreglaste ni nuestro jardín! Como *piko* con tus títulos universitarios vas a trabajar de jardinero —se lamentó doña María.

—¡Mamá, eso va a ser temporal! Al final de qué sirven los títulos si no te dan de comer —reflexionó Marcos, también llorando y abrazando a su mamá.

—¡Tantos sacrificios, tantas horas sin dormir!, para qué —continuó doña María sin poder contener su llanto.

Don Pancho al observar la escena entre madre e hijo se retiró disimuladamente. Se encerró en el baño y lloró amargamente.

—Y si rebotás como les sucede a muchos y salís gastando de balde.

—No mamá. Eso no va a suceder porque Francisco me va a enviar una invitación para ir a trabajar con él y con ese documento no hay problema. Todo es seguro.

—Eso me tranquiliza un poco más, hijo.

—Debes estar tranquila mamá, porque yo observaba, cuando trabajaba en San Lorenzo, cómo enviaba la gente el dinero. ¡Qué pucha! ¡Era impresionante!

En ese momento Marcos pensó en doña Gertrudis y en el dinero que le había prestado. *Qué bien me hubiera venido ahora ese dinero, pero cómo ubicar a la pobre vieja y aunque la ubicara, sería imposible que me devolviera.* Por eso él había olvidado ese préstamo, lo consideró más bien como una donación.

Así como Marcos había planeado se realizó su viaje. Francisco le estaba aguardando en el aeropuerto de Barajas, por si surgiera algún contratiempo. Gracias a Dios no hubo ningún problema y después de los prolongados viajes en tren y bus, finalmente, llegaron a Algeciras. Se instaló en la casa de su amigo, donde funcionaba también la empresa de jardinería.

—¿Trajiste tu título de contador? —preguntó Francisco ni bien llegaron a la casa.

—Sí, y también el de administrador.

—Perfecto. Vamos a tratar de legalizarlos lo antes posible para que puedas empezar a trabajar. Mira que aquí los profesionales ganan un dineral, no te digo precisamente acá en Algeciras, sino en cualquier otra ciudad más grande. Pero lo primero es inscribirte en el ayuntamiento.

—¿Para qué?

—Es lo que corresponde. Sí o sí debes inscribirte en el ayuntamiento cuando llegas, para empadronarte y empezar a trabajar.

—Entonces ellos tienen la lista de los que estamos acá.

—¡Claro que sí!

—Y qué hay con eso de que te expulsan si te encuentran por allí, por ser ilegal.

—Te expulsan si cometes actos delictivos. Si vives respetando las leyes nadie te hace nada. ¡Cuántos paraguayos lo que estamos trabajando acá y a nadie se le expulsa! Además, para obtener tu documento necesitas estar mínimo tres años, luego ya puedes gestionar. Ahora al inscribirte te van a dar una cédula con la cual te vas a manejar.

—Yo creí que era un problema estar ilegalmente.

—Para entrar lo que es el problema. Una vez que entraste ya no hay problema.

—Pero a mí me suelen contar que los perros viven atemorizados por si les pesque la policía.

—Parece que en las grandes ciudades es así. La verdad que yo no sé eso. Pero en las ciudades pequeñas se vive tranquilamente. Nadie te da bola a no ser que hagas algo indebido. Y si por casualidad te pesca algún policía nacional, con ese documento demuestras que estás trabajando, que no eres ningún vago. Vago es lo que ellos no quieren.

—Ya. Y decime cuánto tiempo puede demorar el tema de la legalización de mi título.

—Y no sabemos, pero no te preocupes; mientras esperas trabajaremos juntos. La jardinería tiene muchos movimientos. Yo tengo seis equipos de jardineros que cada día van de un lugar a otro y no abastecen. Para abarcar las ciudades vecinas necesito formar otra cuadrilla. Si no te molesta puedes irte con uno de los grupos y ver cómo funciona todo y luego te haces cargo tú de uno. Porque te cuento que el mayor problema con que me enfrento todos los días es con la irresponsabilidad de nuestra gente. Es una pena que frente a cada equipo de trabajo tenga que poner a uno que no sea paraguayo, porque o si no, no camina nada.

El primer mes Marcos se dedicó a salir con los grupos y realizar el trabajo de jardinería, y al mes siguiente, ya estaba dirigiendo su propio equipo de trabajo.

La paga era buena, pero tenía que mudarse y pagar por su piso. Consiguió compartir el piso con dos compatriotas, que tenían disponible un espacio, pues otro que estaba viviendo con ellos acababa de volver a Paraguay.

La legalización de sus títulos tardó más de lo esperado. A casi dos años de haber llegado, aún seguía con el trabajo de jardinería. Pero no se apuraba porque ya tenía una buena cantidad de

dinero ahorrado. Solamente la soledad le abrumaba. Había adquirido una computadora personal y en sus horas libres pasaba comunicándose con sus hermanos. Todos vivían en distintos puntos de su país y esa era la mayor preocupación: sus padres se habían quedado solos. La ilusión que tenía era trabajar intensamente, como lo estaba haciendo, ahorrar lo suficiente y volver a su país e iniciar su propio negocio.

Epílogo

A las tres de la tarde de un día luminoso llegaban Amalia y su familia a Gaucín. A pesar de las largas horas en avión y luego en bus no se cansaron. Todos estaban deseosos de recorrer, no solamente la casa, sino toda la ciudad.

Los niños, alborotados, recorrían el bello castillo salido de un libro de cuento de hadas. Las llamativas paredes llenas de cuadros y fotografías, los grandes cuartos y la cocina llena de utensilios despertaron la sorpresa y el asombro de sus nuevos habitantes.

—¡Ñande Jara! De donde *piko* salieron todas estas cosas y cómo vamos a saber usar todo lo que hay —preguntó asombrada doña Gertrudis al ingresar a la cocina.

—Mamá, no te preocupes. Yo también pensaba así cuando llegué recién y rápidamente aprendí a usar de todo.

—Y esto *piko* para qué sirve.

—Y eso es para lavar vajillas. Se colocan dentro de él los utensilios de cocina, se agrega detergente, se aprieta un botón y ya está.

—¡Jesucristo!

—No te preocupes, mamá. Rápidamente aprenderás a usarlo.

Los jóvenes y niños recorrían la casa y cada uno elegía para un dormitorio.

—Éste es para mí, verdad, mamá, porque yo soy la más grande —propuso Margarita al ingresar al dormitorio que era de don Fermín: el más grande, mejor equipado y está ubicado en la planta baja.

—Escuchen una cosa. Compartiremos los dormitorios. Los varones dormirán juntos y las mujeres juntas, y mamá dormirá conmigo.

—¡Por qué, si hay tantas piezas! —reclamó José María.

—Sí, es verdad. Pero arriba hay solamente cuatro habitaciones. Una de ellas la convertiremos en escritorio y sala de estudios —aclaró Amalia.

—No, yo quiero dormir sola —exigió Ángela—. Estoy cansada de vivir encimada y ahora que tenemos una casa grande por qué razón tenemos que seguir viviendo así.

—Bueno, recorran toda la casa y luego vamos al jardín. Tomaremos *tereré* y conversaremos. Aún no hemos discutido sobre lo que haremos y de cómo viviremos —reflexionó Amalia.

—Mamá, yo me siento sucia, quiero bañarme —pidió Celia.

—Sí, mamá, que se bañe primero, porque ella siempre tiene *katî* —acusó Jorge.

—¡Pero está loco éste! ¡Qué voy a tener *katî*! —respondió enojada Celia, persiguiendo a su hermanito.

—¡Te digo nomás!

—¡Pedíme perdón! —exigió Celia torciendo el brazo a Jorge.

—¡Perdón, perdón! —gritaba Jorge.

—Bueno, basta ya —intervino la abuela—. Ellos todos los días están así. Se hinchan por cualquier cosa. Los dos no pueden estar juntos.

—Ahora mejoraremos —aseguró Amalia—. Si quieren bañarse o comer algo, enseguida

vendrá Teresa. Ya le avisé que llegamos. Ella les ayudará a acomodar sus ropas.

—¿Quién es Teresa? —preguntó José María.

—Teresa es una paraguaya, es de San Antonio. La conocí en la iglesia del padre Antonio, hace mucho tiempo. Ella es la única amiga que yo tengo. Me ayudó muchísimo cuando me accidenté y nunca voy a terminar de pagarle por ello. Le pedí que viviera conmigo y aceptó. Les ayudará muchísimo porque es profesora. Ella no tiene familia, nunca se casó y su madre murió el año pasado. Me hace compañía y de paso me ayuda a limpiar la casa. A pesar de que yo sola limpiaba toda la casa cuando me mudé recién. Solo del jardín no puedo hacerme cargo, pero hay un equipo de jardineros que viene cada quince días a cortar el césped y sacar las hojas secas. Así siempre se hizo y yo continúo con lo mismo. No quiero descuidar el jardín de don Fermín. Teresa llegó y acompañó a los muchachos a merendar, a acomodar las ropas y custodiarlos de cerca cuando todos decidieron arrojarlos a la piscina; mientras Amalia conversaba con su mamá de todo lo acontecido hasta el momento.

—¿Y dónde vive el padre Antonio? —quiso saber doña Gertrudis.

—Él vive en Algeciras. Luego te llevaré al albergue para que lo conozcas. ¡No te imaginas mamá todo lo que me ha ayudado desde que llegué! Ya es un anciano, pero igual ¡es fuerte y guapo!

—Vos viniste acá con la bendición de Dios, mi hija.

—Seguramente que Jacinto desde el cielo, conversando con Dios, le pidió todo esto para nosotros. Estoy segura de ello. Lo que él no pudo darme en vida consiguió darme después de muerto. El conocía mis sueños y se reía de mí. Yo soñaba con todo esto en mi niñez —declaró Amalia

—Tuviste la gracia de Dios de ver cumplido tu sueño, porque hay muchos que mueren en el intento. Y, ¿cómo era don Fermín?

—¡Uf! Un señor tan noble. Pero era luego noble de verdad, de origen. Y además de eso imagínate lo que hizo por nosotros, no solo por mí.

—Y físicamente.

—¡Ah! Un hombre menudito. Era más grande, más alto en su juventud, pero ya en la vejez había encogido todo, pero era fuerte aún. Se manejaba perfectamente a pesar de su ceguera y era muy simpático. Le gustaba mucho escucharme hablar porque me contó que él nunca había escuchado este idioma nuestro. Ja, ja, ja. Me enseñó a hablar bien el español, me hizo estudiar para manejar y salir de paseo. ¡Qué *piko*, mamá, él se iba a pasear más si ya no veía nada! Yo estoy segura que eso hacía para que yo me paseara. Me quería como una hija porque él no la tenía. Hay muchísimas fotos suyas en las paredes, luego las veremos.

Finalmente, todos, agotados, fueron a dormir.

Al día siguiente, a la hora del desayuno, toda la familia estaba reunida alrededor de la mesa del comedor.

Amalia habló a sus hijos en los siguientes términos:

—Teresa es como mi hermana y quiero que la traten como tía. Ella es una más de nosotros. Yo, ayer, les dije que nos acomodaremos en tres dormitorios, eso es para dejar las habitaciones de abajo para los huéspedes. Teresa tiene aparte su piso, independiente de la casa.

—Quienes *piko* mamá van a ser nuestros huéspedes, ja, ja, ja. ¡Van a venir *piko* o qué don Filemón, ña Luisa o todos nuestros vecinos a visitarnos! —preguntó Jorge riéndose a carcajadas.

—¡Ay! Jorgito, tú eres un niño aún y todo lo tomas en broma. Pero hay algo concreto aquí. La gente viene de Paraguay porque no tiene trabajo. Y muchas mujeres se pierden porque no tienen

quien les dé una mano y ésta va a ser siempre la casa de acogida de todos los paraguayos que vienen y que necesitan de una ayuda para establecerse. Yo voy a ir contándoles todo lo que pasé, desde que llegué, y no crean que puedan encontrar a dos don Fermín en España. Este caso es único. Ustedes se irán a la escuela sin problemas y podremos salir por las calles sin temor de que nos coja algún agente policial.

—¿Que nos coja? Ja, ja, ja —preguntó Jorgito riéndose y demostrando ser el más travieso entre los hermanos.

—¡Qué pesado estás! —le reprendió Margarita.

—¡No te das cuenta que está en la edad del pavo! —insinuó Ángela.

—Bueno, basta ya. Escuchen a su mamá —intervino doña Gertrudis.

Amalia contuvo su risa, pues recordaba perfectamente lo que significa ese término en Paraguay.

—Sí, que te tome un policía. La mayoría de los paraguayos que son ilegales viven con mucho temor. Es cierto que aquí, en esta ciudad, nadie te detiene por más que seas ilegal, a no ser que cometas algún delito o armes algún tumulto. Se vive tranquilo. Pero no sucede lo mismo en otras ciudades. Alejandra, que trabaja en un restaurante en Madrid, me había contado que cada vez que hay control policial tiene que meterse rápidamente en un rincón especialmente preparado para el efecto, y hay veces que se queda allí horas, sin poder casi respirar. Muchos no pueden irse a conocer el mar ni otros lugares. Viven atemorizados, lo que hace que muchos se refugien en la bebida o destruyan su familia acompañándose con los que encuentran para olvidarse de sus penas y sus soledades.

—¿Cuándo vamos a conocer el mar? —preguntó eufórico José María.

—Todo en su momento —respondió Amalia—. Como les estaba diciendo, nosotros no tenemos que ocultarnos de nadie, y eso no tiene precio. Ustedes son chicos aún, y a medida que van creciendo van a conocer otra realidad de lo que estábamos viviendo en el Paraguay.

—¡Somos ricos, mamá, somos ricos! —gritó José María.

No había forma de mantener una conversación seria con los hijos, razón por la cual Amalia optó por reducir lo que había pensado decir.

—Lo que quiero aconsejarles es que nunca se olviden de dónde venimos y quiénes somos. Somos pobres y venimos del tercer mundo. Y aquí hay mucha discriminación. Cualquier cosa que escuchen por allí, no tomen a mal. Éste es un país que nos acogió y nos cambió la vida y debemos ser agradecidos. No se olviden de eso. No toda la vida vivirán en Gaucín. Ustedes tendrán que irse a la universidad y a convivir con gentes diferentes a los gaucineños.

—¿Nosotros ahora estamos en el segundo mundo, mamá? —preguntó inocentemente José María, lo que provocó la risa de los otros hermanos.

—No, mi hijo, este es el primer mundo —intervino doña Gertrudis.

—¿Y el segundo? —insistió José María.

—No existe el segundo mundo, *nde bobo* —afirmó Margarita.

—Por qué, si hay primero y tercero, cómo no va a haber el segundo, *nde boba*. O vos del primer grado pasaste directo al tercero, ¡tonta! —continuó José María.

—En la escuela es diferente, pero en la vida es otra cosa. Así, ¡los ricos son del primer mundo y los pobres del tercer mundo, y nosotros ahora somos ricos y por eso vivimos en el primer mundo! Y se acabó ya. No le dejan hablar a mamá. Ahora nadie va a hablar más y le vamos a escuchar a mamá —interrumpió Ángela.

—Bueno, yo lo único que quiero es que ustedes no se peleen, que sean felices y que les ayuden

a todos los que necesitan ser ayudados. Y la parte de abajo de la casa va a ser para los huéspedes. Y no es para ña Ramona, o ña Luisa o don Filemón, ja, ja, ja, sino para cualquier paraguayo que venga de Paraguay y no tiene todavía trabajo.

—¡Vamos a conocer el mar! ¡Y ver los barcos! —gritó Jorge.

—No. Aún no, porque acá no hay mar, para ello tendremos que irnos a otra ciudad. Lejos. Primero conoceremos bien nuestra casa, dividiremos las tareas. Cada uno tendrá su responsabilidad —anunció Amalia.

—Mamá, eso acaso no es para los pobres nomás. Estoy cansada de hacer cosas —se quejó Ángela.

—¿Qué es lo que hacías tanto? —preguntó doña Gertrudis.

—Y tenía que cuidar al abuelo, y tenía que barrer y tenía que...

—¡Mentirosa! Nunca ni un mate le cebaste a tu abuelo —reclamó doña Gertrudis.

—Te digo nomás abuelita —se retractó Ángela abrazando a su abuela. Y a continuación, dirigiéndose a su mamá—. Mamá, te voy a contar que la abuela nos malcrió a todos, no nos dejaba hacer nada. Y al abuelo sí que no nos dejaba luego acercarnos. Ella nomás luego le quería bañar, ¿sabés ya por qué verdad? Ja, ja, ja.

—¡Nde mitacuñai nde japú! —acusó doña Gertrudis fingiendo enojo, mientras los demás rieron de la reacción de la abuela.

* * *

—Y esa es la escena que se vive siempre en este hermoso castillo.

—Y usted, ¿qué hace Teresa?

—Yo observo y soy feliz con la felicidad ajena. Nunca fui capaz de apartarme de ellos. Por esa razón no me casé. No es porque no haya encontrado.

—Cuénteme de sus conquistas Teresa.

—No, mi vida es muy aburrida.

El periodista guardó silencio, mientras la señora iba a recargar por cuarta vez su termo de *tereré*.

—Y dígame Teresa: Nunca supieron nada del señor gerente.

—¡Válgame Dios! Claro que sí. Para cuidar el jardín venía religiosamente un grupo de jardineros paraguayos a quienes siempre les dábamos hielo para su *tereré*, pues esa costumbre la llevamos a todas partes. Pero ellos, según comentaron, lo tomaban solamente cuando trabajaban en casa de los paraguayos. Cierta día el jefe del grupo se acercó hasta la cocina a pedir hielo. Yo estaba cocinando, entonces le pedí a doña Gertrudis, que por favor le diera el hielo. Yo seguí cocinando y al rato escuché un estrepitoso ruido del hielo que caía, más el grito de doña Gertrudis. Asustada me di la vuelta a ver lo que sucedía. Sin poder comprender lo que pasaba, doña Gertrudis gritaba: “¡El ángel, vino el ángel! ¡Por Dios Jesús, vino el ángel! ¡Amalia, vino el ángel!” Al final todos salimos corriendo para ver al ángel y le encontramos al jefe del jardinero, y la que más se impresionó con ese encuentro fue Margarita y al poco tiempo se casó con él. Demás está decir que se convirtió en el contador de Amalia, y en la actualidad es el que maneja el supermercado.

—¿Hace cuantos años de eso?

—Como veinte años. Sus hijos ya están todos grandes, Amalita, la mayor, ya cumplió diez y

ocho años.

—Y, ¿doña Gertrudis?

—Ella no va a envejecer nunca. Está igualita que cuando vino. Es cierto, nunca engordó, conste que Amalia siempre le ha comprado todo tipo de vitaminas a ver si no engorda un poco, pero no hay caso: ella sigue igual que siempre. Es que esa señora de Dios no se queda nunca. Camina todos los días por las calles, va a traer agua de los grifos y casi cada semana sube hasta el castillo. No sé cómo, porque a mí no me dan las piernas y, además, vive pendiente de las fiestas patronales, de las que disfruta mucho, y no contenta con la cantidad que hay, ella organiza otra fiesta patronal propia. Cada ocho de diciembre en honor a la virgencita de Caacupé, que está en aquella gruta, ¿ve usted? —pregunta señalando hacia un rincón.

—Sí, veo. ¿Y los que quedaron en Paraguay?

—Los padres de Marcos murieron tres años después de que él haya venido, yo pienso que, de soledad, todos sus hijos se fueron cada uno por su lado.

—Y ¿los Herrero?

—El padre murió como cinco años después de que haya ido otra vez al hogar y el hijo salió finalmente con su objetivo: se casó con Leticia y quedó con toda la plata del suegro a quien destinó, al final, al hogar de doña Concepción.

—Y la relación con su hermana.

—¡Puf! Esa relación nunca existió realmente. Lo que pudiera haber existido terminó para siempre cuando Maximiliano se enteró que Marcos se había casado con su sobrina.

Ya en el ocaso Mario Cubilla apagó su grabador, lo guardó en su maletín y se despidió con el compromiso de volver el siguiente domingo a conversar con otros paraguayos. Pero él ya tenía su historia, la que había venido a buscar. Cuando se estaba retirando, volvió sobre sus pasos, diciendo:

—Un último favor le pido, Teresa.

—Cómo no.

—Podría recorrer el castillo, sacar algunas fotos.

—¡Por supuesto! Adelante, pase.

Mario sacó la cámara fotográfica y comenzó a tomar fotografías. La señorial casa blanca y techo negro está rodeada de gran variedad de arbustos y plantas ornamentales de vistosos colores mezcladas con gran cantidad de árboles como alcornoques, encinas, pinos, castaños y acebuches. Grandes bloques de piedras están diseminados por todo el patio, entre los árboles. Y la piscina, con su cristalina agua como atrapando al color del cielo burbujea y su sonido melodioso invita a zambullir.

Al ingresar a la casa por la enorme puerta adintelada aparece la amplia sala de estar, con una ancha escalera que se dirige al piso superior. La misma está equipada con muebles rústicos de madera. Jarrones y cerámicas de Areguá completan la decoración. Debajo de la escalera se halla instalado el baño social. A continuación, un salón grande y soleado, con chimenea y ventanas que dan a la terraza principal, que está parcialmente cubierta. Dicho salón contiene dos sofás, una mesita estilo español, una mesa larga con doce sillas y las paredes llenas de fotografías de distintos lugares con explicaciones. Tres dormitorios para invitados, con cuatro camas individuales cada uno, con baños y placares se encuentran a continuación del salón. Anexo al gran salón se halla la cocina completamente equipada con entrada independiente; al lado, el lavadero y cuarto de servicio con su baño. Por último un departamento independiente.

En la planta alta, una sala de estar, un escritorio con baño, tres dormitorios, todos con baños y

vestidores con grandes placares. Todos los dormitorios, así como el escritorio tienen acceso privado a la terraza desde donde se puede alegrar la vista observando el bello paisaje que ofrece la serranía, la carretera y más allá, las casas blancas adosadas de Gaucín.

Un corredor semi soleado y con parrilla llama la atención de Mario:

—¡Qué bueno está esto!

—Es el lugar favorito de todos los visitantes. Esto mandó construir Amalia. Nosotros los paraguayos estamos tan acostumbrados a estar al aire libre, que cuando vienen, los que viven por acá cerca, aprovechan este espacio, haciendo asado, o simplemente se reúnen a tomar unas cervezas o comer empanadas preparadas por doña Gertrudis. ¡Claro que ningún paraguayo tiene otro igual por acá! Y cuando nos reunimos todos acá es como si estuviéramos en Paraguay. Todo el mundo habla en guaraní y toma tereré.

—Veo que están construyendo más —observó Mario señalando hacia el otro lado del corredor.

—Sí, se está construyendo otro dormitorio con un baño y otro salón grande que comunique con el patio. Porque le cuento que, a veces, no damos abasto. Hasta en el patio quiere dormir la gente, pero Amalia no quiere eso. A pesar de que acá no hay ladrones; sí señor, acá no hay ladrones. Yo creo que eso es lo que más nos agrada a todos los paraguayos que estamos por acá.

—Una última pregunta Teresa, y luego la dejo en paz.

—¡Cómo no señor!

—¿No volvió a casarse doña Amalia?

—¡Válgame Dios! ¡Jamás! Ella vive del recuerdo de su querido Jacinto. A pesar de que el abogado Caseras se había convertido en su sostén hasta el momento que apareció el señor Marcos, pero nunca hubo nada entre ellos. Solamente una buena amistad. Y hasta ahora él viene a visitarla. Y fue él el que influyó en ella para que estudiara. Gracias a su insistencia ella terminó la secundaria y estudió para profesora, porque eso era lo que don Fermín quería que ella fuera. Claro está que nunca enseñó en una escuela, pero sí ayudó a sus hijos.

—Dígame, doña Teresa, la señora Amalia supo quién le había enviado al abogado a rescatarla del aeropuerto de Barajas.

—Por supuesto que sí ¡Quién le parece! ¡El Santo Padre Antonio que en paz descansa! Ese sacerdote sí que era un santo en la tierra, cuidador de los inmigrantes. Todos los problemas que se les presentaban, él los resolvía de alguna manera.

—Bien doña Teresa, ¡muchísimas gracias por todo!

—No tiene por qué, señor. Ésta es su casa, si quiere venir a quedarse unos días.

—Muchas gracias, muy amable. Voy a considerar su propuesta. Hasta luego.

—Hasta luego señor.

Cuando el periodista se retiraba, al cruzar el portón, le detuvo la voz potente de un hombre:

—¡Mamá! ¡Teléfono! ¡Apúrate! Te llaman desde Paraguay. Dice que es tu hermano Maximiliano.